



LA MAYORDOMÍA

Amados hermanos –podría incluso decir con Pablo: «Hermanos míos amados y deseados»– me produce un intenso deleite mirar de nuevo vuestros rostros; y al mismo tiempo siento la carga de una solemne responsabilidad al tener que orientar vuestros pensamientos en esta hora, para dar la pauta de nuestra solemne Conferencia. Pido vuestras continuas oraciones para que pueda hablar como debo, diciendo lo más apropiado de la manera más acertada.

Hay considerable ventaja en la libertad de que se disfruta en el mensaje inaugural. Puede adoptar la forma metódica de un sermón, o puede revestirse de modo más cómodo y presentarse en la forma familiar del discurso. Ciertas libertades que no se conceden a un sermón, se me permiten en esta plática discursiva. Poned a mi charla el nombre que queráis cuando haya terminado; pero será un sermón, pues tengo en mente un texto definido y claro, y me atenderé a él con bastante regularidad. No estará de más que lo anuncie, pues así dispondréis de una clave para ver lo que pretendo deciros. Hallaréis el pasaje en la Primera Epístola a los Corintios en los versículos primero y segundo del capítulo cuatro:

«Así, pues, téngannos los hombres por servidores de Cristo, y administradores (1) de los misterios de Dios. Ahora bien, se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel».

El apóstol anhelaba ser tenido por lo que era, y hacía

(1) En la versión inglesa se lee *ministros* y *mayordomos*.





UN MINISTERIO IDEAL

bien; pues los ministros no suelen ser correctamente apreciados; por regla general, los demás, o se glorían en ellos o los desprecian. Al principio de nuestro ministerio, cuando lo que decimos es nuevo y nuestras energías rebosan; cuando ardemos y lanzamos destellos, y pasamos mucho tiempo en preparar fuegos artificiales, las personas son propensas a tenernos por seres maravillosos; y entonces se necesita la palabra del apóstol: «Así que, ninguno se gloríe en los hombres» (I Corintios 3:21). No es cierto, como insinúan los aduladores, que en nuestro caso los dioses hayan descendido en la semejanza de hombres; y seremos idiotas si lo pensamos. A su debido tiempo, las ilusiones estúpidas serán curadas por los desengaños y entonces oiremos la desagradable verdad, mezclada con censuras injustas. El ídolo de ayer es hoy el blanco de las pullas. Sean nueve días, nueve semanas, nueve meses, o nueve años; tarde o temprano, el tiempo produce el desencanto, y cambia nuestra posición en el aprecio del mundo. Pasó el día de las primaveras, y han venido los meses de las ortigas. Cuando ha pasado el tiempo de que las aves canten, nos aproximamos a la estación de los frutos; pero los niños no están tan contentos con nosotros como cuando paseaban por nuestros exuberantes prados, y hacían coronas y guirnaldas con nuestras flores. En nuestros años maduros, la congregación echa de menos las flores y el verdor. Quizá nos estamos dando cuenta de ello. El hombre maduro es sólido y lento; mientras que el joven cabalga en alas del viento. Es evidente que algunos tienen una idea exagerada de lo que somos; otros la tienen demasiado mezquina; sería mucho mejor si todos ellos pensarán sobriamente que somos «servidores de Cristo». La Iglesia saldría ganando, nosotros seríamos beneficiados, y Dios sería glorificado, si nos pusieran en el lugar que nos corresponde, y nos mantuvieran allí, sin apreciarnos en demasía, ni censurarnos injustamente, sino considerándonos en relación con el Señor, y no en nuestras propias personalidades. «Téngannos los hombres por ministros de Cristo».





LA MAYORDOMÍA

Somos ministros. Esta palabra tiene un sonido muy respetable. Ser ministro es aspiración de muchos jóvenes. Quizá si la palabra del original se hubiera traducido de otro modo, se enfriaría su ambición. Los ministros son siervos: no son invitados, sino criados; no son amos, sino **SERVIDORES**. La misma palabra ha sido traducida «remeros», y exactamente los que mueven los remos del banco inferior. Remar en una galera era trabajo duro; aquellos rápidos movimientos consumían las fuerzas vitales de los esclavos. Había tres hileras de remeros: los del banco superior tenían la ventaja del aire fresco; los que estaban debajo de ellos se hallaban más encerrados; pero supongo que los remeros del banco inferior desmayarían de calor, además de quedar agotados por el penoso trabajo. Hermanos, contentémonos con gastar nuestras vidas aun en la peor de las posiciones, con tal de que con nuestra labor podamos ser instrumentos para que nuestro gran César acelere su venida, y que podamos ayudar al avance del trirreme de la Iglesia en que Él ha embarcado. Estamos dispuestos a ser encadenados al remo, y a trabajar durante toda la vida para que su nave hienda las olas. No somos capitanes, ni propietarios de la galera, sino tan sólo remeros de Cristo.

Recordemos que somos siervos en la casa del Señor. «El que es el mayor de vosotros sea vuestro siervo». Estamos dispuestos a ser la alfombra a la puerta de la entrada de nuestro Maestro. No busquemos honra para nosotros, sino pongamos honra en los vasos más débiles mediante nuestros cuidados. En toda casa bien arreglada, como ya os recordé, es un hecho que el «bebé es el rey», a causa de su debilidad. Que en la Iglesia de nuestro Señor, los pobres, los débiles, los afligidos tengan el lugar de honor, y los que estamos fuertes llevemos sus flaquezas. El que se humilla es ensalzado; el que se hace menos que el más inferior, es el más grande. «¿Quién enferma, y yo no enfermo?», decía el gran apóstol. Si hay algún escándalo que soportar, mejor sufrirlo que permitir que aflija a la Iglesia de Dios. Ya que somos, por nuestras





UN MINISTERIO IDEAL

funciones, siervos en un sentido especial, llevemos alegremente la parte principal de la abnegación y las labores penosas de los santos.

Sin embargo, el texto no nos llama simplemente ministros o siervos, sino que añade «de Cristo». No somos siervos de los hombres, sino del Señor Jesús. Amigo, si crees que porque contribuyes a mi sostenimiento, estoy obligado a seguir tus indicaciones, te equivocas. Es cierto que somos «vuestrs siervos por Jesús»; pero, en el sentido más elevado posible, nuestra única responsabilidad es ante Aquel a quien llamamos Maestro y Señor. Obedecemos órdenes superiores; pero no podemos ceder a los dictados de nuestros compañeros de servicio, por más influentes que sean. Nuestro servicio es glorioso, porque es el servicio de Cristo: nos sentimos honrados al permitirnos servir a Aquél cuyos zapatos no somos dignos de desatar.

Se nos dice también que somos «ADMINISTRADORES». ¿Qué es el administrador? Esa es nuestra función. ¿Qué se requiere del administrador? Este es nuestro deber. No estamos hablando ahora de nadie de los que están fuera, sino de vosotros, hermanos, y de mí mismo; por lo tanto, hagamos una aplicación personal de todo lo que se dice.

1. Primeramente, *un administrador es tan sólo un siervo*. Quizá no siempre se acuerda; y es cosa lamentable que el siervo empiece a pensar que es el amo. Es una lástima que los siervos, cuando son honrados por su amo, sean tan propensos a tener ínfulas. ¡Qué ridículo puede llegar a ser el administrador! No me estoy refiriendo a los administradores y lacayos, sino a nosotros mismos. Si nos engrandecemos a nosotros mismos, llegaremos a ser despreciables; y no engrandeceremos ni a nuestra función ni al Señor. Somos siervos de Cristo, y no señores sobre su heredad.

Los ministros son para las iglesias, y no las iglesias para los ministros. Trabajando entre las iglesias, no podemos osar considerarlas como fincas a explotar en beneficio propio, ni jardines para cultivar según nuestro propio gusto. Algunos hombres hablan de una forma de gobierno libe-





LA MAYORDOMÍA

ral en su iglesia. Que sean liberales con lo que es suyo; pero que un administrador de Cristo se jacte de ser liberal con los bienes de su Maestro es cosa muy distinta. Como administradores, somos tan sólo siervos de categoría; ¡ojalá que el Señor mantenga en nosotros un espíritu de cordial obediencia! Si no tenemos cuidado en mantenernos en nuestro debido lugar, el Maestro no dejará de amonestarnos y de humillar nuestro orgullo. ¡Cuántas de nuestras aflicciones, fracasos y depresiones, proceden de que nos sentimos demasiado orgullosos! Estoy seguro de que ninguno de los que han sido honrados por Dios públicamente es del todo extraño a los castigos administrados a puerta cerrada, que impiden que la carne soberbia se exalte indebidamente. ¡Cuántas veces he orado: «No me apartes de tu servicio, Señor»!, pues un administrador despedido es objeto de conmiseración entre los siervos de su Señor. En otros tiempos era grande y poderoso, y cabalgaba en el mejor caballo; pero cuando está despedido, cuenta menos que el más insignificante de los vaqueros. ¡Ved cuán contento está de ser recibido, como agradecido huésped, en las humildes casitas de aquellos que en otros tiempos le miraban con especial respeto, cuando representaba a su Señor! Cuidad de no ser exaltados sobremanera, no sea que seáis aniquilados.

2. *El administrador es un siervo de tipo especial*, pues tiene que supervisar a los demás siervos, lo cual es difícil. Un antiguo amigo mío, que está ahora con Dios, dijo en una ocasión: «Siempre he sido pastor. Durante cuarenta años fui pastor de ovejas, y durante otros cuarenta fui pastor de hombres, y el segundo rebaño era mucho más pusilánime que el primero». Este testimonio es verdadero. Creo haber oído decir que la oveja tiene tantas enfermedades como días hay en el año; pero estoy seguro de que el otro tipo de oveja es capaz de tener diez veces más enfermedades. El trabajo del pastor es agobiador. Nuestros compañeros de servicio son asediados por toda clase de dificultades; y es lástima tener que decir que los administradores





UN MINISTERIO IDEAL

poco sabios causan muchas más de las que serían necesarias, debido a que esperan la perfección en los demás, aunque ellos no la poseen. Después de todo, nuestros compañeros de servicio han sido sabiamente seleccionados; pues Aquél que los puso en Su casa sabía lo que hacía; de todos modos son escogidos por Él, y no por nosotros. No es a nosotros a quienes corresponde hallar defectos en lo que el Señor ha escogido. Es cosa muy común en algunos injuriar a la Iglesia; pero dado que la Iglesia es la esposa de Cristo, es bastante peligroso criticar a la amada del Señor. Me siento, con respecto a la Iglesia, un poco como David respecto a Saúl; no me atrevo a levantar la mano contra el ungido del Señor. Mucho mejor será que encontremos los defectos que hay en nosotros en vez de hacerlo en nuestra congregación, si hay algo malo en ella.

Aun así, los miembros de nuestra iglesia son seres humanos, y el mejor de ellos es tan sólo humano, aún en el mejor sentido; dirigir, instruir, consolar y ayudar a tantos espíritus diferentes, no es tarea fácil. El que gobierna entre los hombres, en el nombre de Dios, debe ser hombre; y lo que es más, debe ser hombre de Dios. Debe estar dotado de la gracia, debe ser de estirpe real, y debe sobrepasar a sus compañeros por la cabeza y los hombros. Los hombres acatarán la verdadera superioridad, pero no las pretensiones oficiales. La posición superior ha de estar sostenida por aptitudes superiores. El administrador ha de saber más que el labrador y el peón. Debe tener inteligencia superior a la del guardabosques y el carretero, y un carácter más eficiente que María y Juan, que han de recibir órdenes de él. Como administradores, es preciso que tengamos gracia abundante, pues de lo contrario no cumpliremos nuestros deberes, ni alcanzaremos una buena graduación.

Los demás siervos se regirán por lo que hagamos. El administrador apático, inerte y lento, tendrá a su alrededor un equipo de siervos lentos, y los negocios de su amo irán bastante mal. Los que viajan deben haber notado que los criados de un hotel se parecen mucho al propietario





LA MAYORDOMÍA

del mismo; cuando el amo es animoso, atento y cortés, todas las doncellas y camareros participan de su carácter; pero si os mira agriamente y os trata con indiferencia, descubriréis que el establecimiento entero tiene un aire desdeñoso. Un ministro pronto se ve rodeado de personas como él: «A tal cura, tales feligreses». ¡Ojalá que siempre seamos despiertos y fervorosos en el servicio del Señor Jesús, para que nuestra congregación sea también despierta! He leído de un teólogo puritano que estaba tan rebosante de vida que su congregación decía que vivía como si se alimentara de cosas vivas. ¡Ojalá que nuestra vida sea sustentada por el pan vivo!

A menos que nosotros mismos seamos llenos de la gracia de Dios, no seremos buenos administradores para dirigir a nuestros compañeros de servicio. Debemos ser para ellos un ejemplo de celo y ternura, constancia, esperanza, energía y obediencia. Es preciso que practiquemos personalmente la constante abnegación, y seleccionemos como parte nuestra del trabajo lo más difícil y lo más humillante. Hemos de elevarnos por encima de nuestros compañeros mediante un desinterés superior. Encarguémonos de ir a la cabeza de las empresas peligrosas, y de llevar las cargas más pesadas. El archidiácono Haer daba una conferencia en el Trinity College cuando se oyó el grito de «¡Fuego!» Sus alumnos salieron corriendo, y formaron cadena para pasarse los cubos de agua desde el río hasta el edificio en llamas. El catedrático vio a un estudiante tísico metido en el agua hasta la cintura, y le gritó: « ¡Cómo! ¿Tú en el agua, Sterling?» La respuesta fue: «Alguien debe estar en ella, ¿y por qué no yo, tanto como otro?» Digámonos a nosotros mismos: «Es preciso que algunos hagan las labores penosas de la Iglesia, y trabajen en los lugares más duros, ¿y por qué no hemos de ser nosotros los que ocupemos tal puesto?» El Señor ascenderá a los que no escogen por sí mismos, sino que están dispuestos a cualquier cosa y a todas las cosas. El que ha vencido su miedo en la hora del peligro tendrá como recompensa el privilegio de poder demostrar aún mayor valor. El que es fiel so-





UN MINISTERIO IDEAL

bre poco, será escogido para un puesto de trabajo más difícil y prueba más severa; éste es el ascenso a que aspiran los siervos leales de nuestro Rey.

3. A continuación, recordemos que *los administradores son siervos bajo las órdenes más inmediatas del gran Maestro*. Hemos de ser como el administrador que va todos los días a las habitaciones privadas de su señor para recibir órdenes. Juan Labrador nunca estuvo en el salón del patrono, pero el administrador suele ir allí. Si dejara de consultar al patrono, pronto cometería errores, y se vería envuelto en graves responsabilidades. ¡Cuán a menudo deberíamos decir: «Señor, muéstrame lo que quieres que haga»! Dejar de mirar a Dios para aprender y practicar Su voluntad, sería abandonar nuestra verdadera posición. ¿Qué se le hará a un administrador que nunca se comunica con su amo? Darle su salario y que se vaya. El que hace su propia voluntad y no la de su señor, no tiene valor alguno como administrador .

Hermanos, es preciso que estemos continuamente esperando órdenes de Dios. Es preciso cultivar el hábito de ir a Él en busca de órdenes. ¡Qué agradecidos debiéramos estar de que nuestro Amo esté siempre al alcance de nuestra voz! Él guía a sus siervos con sus ojos; y junto con su dirección, también el poder necesario. Él hará que nuestros rostros brillen ante los ojos de nuestros compañeros si tenemos comunión con Él. Nuestro ejemplo ha de alentar a otros a estar a las órdenes del Señor continuamente. Ya que nuestra ocupación es decirles el pensamiento de Dios, estudiemos muy cuidadosamente ese pensamiento. Confío en que no estoy hablando a un solo hombre que haya caído en el descuidado hábito de salir a su trabajo sin haber tenido antes comunión con su Señor; pues persona tan desdichada, al estar sin contacto con su Señor, ejercerá una influencia perniciosa sobre el resto de la casa, haciéndola ociosa, indiferente o insatisfecha, cuando no carente de espíritu. Si el administrador no siente interés por los asuntos de su amo, o si es obstinado y qui-





LA MAYORDOMÍA

siese alterar o invertir las órdenes de su amo si se atreviera; o si de alguna manera se entremete en cosas que no debe, como hizo el mayordomo Injusto de la parábola, entonces los siervos que están a sus órdenes aprenderán a ser desleales. Podría señalar cuánto se hace en esta tendencia en ciertas iglesias, pero me abstengo. El Maestro vendrá pronto, y ¡ay del mayordomo que al rendir cuentas sea hallado infiel!

4. Asimismo, *los administradores están constantemente rindiendo cuentas*. Han de dar cuentas sobre la marcha. Un propietario eficiente exige la cuenta de salidas y entradas cada día. Hay mucha verdad en el antiguo proverbio que dice que «las cuentas cortas hacen amistades largas». Si tenemos cuentas cortas con Dios, tendremos larga amistad con ÉL. Me pregunto si alguno de vosotros lleva la cuenta de sus faltas y defectos. Quizá entonces emplearéis mejor el tiempo en esfuerzos constantes para servir a vuestro Amo y aumentar su finca. Cada uno debe preguntarse a sí mismo: «¿Qué consigo con mi predicación? ¿Es lo que conviene que sea? ¿Estoy dando prominencia a aquellas doctrinas que mi Señor quiere que presente ante todo? ¿Tengo por las almas el interés que Él desea que yo tenga?». Es buena cosa repasar así toda la propia vida, y preguntarse: « ¿Concedo tiempo suficiente a la oración privada? ¿Estudio las Escrituras tan intensamente como debo? Voy corriendo a muchas reuniones; pero, ¿estoy en todo esto cumpliendo las órdenes de mi Maestro? ¿No es posible que me esté dando satisfacción a mí mismo con la apariencia de hacer mucho, mientras que en realidad haría más si fuera más cuidadoso en la calidad del trabajo que en su cantidad?» ¡Ojalá vayamos a menudo al Señor, y tengamos siempre correctas y claras nuestras cuentas con él!

5. Viniendo al punto principal: *el administrador es el depositario de los bienes de su amo*. Todo lo que tiene pertenece a su amo, y es custodio de tesoros especiales, no para que haga con ellos lo que guste, sino para cui-





UN MINISTERIO IDEAL

dar de ellos. El Señor nos ha confiado a cada uno ciertos talentos, los cuales no nos pertenecen. Los dones del conocimiento, el pensamiento, el habla y la influencia, no son nuestros para que nos gloriemos en ellos, sino que los tenemos en depósito para administrarlos para el Señor. La libra que gana cinco libras es *Suya*.

Deberíamos aumentar nuestro capital. ¿Hacen esto todos los jóvenes hermanos? ¿Estáis creciendo en dones y capacidad? Hermanos, cuidad de vosotros mismos. Observo que algunos hermanos crecen, y otros están estancados y se convierten en enanos sin desarrollo. Los hombres, a semejanza de los caballos, causan muchos desengaños; los buenos potros se vuelven cojos de repente, o adquieren un vicio que nadie les había sospechado. Lástima que haya tantos jóvenes que destruyen nuestras esperanzas; son extravagantes en sus gastos; se casan desatinadamente, caen presa del malhumor, buscan opiniones novedosas, ceden a la pereza y a la relajación, o dejan de progresar de alguna otra manera. Empero la labor más necesaria y provechosa es precisamente la que dedicamos a mejorar mental y espiritualmente. Hagáis lo que hagáis cuidad de vosotros, y de vuestra doctrina. Los que descuidan el pensar para poder estar continuamente charlando, son muy necios; se parecen al administrador que no hace nada en la granja, pero habla extensamente de lo que tendría que hacerse. Los perros mudos no pueden ladrar, pero los perros prudentes no están siempre ladrando. Estar siempre dando y nunca recibiendo, tiende a la vacuidad.

Hermanos, somos «administradores de los misterios de Dios»; se nos ha «confiado el Evangelio». Pablo habla del glorioso Evangelio del Dios bendito que fue confiado a su cuidado. Espero que ninguno de vosotros haya tenido jamás la desgracia de ser hecho fideicomisario. Es una función ingrata. Al desempeñarla, hay poco margen para la originalidad; nos vemos obligados a administrar nuestro depósito con exactitud rigurosa. Uno desea recibir más dinero, el otro desea alterar una cláusula en la escritura;





LA MAYORDOMÍA

pero el fiel administrador se atiene al documento, y lo obedece. Cuando le atosigan, le oigo decir: «Lo siento, yo no redacté el documento; no soy más que administrador de un depósito, y estoy obligado a cumplir las cláusulas». El Evangelio de la gracia de Dios necesita grandes reformas, es lo que me dicen; pero sé muy bien que no tengo por qué reformarlo; lo que tengo que hacer es obrar conforme a lo que dice. Sin duda muchos quisieran reformar a Dios mismo borrándolo de la faz de la tierra, si pudieran. Reformarían la expiación hasta que no existiera. Se nos pide efectuar grandes cambios, en nombre del «espíritu del siglo». Desde luego, se nos advierte que el mismo concepto del castigo del pecado es una reliquia bárbara de la edad media, y es preciso abandonarlo, y con él la doctrina de la sustitución, y muchos otros dogmas pasados de moda. Nosotros no tenemos nada que ver con esas exigencias, tenemos que predicar el Evangelio tal como lo encontramos. Como depositario, si se disputa mi proceder, me atengo a la letra de la escritura; y si algunos están en desacuerdo, tienen que llevar sus reclamaciones al tribunal correspondiente, pues yo no tengo poderes para alterar el texto. Somos simples administradores; y si no se nos permite actuar, llevaremos el asunto entero a la Cancillería celestial. La disputa no es entre nosotros y el pensamiento moderno, sino entre Dios y la sabiduría de los hombres. Dicen ellos: «Es que es absurdo seguir machacando esta antiquísima historia». No nos importa lo antigua que sea; puesto que vino de Dios, la repetimos en su Nombre. Llamadla como queráis, está en el Libro del que nosotros sacamos nuestra autoridad. «*Pero, ¿es que no tenéis juicio propio?*» Quizá lo tenemos, y tanto como los que se nos oponen; pero nuestro juicio no se inventa nada, nos guía simplemente a administrar lo que nos ha sido confiado. Los administradores tienen que atenerse a las órdenes recibidas, y deben cumplir las condiciones que les han sido impuestas.

Hermanos, en esta hora presente «somos puestos para la *defensa* del Evangelio». Si hay hombres que han sido





UN MINISTERIO IDEAL

llamados a este cargo, somos nosotros. Estamos en tiempos de inseguridad: los hombres han levado anclas y están siendo llevados por vientos y corrientes de tipo diverso. En cuanto a mí, en esta hora de peligro, no solamente he echado el ancla grande de proa, sino que además he echado cuatro anclas en popa. Quizás esto no sea lo acostumbrado; pero en nuestros tiempos es necesario estar bien anclado. Los razonamientos escépticos quizá me hayan movido en otros tiempos, pero no ahora. ¿Nos piden nuestros enemigos que guardemos las espadas y dejemos de luchar por la fe antigua? Nosotros contestamos como los griegos dijeron a Jerjes: «Venid y tomadlas». Hace poco tiempo, los pensadores avanzados iban a barrer a los ortodoxos para echarlos al limbo; pero hasta ahora, hemos sobrevivido a sus asaltos. Son unos jactanciosos que no conocen la vitalidad de las verdades evangélicas. No, el glorioso Evangelio no perecerá jamás. Si hemos de morir, moriremos luchando. Si hemos de desaparecer personalmente, nuevos evangelistas predicarán sobre nuestras tumbas. Las verdades evangélicas son como los dientes del dragón que Cadmo sembraba: producen hombres completamente armados para la batalla. El Evangelio vive por la muerte. Sea como fuere, en esta lid, si no somos victoriosos, seremos por lo menos fieles.

6. El trabajo del administrador consiste en distribuir los bienes de su amo según el objeto a que están destinados. Ha de sacar cosas nuevas y viejas, ha de ofrecer leche a los niños y carne sólida a los hombres, dando a cada uno su porción oportunamente. Me temo que en algunas mesas los hombres fuertes han estado esperando mucho tiempo la carne y hay pocas esperanzas de que aparezca; lo que abunda más es la leche con agua. El domingo pasado alguien fue a oír a cierto predicador, y se quejó de que no predicaba a Cristo. Otro contestó que quizá no era el momento adecuado; pero el momento adecuado para predicar a Cristo es cada vez que se predica. Los hijos de Dios están siempre hambrientos, y no hay pan que los satisfaga, excepto el que viene del cielo.





LA MAYORDOMÍA

El administrador prudente ha de mantener la proporción verdadera. Sacará cosas nuevas y viejas; no siempre doctrina, no siempre práctica, y no siempre experiencia. No siempre predicará el conflicto, ni siempre la victoria; no presentando un solo aspecto de la verdad, sino una especie de vista estereoscópica que hará que la verdad «destaque por su evidencia». Gran parte de la preparación de los alimentos espirituales consiste en la correcta proporción de los ingredientes. Uno usaba la palabra que no debía al decir que en sus sermones ponía tres partes de calvinismo y dos de arminianismo; queriendo decir, según después me enteré, que predicaba un Evangelio completo y al mismo tiempo gratuito: en sus intenciones, estoy de acuerdo con él. Demos una buena porción de experiencia, sin olvidar aquella vida superior que consiste en una creciente humildad espiritual. Demostrar a fondo nuestro ministerio exigirá mucha discriminación; pues la falta de proporción en lo que se predica ha causado graves daños a muchas iglesias. La senda de la sabiduría es tan estrecha como el filo de la navaja, y para seguirla necesitaremos la sabiduría divina. No se toca el arpa usando una sola cuerda. Los siervos de nuestro Amo murmurarán si no les damos más que «carne caliente y carne fría». De la despensa del Maestro hemos de sacar una gran variedad de alimentos, adecuada para el desarrollo de la virilidad espiritual. El exceso en una dirección y el defecto en otra, pueden producir mucho mal; por lo tanto, usemos el peso y la medida, y busquemos dirección.

Hermanos, cuidado de usar vuestros talentos para vuestro Amo, y sólo para Él. Desear ser pescadores de almas para que piensen que lo somos, es deslealtad al Señor. Es infidelidad al Señor aun predicar doctrina sana si es con objeto de que se nos tenga por sanos, u orar fervientemente con el deseo de ser conocidos como hombres de oración. Hemos de buscar la gloria del Señor con ojo sencillo, y de todo corazón. Es preciso que usemos el Evangelio del Señor, la congregación del Señor, y los talentos del Señor, para Él y para nadie más.





UN MINISTERIO IDEAL

7. *El administrador debe ser también el guarda de la familia de su amo.* Cuidad de los intereses de todos los que están en Cristo Jesús, y que todos sean tan caros para vosotros como vuestros propios hijos. En tiempos antiguos, los criados solían estar tan unidos a la familia, y tan interesados en los asuntos de sus amos, que hablaban de *nuestra casa, nuestras tierras, nuestro coche, nuestros caballos y nuestros hijos.* Así es como el Señor quiere que nos identifiquemos con sus negocios santos; y especialmente quiere que amemos a sus escogidos. Nosotros, más que nadie, debemos poner nuestras vidas por los hermanos. Debido a que pertenecen a Cristo, los amamos por causa de Él. Confío que cada uno de nosotros pueda decir de todo corazón:

«No hay cordero en Tu rebaño
que desdeñe apacentar.»

Hermanos, amemos de corazón a todos aquellos a quienes Jesús ama. Especialmente a los probados y a los sufridos. Visitad a los huérfanos y a las viudas. Cuidad de los débiles y desmayados. Soportad a los melancólicos y desesperados. Tened presentes a todos los de la casa, y así seréis buenos mayordomos.

8. Terminaré este cuadro diciendo que *el administrador representa a su amo.* Cuando el amo está lejos, todos vienen al administrador para recibir órdenes. El que representa a un Señor como el nuestro necesita portarse bien. El administrador debe hablar mucho más cuidadosa y prudentemente cuando habla por su señor que cuando lo hace por su cuenta. A menos que sea precavido en lo que dice, su señor puede verse obligado a decirle: «Harías mejor en hablar por tu cuenta: no puedo permitirte que me representes de manera tan falsa». Amados hermanos y compañeros de servicio, el Señor Jesús es mal representado por nosotros si no guardamos su camino, declaramos su verdad, y manifestamos su espíritu. Por el criado, la gente deduce quién es el amo; ¿no está justificado





LA MAYORDOMÍA

que así lo hagan? ¿No debe actuar el administrador a la manera de su maestro? No podéis separarlos, ni al amo de su administrador, ni al Señor de su representante. A un puritano le dijeron que era demasiado cuidadoso; pero él replicó: «Sirvo a un Dios cuidadoso». Hemos de ser bondadosos, pues representamos al bondadoso Jesús. Hemos de ser celosos, pues representamos a Alguien que se envolvía en el celo como en una capa. Nuestro mejor guía, cuando no estemos seguros de lo que hemos de hacer, se hallará en la respuesta a la pregunta «¿Qué haría Jesús?» Al deliberar sobre si ir a un lugar de esparcimiento, podéis poner fin a las dudas diciendo: «Voy a ir si sé que mi Amo hubiera ido». Si os sentís movidos a hablar acaloradamente, cuidado que sea sólo con el calor que habría mostrado vuestro Señor.

Si quieren que habléis de vuestros propios pensamientos más que de la verdad revelada, seguid a Jesús, que no hablaba de sus propios pensamientos, sino de los del Padre. De este modo actuaréis como debe hacerlo un administrador. En esto -estriba vuestra sabiduría, vuestro consuelo y vuestro poder. Cuando alguien acusó a un administrador de locura, él se limitó a replicar: «Decid lo que queráis de lo que hice, pues yo estaba siguiendo las órdenes de mi señor». Quisquillosos, no censuréis al administrador. Ha hecho conforme a lo mandado por su superior; ¿qué otra cosa queráis que hiciese? Nuestra conciencia está limpia, y nuestro corazón en reposo, cuando nos damos cuenta de que hemos tomado la cruz, y hemos seguido las huellas del Crucificado. La sabiduría es justificada por sus hijos. Si no hoy, a la larga se verá que la obediencia es mejor que la originalidad, y la capacidad para ser enseñado más de desear que el genio. La revelación de Jesucristo vivirá más que las especulaciones humanas. Nos damos por satisfechos, más aún, sentimos anhelo por no ser considerados como pensadores originales y hombres de inventiva; deseamos dar a conocer los pensamientos de Dios, y terminar la obra que Él está obrando en nosotros poderosamente.





UN MINISTERIO IDEAL

La segunda parte de mi mensaje tratará de NUESTRAS OBLIGACIONES COMO ADMINISTRADORES. «Se requiere de los mayordomos, que cada uno sea hallado fiel». No se requiere que cada uno sea hallado ingenioso, o agradable a sus asociados, ni siquiera que sea hallado eficiente. Todo lo que se requiere es que sea hallado fiel; y en verdad que no es cosa de poca importancia. Será necesario que el Señor mismo sea nuestra sabiduría y nuestro poder, pues de lo contrario fracasaremos. Muchas son las maneras en que podemos fallar en este punto, por muy sencillo que parezca ser.

1. Podemos dejar de ser fieles *actuando como si fuéramos jefes en vez de subordinados*. Surge en nuestra iglesia una dificultad que podría arreglarse fácilmente con indulgencia y amor, pero nos «plantamos en nuestra dignidad»; y entonces al criado le queda pequeña la librea. Podemos ser muy elevados y poderosos si queremos; y cuanto más pequeños somos, tanto más fácilmente nos hinchamos. No hay gallo más imponente en la pelea que el enano; y no hay ministro más dispuesto a contender por su «dignidad» que el hombre que no tiene dignidad. ¡Qué aspecto tan necio el nuestro cuando nos hacemos «grandes»! El administrador cree que no ha sido tratado con el debido respeto, y va a hacer «que los criados se enteren de quién es». El otro día, su amo fue insultado por un inquilino enojado y no hizo caso, pues tenía demasiado sentido común para molestarse por asunto tan insignificante; pero su administrador no pasa nada por alto, y se inflama por todo: ¿debiera ser así? Me parece ver al bondadoso amo poner la mano sobre el hombro del furioso criado y oírle decir: «¿No puedes soportarlo? Yo he soportado mucho más».

Hermanos, el Señor «sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo», ¿y nos cansaremos y desmayaremos en nuestros espíritus? ¿Cómo podemos ser administradores del bondadoso Jesús si nos portamos altivamente? No nos demos demasiada importancia, ni





LA MAYORDOMÍA

tratemos de señorear sobre la heredad de Dios; pues Él no lo quiere así, y no podemos ser fieles si cedemos al orgullo.

También fracasaremos en nuestros deberes como administradores si empezamos a especular con el dinero del Señor. Quizá podemos disponer de lo nuestro, pero no del dinero del Señor. No se nos ha dicho que especulemos, sino que nos «ocupemos» hasta que venga. Comerciar honradamente con sus mercaderías es una cosa; pero lanzarse a jugar y correr riesgos ilícitos es muy diferente. No pienso especular con el Evangelio de mi Señor, soñando que puedo mejorarlo por medio de mis propios y profundos pensamientos, o echando a volar en compañía de los filósofos. Aun tratándose de salvar almas, no vamos a hablar de otra cosa que del Evangelio. Aunque pudiese crear una gran conmoción enseñando doctrinas novedosas, aborrecería tal pensamiento. Provocar un avivamiento suprimiendo la verdad, es obrar falsamente; es un fraude piadoso, y el Señor no desea ningún beneficio que pueda venir por medio de semejantes transacciones. Nuestra parte consiste en usar simple y honradamente las libras del Señor, y entregarle el beneficio obtenido en los negocios justos.

Somos administradores y no señores, y por ello es preciso que negociemos en nombre de nuestro Amo y no en el nuestro propio. No corresponde a nosotros el fabricar una religión, sino proclamarla; y aun esta proclamación ha de hacerse no por nuestra autoridad propia, sino que ha de estar siempre basada en la de nuestro Señor. Somos «coadyutores juntamente con Él». Si un hermano se establece por su cuenta, lo estropeará todo, y en breve tiempo quebrará espiritualmente. Su crédito pronto se agotará cuando desaparezca el nombre de su Señor. Nada podemos hacer en nuestra mercadería espiritual sin el Señor. No tratemos de actuar por nuestra propia cuenta, sino conservemos nuestro puesto cerca del Jefe en toda humildad espiritual.

2. Es posible que lleguemos a ser desleales a lo que se nos ha encomendado *si actuamos para agradar a los hombres*.





UN MINISTERIO IDEAL

Cuando el administrador estudia el modo de agradar al labrador o de satisfacer los caprichos de la sirvienta, las cosas han de ir necesariamente mal, pues todo está desplazado. Influidos unos sobre otros, y somos influidos también recíprocamente. Los más grandes son afectados inconscientemente en cierto grado por los más insignificantes. El ministro ha de ser influido de manera abrumadora por el Señor su Dios, de modo que las demás influencias no le aparten de la fidelidad. Tenemos que recurrir continuamente al cuartel general, y recibir la Palabra de la boca del Señor mismo, para poder ser continuamente guardados en la rectitud y la verdad; de lo contrario, pronto seremos parciales, aunque no nos demos cuenta de ello. No ha de haber reservas que tengan por objeto agradar a otra persona, ni carreras apresuradas para satisfacer a algunos, ni el más mínimo desplazamiento para satisfacer incluso a la comunidad entera. No hemos de tocar cierta nota para obtener la aprobación de tal partido, ni tampoco silenciar una doctrina importante para evitar ofender a determinado grupo. ¿Qué tenemos que ver con los ídolos, sean muertos o vivos? ¡Si os proponéis complacer a todo el mundo, menudo trabajo os espera! Las labores de Sísifo y los trabajos de Hércules no son nada en comparación con esto. Es preciso que no adulemos a los hombres. Si agradamos a los hombres, desagradaremos a nuestro Dios; de modo que el éxito en la tarea que nos hemos impuesto sería fatal para nuestros intereses eternos. Tratando de agradar a los hombres, no lograremos ni siquiera agradarnos a nosotros mismos. Agradar al Señor, aunque parezca muy difícil, es una tarea más fácil que agradar a los hombres. Mayordomo, ¡mira sólo a tu Amo!

3. No seremos tenidos por administradores fieles *si somos ociosos y malgastamos el tiempo*. ¿Conocéis ministros perezosos? He oído hablar de ellos; pero cuando los veo con mis ojos, mi corazón los aborrece. Si os proponéis ser perezosos, hay muchos campos en que no os querrán; pero,





LA MAYORDOMÍA

por encima de todo, no se os quiere en el ministerio cristiano. El hombre que encuentra que el ministerio es una vida fácil, encontrará también que va a traerle una muerte difícil. Si no somos laboriosos, no somos verdaderos administradores; pues hemos de ser ejemplos de diligencia para la casa del Rey. Me gusta el precepto de Adam Clarke: «Mataos trabajando y luego resucitad a fuerza de oraciones». Nunca cumpliremos con nuestro deber para con Dios o los hombres si somos holgazanes.

Con todo, algunos que siempre están ocupados pueden, a pesar de ello, ser infieles, si todo lo que hacen es hecho de manera deslabazada y perdiendo el tiempo. Si jugamos a predicar, hemos escogido un juego terrible. Echar los textos como quien echa naipes y hacer ensayos literarios con temas que mueven cielo y tierra es vergonzoso. Tenemos que ser serios como la muerte en trabajo tan solemne. Hay chicos y chicas que siempre están en risoteos pero nunca ríen de veras; son la imagen misma de ciertos predicadores que siempre están bromeando. Me gusta reír de veras; el verdadero humor puede ser santificado, y los que pueden mover a los demás a sonreír también pueden moverlos a llorar. Pero aun este poder tiene límites que el necio puede sobrepasar. Sin embargo, no hablo ahora del excéntrico convencido. Los hombres en que estoy pensando son sardónicos y sarcásticos. Un hermano fervoroso comete una equivocación en gramática, y lo observan con desprecio; otro devoto creyente yerra en una cita clásica, y esto también les proporciona un gran placer. El fervor y la devoción no cuentan; o mejor dicho, son la razón secreta del desprecio en estos críticos superfinos y superficiales. Para ellos el Evangelio no es nada; su ídolo es la inteligencia. En cuanto a sí mismos, su preocupación principal es descubrir lo que más les honrará dentro de la escuela filosófica a que pertenecen. No tienen ni convicciones ni creencias, sino tan sólo gustos y opiniones, y todo ello es un juego del principio al fin. Os ruego que, sobre todo, no os acerquéis a la silla de los escarnecedores ni al asiento de los que pierden el tiem-





UN MINISTERIO IDEAL

po. Sed seriamente fervorosos. Vivid como hombres que tienen algo por lo cual vivir; y predicad como hombres para quienes la predicación es la más sublime actividad de su ser. Nuestro trabajo es el más importante que existe debajo del cielo o, de lo contrario, es pura falsedad. Si no sois fervorosos en obedecer las instrucciones de vuestro Señor, Él dará su viña a otro; pues no tolerará a los que convierten Su servicio en algo sin importancia.

4. Cuando *hacemos mal uso de lo que pertenece a nuestro Amo*, somos desleales a lo que se nos ha confiado. Se nos ha confiado cierto grado de talento, fortaleza e influencia, y hemos de usar este depósito con un sólo propósito. Nuestro objetivo es fomentar la honra y la gloria del Maestro y Señor. Hemos de buscar la gloria de Dios, y nada más. Sea como sea, que todos usen la máxima influencia en el bando justo en política; pero ningún ministro tiene libertad para usar su posición en la iglesia para favorecer los fines de un partido. No censuro a los que trabajan en pro de la templanza; pero aun este admirable movimiento no ha de ocupar el lugar del Evangelio: espero que nunca lo hagan. Sostengo que ningún ministro tiene derecho a usar su capacidad o su cargo para ofrecer meras diversiones a la multitud. El Maestro nos ha enviado a pescar almas; todo lo que tienda a ese fin está dentro del campo de lo que se nos ha encomendado; pero lo que lleva directa y claramente a dicho fin es nuestro trabajo principal. El peligro estriba actualmente en usar el teatro, el semiteatro, los conciertos, etcétera. Hasta que yo vea que el Señor Jesús ha usado un teatro o preparado un auto sacramental, no pensaré en emular a la escena o competir con las salas de conciertos. Si me ocupo en mis negocios, predicando el Evangelio, tendré bastante que hacer. Para la mayoría de los hombres basta un objetivo: uno como el nuestro es suficiente para cualquier ministro, por muchos que sean sus talentos y por muy polifacético que sea su espíritu.

No uséis los bienes de vuestro Amo indebidamente, no





LA MAYORDOMÍA

sea que seáis culpados de abuso de confianza. Si vuestra consagración es verdadera, todos vuestros dones son del Señor, y sería una especie de desfalco usarlos, para otra cosa que para Él. No tenéis que hacer fortuna para vosotros mismos; no creo probable que la hagáis en el ministerio bautista. No habéis de tener un segundo fin u objeto. «Sólo Jesús» ha de ser el motivo y lema de vuestra carrera vitalicia. El deber del administrador es estar consagrado a los intereses de su patrono; y si olvida esto a causa de algún otro objeto, por muy laudable que el tal pueda ser, no es fiel. No podemos permitir que nuestras vidas vayan por dos canales; no tenemos suficiente fuerza vital para dos objetivos. Es preciso que seamos de corazón sencillo. Hemos de aprender a decir: «Una cosa hago». En todos los departamentos y detalles de la vida, ha de verse la señal de la consagración, y no debemos permitir que sea ilegible. Vendrá día en que todos los detalles serán examinados en la audiencia final; y a nosotros corresponde como administradores tener en cuenta el escrutinio del Señor en todos los aspectos de nuestra vida.

5. Si deseamos ser fieles como administradores, *es preciso que no descuidemos a ninguno de la familia*, ni ninguna parte de la finca. Me pregunto si practicamos la observación personal de nuestros oyentes. Nuestro amado amigo, el señor Archibald Brown, tiene razón cuando dice que Londres necesita no sólo las visitas casa por casa sino habitación por habitación. En el caso de nuestra congregación, tenemos que ir más lejos y practicar las visitas alma por alma. Ciertas personas sólo pueden ser alcanzadas por el contacto personal. Si tuviese ante mí cierto número de botellas, y tuviese que llenarlas con una manguera, mucha agua se perdería; si quiero estar seguro de llenarlas, debo tomarlas una por una y echar dentro el líquido cuidadosamente. Tenemos que velar por nuestras ovejas una por una. Esto ha de hacerse no sólo mediante la conversación personal, sino por medio de la oración personal.





UN MINISTERIO IDEAL

El doctor Guthrie relata que visitó a un enfermo que fue de gran consuelo para su alma, pues le dijo que tenía la costumbre de acompañar a su ministro en sus visitas. «Mientras estoy acostado, le seguiré a usted en sus visitas. Recuerdo sin interrupción casa tras casa en mis oraciones, y oro por el marido, su esposa y sus hijos, y todos los que viven con él». Así, sin dar un paso, el santo enfermo visitaba a McFarlane, a Douglas y a Duncan, y a todos los demás a quienes su pastor iba a ver. Así deberíamos recorrer nuestro campo y visitar las congregaciones, sin olvidar a nadie, sin desesperar de ninguno, llevándolos a todos en el corazón ante el Señor. Pensemos especialmente en los pobres, los extravagantes, los desesperados. Que nuestros cuidados, como las vallas de un redil, rodeen todo el rebaño.

Vayamos a la caza de localidades descuidadas, y procuremos que ninguna comarca quede sin los medios de la gracia. Esto no sólo se aplica a Londres, sino también a los pueblos, aldeas, y pequeños grupos de casas en el campo. El paganismo se esconde en los lugares solitarios tanto como en las barriadas superpobladas de las grandes ciudades. ¡Que todos los terrenos reciban la lluvia de la influencia del Evangelio!

6. Hay otra cosa que conviene no pasar por alto; para ser fieles, *es preciso que nunca tengamos connivencia con el mal*. Esta recomendación será bien acogida por ciertos hermanos cuyo único concepto de lo que es podar un árbol es cortarlo. Hay jardineros que cuando se les dice que los arbustos están un poco demasiado crecidos contestan: «Me ocuparé de ellos». A los pocos días, paseando por el jardín, veis la especie de venganza que han llevado a cabo. Algunos no pueden aprender lo que es el equilibrio de las virtudes; no saben matar un ratón sin prenderle fuego al granero. ¿Has dicho: «Fui fiel, jamás tuve connivencia con el mal?» Bien está; pero ¿no ocurrirá que, por un arrebato, hayas producido peor mal que el que has destruido? «Haga callar al niño», dice la ma-





LA MAYORDOMÍA

dre a la enfermera, y ésta al instante lo arroja por la ventana. Ha obedecido a su señora, haciendo callar eficazmente al niño; pero no será muy alabada. De modo que cedéis a un arrebató, y «le dais su merecido» a la congregación por el hecho de que no son lo que debieran ser: ¿sois vosotros todo lo que debierais ser? ¿Decís: «Van a enterarse de que aquí el amo soy yo»? ¿Es así? ¿Eres el amo?

Pero quizá os sintáis movidos a decirme: «¿No es cierto que usted ocupa una posición elevada en su propia iglesia?» Así es; pero, ¿cómo la he alcanzado? No tengo otro poder que el que la afabilidad y el amor me han dado. ¿Cómo he usado mi influencia? ¿He buscado la preeminencia? Preguntad a los que me rodean. Mas dejémoslo y volvamos a lo que estaba diciendo: no debemos permitir que el pecado quede sin reproche. Ceded en todos los asuntos personales, pero estad firmes en lo que toca a la verdad y la santidad. Hemos de ser fieles, para no incurrir en el pecado y el castigo de Elí. Sed honrados para con los ricos y los influyentes; sed firmes para con los vacilantes; pues su sangre os será demandada. Necesitaréis toda la sabiduría y la gracia que podáis alcanzar para cumplir vuestros deberes como pastores. Parece que ciertos predicadores carecen de aptitud para gobernar a los hombres, aptitud reemplazada por la capacidad de pegarle fuego a una casa, pues esparcen las brasas y los carbones encendidos dondequiera que van. No seáis como ellos. No combatáis contra carne y sangre; empero no hagáis muecas amistosas al pecado.

7. Algunos descuidan sus obligaciones como administradores de Cristo *olvidando que el Señor viene*. «Aún no», susurran algunos; «hay muchas profecías que cumplir; e incluso es posible que ni siquiera venga, en el sentido corriente del término. No hay prisa especial». ¡Ah, hermanos! Es el siervo infiel, quien dice: «Mi señor tarda en venir». Esta creencia le permite aplazar las tareas y labores. El criado no limpiará la habitación como deber diario, porque el Señor está lejos; y el siervo de Cristo piensa que





UN MINISTERIO IDEAL

puede tener una buena limpieza, en forma de avivamiento, antes que llegue su Señor. Si cada uno de nosotros se diese cuenta de que cada día puede ser el último, seríamos más intensos en nuestra labor. Mientras predicamos el Evangelio, cualquier día podemos ser interrumpidos por el son de la trompeta y el clamor: «He aquí viene el Esposo; salid a recibirle»

Esta esperanza contribuirá a acelerar nuestros pasos. Los días son cortos; el Señor está a la puerta; es preciso que trabajemos con todas nuestras fuerzas. No hemos de servir al ojo, excepto en el sentido de que trabajamos en la presencia del Señor, dado que Él está tan cerca. Estoy impresionado por la rapidez con que huye el tiempo, la veloz aproximación de la gran audiencia final. Estas Conferencias Anuales vuelven muy aprisa: a algunos de nosotros nos parece que sólo ha pasado un día o dos desde la reunión del año pasado, y la que será la última de ellas se acerca apresuradamente. Pronto estaré dando cuentas de mi mayordomía; o bien, de sobrevivir aún cierto tiempo, otros de entre vosotros podéis ser llamados a reuniros con vuestro Señor; pronto iréis a la casa del Señor si Él no viene pronto a vosotros. Es preciso que sigamos trabajando hora tras hora con la mirada puesta en la audiencia a que nos dirigimos, para que no seamos avergonzados de lo que estará registrado de nosotros en el volumen del libro.

Deberíamos orar mucho acerca de esta fidelidad en la mayordomía, porque *el castigo de la infidelidad es terrible*. En el palacio de los Dogos de Venecia hemos visto los retratos de aquellos potentados, alineados en prolongada fila en torno a una gran sala; uno de los espacios cuadrados destaca por no haber nada en él. Aunque no mires atentamente ninguno de los retratos, inevitablemente fijas la vista en aquel espacio y preguntas: «¿Qué significa esto?» Allí están los Dogos en todo su esplendor, y allí se ve el espacio vacío. Marino Faliero deshonoró su cargo, y el gran Consejo de la ciudad ordenó que su efigie fuera pintada de negro. ¿Será ésta la porción de alguno de los administradores presentes? ¿Seremos inmortales





LA MAYORDOMÍA

en la desgracia? ¿Se nos medirá eterna vergüenza y desprecio como traidores a nuestro Redentor? Recordad las palabras del Señor Jesús cuando dice del siervo infiel, que su Señor «le cortará por medio, y pondrá su parte con los hipócritas: allí será el lloro y el crujir de dientes». ¿Puede alguno de vosotros sondear ese abismo de horror?

La recompensa de todos los administradores fieles es sobremedida grande: aspiremos a ella. El Señor hará que el hombre que fue fiel en pocas cosas sea puesto sobre muchas cosas. Es extraordinario el pasaje en que nuestro Salvador dice: « Bienaventurados aquellos siervos a los cuales cuando el Señor viniere, hallare velando: de cierto os digo, que se ceñirá, y hará que se sienten a la mesa, y pasando les servirá». Es maravilloso que nuestro Señor ya nos haya servido; pero, ¿cómo podemos comprender que va a servirnos nuevamente? ¡Pensad en Jesús levantándose de su trono para servirnos! «¡Mirad!» exclama Él, «aquí viene uno que me sirvió fielmente en la tierra; abridle camino, vosotros los ángeles, dominios y potestades. Este es el hombre a quien el Rey se deleita en honrar». Y, con sorpresa por nuestra parte, el Rey se ciñe y nos sirve. Nos disponemos a clamar: «No sea así, Señor». Pero Él debe y quiere cumplir su palabra. Este honor inefable lo concederá a sus verdaderos siervos. ¡Feliz el hombre que, después de haber sido el más pobre y despreciado de los ministros, es ahora servido por el Rey de reyes! ¡Ojalá seamos del número de los que siguen al Cordero dondequiera que va! Hermanos, ¿podéis perseverar en vuestra firmeza? ¿Podéis beber de su copa, y ser bautizados con su bautismo? Recordad que la carne es débil. Las pruebas de la época actual son especialmente sutiles y graves. Clamad al Fuerte pidiendo fortaleza, y poneos en manos de su amor todopoderoso.

Es preciso que vayamos adelante, cueste lo que cueste, pues no podemos retroceder; no tenemos armadura que cubra nuestras espaldas. Creemos haber sido llamados a este ministerio, y no podemos ser desleales al llamamiento. A veces se nos acusa de decir cosas terribles acerca del





UN MINISTERIO IDEAL

infierno. No vamos a justificar todas las expresiones que hemos usado, pero aún no hemos descrito una desdicha tan profunda como la que esperará al ministro infiel. ¡El futuro de los perdidos sobrepasa toda idea, si lo consideramos a la luz de las expresiones usadas por el Señor Jesucristo mismo! Las figuras casi grotescas que dibujó el Dante, y los horrores descritos por los predicadores medievales, no exceden a la verdad enseñada por el Señor cuando hablaba del gusano que nunca muere, y el fuego que jamás se apaga. Ser echado a las tinieblas de afuera, anhelar en vano una gota de agua fría, o ser cortado por medio, son horrores sin igual. ¡Y los hombres corren ese riesgo! ¡Sí, y mil veces lástima que cualquier ministro se arriesgue así; que cualquier ser mortal suba al pináculo del templo y desde allí se eche al infierno! Si he de ser un alma perdida que lo sea como ladrón, blasfemo o asesino, y no como administrador infiel al Señor Jesucristo. Esto es ser un Judas, un hijo de perdición.

Recordad que si alguno de vosotros es infiel, gana una condenación superflua. No fuisteis forzados a ser ministros. No fuisteis obligados a entrar en tan sagrado oficio. Estáis aquí por vuestra propia elección. En vuestra juventud aspirasteis a tan santo servicio, y os considerasteis felices alcanzando vuestro deseo. Si nos proponíamos ser infieles a Jesús, no había necesidad de trepar a esta sagrada roca con objeto de multiplicar los horrores de nuestra caída final. Podríamos haber perecido suficientemente en los caminos ordinarios del pecado. ¿Qué necesidad había de ganar una mayor condenación? Terrible será el resultado si esto es todo lo que sacamos de nuestros estudios en el Colegio Teológico, y de nuestras vigiliass nocturnas para adquirir conocimientos. Mi corazón y mi carne tiemblan mientras considero la posibilidad de que alguno de nosotros sea hallado culpable de traición a lo que nos ha sido encomendado, y de deslealtad a nuestro Rey. Que nuestro buen Señor esté de tal manera con nosotros que, finalmente, seamos limpios de la sangre de todos. Será glorioso oír al Maestro decir: «Bien, buen siervo y fiel».





¡ADELANTE!

Hermanos, el tema básico de mi discurso esta mañana, se encuentra en las palabras de Dios a su siervo Moisés: «*Dí los hijos de Israel que marchen*». «Adelante» es la consigna de nuestra Conferencia. ¡Adelante, elegidos de Dios! La victoria está ante vosotros; vuestra misma seguridad está en esa dirección. Retroceder es perecer. La mayoría de vosotros habéis leído la historia del muchacho que, en una población americana, escaló el muro del famoso Puente Natural, grabó su nombre en la roca encima de las iniciales de sus compañeros, y repentinamente se dio cuenta de la imposibilidad de descender. Se oían voces que gritaban: «¡No mires abajo! ¡Trata de subir!» Su única esperanza estribaba en subir hasta alcanzar lo más alto. Subir era terrible, pero bajar significaba perecer. Ahora bien, queridos hermanos, todos nosotros nos encontramos en situación semejante. Por la ayuda de Dios, nos hemos abierto camino hasta ciertas posiciones de servicio; descender significa la muerte. Para nosotros, adelante es hacia arriba; y por lo tanto, vayamos adelante y hacia arriba. Mientras orábamos esta mañana, nos hemos comprometido irrevocablemente. Lo hicimos de todo corazón cuando por primera vez predicamos el Evangelio y declaramos públicamente: «Soy del Señor, y Él es mío». Entonces pusimos la mano en el arado; gracias a Dios, aún no hemos mirado atrás, y nunca debemos hacerlo. El único camino abierto para nosotros es arar en línea recta hasta terminar el surco, y no pensar nunca en abandonar el campo hasta que el Señor nos llame a Su presencia. Mas esta mañana os habéis dedicado de nue-



UN MINISTERIO IDEAL

vo al trabajo del Señor; no conferisteis con carne y sangre, sino que sin vacilación renunciasteis a todo por Jesús; y, a menos que seáis reprobados, os habéis alistado en Su servicio para el resto de vuestras vidas. Sois los siervos sellados de Cristo, y lleváis en vuestros cuerpos Sus marcas. No sois libres de servir a otro: sois soldados juramentados del Crucificado. Adelante es vuestro único camino; estáis obligados a recorrerlo. No tenéis armadura para vuestras espaldas; y cualquiera que sea el peligro con que os enfrentéis, detrás vuestro tenéis diez mil otros. Se trata de adelantar o ser deshonrados, adelantar o morir.

Anoche, en el elocuente discurso de Mr. Gange, se nos comparaba al pequeño ejército de Sir Garnett Wolseley marchando hacia Coomassie; y el paralelo fue trazado maravillosamente en todos los aspectos. Compañeros de armas: somos pocos, y tenemos una lucha desesperada en perspectiva; así que es preciso que cada uno rinda el máximo provecho, y sea esforzado hasta el límite de su resistencia. Es de desear que seáis la flor de la Iglesia, más aún, del universo entero, pues nuestra era exige los tales; por lo tanto, estoy especialmente interesado en que seáis vosotros precisamente los que avancéis. Es preciso que adelantéis en cuanto a aptitudes personales, creciendo en dones y en gracia, en capacidad para la obra de Dios, y en semejanza a la imagen de Jesús. Los puntos de los cuales hablaré empiezan de abajo arriba.

I. Primeramente, amados hermanos, creo necesario decirme a mí mismo y a vosotros que hemos de **AVANZAR EN NUESTRAS ADQUISICIONES INTELECTUALES.**

Nunca será bueno que nosotros nos presentemos continuamente delante de Dios indignamente. Aún presentándonos con nuestras mejores obras, no merecemos que Él nos oiga; pero, de todos modos, que la ofrenda no sea mutilada y empañada por nuestra ociosidad. «Amarás a Jehová tu Dios con todo tu corazón» es, quizá, más fácil de obedecer que amarle con toda nuestra mente; sin embargo, debemos darle nuestra mente tanto como nuestros





¡ADELANTE!

afectos, y esa mente debe estar bien equipada, para que no le ofrezcamos un frasco vacío. Nuestro ministerio exige intelecto. No insistiré en aquella frase tan oída en nuestros días: «Las luces de la época»; pero, no obstante, es bien cierto que hay mucho progreso educacional en todas las clases, y que habrá mucho más de él. Pasó la época en que era suficiente que el predicador supiera hablar, aunque fuese con poca gramática. Aun en un pueblo donde según la tradición «nadie sabe nada», el maestro suele salir de casa, y la falta de preparación pondrá impedimentos, que antes no existían, en el servicio del predicador: pues cuando el orador desee que sus oyentes recuerden el Evangelio, ellos, por otra parte, recordarán sus expresiones poco gramaticales, y las repetirán como motivo de chistes, cuando lo que deseáramos es que hubiesen repetido el Evangelio de Jesucristo unos a otros con solemne fervor.

Queridos hermanos, es preciso que nos cultivemos hasta donde nos sea posible, y que lo hagamos, primeramente, adquiriendo conocimientos para que podamos llenar el granero; luego, adquiriendo discriminación para poder aventar lo recogido; y finalmente, ejerciendo firme retención intelectual que preserve el grano aventado en el almacén. Estos tres puntos quizá no tengan exactamente la misma importancia, pero son necesarios para un hombre cabal.

Es preciso, digo yo, que ante todo *hagamos grandes esfuerzos para adquirir información, especialmente la de tipo bíblico*. No debemos limitarnos a un solo tópico de estudio, pues no ejercitaríamos toda nuestra virilidad mental. Dios hizo el mundo para el hombre, e hizo al hombre con una mente destinada a ocupar y usar todo el mundo; el hombre es el arrendatario, y la naturaleza es por un tiempo su casa; ¿por qué abstenerse de entrar en alguna de sus habitaciones? ¿Por qué negarse a saborear algunos de los manjares limpios que el gran Padre ha puesto sobre la mesa? Nuestro negocio principal sigue siendo estudiar las Escrituras. El negocio principal del herrero es herrar caballos; que procure saber hacerlo, pues aun-





UN MINISTERIO IDEAL

que pudiera ceñir a un ángel con un cinto de oro, fracasará como herrero si no sabe hacer y colocar una herradura. Poco importa que sepáis escribir las más brillantes poesías, si no podéis predicar un buen sermón convincente que tenga el efecto de consolar a los santos y convencer a los pecadores. Queridos hermanos, estudiad la Biblia a fondo, con todas las ayudas que podáis obtener.

Recordad que los medios que ahora están al alcance de los cristianos ordinarios son mucho más extensos que en tiempos de nuestros padres, y por lo tanto es preciso que seáis eruditos bíblicos si pretendéis enfrentaros debidamente con vuestros oyentes. Familiarizaos con toda clase de conocimientos; pero, sobre todo, medita día y noche en la ley de Jehová.

Sed bien instruidos en teología, y no hagáis caso del desprecio de los que se burlan de ella porque la ignoran. Muchos predicadores no son teólogos, y de ello proceden los errores que cometen. En nada puede perjudicar al más dinámico evangelista el ser también un teólogo sano, y a menudo puede ser el medio que le salve de cometer enormes disparates. Hoy día oímos a los hombres arrancar, de su contexto, una frase aislada de la Biblia y clamar: «¡Eureka! ¡Eureka!» como si hubieran hallado una nueva verdad; y, sin embargo, no han descubierto un diamante, sino tan sólo un pedazo de vidrio roto. Si hubiesen podido comparar lo espiritual con lo espiritual, si hubiesen entendido la analogía de la fe, y si hubiesen estado familiarizados con la erudición santa de los grandes estudiantes de la Biblia de épocas pasadas, no se habrían apresurado tanto en jactarse de sus maravillosos conocimientos. Estudie-
mos las grandes doctrinas de la Palabra de Dios, y seamos poderosos en la exposición de las Escrituras. Estoy seguro de que ninguna predicación durará tanto tiempo o edificará una iglesia de modo tan excelente como la expositoria. Renunciar enteramente a los discursos exhortatorios para reducirse a los expositivos sería ir a extremos descabellados; pero puedo aseguraros sin excesivo fervor que si vuestro ministerio ha de ser útil durante





¡ADELANTE!

largo tiempo, tenéis que ser expositores. Para ello, tenéis que entender la Palabra por vosotros mismos, y así poder comentarla de modo que el pueblo pueda ser edificado por ella. Hermanos, dominad vuestras Biblias; sean cuales sean las demás obras que no hayáis escudriñado, familiarizaos completamente con los escritos de los profetas y de los apóstoles. «La Palabra de Cristo habite en vosotros en abundancia».

Habiendo tenido en cuenta esta prioridad, no descuidéis ningún campo de conocimiento. La presencia de Jesús en la tierra ha santificado la naturaleza; y lo que Dios limpió, no lo llaméis inmunda. Todo lo que vuestro Padre ha hecho es vuestro, y debéis aprender de ello. Podéis leer el diario de un naturalista, o la narración que un viajero hace de sus singladuras, y hallar provecho en ello. Sí, e incluso un herbario antiguo, o un manual de alquimia puede, a semejanza del león muerto de Sansón, daros miel. Hay perlas en las ostras, y frutos dulces en las matas de espinos. Los senderos de la verdadera ciencia, especialmente la historia natural y la botánica, destilan grosura. La geología, hasta donde se ocupa de hechos, y no de ficción, está llena de tesoros. La historia, con las maravillosas visiones que hace desfilar ante vosotros, es eminentemente instructiva; ciertamente, todas las porciones de los dominios de Dios en la naturaleza rebosan de preciosas enseñanzas. Familiarizaos con toda suerte de conocimientos, según el tiempo, la oportunidad y las facultades peculiares de que dispongáis; y no vaciléis en hacerlo por aprensión de que podáis educaros demasiado. Cuando la gracia abunde, la erudición no os hinchará, ni perjudicará vuestra simplicidad en el Evangelio. Servid a Dios con la educación que poseéis, y dadle gracias por soplar a través vuestro si sois un rústico cuerno; pero si hay la posibilidad de que lleguéis a ser una trompeta de plata, escoged lo segundo.

Decía que, asimismo, es preciso *aprender a discriminar siempre entre las cosas que difieren*; y en este tiempo en particular, es necesario insistir muy enfáticamente en este





UN MINISTERIO IDEAL

punto. Muchos corren tras las novedades, encantados de todas las cosas nuevas; aprended a juzgar entre la verdad y las falsificaciones de la misma, y no seréis llevados al extravío. Otros se adhieren a las antiguas enseñanzas, como las lapas se adhieren a la roca; mas puede tratarse tan sólo de errores antiguos, por lo cual, «examinadlo todo» y «retened lo bueno». El empleo del tamiz y del aventador es muy encomiable. Un hombre que ha pedido al Señor le dé vista clara por medio de la cual vea la verdad y discierna su sentido, y que por el constante ejercicio de sus facultades ha obtenido un discernimiento exacto, es apto para ser líder en el ejército del Señor; pero no todos los ministros están calificados hasta este punto. Es lamentable observar cuántos abrazan cualquier causa si se les presenta fervorosamente. Tragan los medicamentos de cualquier charlatán espiritual que tiene suficiente desfachatez para parecer sincero. Os digo, como Pablo escribió a los corintios: «Hermanos, no seáis niños en el sentido»; poned a prueba todo lo que aspira a vuestra fe. Pedid al Espíritu Santo que os dé la facultad de discernir entre el bien y el mal, de modo que conduzcáis a vuestros rebaños lejos de los prados venenosos y los llevéis a pastos a cubierto de peligros.

Mas entonces, si tenéis el poder de adquirir conocimientos, y también de discriminar, buscad a continuación *la capacidad de retener y preservar firmemente lo que habéis aprendido*. Lástima que en estos tiempos ciertos hombres se glorían en ser veletas: no sostienen nada; de hecho, no tienen nada que valga la pena sostener. Creyeron ayer, pero no lo que creen hoy, ni lo que creerán mañana; y el que fuese capaz de decir lo que creerán para la luna llena próxima, sería mayor profeta que Isaías, pues están cambiando constantemente, y parecen haber nacido bajo la égida de la mencionada luna, y participar de sus variaciones. Estos hombres pueden ser tan sinceros como afirman ser, pero, ¿cuál es su utilidad? A semejanza de los buenos árboles trasplantados a menudo, quizá sean de naturaleza noble, mas no producen nada; su fortaleza se gas-





¡ADELANTE!

ta en echar raíces repetidamente, no les queda savia para el fruto. Aseguraos de que poseéis la verdad, y entonces aseguraos de retenerla. Sed abiertos para recibir más verdad, si lo es; pero sed muy cautelosos en suscribir la creencia de que ha sido descubierta una luz mejor que la del sol. Los que pregonan una verdad nueva por la calle, como hacen los vendedores con una nueva edición del periódico vespertino, no suelen ser mejores de lo que debieran. La hermosa doncella de la verdad no se pinta las mejillas ni se pone diadema en la cabeza como Jezabel, siguiendo todas las nuevas modas filosóficas; se contenta con su propia belleza nativa, y en su aspecto es la misma ayer, hoy y por los siglos.

Cuando los hombres cambian a menudo, lo que generalmente necesitan es ser cambiados en el sentido más enfático. Nuestro «pensamiento moderno» es representado por gentes que están haciendo daños incalculables a las almas de los hombres. Las almas inmortales se están condenando, y estos hombres siguen hilando teorías. El infierno abre sus fauces de par en par, y traga miles de miles, y los que debieran publicar las nuevas de salvación están «siguiendo nuevas líneas de pensamiento». Los refinados asesinos de almas descubrirán que su pretendida «cultura» no será excusa en el día del juicio. Por el amor de Dios, sepamos cómo han de ser salvos los hombres, y pongámonos manos a la obra; estar siempre deliberando en cuanto a la mejor manera de hacer pan cuando una nación está muriendo de hambre, es una burla detestable. Es hora de que sepamos qué hay que enseñar o, de lo contrario, que renunciemos a nuestra función. «Siempre aprenden, y nunca pueden acabar de llegar al conocimiento de la verdad», es el lema de los peores, y no el de los mejores entre los hombres. ¿Han de ser modelos nuestros? «Cada semana doy forma a mi credo», era la confesión que me hizo uno de estos teólogos. ¿A qué asemejaré tales inconstantes? ¿No es cierto que son como aquellas aves que frecuentan el Cuerno de Oro, y que se ven desde Constantinopla, de las cuales se dice que siempre





UN MINISTERIO IDEAL

están volando, y nunca reposan? Nadie las vio jamás posarse en el agua o en tierra, están perpetuamente en el aire. Los nativos las llaman «almas perdidas», buscando descanso sin hallarlo; y se me antoja que los hombres que no tienen descanso personal en la verdad, si son salvos, es por lo menos improbable que sean ellos medio de salvación para otros. El que no tiene una verdad segura que contar no debe extrañarse si sus oyentes conceden poca importancia a lo que dice. Es preciso que conozcamos la verdad, la comprendamos, y no se nos escape de la mano, pues de lo contrario no podremos ser útiles a los hijos de los hombres. Hermanos, os exhorto a que procuréis saber, y sabiendo, que discriminéis; y habiendo discriminado, os exhorto a que «retengáis lo bueno». Laborad constantemente en los tres procesos de llenar el granero, aventar el granero y almacenarlo en los alfolíes; de esta manera adelantaráis intelectualmente.

II. También necesitamos **PROGRESAR EN APTITUDES ORATORIAS.**

Estoy empezando por abajo; pero todas estas cosas son importantes, pues es lástima si los pies de esta imagen son aún de barro. Nada es de poca importancia si puede ser de utilidad para nuestra grandiosa meta. Sólo por la falta de un clavo, el caballo perdió su herradura, quedando así inútil para la batalla; aquella herradura no era sino una insignificante llanta de hierro que tocaba el suelo, y no obstante el corcel lleno de fuego era inútil sin ella. Un hombre puede quedar irremisiblemente arruinado en cuanto a utilidad espiritual, no por un fallo en el carácter o el espíritu, sino por un derrumbamiento mental u oratorio; y por lo tanto, insisto nuevamente en que debemos mejorar la manera de expresarnos.

No todos nosotros podemos hablar como algunos, y aun estos pocos no pueden hablar conforme a su ideal propio. Si hay algún hermano aquí que cree sabe predicar tan bien como debiera, le aconsejaría que lo abandonara totalmente, Si lo hiciese, actuaría con la misma pruden-





¡ADELANTE!

cia que el gran pintor que rompió su paleta, y volviéndose a su esposa, dijo: «Han terminado mis días de pintor, pues estoy satisfecho de mí mismo, y por lo tanto estoy seguro de que he perdido el poder». Por más que haya perfecciones que se puedan alcanzar, estoy seguro que el que cree haber alcanzado la perfección en oratoria confunde la volubilidad por la elocuencia, y la verborrea por la argumentación. Sepáis lo que sepáis, no podéis ser verdaderamente ministros eficaces si no sois «aptos para enseñar». Todos probablemente conocéis ministros que han errado su vocación, y que evidentemente no tienen dones para la predicación; aseguraos de que nadie piense lo mismo de vosotros. Hay hermanos en el ministerio cuyo hablar es intolerable; o bien os importunan hasta la muerte, u os hacen dormir. Ninguna droga puede compararse con sus discursos en cuanto a propiedades soporíferas. Ningún ser humano, a menos de estar dotado de paciencia infinita, podría soportar por mucho tiempo el escucharles, y la naturaleza hace bien en liberar a las víctimas por medio del sueño. El otro día oí a alguien decir que cierto predicador no tenía más dones para el ministerio que una ostra, y a mi juicio esto era una calumnia para la ostra, pues ese digno bivalvo despliega una gran discreción en abrirse, y también sabe cuándo cerrarse. Si algunos hombres fueran sentenciados a oír sus propios sermones, sería un justo juicio para ellos, y pronto clamarían con Caín: «Grande es mi iniquidad para ser perdonada». No caigamos en semejante condenación por algún defecto de nuestra predicación que nosotros podamos subsanar.

Hermanos, *hemos de cultivar un estilo claro*. Cuando un hombre no me hace entender lo que quiere decir, es porque él mismo no sabe lo que quiere decir. El oyente medio, que no puede seguir el curso de los pensamientos del predicador, no debe preocuparse, sino echar la culpa al predicador, que tiene la responsabilidad de presentar las cosas claramente. Si miráis en un pozo, y está vacío, parecerá muy profundo; pero si en él hay agua, veréis su brillan-





UN MINISTERIO IDEAL

tez. Creo que si muchos predicadores son «profundos» es sencillamente porque son como pozos en los cuales no hay nada excepto hojas secas, unas cuantas piedras, y quizás uno o dos gatos muertos. Si hay agua de vida en vuestra predicación, podrá ser muy profunda, pero la luz de la verdad le dará claridad. Sea como sea, esforzaos en ser sencillos, de modo que las verdades que enseñáis puedan ser fácilmente recibidas por vuestros oyentes.

Es preciso que cultivemos un estilo *convinciente* al mismo tiempo que claro; es preciso que seamos poderosos. Algunos se imaginan que esto consiste en hablar con voz fuerte, pero puedo asegurarles que están equivocados. Las tonterías no se corrigen vociferando. Dios no nos exige que gritemos como si estuviésemos hablando a tres millones de personas cuando sólo nos estamos dirigiendo a trescientas. Seamos impetuosos debido a la excelencia de nuestro asunto, y a la energía del espíritu que ponemos en pronunciarlo. En una palabra, que nuestro hablar sea *natural* y vivo. Espero que habremos abandonado los trucos de los oradores profesionales, el esfuerzo en lograr efectos, el clímax estudiado, la pausa premeditada, el amaneramiento teatral, el hablar afectado, y qué sé yo cuántas cosas más, que podéis ver en ciertos teólogos pomposos que sobreviven todavía sobre la faz de la tierra. Ojalá que tales predicadores lleguen a ser especies extinguidas dentro de breve tiempo, y que todos nosotros aprendamos una manera viva, natural, sencilla, de predicar el Evangelio; pues estoy persuadido de que es probable que Dios bendiga semejante estilo.

Entre muchas otras cosas, hemos de cultivar *la persuasión*. Algunos de nuestros hermanos tienen gran influencia sobre los hombres, y sin embargo otros, con mayores dones, carecen de ella. No parecen acercarse a las personas, no pueden influir en ellas y hacerles sentir algo. Hay predicadores que, en sus sermones, parece como si tomaran a sus oyentes uno a uno por la solapa y metieran la verdad en sus almas, mientras que otros generalizan tanto, y son tan fríos, que se diría están hablando a los habi-





¡ADELANTE!

tantes de algún planeta remoto, cuyos asuntos no les importan mucho. Aprended el arte de argüir con los hombres. Esto lo haréis bien si veis al Señor a menudo. Si no recuerdo mal, la antigua historia clásica nos dice que cuando un soldado estaba a punto de matar a Darío, su hijo, que había sido mudo desde la infancia, exclamó, súbitamente sorprendido: «¿No sabes que es el rey?» Su lengua silenciosa se soltó por amor a su padre, y bien puede la nuestra hablar fervorosamente cuando vemos al Señor crucificado por el pecado. Si hay palabras en nosotros, esto las despertará. El conocimiento del «pavor de Jehová» debe también animarnos a persuadir a los hombres. No podemos hacer otra cosa que argüir con ellos para que se reconcilien con Dios. Hermanos, fijaos en aquellos que ganan a los pecadores para Jesús, buscad su secreto, y no descanséis hasta que alcancéis el mismo poder. Si los encontráis muy sencillos y llanos, aunque los veáis realmente útiles, decíos a vosotros mismos: «ese método me servirá»; pero si, por otro lado, escucháis un predicador muy admirado y al preguntar descubris que no hay almas convertidas para salvación bajo la influencia de su ministerio, decíos a vosotros mismos: «este estilo no es para mí, pues yo no busco ser grande, sino ser verdaderamente útil».

Que vuestra oratoria, por tanto, mejore constantemente en claridad, fuerza lógica, naturalidad y persuasión. Queridos hermanos, tratad de conseguir un estilo de oratoria que se adapte a vuestros oyentes. Es mucho lo que de ello depende. El predicador que se dirigiera a una congregación educada, con el lenguaje que usaría para hablar a un grupo de vendedores ambulantes, demostraría ser un necio; y, por otra parte, el que va a estar entre mineros, y usa términos teológicos técnicos y frases de salón, obra como idiota. La confusión de lenguas en Babel fue más completa de lo que imaginamos. No dio meramente diferentes idiomas a las grandes naciones, sino que hizo que el lenguaje de cada clase variase del de las demás. Ahora bien, ya que el vendedor ambulante no puede aprender el lenguaje de la universidad, que el universitario apren-





UN MINISTERIO IDEAL

da el lenguaje del vendedor ambulante. «Usamos el lenguaje del mercado», decía Whitefield, y esto le honraba mucho; sin embargo, cuando estaba en el salón de la Condesa de Huntingdon, y su discurso fascinaba a los nobles infieles que ella traía para que le oyesen, adoptaba otro estilo. Su lenguaje era igualmente llano en ambos casos, porque era igualmente adecuado a sus oyentes; pero no usaba *las mismas palabras exactamente*, pues de lo contrario sus discursos habrían perdido su llaneza en uno u otro caso, y habrían sido o bien jerga para la nobleza, o griego para el vulgo. En nuestra manera de hablar, debemos aspirar a ser «todo a todos». El mayor maestro de oratoria es el que puede dirigirse a cualquier clase de personas de manera adecuada a su condición, y de modo que sea probable que sus corazones sean alcanzados.

Hermanos, que nadie nos supere en cuanto a capacidad de oratoria; que nadie nos sobrepase en el dominio de nuestra lengua materna. Amados compañeros de armas: nuestras lenguas son las espadas que Dios nos ha dado para usarlas para Él, como se dice de nuestro Señor: «De su boca salía una espada aguda de dos filos». Que estas espadas sean verdaderamente agudas. Cultivad vuestro poder de oratoria, y estad en primera fila en el campo de la expresión hablada. No os exhorto a ello porque seáis especialmente deficientes; lejos de ello, pues todos me dicen: «Conocemos a los hombres de su Colegio por su forma de hablar, llana y atrevida». Esto me lleva a creer que tenéis en gran medida este don en vosotros, y os ruego que os esforcéis en perfeccionarlo.

III. Hermanos, debemos ser aún más fervorosos para ADELANTAR EN CUALIDADES MORALES.

Que los puntos que voy a mencionar aquí sirvan para aquellos que los necesiten, pero yo os aseguro que no tengo en mente a ninguna persona especial entre vosotros. Deseamos elevarnos hasta el tipo de ministerio más sublime; pero aunque obtengamos las aptitudes mentales y oratorias que he mencionado, fracasaremos a menos que





¡ADELANTE!

poseamos también cualidades morales elevadas. Hay males de los que debemos desprendernos enérgicamente, tal como Pablo se sacudió la víbora de la mano, y hay virtudes que debemos conquistar a cualquier precio. La *autocomplacencia* ha herido sus miles. Más vale que temblemos y no perezamos a manos de esta Dalila. Que nuestras pasiones y nuestros hábitos estén bajo el debido control; si no somos dueños de nosotros mismos no somos aptos para ser líderes en la Iglesia de Cristo.

Es preciso que también desechemos toda noción de nuestra *propia importancia*. Dios no bendecirá al hombre que se cree grande. Gloriarse aunque sea en la obra de Dios Espíritu Santo en uno mismo, es acercarse peligrosamente a la *autoadulación*. «Alábetelo el extraño y no tu boca», y date por satisfecho cuando ese extraño tenga el suficiente sentido común para callar.

Debemos también *controlar debidamente nuestro humor*. Un carácter violento no es del todo un mal. Estos hombres que son tan acomodaticios, valen generalmente poco. Yo no os diría nunca: «Amados hermanos, sed hombres de carácter»; pero sí digo: «Si lo tenéis, controladlo cuidadosamente». Doy gracias a Dios cuando veo que un pastor tiene el suficiente genio para indignarse ante la injusticia, y para ser firme en pos de la justicia; pero, sin embargo, el genio es una herramienta de dos filos, y a menudo corta al que la maneja. Debemos preferir soportar el mal antes que infligirlo; éste ha de ser nuestro espíritu. Si algún hermano aquí tiene tendencia a indignarse con demasiada prontitud, piense que cuando lo hace no va a obtener ningún beneficio de ello.

Es preciso que, especialmente algunos de nosotros, *dominemos nuestra tendencia* a la liviandad. Hay una gran diferencia entre la alegría santa, que es una virtud, y la liviandad general, que es un vicio. Hay una liviandad que no tiene la suficiente cordialidad para reír, pero juega con todo; es caprichosa, hueca y poco real. Una buena carcajada no es más liviandad que el llanto del corazón. Estoy hablando de aquellas apariencias religiosas con mucha





UN MINISTERIO IDEAL

pretensión pero delgadas, superficiales, poco sinceras en lo tocante a las cosas de más importancia. La piedad no es una broma, ni tampoco mera apariencia. Cuidado con representar comedia. Nunca deis a las personas serias la impresión de que no habláis en serio, y que sois meros profesionales. Tener labios ardientes y alma helada es una señal de reprobación. Dios nos libre de ser excesivamente finos o superficiales; que nunca seamos las mariposas del jardín de Dios.

Al mismo tiempo, debemos *evitar todo lo que se parezca a la ferocidad del fanatismo*. Hay en torno nuestro personas religiosas que sin duda nacieron de mujer; pero parecen haber sido amamantadas por un lobo. No les hago ninguna deshonra con esta comparación, pues ¿no fueron Rómulo y Remo, fundadores de la ciudad de Roma, alimentados así? Algunos hombres guerreros de este orden han tenido poder para fundar dinastías del pensamiento; pero la bondad humana y el amor fraternal armonizan mejor con el Reino de Cristo. No hemos de estar siempre yendo por el mundo en busca de herejías, como los perros que husmean en busca de ratas, ni estar siempre tan confiados en nuestra propia infalibilidad, que montemos hogueras eclesiásticas en las cuales asar a todos los que difieren de nosotros, utilizando carbones consistentes en prejuicios extremados y sospechas crueles.

Además de todo esto, hay manerismos y actitudes, que ahora no puedo describir, contra los cuales debemos luchar, pues los pequeños defectos pueden muchas veces ser la fuente del fracaso, y librarnos de ellos quizá sea el secreto de la eficacia. No tengáis por pequeña una cosa que os hace, aunque sea sólo un poquito, más útiles; limpiad el templo de vuestra alma de los bancos de los que venden palomas así como de traficantes en ovejas y bueyes.

Y, queridos hermanos, debemos adquirir ciertas facultades y hábitos morales, al mismo tiempo que desechemos lo que les es contrario. El que no tenga *integridad de espíritu* nunca hará mucho para Dios. Si somos dirigidos por la política propia, si hay algún tipo de acción





¡ADELANTE!

para nosotros que no sea el recto, naufragaremos pronto. Resolveos, queridos hermanos, a pensar que podéis ser pobres, que podéis ser despreciados, que podéis perder la vida misma, pero que no podéis hacer nada deshonesto. Que la única política para vosotros sea la honradez.

¡Que también poseáis *la gran característica moral del valor!* Con esto no quiero decir la impertinencia, la insolencia, o la presunción; sino el valor verdadero para hacer y decir tranquilamente lo más apropiado, y para ir al encuentro de todos los peligros, aunque no haya nadie que os conceda una buena Palabra. Me asombra el número de cristianos que temen decir la verdad a sus hermanos. Doy gracias a Dios de poder decir que no hay ningún miembro de mi iglesia, ningún oficial eclesiástico, y ningún hombre en el mundo a quien tema decir en su cara lo que diría a sus espaldas. Gracias a Dios, y con su ayuda, debo mi posición en mi propia iglesia a la ausencia de toda política, y al hábito de decir siempre lo que opino. El plan que consiste en hacer que todas las cosas sean agradables siempre y para todos, es peligroso y al mismo tiempo maligno. Si dices algo a un hombre, y otra cosa a otro, un día compararán notas, te alcanzarán, y entonces serás despreciado. El hombre que tiene dos caras será, más tarde o más temprano, objeto del desprecio de los demás, y con justicia. Así pues, sobre todas las cosas, evitad esto. Si tenéis algo que creáis debierais decir acerca de alguien, que la medida de lo que decís sea ésta: «¿Cuánto me atrevería a decir en su presencia?» Es preciso que no nos permitamos ni una palabra más de esto, al censurar a cualquiera. Si tenéis esta regla, vuestro valor os salvará de mil dificultades y os adquirirá un respeto duradero.

Teniendo la integridad y el valor, desearía que fueseis dotados con *celo invencible*. ¿Qué es el celo? ¿Cómo lo describiré? Poseedlo, y sabréis lo que es. Consumíos de amor por Cristo, y que la llama arda continuamente; no ardiendo en las reuniones públicas y apagándose en el rutinario trabajo cotidiano. Necesitamos perseverancia indomable, celo obstinado, y una combinación de tozu-





UN MINISTERIO IDEAL

dez santificada, de abnegación, de mansedumbre sagrada y de valor invencible.

Destacad también en aquel poder que es tanto mental como moral, a saber, *el poder de concentrar todas vuestras fuerzas en el trabajo a que sois llamados*. Reunid vuestros pensamientos, unid todas vuestras facultades, amontonad vuestras energías, y enfocad vuestras capacidades. Dirigid todos los resortes de vuestra alma hacia un canal, haciendo que fluya hacia adelante en forma de corriente unificada. Algunos hombres carecen de esta cualidad. Se esparcen, y por lo tanto fracasan. Convocad vuestros batallones y lanzadlos sobre el enemigo. No tratéis de ser grandes en esto y en aquello, de serlo «todo al principio y nada durante mucho tiempo»; mas permitid que vuestra naturaleza entera sea llevada en cautividad por Jesucristo, y ponedlo todo a sus amados pies, ya que Él sangró y murió por vosotros.

IV. Por encima de todas estas cosas, necesitamos ADELANTAR EN APTITUDES ESPIRITUALES, las gracias que deben ser obradas en nosotros por el Espíritu Santo en Persona. Estoy seguro de que esto es lo principal. Otras cosas son preciosas, pero ésta no tiene precio.

Primeramente, necesitamos *conocernos a nosotros mismos*. El predicador debe familiarizarse con la ciencia del corazón, la filosofía de la experiencia interna. Hay dos escuelas de experiencia, y ninguna de ellas está contenta con sólo aprender de la otra; dispongámonos, sin embargo, a aprender de ambas. Una de estas escuelas habla del hijo de Dios como de aquél que conoce la profunda depravación de su corazón, que entiende lo repulsivo de su naturaleza, y que diariamente ve que en su carne no mora el bien. «Un hombre no tiene la vida de Dios en su alma», dicen los hombres de esta escuela, «si no sabe y ve esto, si no lo experimenta amarga y dolorosamente día tras día». Es en vano hablarles de libertad y de gozo en el Espíritu Santo; no quieren tenerlos. Sin embargo, aprendamos de la parcialidad de éstos. Saben mucho de lo que debe saberse,





¡ADELANTE!

y ¡ay del ministro que ignore su sistema de verdades! Martín Lutero solía decir que la tentación es el mejor maestro de un pastor. Este aspecto de la cuestión contiene su parte de verdad.

Los creyentes de la otra escuela tienen en gran estima, lo cual es justo y de bendición, la gloriosa obra del Espíritu de Dios. Creen en el Espíritu de Dios como poder purificador, beneficioso para el alma al hacer de ella un templo para Dios. Pero frecuentemente hablan como si hubieran dejado de pecar, o de ser acosados por la tentación; se glorían como si la batalla estuviera ya terminada y la victoria alcanzada. No obstante, aprendamos también lo que podamos de estos hermanos. Conozcamos toda la verdad que pueden enseñarnos. Familiaricémonos con los puntos principales de la salvación y la gloria que en ellos resplandece: los Hermones y los Tabores, donde podemos ser transfigurados con nuestro Señor. No temáis llegar a ser demasiado santos, o demasiado llenos del Espíritu Santo.

Quisiera que fueseis sabios en todo, y capaces de tener tratos con los hombres tanto en sus conflictos como en sus alegrías, siendo experimentados en ambas cosas. Conoced dónde os dejó Adam; conoced dónde os ha colocado el Espíritu de Dios. No conozcáis ninguna de estas dos cosas de modo tan exclusivo, como para olvidar la otra. Creo que si hay hombres que hayan de clamar: «¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?» serán siempre los ministros del Evangelio, porque nosotros necesitamos ser tentados en todas las cosas, para poder consolar a otros. En un vagón de ferrocarril, la semana pasada, vi a un pobre hombre con la pierna apoyada sobre el asiento. Un empleado que le vio en aquella postura, observó: «Esos cojines no fueron hechos para que usted ponga las botas sucias encima». Tan pronto como el funcionario se marchó, el hombre volvió a poner la pierna en el asiento, diciéndome: «Estoy seguro de que nunca se ha roto la pierna en dos puntos diferentes, pues en este caso no sería tan brusco conmi-





UN MINISTERIO IDEAL

go». Cuando he oído a hermanos de los que viven acomodadamente, disfrutando de buenos ingresos, condenar a otros que están pasando por grandes pruebas, porque no podían gozarse de la misma manera, he visto que no sabían nada de los huesos rotos que otros tienen que arrastrar durante toda su peregrinación.

Conoced al hombre, en Cristo, y fuera de Cristo. Estudiadle en su mejor aspecto, y también en el peor; conoced su anatomía, sus secretos y sus pasiones. Este conocimiento no podéis adquirirlo en los libros; es preciso que tengáis contacto personal con los hombres si habéis de ayudarles en su multifacética experiencia espiritual. Sólo Dios puede daros la sabiduría que necesitaréis para tratar prudentemente con ellos, pero Él os la dará en respuesta a la oración de fe.

Entre las adquisiciones espirituales, *conocer al que es remedio seguro para todas las enfermedades humanas* está por encima de toda otra cosa necesaria. Conoced a Jesús. Sentaos a sus pies. Considerad su naturaleza, su obra, sus sufrimientos, su gloria. Gozaos en su presencia; tened comunión con Él día tras día. Conocer a Cristo es entender la más excelente de todas las ciencias. No podéis dejar de ser sabios si tenéis comunión con la Sabiduría Encarnada; no podéis carecer de fortaleza si tenéis constante comunión con Dios. Hermanos, morad en Dios; no se trata de ir a Él a veces, sino de habitar en Él. En Italia dicen que donde no entra el sol, tiene que entrar el médico. Donde Jesús no resplandece, el alma está enferma. Bañaos en sus rayos, y seréis vigorosos en el servicio de vuestro Señor.

El pasado domingo por la noche, meditamos en un texto que me había dominado: «Nadie conoce al Hijo sino el Padre». Dije que los pobres pecadores que habían ido a Jesús y puesto su confianza en Él, pensaban que le conocían, pero sólo le conocían un poquito. Hay santos con sesenta años de experiencia, y que han andado con Él cada día, que creen conocerle; pero no están sino empezando a conocerle. Los espíritus perfectos que están ante el trono, que han estado adorándole perpetuamente desde hace cinco





¡ADELANTE!

mil años, quizás crean que le conocen, pero no le conocen plenamente. «Nadie conoce al Hijo sino el Padre». Es tan glorioso, que sólo el Dios infinito tiene pleno conocimiento de Él, y por lo tanto no habrá límite para nuestros estudios, ni pobreza en nuestra línea de pensamiento, si hacemos de nuestro Señor el gran objeto de todos nuestros pensamientos e investigaciones.

Así que, si hemos de ser hombres fuertes, como resultado de este conocimiento, es preciso que seamos *hechos semejantes a nuestro Señor*. Bienaventurada aquella cruz en que sufriremos, si sufrimos por ser hechos a semejanza del Señor Jesús. Si obtenemos esta semejanza, tendremos una unción maravillosa en nuestro ministerio; y sin ello, ¿qué vale un ministerio? En resumen, debemos esforzarnos en tener santidad de carácter. ¿Qué es la santidad? ¿No es entereza de carácter? Un estado equilibrado en que no sobra ni falta nada. No es moralidad, la cual es una estatua fría y sin vida; la santidad es vida. Es preciso que tengáis santidad; y aunque os falten aptitudes mentales (espero que no), y aunque tengáis pocas facultades oratorias (confío en que no), podéis estar seguros de que una vida santa es en sí misma un poder maravilloso, y compensará muchas deficiencias; es, de hecho, el mejor sermón que el mejor de los hombres puede jamás predicar. Resolvámonos a tener toda la pureza que se pueda tener, toda la santidad que se pueda alcanzar, y toda la semejanza a Cristo que sea posible en este mundo de pecado, confiando en la obra eficaz del Espíritu de Dios. Que el Señor nos levante a todos, como Colegio, hasta una plataforma más elevada, y Él tendrá la gloria.

V. Aún no he terminado mi mensaje, pues tengo que deciros también: ADELANTAD TRABAJANDO DE VERAS.

Bien mirado, seremos conocidos por lo que hemos hecho más que por lo que hemos dicho. A semejanza de los apóstoles, espero que nuestro monumento sea el de nuestros *hechos*. Hay en el mundo muchos buenos hermanos que son muy poco prácticos. La gran doctrina de la segunda





UN MINISTERIO IDEAL

venida les hace estar con la boca abierta, mirando al cielo, de tal modo que estoy dispuesto a decirles: «Varones de Plymouth, ¿qué estáis mirando al cielo?» El hecho de que Jesús ha de volver de nuevo, no es una razón para estar-se contemplando el firmamento, sino para trabajar en el poder del Espíritu Santo. No os enfrasquéis hasta tal punto en especulaciones, como para preferir una lección bíblica sobre un oscuro pasaje de Apocalipsis a enseñar en una escuela dominical o hablar a los pobres tocante a Jesús. Es preciso que suprimamos los ensueños y nos pongamos manos a la obra. Creo en los huevos, pero hay que sacar polluelos de los mismos. No me importa el tamaño del huevo; si queréis, que sea un huevo de avestruz; pero si no hay nada en él, os ruego que no os entretengáis con la cáscara. Si vuestras especulaciones producen algo, que Dios las bendiga; y aun si fuerais un poco más lejos de lo que creo prudente aventurarse en tal dirección, si con ello sois más útiles ¡alabad a Dios por ello!

Queremos hechos: acciones realizadas, almas salvadas. Está muy bien escribir ensayos; pero, ¿qué almas habéis sido llevados a salvar de ir al infierno? Me interesa la excelente administración de vuestra escuela; pero, ¿cuántos niños han sido llevados a formar parte de la iglesia mediante esta administración vuestra? Nos alegramos de saber de ciertas reuniones especiales; pero, ¿cuántos han sido realmente nacidos para Dios en ellas? ¿Son los santos edificados? ¿Son convertidos los pecadores? ¡Dios nos libre de vivir en la comodidad espiritual mientras los pecadores se hunden en el infierno! Viajando por las carreteras en las montañas de Suiza, veréis continuamente las señales de las perforadoras; y en la vida de todo ministro debe haber señales de la ruda labor. Hermanos, haced algo; *haced algo*; **HACED ALGO**. Mientras las Comisiones desperdician el tiempo redactando resoluciones, haced algo. Mientras las Sociedades y las Uniones están preparando constituciones, ganemos almas. Con demasiada frecuencia discutimos, consideramos y ponderamos, mientras





¡ADELANTE!

Satanás se ríe disimuladamente de nosotros. Os ruego a todos que seáis hombres de acción. Poned manos a la obra, y desenvolvedos como hombres. Comparto la idea que el viejo Suwarrow tenía de la guerra: «Adelante y al ataque! ¡Nada de teorías! ¡Atacad! ¡Formad columna! Fijad las bayonetas, y cargad directamente contra el mismo centro del enemigo». Nuestro objetivo único es salvar pecadores, y no hemos de hablar meramente de esto, sino efectuarlo en el poder de Dios.

VI. Finalmente, y ahora voy a daros un mensaje que me abruma, ADELANTAD EN CUANTO A LA ELECCIÓN DE VUESTRA ESFERA DE ACTIVIDAD.

Hoy os estoy rogando por aquellos que no pueden rogar por sí mismos, a saber, las grandes masas del exterior, del mundo pagano. Los púlpitos existentes están ya tolerablemente bien suplidos, pero necesitamos hombres que quieran edificar en nuevos fundamentos. ¿Quiénes lo harán? ¿Somos, como grupo de hombres fieles, limpios en nuestras conciencias en cuanto a los paganos? Hay millones que no han oído jamás el nombre de Jesús. Cientos de millones han visto un misionero sólo una vez en su vida, y no saben nada de nuestro Rey. ¿Dejaremos que perezcan? ¿Podemos ir a nuestros lechos y dormir, mientras la China, la India, el Japón y otras naciones se están condenando? ¿Estamos limpios de su sangre? ¿No tienen ningún derecho sobre nosotros? Deberíamos plantearlo así, en vez de decir: «¿Puedo demostrar que *debiera* ir?», decir: «¿Puedo demostrar que *no debiera* ir?» Cuando uno puede honradamente demostrar que no debiera ir, entonces está limpio, pero no de otro modo. ¿Qué respondéis, hermanos míos? Os lo pregunto uno a uno. No os estoy planteando una cuestión que yo no me haya planteado honradamente a mí mismo. He visto que si algunos de nuestros principales ministros dieran el paso, tendría un gran efecto como estímulo de nuestras iglesias, y me he preguntado sinceramente si yo debiera ir. Después de sopesarlo todo, me siento obligado a seguir en mi lugar,

69





UN MINISTERIO IDEAL

y creo que el discernimiento de la mayoría de los cristianos confirmaría mi decisión; pero confío que iría al extranjero fácil, voluntaria y alegremente si no viese que debo quedarme aquí. Hermanos, haced vosotros el mismo experimento. Hemos de convertir a los paganos; Dios tiene miles y miles de sus elegidos entre ellos, es preciso que vayamos y los busquemos de un modo u otro. Ahora han desaparecido muchas dificultades, todos los países nos están abiertos, y las distancias han sido casi suprimidas. Cierto que no tenemos el don de lenguas de Pentecostés; pero los idiomas se aprenden ahora pronto, mientras el arte de la imprenta es un equivalente completamente satisfactorio para reemplazar el don perdido. Los peligros propios de las misiones no deberían retener a ningún hombre sincero, aunque fuesen grandes peligros; pero ahora están reducidos al mínimo. Hay centenares de lugares donde la cruz de Cristo es desconocida, a los cuales podemos ir sin riesgo. ¿Quién irá?

Los hombres que deberían ir son los hermanos jóvenes, de buena capacidad, que aún no han echado sobre sí los cuidados de una familia. Cada uno de los estudiantes que entra en el Colegio debe considerar este asunto, y entregarse a la obra a menos que haya razones concluyentes para no hacerlo. Es un hecho que, incluso para las colonias, es muy difícil hallar obreros, pues he tenido oportunidades en Australia que me he visto obligado a abandonar. No debería ser así. Seguramente debe haber entre nosotros todavía algún espíritu de sacrificio, y algunos de nosotros que estén dispuestos a ser exiliados por Jesús. La obra misionera languidece por falta de personal. Si surgieran obreros, la liberalidad de la iglesia supliría sus necesidades; y, de hecho, la liberalidad de la iglesia ha ofrecido la provisión, y aún no hay hombres que vayan. Hasta que veamos a nuestros camaradas luchando por Jesús en todas las tierras, a la vanguardia del conflicto, no pensaré que hemos cumplido con nuestro deber. Creo que si Dios os mueve a ir, seréis los mejores misioneros, porque haréis de la predicación del Evange-





¡ADELANTE!

lio la gran característica de vuestro trabajo, y ésta es la manera segura en que Dios muestra su poder.

Ojalá que nuestras iglesias imitaran a la del Pastor Harms en Alemania, donde cada miembro está consagrado al Señor en hecho y en verdad. Los campesinos dan del producto de sus tierras, los obreros de su trabajo; uno entregó una enorme casa para que fuese usada como Colegio misionero, y el Pastor Harms obtuvo dinero para adquirir un barco que equipó para hacer viajes a África, y entonces envió misioneros y pequeños grupos para formar comunidades cristianas entre los bosquimanos. ¿Cuándo serán nuestras iglesias así de abnegadas y activas? Fijaos en los Moravos, cómo cada hombre y cada mujer se convierte en misionero, y cuánto hacen por el Señor como consecuencia. Captemos su espíritu. ¿Es un espíritu recto? Entonces es acertado que lo tengamos. No basta decir: «Esos Moravos son maravillosos». Nosotros deberíamos ser también maravillosos. Cristo no adquirió a los moravos de manera más completa que a nosotros mismos; no tienen más obligación de sacrificarse que nosotros. ¿Por qué entonces esta reticencia? Cuando leemos acerca de los hombres heroicos que todo lo dieron por Jesús, no sólo debemos admirarlos, sino imitarlos. ¿Quién los imitará ahora? ¿Veis la importancia de la cuestión? ¿No hay algunos entre vosotros que estén dispuestos a consagrarse al Señor? ¡«Adelante» es la consigna hoy! ¿No hay espíritus audaces para acaudillar las vanguardias? Orad todos vosotros para que, durante este Pentecostés, el Espíritu pueda decir: «Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra para la cual los he llamado».

Subid y volad hacia adelante en alas del amor. Amén.





UN MINISTERIO IDEAL





UN NUEVO COMIENZO

Amados compañeros de servicio en Cristo, nuestra labor exige que estemos en el mejor estado posible en nuestro corazón. Cuando estamos en la mejor de las condiciones, somos ya bastante débiles; por lo tanto, no quisiéramos caer por debajo de nuestro punto más elevado. Como instrumentos, debemos toda nuestra capacidad de servido a la mano divina; pero, puesto que los instrumentos han de guardarse siempre en orden, deseamos tener el espíritu exento de herrumbre, y nuestra mente afinada y afilada para responder en seguida a la voluntad del Maestro. Debido a que temo que no siempre estamos a la altura de nuestros privilegios, el tema de la plática de esta mañana será «*Un Nuevo Comienzo*», o, dicho de otro modo, una renovación, un avivamiento, un emprender nuevo viaje, un retorno a nuestro primer amor, el amor de nuestros esponsales, cuando nuestra alma fue desposada a la obra de nuestro Redentor.

El tema es de extrema necesidad para todos nosotros, porque *el proceso de la decadencia es muy fácil*. Permitidme que os hable unos minutos sobre este tópico. Decaer no exige cuidados ni esfuerzos: puede conseguirse sin siquiera desearlo; en cierta medida, puede venir en oposición a nuestros deseos; podemos decaer sin darnos cuenta, y mucho más fácilmente cuando nos imaginamos ser ricos y estar en la prosperidad. Mediante una ley a la que no tenemos que contribuir, gravitamos hacia un nivel inferior. No deis cuerda al reloj, y las ruedecillas pronto dejarán de funcionar, y el antiguo reloj de la escalera se quedará inmóvil, inútil, silencioso, muerto, como un ataúd apoyado contra



UN MINISTERIO IDEAL

la pared. Administrar bien una granja requiere labor constante y atenta vigilancia; pero abandonar la tierra hasta que no pueda alimentar ni a una alondra, es cosa fácil, que cualquier perezoso puede realizar; basta dejarla, o sacar de ella cosecha tras cosecha sin darle abono ni descanso, y los campos fértiles se convertirán en estériles, y el jardín en un desierto. Así ocurre con nosotros mismos. Dejad simplemente de dar cuerda al alma con la oración diaria, y pronto decaeréis; descuidad solamente el cultivo del corazón, y las espinas y brezos crecerán sin ayuda. Abandonad vuestra vida espiritual, y el ser entero se resentirá.

Que yo sepa, no podemos esperar ver energías continuas, en su plenitud, en ninguno de nosotros. Sospecho que hasta el que arde como un serafín, conoce momentos en que la llama mengua algo. Del modo como el mismo sol no es siempre igualmente poderoso, también el hombre, que como la luz de la aurora va en aumento hasta que el día es perfecto, no brilla siempre lo mismo, ni está siempre en el mediodía. La naturaleza no mantiene siempre al mar en marea alta; interviene la marea baja, y el océano hace una pausa antes de volver a la plenitud de sus fuerzas. El mundo vegetal tiene su invierno, disfruta de un prolongado sueño bajo su lecho de nieve. Ni la marea baja ni el invierno son tiempo desperdiciado; la marea alta y el verano deben mucho a la marea baja y a las heladas. Sospecho que, debido a nuestra afinidad con la naturaleza, también nosotros tendremos nuestros cambios y no permaneceremos siempre a la misma altura. No hay ningún hombre cuya vida sea todo clímax. No desesperemos si, en este momento, nuestro espíritu está en marea baja; la pleamar de la vida llegará como siempre, e incluso alcanzará un punto más elevado. Cuando estamos sin hojas y al parecer sin vida, y nuestra alma ha llegado a ser como un árbol en invierno, no imaginemos que el hacha nos derribará, pues nuestra sustancia permanece en nosotros aunque hayamos perdido nuestras hojas, y antes de que transcurra mucho tiempo vendrá la época en que los pájaros





UN NUEVO COMIENZO

cantan, sentiremos el calor cordial de la primavera que retorna, y nuestras vidas estarán de nuevo cubiertas de capullos y cargadas de frutos.

No será de extrañar que haya calmas y pausas en nuestro trabajo espiritual, pues lo mismo ocurre en los negocios de los hombres. Aun el que más se afana en pos de objetos mundanos, aquél a quien no puede acusarse ni mucho menos de falta de actividad en sus esfuerzos, es consciente, sin embargo, de que, por una especie de ley, vienen tiempos encalmados en que el negocio necesariamente se estanca. No es culpa del comerciante si a veces es necesario estimular el comercio, ni que después de estimularlo siga tan estancado como siempre. Parece ser una regla el que haya años de gran prosperidad, y luego años de decadencia; las vacas enjutas aún devoran a las gordas. Si los hombres no fueran lo que son, podría haber perpetuamente un progreso uniforme: pero es evidente que aún no hemos llegado a ese punto.

En los asuntos religiosos, la historia nos muestra que las iglesias tienen sus días de abundancia, y luego sus días de sequía. La Iglesia Universal está rodeada de estas circunstancias; ha tenido sus Pentecostés, sus Reformas, sus Avivamientos; y en los intervalos ha habido pausas penosas, en que había más motivo para lamentarse que para gozarse, y el *Miserere* era más adecuado que el *Aleluya*. Por lo tanto, deseo que ningún hermano se condene a sí mismo por no estar consciente en este momento de poseer toda la vivacidad de su juventud: es posible que la recupere antes de que clausuremos estas reuniones. Que el labriego anhele la primavera, pero no desespere a causa del frío actual; de modo que espero que os lamentéis de todo grado de decadencia, pero que no desesperéis. Si alguno anda en tinieblas y no ve luz alguna, que confíe en Dios, y que espere en Él hasta que envíe días más luminosos.

Teniendo todo esto en cuenta, y concediendo todo el margen posible, me temo, sin embargo, que muchos de nosotros no mantenemos la debida elevación, sino que nos hundimos por debajo de lo necesario. Hay muchas cosas





UN MINISTERIO IDEAL

que tienden en este sentido, y quizás nos haga bien pensar en ellas. Cierta grado de abatimiento de espíritu puede ser puramente físico, y proceder de la *evaporación del vigor juvenil*. Algunos de vosotros gozáis de todas las fuerzas del comienzo de la virilidad; sois de andar ligero como los ciervos del campo, y de movimientos rápidos como las aves; pero otros llevamos pinceladas de gris en nuestras cabezas, y la edad madura nos ha hecho sobrios.

Nuestros ojos aún no se han apagado, ni han disminuido las fuerzas naturales; no obstante, el fulgor y la llama de la juventud se han ido, y en el estilo de nuestro hablar y en las maneras de actuar, los hombres echan de menos aquel rocío de la mañana que era la gloria de las hojas jóvenes de la vida. Los mayores son propensos a ridiculizar a los compañeros jóvenes por ser demasiado celosos; que éstos no se desquiten, sino que, con cautela, se abstengan de acusar jamás a los hermanos mayores con excesivo fervor.

Por mi parte, si pudiese, hubiera seguido siendo un joven, pues no he mejorado en modo alguno. ¡Ojalá pudiera poseer de nuevo la elasticidad de espíritu, el empuje, el valor, la ilusión de los días pasados! Mis días de vuelo se han convertido en días de carrera, y la carrera está disminuyendo para convertirse en un paso aún más sereno. Es motivo de aliento el que las Escrituras parezcan indicar que esto es progreso, pues es el orden prescrito para los santos: «Levantarán las alas como águilas»; se pierden de vista, por lo lejos que van. En vuestros primeros sermones, ¡cómo levantabais las alas! Vuestros primeros esfuerzos evangelísticos, ¡qué vuelos de águila eran! Después de eso, aflojasteis la marcha y, sin embargo, vuestro paso mejoró; se hizo más firme, y quizá más lento, como está escrito: «Correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán». Dios quiera que no nos fatiguemos; y si nuestros días de correr han terminado, que caminemos con Dios como Enoc hizo, hasta que el Señor nos lleve consigo al hogar.

Otra causa que frecuentemente lleva al abatimiento del vigor es *el posible cese de los primeros éxitos*. No quiero





UN NUEVO COMIENZO

decir que siempre sea así; mas, generalmente, cuando un hombre va a un nuevo campo, hay muchas porciones sin segar, y recoge una gran cosecha, que más tarde no encuentra porque hay menos que segar. Si tienes un pequeño estanque no puedes seguir pescando tantos peces como al principio, porque no quedan tantos. En Londres estamos, por decirlo así, en un océano, y podemos extender nuestras redes tantas veces como queramos; pero en una ciudad o pueblo pequeños, uno puede terminar pronto toda su labor de conversión directa si el Señor le bendice mucho; y si, después de cierto tiempo, no hay más almas salvas, quizás sea porque hay pocas personas inconversas que asisten a su ministerio. Es posible que Dios haya dado al hermano todos aquellos a quienes se proponía bendecir por su medio en aquel lugar, y quizá sea prudente que vaya a pescar en otras aguas. He leído algo acerca de un guardián de faro que cuelga una cuerda en torno al mismo, en la cual coloca cierto número de hilos y anzuelos. Todos están bajo el agua durante la marea alta, y en los momentos favorables los peces pican, de modo que cuando la pleamar se retira, el faro queda festoneado de peces de todas clases; lo único que tiene que hacer el eficiente pescador es recoger el botín. Esto fue lo que nos ocurrió al principio; cebamos nuestros anzuelos, y sacamos los peces sin cortapisa. Pero más tarde, quizá, el guardián del faro mira desde la torre y no ve nada, pues la niebla es densa, las nubes envuelven la luz, y el viento ruge furioso; tiene que tener cerradas puertas y ventanas para preservar su vida, y piensa en lo duro que es ser guardián de un faro, mientras desea poder estar en tierra firme. A veces también nos encontramos en posición similar. Se nos pregunta: «¿Cómo va la noche?» Y la respuesta es: «La mañana no viene, la noche se hace más densa, y las tinieblas aumentan». No todos los días sacamos la red llena de grandes peces, sino que experimentamos tristes intervalos de esfuerzo infructuoso, y entonces no es extraño que el espíritu se fatigue en uno.





UN MINISTERIO IDEAL

El desgaste natural de una vida activa tiende también a abatirnos. Algunas de nuestras gentes piensan que tenemos poco o nada que hacer excepto subir al púlpito, y derramar un torrente de palabras dos o tres veces por semana; pero deberían saber que si no pasásemos mucho tiempo en estudio diligente, recibirían sermones muy pobres. He oído hablar de un hermano que confía en el Señor y no estudia; pero también se me ha dicho que los miembros de su iglesia no tienen confianza en él; de hecho, estoy informado de que desean que se vaya a otra parte con sus discursos inspirados, pues dicen que incluso cuando estudiaba, sus sermones dejaban bastante que desear, pero ahora que les da lo que primero viene a sus labios, son totalmente insoportables. Si alguno quiere predicar como debe, su trabajo le tomará más que cualquier otra labor debajo del cielo. Si vosotros y yo nos concentramos en nuestro trabajo y vocación, aun entre pocas personas, habrá ciertamente roce del alma y desgaste del corazón como para afectar al más fuerte. Estoy hablando como el que sabe, por experiencia, lo que es sentirse completamente agotado en el servicio del Maestro. No importa cuán bien dispuestos estemos en espíritu, la carne es débil; y el que defendió cariñosamente a sus siervos dormidos en el jardín, conoce nuestra constitución, y recuerda que somos polvo. Necesitamos que el Maestro nos diga de vez en cuando: «Venid vosotros aparte al lugar desierto, y reposad un poco»; y lo dice, pues no es un maestro rudo, y por más que muchos usen del azote, y hagan que el corcel agotado muera con los arneses puestos, nuestro bondadoso Señor no hace lo mismo.

Además de esto, somos propensos a abatirnos *cuando nuestro deber se convierte en rutina*, a causa de su monotonía. Si no velamos, muy probablemente nos diremos a nosotros mismos: «El lunes por la noche, y de nuevo aquí, para dar un mensaje en la reunión de oración. El jueves, predicar, ¡aunque aún no tengo tema! El domingo, por la mañana y por la noche, predicar de nuevo ¡sí, predicar de nuevo! Luego, los compromisos especiales; siempre





UN NUEVO COMIENZO

predicar, predicar, predicar. ¡Cuán fatigoso!» Predicar debería ser un gozo, y, sin embargo, puede convertirse en pesada tarea. La predicación constante debería ser un disfrute constante; sin embargo, cuando el cerebro está fatigado, el placer huye. Como el muchacho enfermo en los días del profeta, estamos dispuestos a exclamar: «¡Mi cabeza! ¡Mi cabeza!» Nosotros preguntamos: «¿Cómo conservar nuestra lozanía?» Es difícil producir tanto con tan poco tiempo para la lectura; es casi tan dificultoso como hacer ladrillos sin paja. Nada puede conservar nuestra lozanía sino la unción diaria del Espíritu.

No me extraña que algunos hermanos estén abatidos *por falta de asociación con otras personas de corazón cálido y espíritu afín*. Os daré otra ilustración usando nuevamente un faro. Alguien fue a visitar a los guardianes de un faro solitario, y dijo a uno de ellos: «Supongo, después de todo, que ustedes son muy felices en esta torre». «Podríamos serlo», replicó el hombre, «si charláramos el uno con el otro; pero hace un mes que mi compañero y yo no hemos cambiado una sola palabra». Si estáis desterrados en un lugar del campo, donde no tengáis una mente superior o siquiera igual con la que conversar, sin ningún amigo intelectual o espiritual a vuestro alcance, me hago cargo de lo que os ocurre. «Hierro con hierro se aguza; y el hombre aguza el rostro de su amigo», y cuando el rostro no es aguzado, no es maravilla que la mente se empañe. Hermanos, no podemos vivir solos; sin embargo, una de nuestras más penosas pruebas es la terrible soledad en nuestros afanes más elevados. ¡Cuán deleitoso tener un espíritu gemelo con quien conversar! Lo peor es que, si bien tenemos pocos que nos den nuevas fuerzas con su conversación, en cambio tenemos muchos que nos vejan con su parlería; y cuando quisiéramos ser levantados a nobles temas, somos arrastrados a la triste murmuración de una aldea. No es de extrañar que, en tal ambiente, perdamos fuerzas y seamos abatidos.

Sin embargo, nada de esto sirve de excusa para caer en un estado de decaimiento y *es posible que, verdadera-*





UN MINISTERIO IDEAL

mente, nuestra decadencia mental sea el resultado de nuestra pobre situación espiritual. Quizás hemos dejado nuestro primer amor, nos hemos apartado de la simplicidad de nuestra fe, hemos apostatado en el corazón, y entristecido el Espíritu Santo, de modo que nuestro Dios camina en dirección contraria a nosotros porque nosotros caminamos en dirección contraria a Él. Quizás la lluvia no viene porque no hay oración, y los vientos celestiales han dejado de soplar porque hemos sido demasiado indolentes para extender las velas. ¿No ha habido incredulidad que obstaculizara la bendición? Solemos hablar de la incredulidad como si fuera una aflicción de la que debemos compadecernos, en vez de ser un crimen que hemos de condenar. Que hagamos mentiroso al que nos ha revelado los secretos de su corazón, y, casi iba a decir, se ha molestado en bendecirnos de modo extraordinario e insólito, tiene que causar dolor al corazón del Padre. Quizá sentimos menos amor a Jesús que en otros tiempos, menos celo en hacer su obra, y menos angustia por las almas de los demás; si es así, no es de extrañar que disfrutemos menos de la presencia de Dios, y que pronto estemos abatidos. Si la raíz no es fuerte, ¿cómo pueden florecer las ramas?

¿No es posible que la relajación se haya mezclado con la incredulidad? ¿Hemos hecho caso de la carne en sus deseos? ¿Hemos perdido la intimidad con Jesús que en otro tiempo gozábamos? ¿Hemos violado la consagración con que empezamos? Si es así, el verdín se extenderá. El egoísmo echará a perder la fortaleza, y destruirá la capacidad de servicio. No voy a suponer que éste es el caso de ninguno de vosotros, o por lo menos voy a suponerlo tan sólo, dejándolo en suposición.

Es un hecho terrible que, *a veces, estos abatimientos terminan en catástrofe.* Después de la apostasía secreta viene un pecado que se anuncia públicamente, y los hombres claman: «¡Qué vergüenza!»

Sin embargo, lo más triste no es ese pecado, sino el estado general del corazón humano. Nadie se vuelve malo





UN NUEVO COMIENZO

de repente. Cierto es que el rayo mató a su víctima; pero la descarga no habría caído si no hubiera habido una previa conjugación de los elementos hasta formar la tormenta. El escándalo público no es sino el desarrollo de lo que había en el hombre: la raíz del mal es aún más profunda. Cuando oímos hablar de un hombre que ha arruinado su carácter en un acto de locura sorprendente, podemos dar por sentado, por regla general, que su fechoría no era sino un chorro de azufre procedente de un terreno cargado de fuego volcánico; o, para cambiar la figura, un león rugiente procedente de una cueva llena de fieras. Si queréis clamar día y noche, de rodillas, que no os ocurra ninguna catástrofe moral, cuidado con el pecado que conduce a ella, cuidado con la apostasía que culmina en ella; pues, donde no existe la causa, no se produce el efecto. El Señor nos preservará si, día tras día, clamamos a Él pidiéndole que limpie nuestro camino.

Hay un mal debajo del sol que es tan terrible como una catástrofe pública -en realidad, es peor para la iglesia, a la larga- y es *cuando el ministerio es carcomido por las hormigas espirituales*.

Un anciano indio me describía cómo los muebles pueden ser devorados por las hormigas blancas. Estos insectos entran en la casa y lo devoran todo; pero, aparentemente, nada ha sido tocado. Las estanterías están donde siempre, los baúles y todo lo demás siguen exactamente donde estaban; a simple vista, todo está igual; pero en cuanto los muebles son tocados, se derrumban en pedazos, pues las hormigas los han comido por dentro. Del mismo modo, algunos hombres siguen el ministerio, pero el alma del mismo ya no existe. Tienen nombre de que viven, pero están muertos: ¿puede haber algo peor? Casi sería preferible que hubiera una explosión y todo terminara, a ver a los hombres seguir sosteniendo la forma de la religión después que la piedad vital ha desaparecido, esparciendo la muerte a su alrededor, pero manteniendo lo que se llama una posición respetable. ¡Dios nos guarde de lo último como de lo primero! Si soy una rama podrida, que me





UN MINISTERIO IDEAL

corten; pero estar en el árbol, cubierto de parasitario líquen y musgo, es deplorable. El ministerio respetable, pero vacío de vida espiritual, no es mejor que una condena respetable, de la cual Dios nos libre.

Cuando los hombres llegan a este estado, *suelen adoptar algún procedimiento para ocultarlo*. La conciencia sugiere que hay algo que va mal, y el engañoso corazón actúa para ocultar o paliar este hecho. Algunos lo hacen *entreteniéndose con pasatiempos en vez de predicar el Evangelio*. No pueden hacer la obra del Señor, de modo que tratan de hacer la suya. No tienen la suficiente honradez para confesar que han perdido el poder evangélico, de modo que adoptan un pasatiempo; y el mal es muy benigno cuando se contentan con cosas secundarias, que no tienen otro defecto que el de apartarles de lo principal. Hay muchos juguetes de este tipo; sólo tengo tiempo para mencionar uno.

Me he enterado de que *ciertos hermanos se dedican exclusivamente a exponer la profecía*. Ahora bien, un hombre lleno de la vida que es de Dios puede exponer tanta profecía como quiera; pero los hay que, habiendo perdido su amor al Evangelio, tratan de recuperar la poca popularidad que habían tenido dedicándose a adivinar el futuro. Pueden tener la seguridad de que, si no pueden beneficiar a los hombres trayéndolos al pesebre y a la cruz, su fracaso será completo al ocuparse de sellos y copas. ¿Os habéis fijado en los *Comentarios* de Calvino, en que no hay ninguna exposición del libro de Apocalipsis? ¿Por qué no? Calvino dijo: «No he comentado ese libro porque no lo entiendo». Cuando oigo que alguien dice: «En Mateo he encontrado muchas cosas que no pertenecen a la Iglesia, gran parte de Romanos y Gálatas lo encuentro por debajo de mi experiencia, y no disfruto con los Salmos porque no están en la perfección que mi alma requiere; necesito algo más elevado y espiritual, más complejo y maravilloso», saco la conclusión de que tal hermano está hilando su última madeja, y que le queda ya muy poco sentido común.





UN NUEVO COMIENZO

Me divierte observar cómo algunos especuladores han fracasado cuando han dejado el barco antiguo del Evangelio para convertirse en profetas. Primero se dijo que la bestia del Apocalipsis era Napoleón I, y luego reapareció súbitamente en su sobrino Napoleón III. Poco después, la herida mortal fue sanada, y el príncipe Imperial cargó con los honores horribles del libro profético. Ahora el príncipe ha muerto, y preciso será que los videntes inventen una nueva teoría. No hay temor de que tarden mucho en hacerlo; y entre tanto, «nuestro origen israelita» servirá para llenar el tiempo. En el cuento de Simbad el Marino, se cuenta que navegando vieron una isla, y se alegraron en gran manera. La tripulación dejó el barco, festejó en la isla, e iban a tomar posesión de ella en nombre del rey, cuando súbitamente empezó a estremecerse y a sumergirse, y finalmente se hundió del todo, pues era el lomo de una ballena, y no una isla. He conocido hermanos que se entretenían sobre el lomo de alguna especulación novedosa, cuando de repente los hechos históricos se les han puesto en contra, y todo se ha hundido como una ballena. He mencionado uno de los entretenimientos más inofensivos, pero algunos se han dado a imaginaciones que han causado mayores males. La especulación es un índice de la pobreza espiritual del hombre que se rinde a la misma. Se ha terminado su harina, de modo que usa yeso; ya no tiene oro ni plata, y acuña metales inferiores. No puede profetizar según la medida de la fe, de modo que ejercita su inconmensurable imaginación. Su propia experiencia no le ofrece temas para el ministerio, y por lo tanto vuela a regiones de las cuales no conoce nada.

Lo peor es cuando un hombre decae de tal manera en corazón y espíritu que *no le quedan principios*, y no cree nada en absoluto. Es bautista, pero ministraría alegremente una iglesia paido-bautista. Es calvinista, pero no es fanático, y promete no ofender a nadie. Sostiene ciertos puntos de vista, pero el principal de ellos es «de cara al pastorado», y en ese punto de vista el atractivo depende del salario. Se jacta de poseer un corazón ancho, y una receptividad





UN MINISTERIO IDEAL

de espíritu, y todo lo demás. ¡Su alma se está carcomiendo! ¡Esa es la verdad del caso, y trata de encubriarla con semejantes tonterías! Estas personas me recuerdan el anuncio de una escuela en Francia; su párrafo final rezaba así: «Se enseñará a los alumnos cualquier religión elegida por sus padres». Es algo abominable cuando los ministros vienen a decir que se enseñará cualquier religión que escojan los diáconos. «Ruego me informen si la iglesia prefiere un calvinismo altisonante, o el arminianismo». Es lo que ocurría con aquel feriante que exhibía la batalla de Waterloo, y en respuesta a la pregunta «¿Cuál es Wellington, y cuál Napoleón?» replicaba: «Lo que gusten, amigos; ustedes pagan y escogen». Estos eclesiásticos amplios están dispuestos a suministrar cualquier artículo del que haya demanda. Es una situación terrible, pero los hombres no suelen quedarse ahí; llegados a lo más profundo, aún se puede caer más bajo.

Cuando el corazón está estropeado, y la vida espiritual ha decaído, *los hombres caen pronto en el error doctrinal*, no tanto porque su cabeza ande mal, pues muchos de ellos no han errado en gran manera en este aspecto, sino porque su corazón está en malas condiciones. Nunca nos habríamos enterado de que algunos hombres tenían cerebro, si no lo hubiesen inutilizado. Estos desviados de la fe suelen caer poco a poco. Empiezan diciendo muy poco en lo tocante a la gracia. Administran dosis homeopáticas de Evangelio: es maravilloso que un pequeñísimo glóbulo del mismo salve un alma, y es gran misericordia que sea así, pues de lo contrario pocos se salvarían. Estas miajas de Evangelio, y el predicador que las da, nos recuerdan el famoso perro del Nilo, de quien los antiguos decían que temía tanto a los cocodrilos que bebía en el río con mucha prisa, y se alejaba de él inmediatamente. Estos intelectuales tienen tanto temor a los cocodrilos críticos que en cuanto tocan el agua de vida del Evangelio se marchan en seguida. Sus dudas son más fuertes que sus creencias. Lo peor es que, no sólo nos dan muy poco Evangelio, sino que nos dan mucho que no es el





UN NUEVO COMIENZO

Evangelio. En esto son semejantes a los mosquitos, de los cuales he dicho a menudo que no me importa que me saquen un poco de sangre, pero que los combato por el veneno que me introducen. Ya es mala cosa que un hombre me robe del Evangelio; pero que me impregne con sus doctrinas venenosas, es intolerable.

Cuando los hombres pierden todo amor al Evangelio, tratan de compensar la pérdida de su atracción mediante invenciones propias de cierta brillantez, imitan la vida con el fulgor artificial de la cultura, recordándome los cristales salinos que cubren los desiertos de sal. En el centro de Persia hay una llanura sin vida, tan estéril y maldita que ni siquiera medran en ella las plantas salinas; «pero la sal misma, como amargamente resentida, forma sus cristales como si fueran ramas, y cubre la estepa con una alfombra de vegetación única, que brilla y resplandece a modo de pradera encantada en la luz cegadora del sol oriental». ¡Ay de las pobres congregaciones que contemplan este sustituto de la vida, esta florescencia salina de delicados errores y fascinantes invenciones! ¡Lástima que cualquier cosa que uno proponga actualmente encuentre eruditos personajes para apoyarla! Fontenelle solía decir que si pudiese conseguir que seis filósofos escribieran en favor de ello, sería posible hacer creer a la gente que el sol no es la fuente de la luz y el calor; y creo que hay mucha verdad en esta observación. Se nos dice: «Bien, es un hombre muy erudito, es profesor del Colegio Tal, y ha escrito un libro en que trastorna los antiguos dogmas». Si un erudito escribe alguna tontería, desde luego tendrá salida; y no hay opinión, por loca que sea, que no sea creída en ciertos sectores si tiene el apoyo de los llamados científicos. Personalmente he observado la labor de los novelistas en teología, y he tratado de sacar lo que pudiera de sus libros, pero he quedado sorprendido por los resultados, notablemente ínfimos, de sus lucubraciones. Estando junto al mar en Menton, veía a los pescadores con kilómetros de cuerda y una vasta red sostenida por grandes boyas, visibles a gran distancia en el mar. Una docena de





UN MINISTERIO IDEAL

hombres tiran de una cuerda, y otros tantos de la otra, llevando la gran red a tierra. ¡Tirad de ella! Tirad de las cuerdas y traed los peces a tierra. Recuerdo que, en una ocasión, les vi sacar un pez más pequeño que el dedo meñique. Nuestros amigos alemanes han construido diligentemente vastas redes en las cuales han encerrado el mar del pensamiento; y al sacarlas, ha habido mucho ruido, gran sensación y temblores y desmayos entre las ancianas de la cristiandad; pero cuando hemos visto su gigantesca presa, resultó que no era ni la décima parte de una sardina. El filósofo que apareció después, se ha colocado las gafas con la correspondiente gravedad después de limpiarlas solemnemente, ha clavado su tenedor crítico en el pequeño pescado y, levantándolo para que todos lo admiren, ha pronunciado un discurso sobre su especie, hasta que otro filósofo igualmente sabio ha declarado que el pescado estaba podrido, y lo ha echado de nuevo al océano. Este tipo de juego continúa todavía, y muchos jóvenes ministros han sido lo suficientemente necios para dejar la pesca apostólica y unirse a este estúpido desperdicio de esfuerzos mentales. ¿Qué han hecho estos profesionales de la duda, desde que el mundo empezó? ¿Qué harán? ¿Qué pueden hacer? Todo lo que pueden hacer ahora es meterse en nuestras iglesias y sisear desde los púlpitos que, en otros tiempos, eran ocupados por los ortodoxos. No pueden construir lugares de adoración propios: no podrían construir ni una ratonera; por regla general, en sus enseñanzas no hay suficiente poder para reunir una congregación, ni para conservarla cuando se ha reunido. Toda la vitalidad, la fuerza y la energía que poseen la gastan, a semejanza de los cucús, poniendo sus huevos en los nidos que nosotros nos tomamos la molestia de formar, pues ellos no los pueden construir propios.

Dios impida que jamás tratemos de encubrir la decadencia del corazón con inventos de nuestro amor propio. Espero que cuando nuestro ministerio empiece a perder poder, seamos llevados a caer de rodillas e ir a nuestro Dios para que Él nos avive de nuevo por su buen Espíritu.





UN NUEVO COMIENZO

Quizás he hablado demasiado extensamente de la primera parte de mi tema; ahora me propongo considerar *la necesidad de la gracia renovadora*. Si alguno de nosotros ha descendido de las alturas, es hora de que volvamos a ellas. Si hemos caído del primer amor, es sumamente necesario que renovemos en seguida el ardor de la juventud. Si hemos descendido, aunque sea en pequeña medida, conviene que pidamos ayuda para recuperar lo perdido.

Es necesario por *nuestra propia dicha*; pues apelo a cualquier hermano que decaiga en su corazón, cuya fe se esté debilitando, y que tenga dudas en su espíritu, para que diga si no es desdichado. ¿No gozáis más puramente que nunca y con la mayor satisfacción cuando andáis con Dios? Ciertamente, apartados de Cristo, los «llamados a ser santos» están condenados a la desdicha. Es una condenación que el destino ha fijado para vosotros, que si partís de Cristo, tenéis que ir hacia el infierno; pues para vosotros partir de Cristo es infierno. Por lo tanto, si en alguna medida os habéis apartado de Cristo, volad al hogar, id a Él en seguida. El año pasado, estando en el sur de Francia, hice una excursión a caballo hasta el pie de Castiglione, antigua ciudad medio abandonada. El cielo estaba despejado, y mientras mis amigos subían al monte a explorarlo, me quedé un poco más abajo. Pronto observé que venían nubes del otro lado de las montañas, y a los pocos minutos estaba envuelto por la niebla y helado hasta los huesos. Podía ver Menton debajo de las nubes, y le dije a mi criado: «Recoja los caballos porque tengo que ir en seguida a donde brille el sol». Me apresuré a descender hasta que alcancé nuevamente la luz del sol. Así es como debéis sentir; si os rodea la neblina, y sentís el frío en vosotros, debéis apresuraros a volver a Cristo. Podéis reposar en Él llenos de gozo, porque en Él encontraréis toda bendición y consuelo a vuestro alrededor; pero si habéis trepado a conceptos elevados, y habéis entrado en las frías regiones de la especulación, tenéis que apresuraros a bajar también. Tenéis que decir del antiguo Evangelio: «Puedo





UN MINISTERIO IDEAL

ver el bendito lugar de mi reposo, y a él regresaré en seguida». Este es un buen consejo para los que son conscientes de haber perdido el consuelo al dejar el antiguo buen camino.

Estoy seguro de que no podemos permitirnos estar en un estado de decadencia, pues *nunca estuvimos demasiado vivos*. Nuestros defectos y limitaciones, aun en el mejor de los casos, son más que suficientes para enseñarnos lo que seríamos si fuésemos peores. Puedo imaginarme a algunos hombres perdiendo parte de su valor, y todavía valientes; pero si una pequeña porción del mío se evaporara, sería yo un verdadero cobarde. A Calvino aún le habría quedado poder si hubiera perdido la mitad de la firmeza de su mente, pues era un hombre de fe potente; pero si yo perdiese alguna medida de fe, sería un lamentable incrédulo, pues no me sobra nada de ella.

Amados hermanos, ¿hemos alcanzado nuestra debida posición en comparación con *nuestro primer ideal de lo que esperábamos ser*? ¿Recuerdas cuando entraste en el Colegio o en el ministerio? ¿Recuerdas qué ideal tan elevado te habías propuesto? Hiciste bien en proponerte una meta elevada, pues si te propones alcanzar la luna, dispararás más alto que si apuntas a una zarza. Hiciste bien en tener un ideal elevado, pero no haces bien en no alcanzarlo; empero, ¿quién consigue alcanzar su propio ideal? ¿No te dan deseos de ocultar la cabeza cuando te comparas con tu Señor? Salvó a otros, y por lo tanto no pudo salvarse a sí mismo; mas nosotros somos celosos de guardarnos a nosotros mismos, y a menudo obramos como si pensáramos que el instinto de conservación es la ley suprema de la naturaleza. El Señor sufrió gran contradicción de pecadores contra sí mismo, mientras que nosotros nos sentimos provocados si se nos contraría en lo más mínimo. Él amó a sus ovejas, y las siguió cuando se extraviaron; pero nosotros tenemos demasiada poca compasión aun por aquellos que se reúnen a nuestra llamada. Estamos muy, muy por debajo de la verdadera gloria del Bienamado, y ni siquiera alcanzamos el pobre ideal





UN NUEVO COMIENZO

que de Él tenemos. Nunca en privado en sus oraciones, ni en público en su vida, o en su ministerio, o en sus enseñanzas, nos aproximamos a Él tanto como debiéramos; y sin embargo, el no alcanzar a parecernos a Él, debería sonrojarnos y hacernos llorar. Así, pues, no podemos permitirnos la decadencia.

Ciertamente, aunque no nos comparemos con el Maestro, sino tan sólo con nuestros hermanos ministros -pues algunos entre ellos han hecho muy noble obra para Cristo-, llegaremos a la misma conclusión. Algunos de nuestros hermanos han resistido grandes desalientos, sirviendo al Señor fielmente; otros han ganado almas para Cristo, y cada una de ellas les ha costado más abnegación que lo que nos ha costado a algunos de nosotros ganar centenares. Podría sentarme con deleite a los pies de aquellos hermanos consagrados en quienes ahora estoy pensando, y contemplarlos, y dar gloria a Dios por ellos. Los tales han sido hallados entre hombres de capacidad inferior, de escaso poder, y de aptitudes insignificantes; pero ¡cómo han trabajado, y cómo han orado, y cómo los ha bendecido Dios! Es posible que teniendo diez veces su capacidad y sus oportunidades, no hayamos hecho nada semejante a lo que ellos han hecho. ¿No lloraremos a causa de esto? ¿Podemos permitirnos la decadencia?

Hermanos amados, no podemos permitirnos quedar en un estado inferior al óptimo; pues, si es así, *nuestra obra no estará bien hecha*. Hubo un tiempo en que predicábamos con todas nuestras fuerzas. Cuando empezamos a predicar, ¡qué predicación, en cuanto a celo y vida! Al mirar atrás, nuestra propia humillación debe aumentar si percibimos que en tiempos más jóvenes éramos más reales y más intensos de lo que somos ahora. Los críticos dicen que predicamos mucho mejor; y sabemos que hay más pensamiento y más exactitud en nuestros sermones, y que usamos más elocuencia que en nuestros días de juventud; pero ¿dónde están las lágrimas del principio de nuestro ministerio? ¿Dónde está el corazón quebrantado de nuestros primeros sermones? ¿Dónde está la pasión, dónde la ne-





UN MINISTERIO IDEAL

gación propia que a menudo sentíamos cuando derramábamos nuestra misma vida en cada sílaba pronunciada? Ahora, vamos a veces al púlpito resueltos a hacer como hicimos entonces, como Sansón salió a hacer lo que antes había hecho. En otros tiempos había roto las cuerdas y las cadenas, e iba a hacer lo mismo de nuevo; pero el Señor se había apartado de él, y era tan débil como otro hombre. Hermanos, ¿qué ocurriría si el Señor se apartara de nosotros? ¡Ay de nosotros, y de nuestra obra!

Nada puede hacerse si el Espíritu Santo es retirado; ciertamente, ni siquiera podrá intentarse algo bueno. Me ha maravillado ver cómo algunas personas evitan predicar el Evangelio cuando profesan estar haciéndolo. Usan un texto que uno diría ha de entrar en la conciencia, pero consiguen hablar de tal manera que ni despiertan a los negligentes ni afligen a los que confían en sí mismos. Juegan con la espada del Espíritu como si fueran malabaristas de circo, en vez de lanzar la espada de dos filos a los corazones de los hombres, como hacen los soldados al entrar en combate. El Emperador Galiano, al ver que un hombre lanzaba una jabalina varias veces contra un toro sin alcanzarlo, y el pueblo lo abucheaba, llamó a aquel hombre, y colocando un laurel sobre su cabeza, dijo: «Es un mérito especial que sepas errar un blanco tan grande tantas veces». ¿Qué premio daremos a aquellos ministros que nunca dan en el corazón, nunca redarguyen de pecado a los hombres, nunca consiguen que el fariseo abandone su propia justicia, nunca influyen en el culpable hasta el punto de que se eche a los pies de Jesús como pecador perdido? Quizás un día pueda aspirar a ser coronado de vergüenza por tal crimen. Entre tanto, ceñid sus sienes con la sombra de la noche. Seamos como los zurdos de Benjamín, «que sabían lanzar piedras con gran precisión». Esto no podemos alcanzarlo a menos que la vida de Dios esté y abunde en nosotros.

Uno debe cuidarse como hombre, por causa de sí mismo y de su casa; pero como ministro, debe cuidarse mucho más *por causa de los que le están encomendados*. Cierto





UN NUEVO COMIENZO

capitán, en los Mares del Sur, tomaba, según se observó, una ruta más larga pero más segura para entrar en el puerto. Cuando alguien le dijo que era demasiado cuidadoso, replicó: «Llevo tantas almas a bordo que no puedo permitirme correr riesgo alguno». ¡Cuántas almas hay a bordo de algunos de nuestros barcos! ¡Sí, cuántas almas, a pesar de que la doctrina es poco popular, lo repito cuántas almas, no de criaturas que se extinguirán como perros y gatos, sino de seres de valor inapreciable, inmortales, están encomendadas a nuestro cuidado! Dado que de nuestro ministerio, por la gracia de Dios, depende lo eterno -la vida y la muerte, el cielo y el infierno— ¿qué clase de personas tendríamos que ser? ¡Qué cuidadosos deberíamos ser en cuanto a nuestra salud espiritual! ¡Cuánto deberíamos desear estar siempre en nuestro más elevado nivel! Si yo fuese un cirujano, y tuviese que operar a un paciente, no me gustaría tocar ni el bisturí ni su carne cuando me sintiera irritado o tembloroso; no quisiera estar en otra condición que en la más tranquila, serena y segura, puesto que la menor diferencia podría significar el tocar un punto vital y poner fin a una vida preciosa. ¡Que Dios ayude a todos los médicos de almas a estar siempre en su mejor forma!

Creo que *la marcha de la causa de Dios en el mundo depende de que nos encontremos en excelentes condiciones*. Hemos venido al reino para esta hora. Así como Simón Menno fue llamado para predicar sobre el bautismo de creyentes en Holanda, y hacer que la lámpara de Dios brillara allí, así también, en nuestro propio país, hombres como Hansard Knollys, Kiffin, Keach y otros semejantes, tuvieron la confianza de enfrentarse con la batalla por la causa del Señor, así también creo que vosotros tenéis que estar en sucesión directa como defensores de la forma más pura de la verdad evangélica. Se nos ha encomendado pasar a las generaciones venideras el Evangelio eterno que nuestros venerables patriarcas nos han transmitido. Como decía Neander, hay un futuro para los bautistas. Hay un futuro para cualquier iglesia que haya guardado fielmente las





UN MINISTERIO IDEAL

ordenanzas de Dios, y esté resuelta en todas las cosas a ser obediente a la cabeza del pacto. No tenemos ni prestigio, ni riqueza, ni tampoco un Estado que nos apoye; pero tenemos algo mejor que todo esto.

Cuando se preguntó a un espartano cuál era el límite de su país, replicó: «Los límites de Esparta están marcados por las puntas de nuestras lanzas». El límite de nuestra iglesia está también determinado por las puntas de nuestras lanzas; pero nuestras armas no son carnales. Dondequiera que vamos predicamos a Cristo crucificado, y su solemne proclamación: «El que creyere y fuere bautizado, será salvo». Dijeron al espartano: «No tenéis murallas en Esparta». «No», replicó, «las murallas de Esparta son los pechos de sus hijos». No tenemos defensas especiales para nuestras iglesias, ni leyes que nos amparen, ni credos vigentes; pero tenemos los corazones regenerados y los espíritus consagrados de los hombres que resuelven vivir y morir al servicio del Rey Jesús, y que hasta ahora han bastado, en manos del Espíritu, para preservarnos de atroces herejías. No veo cómo empezó todo esto, pues la batalla de la verdad comenzó hace mucho tiempo; y no veo el fin, excepto la venida del Maestro y la victoria eterna. No obstante, hay algunos que temblando dicen que deberíamos detenernos, y permitir que los jóvenes que ya están en el Colegio Teológico aprendan un oficio y dejen el ministerio, no sea que haya demasiados ministros en Inglaterra; y añaden que es inútil preparar hombres para los campos extranjeros, pues la Sociedad Misionera está en deuda y sus gastos han de ser reducidos. ¡Que Dios bendiga a la Sociedad Misionera! Pero esto no ha de ser el límite de nuestros esfuerzos personales; además, la Sociedad pronto arrojará de sí la carga. Si vosotros, hermanos, sois dignos de vuestro llamamiento, seréis independientes y valerosos, y no os apoyaréis demasiado en la ayuda ajena. Esparta no podría haber sido defendida por una raza de criaturas tímidas armadas de lanzas sin punta, ni tampoco pueden los jóvenes de espíritu tímido hacer grandes cosas para Dios. Es preciso que acep-





UN NUEVO COMIENZO

téis el heroísmo si tenéis que hacer frente a las exigencias de esta hora. ¡Que Dios haga que el que entre vosotros fuere flaco sea como David, y la casa de David como el ángel de Jehová! (Zacarías 12:8).

Antes de concluir tengo que hacer una proposición: *que ésta sea la hora de la renovación para cada uno de nosotros*. Que cada uno de nosotros busque un avivamiento personal por medio del Espíritu divino.

Veremos la oportunidad si *consideramos nuestra propia nación*. Políticamente, hemos vuelto a una situación en que habrá respeto para la justicia y la verdad, y no para la presunción, las ganancias nacionales y las conquistas. Espero que ya no seamos dirigidos por ciertas ideas falsas acerca de los intereses británicos y la política consiguiente; sino por los grandes principios de la justicia, el derecho y la humanidad. Esto es todo lo que deseo ver. Los partidos, como tales, no representan nada para nosotros; tampoco los estadistas individuales, excepto en tanto que representen principios justos. Estamos en favor de los que respaldan la justicia, la paz y el amor. Y ahora, en vez de yacer inmóviles año tras año sin progresar -sin que se enmienden las leyes, ni sea atendida la legislación nacional, sino habiéndose desperdiciado el tiempo en aventuras extranjeras- va a hacerse algo que vale la pena.

Asimismo, en esta época, nuestras escuelas están educando al pueblo, y gracias a Dios por ello. Aunque la educación no salve a los hombres, puede ser un medio hacia tal fin; pues cuando todos nuestros campesinos sepan leer sus Biblias, podemos sin duda esperar que Dios bendicirá su propia Palabra. Será una gran cosa para todos nuestros trabajadores agrícolas ir al Nuevo Testamento por sí mismos, y escapar así de recibir la religión de segunda mano. Es preciso que los hombres piadosos cuiden de ofrecerles buenos libros, alimentando así los nuevos apetitos con alimentos sanos. Toda la luz es buena, y nosotros, que ante todo amamos la luz de la revelación, estamos en favor de toda clase de luz verdadera. Dios está levantando al pueblo, y creo que ha llegado la hora de que nos aprove-





UN MINISTERIO IDEAL

chemos de su progreso; y ya que nuestro negocio exclusivo es predicar a Jesucristo, cuanto más nos ciñamos a nuestra obra, tanto mejor, pues la verdadera religión es la fuerza de una nación, y el fundamento de todo gobierno justo.

Todo lo honesto, lo verdadero, lo amable, lo humano y lo moral puede contar con nuestra ayuda. Estamos en favor de la templanza, y por lo tanto en favor de la limitación del abominable tráfico que está arruinando a nuestro país; y estamos en contra de todo lo que permite el vicio entre los hombres, o autoriza la crueldad para con los animales. Somos decididos abogados de la paz, y guerreemos fervorosamente contra la guerra. Desearía que los cristianos hicieran más y más énfasis en la injusticia de la guerra, creyendo que cristianismo significa «basta de espadas, de cañones y de derramamiento de sangre», y que si una nación se ve impulsada a luchar en defensa propia, el cristianismo está dispuesto a luchar y a intervenir tan pronto como sea posible, y a no unirse a las crueles voces que celebran la matanza del enemigo. Estemos siempre donde está la justicia. Os ruego, pues, que os unáis a mí en busca de la renovación. Ahora es el momento de ponerse la armadura y entrar en acción.

Seguramente estaréis de acuerdo en que nuestra santa comunión, en esta hora feliz, debe ayudarnos a todos a subir a un nivel más elevado. Ver a muchos de nuestros hermanos anima y estimula. Cuando recuerdo la santidad de algunos, la profundidad de su piedad, su perseverancia, me siento consolado en la creencia de que si el Señor ha fortalecido a otros, tiene todavía una bendición en reserva para nosotros también. Que esta Fiesta de los Tabernáculos sea la hora de la renovación de nuestros votos de consagración al Señor Dios nuestro.

Empecémoslo con *el arrepentimiento por todos nuestros errores y defectos*. Que cada uno lo haga por sí mismo. Recordad cómo el antiguo gigante luchó contra Hércules y el héroe no podía vencerle, porque cada vez que caía tocaba la madre tierra, y recibía nuevas fuerzas. Caiga-





UN NUEVO COMIENZO

mos también sobre nuestros rostros, para que podamos levantarnos llenos de vigor. Volvamos a nuestra primera fe sencilla, y recuperemos las fuerzas perdidas. Los hombres que han estado muy enfermos han clamado: «Devolvedme a mis aires nativos, y pronto estaré bien. Entre las flores de los prados, donde solía jugar cuando niño, y cerca del arroyo donde pescaba, pronto reviviré». Es bueno para nuestra alma volver a los días de la fe propia de un niño, cuando cantábamos:

«Tal como soy, sin una sola excusa,
Porque tu sangre diste en mi provecho,
Porque me mandas que a tu seno vuele,
¡Oh, Cordero de Dios! Acudo, vengo.»

Esto os ayudará a renovar vuestra juventud; parece fácil, pero es la única manera.

A continuación, *renovemos nuestra consagración*. No es que os invite literalmente a manchar el umbral del Colegio con vuestra sangre; mas os pido que penséis en aquel esclavo israelita cuyo tiempo había pasado, pero que prefirió permanecer en servidumbre porque amaba a su señor y a los hijos de su señor, y por ello puso su oreja contra el umbral de la puerta y se la horadaron con una lesna. ¡Que el Señor horade la oreja de cada uno de nosotros, para que podamos ser sus siervos para siempre! Amamos a nuestro Señor ¿no es cierto hermanos? Amamos la obra de nuestro Maestro; y amamos a los siervos de nuestro Maestro, y a sus hijos, y por Él serviremos a todos ellos, para bien o para mal, hasta que la muerte nos separe de este servicio inferior. Me gustaría *que predicásemos nuestros antiguos sermones*; no quiero decir los mismos sermones, sino con la misma fuerza como cuando empezamos a decir a los pecadores que nos rodeaban, cuán adorable Salvador habíamos hallado. Las gentes decían: «Ese joven no sabe mucho, pero ama a Jesucristo, y no habla de otra cosa». Me gustaría predicar de nuevo como al principio, sólo que mucho mejor. Creía intensamente todas las palabras que pronunciaba; también ahora, pero actualmen-





UN MINISTERIO IDEAL

te surgen dudas que antes nunca me atacaban. Quisiera volver a ser un niño ante el Señor, y seguir siéndolo, pues estoy seguro de que las preguntas y las dudas son una pérdida lamentable para cualquiera.

Volved a *vuestra lectura bíblica de antes*, cuando solíais saborear la promesa como si fuera un bocado exquisito. Este Libro, cuando lo hojeo, despierta muchos recuerdos en mí; sus páginas resplandecen con una luz que no puedo describir, pues están incrustadas de estrellas que en mis muchas horas de penumbra han sido la luz de mi alma. Entonces no leía este volumen divino para buscar un texto, sino para oír la voz del Señor hablando a mi propio corazón; entonces no era yo como Marta, afanoso con las muchas cosas, sino como Lázaro, que se sentaba a la mesa con Jesús.

¡Que Dios nos conceda también un avivamiento de *los primeros objetivos de nuestra carrera espiritual!* Entonces no pensábamos en agradar a los hombres, sino que nuestro objetivo era tan sólo agradar a Dios y ganar almas. Éramos lo suficientemente enérgicos para no cuidar de otra cosa sino del cumplimiento de nuestra misión; ¿es así ahora? Ahora *sabemos* predicar, ¿no es cierto? Nos damos cuenta de que somos eficientes en nuestro arte. Quizá sería mejor que no nos sintiéramos tan bien preparados.

Creo que es mejor ir al púlpito en flaqueza pero en oración, que ir en la fortaleza que confía en sí misma. Cuando gimo: «¡Qué necio soy!» y bajo del púlpito, después del sermón, avergonzado de mi pobre tentativa, estoy seguro de que es mejor para mí que cuando estoy complacido de lo que he hecho. ¿Somos algunos de nosotros tan niños como para sentir tal cosa? ¿Qué sentido de la responsabilidad teníamos en nuestros primeros cultos! ¿Conservamos aquella solemnidad de espíritu? Orábamos entonces acerca de la elección de los himnos, y de la manera de leer las Escrituras; no hacíamos nada descuidadamente, pues nos agobiaba una gran ansiedad. Siempre leía la Escritura cuidadosamente en casa, y trataba de entenderla antes de leerla a la congregación, y así formé





UN NUEVO COMIENZO

un hábito que jamás he dejado; pero no ocurre lo mismo a todos. Algunos dicen: «He estado fuera todo el día, y tengo que predicar esta noche, pero puedo hacerlo». Sí, pero no agradará a Dios que le ofrezcamos aquello que nada nos cuesta. Otros tienen una provisión de sermones, y he oído decir que la hora antes de subir al púlpito examinan sus preciosos manuscritos, escogen uno que parezca conveniente, y sin otra preparación lo leen como mensaje de Dios al pueblo. Que el Señor nos libre de un estado de ánimo en que nos atrevamos a poner sobre la mesa de la proposición el primer pan que nos venga a la mano. No; sirvamos al Señor con creciente cuidado y reverencia.

Sería bueno que muchos *volvieran a sus primeras oraciones y vigili*as, y a todo lo demás que conviene.

¿Es posible hacerlo? Hermano, sí es posible. Podéis tener toda la vida que tuvisteis y más aún, por la bendición del Espíritu Santo. Puedes ser tan intenso como jamás hayas sido. He visto caballos viejos volver a los pastos, y regresar frescos y vigorosos. Conozco un lugar, de donde si un corcel agotado va a alimentarse, volverá para ser uncido al carro del Evangelio con fuerzas renovadas. Recordemos aquellos lugares consagrados donde Jesús salió a nuestro encuentro en días pasados, donde nuestra alma fue hecha «como los carros de Aminadab». ¡Señor, renueva tus misericordias antiguas, y nos levantaremos, como el Fénix, de nuestras cenizas!

Quizá te cueste mucho ser restaurado de nuevo. Juan Bunyan habla del peregrino que perdió su rollo, y tuvo que volver por él, de modo que recorrió tres veces el mismo trecho del camino, y el sol se puso antes que alcanzara alojamiento. Pero cueste lo que cueste, es preciso que nos humillemos ante Dios. El otro día leí un sueño que fue el medio para la conversión de un hombre. Pensaba estar entrando con su amigo en una ciudad oriental, y cuando iba a pasar la puerta, el rastrillo de la verja empezó a descender. Se agachó; pero descendía tan aprisa que no podía pasar ni agachándose, ni arrodillándose, ni gateando,





UN MINISTERIO IDEAL

ni siquiera echándose. Sentía la necesidad de entrar, de modo que hizo un esfuerzo desesperado. Llevaba una chaqueta de fino encaje y se la quitó, pero el rastrillo seguía descendiendo, de modo que descubrió que lo único que podía hacer era desnudarse, y arañándose el cuerpo contra el suelo pudo pasar. Cuando estuvo a salvo al otro lado de la verja, un ser resplandeciente le cubrió de pies a cabeza de brillantes vestiduras. Quizá tengamos que desprendernos de aquella hermosa chaqueta, de aquella otra espléndida teoría, de ese amor a la popularidad, de la retórica; pero una vez pasemos la verja, Dios nos cubrirá con la túnica de la aceptación en el Amado, y esto nos recompensará con creces de todo lo que la lucha puede costarnos.

Lamento decir que el material de que estoy hecho hace preciso que el Señor tenga que castigarme con energía. Soy como una pluma de ave que no escribe a menos de ser afilada a menudo, y por lo tanto he sentido muchas veces en mi carne el afilado cuchillo; con todo, no lamentaré mis dolores y mis cruces en tanto que el Señor me use para escribir en los corazones de los hombres. Esa es la causa de las aflicciones de muchos ministros; son necesarias para nuestra obra. Habéis oído la fábula del cuervo que deseaba beber, pero el jarro contenía tan poca agua que no podía alcanzarla, y por lo tanto tomó piedra tras piedra, dejándolas dentro del recipiente hasta que el agua subió hasta el borde, y pudo beber. En algunos hay una medida tan pequeña de gracia, que necesitan muchas enfermedades y aflicciones para hacer que sus dones sean utilizables. Sin embargo, si recibimos la gracia suficiente para llevar fruto sin ser podados continuamente, tanto mejor.

Se espera de nosotros que a partir de este momento subamos a un punto más elevado. El Señor tiene razones para esperararlo, si pensamos en lo que ha hecho por nosotros. Algunos de mis compañeros de armas, que ahora están ante mí, han pasado por batallas tan duras como el que más; y después de los éxitos que han tenido, no deben ni pensar en rendirse. Después de lo que el Señor





UN NUEVO COMIENZO

ha hecho por nosotros nunca debemos arriar la bandera, ni dar la espalda en el día de la batalla. Cuando se temía que Sir Francis Drake iba a naufragar en el Támesis, dijo: «¡Cómo! ¿He rodeado el mundo y voy ahora a ahogarme en un canal? No yo.» Así os digo yo, hermanos: os habéis enfrentado con aguas tempestuosas, ¿y os hundiréis en un estanque de aldea? No nos tratarán peor de lo que nos han tratado. Estamos ahora en muy buena forma para luchar, pues los golpes anteriores nos han endurecido. Un gran pugilista de Roma estaba maltrecho; tenía la nariz, los ojos y el rostro tan desfigurados, que siempre estaba dispuesto a luchar, porque decía: «No me pueden estropear más de lo que estoy». Personalmente, estoy muy cerca de esta situación. Los hombres ya no pueden decir de mí cosas peores que las que han dicho. Me han contradicho en todo, y me han calumniado hasta el máximo. Mi buena apariencia ya no existe, y nadie me puede hacer ya mucho daño.

Algunos de vosotros habéis sido objeto de estos ataques en mayor grado de lo que probablemente volveréis a sufrir; habéis tenido pruebas, tribulaciones y aflicciones hasta el límite de lo que podéis soportar; y después de haber estado tanto tiempo en filas, ¿vais a ceder, huyendo como cobardes? ¡No lo permita Dios! Al contrario, permita Dios que los veteranos entre vosotros tengáis el placer no sólo de ganar batallas para Cristo, sino de ver a otros, que han sido salvos por vuestra instrumentalidad, prepararse para luchar por Jesús mejor de lo que habéis luchado vosotros. El otro día leí una historia, y con esto concluyo, deseando tener yo mismo este gozo que os deseo a todos en las cosas espirituales. Diágoras de Rodas había ganado en sus buenos tiempos muchos laureles en los juegos olímpicos. Tenía dos muchachos, y los educó para la misma profesión. Llegó el día en que sus propias fuerzas disminuyeron, y no podía ya luchar en persona; pero iba a los juegos olímpicos con sus dos hijos. Veía los golpes que daban y recibían, y se regocijaba cuando descubría que ambos vencían. Un lacedemonio le dijo: «Ya puedes morir,





UN MINISTERIO IDEAL

Diágoras»; dando a entender que el anciano podía morir contento porque había obtenido, en su propia persona y en las de sus hijos, los más altos honores. Al parecer el anciano pensaba lo mismo, pues cuando sus dos hijos vinieron, y llevaron en hombros a su padre por la arena en medio de los atronadores aplausos de la multitud, murió desbordado por la emoción ante los ojos de los griegos reunidos. Habría sido más prudente seguir viviendo, pues tenía un tercer hijo que llegó a poseer más renombre que los otros dos; pero falleció en una oleada de victoria. Ojalá, hermanos, tengáis hijos espirituales que ganen batallas para el Señor, y que vosotros viváis para verles hacerlo; entonces podréis decir, como el anciano Simeón: «Ahora despide, Señor, a tu siervo, conforme a tu palabra, en paz.»

En el nombre del Dios bendito levantamos hoy de nuevo los estandartes. Nuestra consigna es «Victoria». Nos proponemos vencer en la gran causa del puritanismo, protestantismo, calvinismo, -nombres pobres todos ellos, que el mundo ha dado a nuestra grande y gloriosa fe- la doctrina del apóstol Pablo, el Evangelio de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Podemos tanto atacar como resistir los ataques que se nos lancen. Por la gracia divina, nos es dada energía y paciencia; podemos obrar y podemos esperar. Que la vida de Dios en nosotros produzca sus fuerzas más poderosas, y nos haga resistentes hasta lo sumo de las posibilidades humanas, y entonces alcanzaremos la victoria, y daremos toda la gloria de ella a nuestro Caudillo Omnipotente. ¡Amados, que el Señor esté con vosotros! Amén.





LUZ. FUEGO. FE. VIDA. AMOR.

Nunca he necesitado más ayuda que ahora, y nunca me sentí tan absolutamente inadecuado para dar la pauta a la Conferencia. A medida que aumentáis en número, en dones y en experiencia, me doy cuenta cada vez más de lo poco digno que soy de estar en lugar destacado y de dirigir vuestras filas. Sin embargo, confiaré en Dios y creeré que, por su Santo Espíritu, Él enviará palabras de aliento.

Hace años, un juez excéntrico ya anciano, llamado Foster, salió a efectuar una gira durante un verano muy bochornoso; y en uno de los días más tórridos de aquel verano, se dirigió al gran jurado de Worcester en términos más o menos como siguen: «Caballeros del Jurado: hace mucho calor y soy muy viejo; conocéis muy bien vuestros deberes; id y cumplidlos». Siguiendo su ejemplo, me siento inclinado a deciros también: «Ya estáis reunidos; sufro muchos achaques, y vosotros encontráis difícil soportar mis charlas; conocéis vuestros deberes; id y cumplidlos». La acción es mejor que los discursos. Si hablo durante una hora, difícilmente podré decir algo más práctico que eso: «Conocéis vuestros deberes; id y cumplidlos». «Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber», fue la consigna de Nelson en Trafalgar; ¿tendré que recordaros que nuestro gran Señor espera que cada uno de sus siervos ocupe su puesto hasta que su Maestro vuelva, y por lo tanto que sea un buen siervo fiel? Id, hermanos, y cumplid la elevada misión que Él os ha encomendado, y ¡que el Espíritu



UN MINISTERIO IDEAL

de Dios obre en vosotros la buena voluntad de vuestro Señor!

Los que sirven a Dios en verdad, reciben el privilegio de experimentar cada vez más intensamente que «la vida es real, la vida es fervorosa» si ciertamente es vida en Cristo. En las horas de grandes dolores, flaquezas y depresiones, he pensado que si me recuperase de nuevo, sería más activo que nunca; he tomado la resolución, si tuviese el privilegio de volver a subir los escalones del púlpito, de abandonar toda traza de retórica en mis sermones, no predicar sino la verdad presente y urgente, y darla a la congregación con todas mis fuerzas; viviendo yo mismo a gran presión y gastando toda la energía de que fuera capaz mi ser. Supongo que también vosotros os sentisteis así cuando os acometió la postración. Os dijisteis: «Se ha terminado el tiempo de jugar, es preciso poner manos a la obra. Basta de desfiles, ahora viene la guerra. Es preciso que no perdamos un solo instante, sino que redimamos el tiempo, porque los días son malos». Cuando vemos la maravillosa actividad de los siervos de Satanás, y cuántas cosas realizan, podemos avergonzarnos de nosotros mismos por hacer tan poco por nuestro Redentor, y ese poco a menudo es tan mal hecho que exige el doble de tiempo al tener que corregir lo ya realizado. Hermanos, dejemos de lamentarnos y enmendémonos de veras.

Un gran filósofo alemán ha afirmado que la vida es toda un sueño. Dice que «es un sueño compuesto de un sueño de sí misma». No cree en una existencia real, ni siquiera en la propia; aun *eso* lo concibe él como un mero pensamiento. Me parece que algunos de los que están en el ministerio deben ser discípulos de esa filosofía, pues están medio dormidos, y su espíritu es soñador. Hablan de las verdades eternas como si fueran un sistema provisional de creencias, que pasa y se desvanece como todas las demás visiones de la tierra. Viven para Cristo de una manera que nunca imaginaría la persona que se propusiera ganar dinero u obtener un título en la universidad. Decía alguien hablando de cierto ministro: «Si obrara en





LUZ. FUEGO. FE. VIDA. AMOR

mis negocios como él en su ministerio, quebraría a los tres meses». Es lamentable que haya hombres que se llaman ministros de Cristo, a quienes jamás se les ocurre que están obligados a demostrar la máxima laboriosidad y celo. Parecen olvidar que tratan con almas que pueden perderse o salvarse para siempre, almas que costaron la sangre del corazón del Salvador. No parecen haber entendido la naturaleza de su vocación, ni haber captado la idea bíblica del embajador de Cristo. Como carreteros soñolientos, esperan dejar su carga a salvo, aunque ellos estén profundamente dormidos.

He oído hablar de ministros que demuestran el máximo de vivacidad cuando están practicando algún deporte o forman parte de una excursión, o en sus negocios particulares. He podido oír a alguien decir lo siguiente: «¡Qué excelente ministro habría sido si fuera convertido!» De un hombre muy inteligente he oído decir: «Habría sido un gran ganador de almas, si hubiese creído en las almas; pero no creía en nada». Se dice de los campesinos rusos que cuando han terminado su trabajo, se tumban en torno a la estufa y duermen allí hora tras hora; y existe entre ellos la opinión de que sólo están despiertos cuando duermen, y que sus horas de vigilia y trabajo no son sino un horrible sueño. Ellos confían en que sus sueños son hechos, y los sufrimientos de su vigilia son meras pesadillas. ¿No es posible que algunos hayan caído en el mismo concepto con respecto al ministerio? Están dormidos en cuanto a las realidades, y despiertos para las sombras; se toman en serio las bagatelas, y en broma lo solemne. No voy a tratar de representar lo que Dios tendrá que decir a aquellos siervos que hacen bien su propio trabajo, y mal el de Dios. ¿Qué será del hombre que desplegó gran capacidad en sus distracciones, pero fue inepto en sus devociones; activo fuera de su oficio, e inactivo en él? El día lo declarará. Despertémonos para que nuestra fidelidad sea de lo más completa, laborando para ganar almas de tal modo como si todo dependiera de nosotros, mientras, en fe,





UN MINISTERIO IDEAL

nos reclinamos sobre el glorioso hecho de que todo depende del Dios eterno.

Veo ante mí muchos que están bien despiertos y afanosos buscando a los perdidos; os estoy hablando a algunos de los más fervorosos espíritus de la iglesia cristiana, evangelistas y pastores cuya comida y bebida es hacer la voluntad de su Señor. Mas aun éstos, los más despiertos, estarán de acuerdo conmigo cuando afirmo que podrían estar aún más despiertos. Hermanos, después de haber hecho lo mejor que podíais, sabéis que podríais haberlo hecho mejor. ¿Quién entre nosotros no podría haber tenido mejor éxito si hubiese estado dispuesto a obtenerlo? Cuando Nelson servía a las órdenes del almirante Hotham, y cierto número de buques enemigos había sido capturado, dijo el comandante: «Es preciso que estemos contentos; hemos tenido un gran éxito». Pero Nelson no opinaba lo mismo, ya que cierto número de naves enemigas había escapado. «Si hubiéramos capturado diez naves, y permitido que escapara una, siendo posible haberla capturado, no podría nunca llamarlo *un éxito*». Aunque hayamos traído a muchos a Cristo no podemos atrevernos a jactarnos, pues nos humilla la reflexión de que podría haberse hecho más, si hubiésemos sido instrumentos más aptos para ser usados por Dios.

Es posible que algún hermano diga : «He hecho todo lo que podía». Esa podrá ser su honrada opinión, pues no podía haber predicado más frecuentemente, ni haber celebrado más reuniones. Quizá sea cierto que ha celebrado suficientes reuniones, y que la congregación ha tenido suficiente número de sermones; pero podía haber habido un mejor espíritu en las reuniones, y también en los sermones. Algunos ministros podrían hacer más en la realidad si hicieran menos en la apariencia. Un cuáquero de Bristol, -y los cuáqueros son hombres muy perspicaces- entró hace años en una cervecería y pidió un litro de cerveza. La cerveza formaba espuma, y la medida no estaba bien llena. Dicho cuáquero dijo al vendedor: «¿Cuánto vendéis en vuestro negocio?» «Diez toneles de cerveza al mes» replicó





LUZ. FUEGO. FE. VIDA. AMOR

éste. «¿Sabéis cómo podríais vender once?» «No, señor; quisiera saberlo». «Os lo diré, amigo; podéis hacerlo dando buena medida». A cualquier hermano que diga: «No sé como predicar más del Evangelio, pues lo predico muy a menudo», le replicaría: «No necesitas predicar más a menudo; pon más Evangelio en tus sermones». Nuestro Salvador, en las bodas de Caná, dijo: «Llenad estas tinajas de agua». Imitemos a los criados, de quienes leemos: «Y las llenaron hasta arriba». Que vuestros mensajes estén repletos -sanos, llenos de gracia, y condensados. Ciertos oradores padecen una terrible verborrea; apenas se puede percibir una diminuta idea que, como una pajita, ha sido lanzada sobre un tremendo Ganges o Amazonas de palabras. Dad a la congregación mucho que pensar, mucha doctrina bíblica, sólida, y dadla de manera cada vez mejor - cada día, cada año mejor para que Dios sea más glorificado, y los pecadores aprendan más prontamente el camino de la salvación.

Voy a encomendaros, para el perfeccionamiento de vuestro ministerio, cinco cosas que deberían estar y abundar en vosotros. Recordáis el pasaje que dice: «sal sin tasa». No hay necesidad de limitar la cantidad de ninguna de las cosas que os voy a encomendar. Son éstas: *luz, fuego, fe, vida, amor*. Son cinco, de modo que podéis contarlas con los dedos; su valor es inestimable, así que os conviene cogerlas y llevarlas en el corazón.

I. Os encomiendo fervientemente la adquisición y distribución de la LUZ.

Con este fin, es preciso que *ante todo adquiramos la luz*. Adquirid luz, aun del tipo más común, pues toda luz es buena. La educación en cosas ordinarias es valiosa, y quisiera estimular a ciertos hermanos que malgastan el tiempo, a que se pongan manos a la obra en ese sentido. Muchos de vosotros entrasteis en el Colegio Teológico sin educación alguna; pero cuando lo dejasteis, habíais aprendido lo suficiente para haber formado la resolución de estudiar con todas vuestras fuerzas, y lo habéis llevado a





UN MINISTERIO IDEAL

cabo. Quisiera que todos hubieran hecho lo mismo. Es una gran ventaja para un ministro empezar su vida pública en un pueblo pequeño, donde puede disponer de tiempo y calma para leer constantemente; sabio es el hombre que se aprovecha de tan magnífica oportunidad. No sólo deberíamos pensar en lo que podemos hacer ahora para el Señor, sino en lo que podemos llegar a hacer si nos perfeccionamos. Nadie debiera ni soñar que su educación está completa. Sé que mi amigo Mr. Rogers, aunque pasa de los ochenta, sigue siendo un estudiante, y quizá tiene más espíritu de verdadero estudiante ahora que nunca. ¿Podrá sentarse satisfecho alguno de los más jóvenes? Seguiremos aprendiendo aun en el cielo, y continuaremos escudriñando más y más profundamente el abismo del amor divino: no estaría bien hablar de conocimientos perfectos aquí abajo. Si un hombre dice: «Estoy perfectamente equipado para mi trabajo, y no necesito aprender más; me he trasladado aquí después de haber estado tres años en el lugar donde predicaba últimamente, y tengo una buena provisión de sermones, de modo que no necesito leer más», le diría: «Mi querido amigo, que el Señor le dé cerebro, porque usted habla como los que son deficientes en este aspecto». El cerebro necesita mucho alimento, y el que lo tiene debe alimentarlo constantemente por medio de lecturas y pensamientos, pues de lo contrario se marchitará o se dormirá. Es el hijo de la sanguijuela, y está siempre clamando: «Más, más». No lo dejéis morir de hambre. Si este tipo de hambre mental no lo sufres nunca, sospecho que no tienes una gran mentalidad.

Pero procurad también tener en alto grado *la luz suprema*. Por encima de todas las cosas, tenéis que ser estudiantes de la Palabra de Dios; esto, ciertamente, es un aspecto muy importante de vuestra profesión. Si no estudiamos la Escritura y los libros que nos ayuden a entender la teología, estamos desperdiciando el tiempo metidos en otras investigaciones. Tendríamos por necio al individuo que se está preparando para ser médico y pasara el tiempo estudiando astronomía. Podrá haber cierta rela-





LUZ. FUEGO. FE. VIDA. AMOR

ción entre las estrellas y los huesos humanos; pero nadie aprenderá mucho de cirugía estudiando las constelaciones de Arturo o de Orión. De modo que hay una conexión entre todas las ciencias y la religión, y os aconsejaría que adquirieseis muchos conocimientos generales; pero la cultura universal será mal sustituto para el estudio especial y devocional de las Escrituras y de las doctrinas contenidas en la revelación de Dios. Hemos de estudiar los hombres y nuestros propios corazones; deberíamos sentarnos como discípulos en las escuelas de la providencia y la experiencia. Algunos ministros crecen aprisa porque el gran Maestro los disciplina severamente, con disciplina santificada; pero otros no aprenden nada por experiencia, van de error en error, y no aprenden cosa alguna de sus dificultades excepto el arte de crear otras nuevas. Os sugiero a todos la oración de cierto puritano que durante un debate, según observaron los demás, estaba absorto escribiendo. Pensaban sus amigos que tomaba notas del discurso de su oponente; pero cuando vieron el papel, sólo encontraron estas palabras: «¡Más luz, Señor! ¡Más luz, Señor!» ¡Ojalá tengamos más luz del gran Padre de las luces!

Que esta luz no sea solamente la del conocimiento, sino procurad también *la luz del gozo y el buen humor*. Hay poder en un ministerio feliz. Un rostro lúgubre, una voz lastimera, unas maneras lánguidas, no son cosas que atraigan a nuestros oyentes, especialmente a los jóvenes. Hay mentes extrañas, que hallan la felicidad en la suma tristeza, pero no son numerosas. Una vez recibí una carta de alguien que me informaba haber venido al Tabernáculo, pero que tan pronto como entró pensó que no podía ser la casa Dios, porque había mucha gente, y «estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan». Cuando me miró, sintió la seguridad de que mi fe era poco sana, pues yo no tenía que parecer tan animoso, ni ser tan robusto en mi persona si pertenecía al probado pueblo de Dios. Peor que esto, al mirar en torno a la congregación y ver sus rostros satisfechos, se dijo a sí mismo: «Esta congregación no sabe nada de la de-





UN MINISTERIO IDEAL

pravación de sus corazones, ni de las luchas internas del creyente». Luego me informó de que frecuentaba una capilla muy pequeña, donde veía a un ministro que parecía haber estado en el horno; y aunque sólo había ocho personas presentes, parecían todas tan deprimidas que se sentía a sus anchas. Me alegré de que aquel buen hombre pudiera disfrutar un poco de la agradable tristeza de estar con sus hermanos. No sentí envidia; ni creo tampoco que este tipo de ministerio de la tristeza atraiga a un número de almas que nadie puede contar. Los hijos de luz prefieren el gozo del Señor, pues han experimentado que es su fortaleza.

Adquirid abundancia de luz, y cuando la hayáis obtenido, distribuirla. No caigáis nunca en el concepto de que el mero fervor sin conocimientos bastará, y que las almas han de ser salvas simplemente por nuestro celo. Me temo que somos más eficientes en calor que en luz; pero, al mismo tiempo, el fuego que no tiene luz es de naturaleza muy sospechosa, y no viene de arriba. Las almas son hechas salvas por la verdad que penetra en el entendimiento, alcanzando así la conciencia. ¿Cómo puede salvar el Evangelio cuando no es entendido? El predicador quizá predique con muchos puntapiés, golpes, gritos y súplicas; pero el Señor no está en el viento, ni en el fuego; el silbo apacible y delicado de la verdad es necesario para penetrar en el entendimiento, y alcanzar así el corazón. La congregación ha de ser enseñada. Debemos «ir y doctrinar a todas las naciones», haciendo discípulos en ellas; y no conozco manera alguna para salvar a los hombres sin que vosotros les enseñéis y ellos aprendan.

Algunos predicadores, aunque saben mucho, no enseñan mucho porque usan un estilo muy enrevesado. Recordad que os estáis dirigiendo a personas que necesitan ser enseñadas como niños; pues aunque son adultos, la mayor parte de nuestros oyentes están todavía en la infancia en cuanto a las cosas de Dios; y si han de recibir la verdad, es preciso que sea presentada muy sencillamente, y de tal manera que sea fácil de asimilar y de almacenar





LUZ. FUEGO. FE. VIDA. AMOR

en la memoria. Por lo tanto, ofreced mucha instrucción santificada. Algunos dan poca instrucción a causa de su estilo; pero muchos fallan por otras razones, y principalmente a causa de que su objetivo es otro. Talleyrand define al metafísico como un hombre que entiende mucho de trazar líneas negras sobre un fondo negro. Yo preferiría trazar líneas negras sobre un fondo blanco o blancas sobre uno negro, para que se pudieran ver; pero ciertos predicadores son tan profundos que nadie los entiende. Por otra parte, ¿no habéis oído sermones con gran despliegue de oratoria y nada más? Habéis estado mirando sus maravillas; y todos hemos temblado con el temor de que perdiera el equilibrio en medio de las piruetas que hacía. Pero cuando todo ha terminado, vuestra mente está insatisfecha, pues la acrobacia de la retórica no alegra el alma. Es preciso que no hagamos de la oratoria nuestro objetivo. Algunos son elocuentes por naturaleza y no les es posible ser de otro modo, como los ruiseñores no pueden evitar el cantar dulcemente; por lo tanto, no los censuro, sino que los admiro. No es deber del ruiseñor bajar la voz al mismo tono que el gorrión. Que cante con dulzura, si lo hace naturalmente. Dios merece la mejor oratoria, la mejor lógica, la mejor metafísica, lo mejor de todo; pero si alguna vez la retórica obstruye la instrucción del pueblo, sea anatema. Si alguna aptitud educacional, o algún don natural que poseamos, hiciera menos fácil que la congregación nos entendiese, ¡que perezca! ¡Que Dios quite de nuestro pensamiento y nuestro estilo todo lo que oscurece la luz, aunque sea un velo costoso de rarísimo encaje! ¡Ojalá usemos un lenguaje muy llano, para que la luz del Evangelio pueda brillar muy claramente desde nuestro ministerio!

En nuestro tiempo, hay gran necesidad de dar luz, pues *se están realizando feroces tentativas para apagar u oscurecer la luz*. Hay muchos que están esparciendo las tinieblas por todas partes. Así que, hermanos, mantened la llama ardiendo en vuestras iglesias y en vuestros púlpitos, y sostenedla frente a los hombres que aman las tinieblas





UN MINISTERIO IDEAL

por que favorecen sus objetivos. Enseñad a la congregación toda la verdad, y no permitáis que vuestras opiniones distintivas queden ocultas. Hay ladrones de ovejas que rondan por la noche y se llevan a los nuestros porque éstos no conocen nuestros principios: los principios de los no-conformistas, los principios de los bautistas, y hasta los principios del cristianismo. Nuestros oyentes tienen una idea general de estas cosas, pero no suficiente para protegerlos de los engañadores. Estamos rodeados, no solamente de escépticos, sino de ciertos hermanos que devoran a los débiles. No dejéis que vuestros hijos paseen sin estar guardados por un santo conocimiento, pues hay seductores alrededor que los desviarán si pueden. Empezarán llamándolos «querido» esto y «querido» aquello, y terminarán apartándolos de quienes los trajeron a Jesús. Si perdéis miembros en la iglesia, que sea sabiéndolo, y no por ignorancia de ellos. Estos secuestradores deslumbran los ojos débiles con destellos de novedad, y trastornan las cabezas flacas con descubrimientos maravillosos y doctrinas sorprendentes, que tienden a la división, a la amargura, y a la exaltación de su propia secta. Mantened la luz de la verdad ardiendo, y los ladrones no se atreverán a saquear vuestra casa.

¡Feliz la iglesia de creyentes en Jesús que saben por qué creen en Él; personas que creen la Biblia y conocen lo que contiene; que creen en las doctrinas de la gracia y conocen el alcance de tales verdades; que saben dónde están, y lo que son, y que por lo tanto moran en la luz y no pueden ser engañadas por el príncipe de las tinieblas! Permitid, queridos amigos, —estoy especialmente hablando a los más jóvenes— que haya mucha enseñanza en vuestro ministerio. Me temo que los sermones son, con demasiada frecuencia, juzgados por sus palabras y no por su buen sentido. Que no sea así con vosotros. Alimentad siempre a la congregación con conocimiento y comprensión, y que vuestra predicación sea sólida, conteniendo alimento para el hambriento, curación para el enfermo, y luz para los que están en tinieblas.





LUZ. FUEGO. FE. VIDA. AMOR

II. En segundo lugar, tengo que suplicaros que en vuestro ministerio recabéis y uséis abundancia de FUEGO celestial. Sobre este particular, quizá esperáis que hable con cautela; pues habéis visto los daños causados por el fuego incontrolado, y los peligros del fuego extraño, y posiblemente estáis deseosos de saber lo que pienso de cierto «ejército» que abunda en fuego, y arde a las mil maravillas. No expresaré ninguna opinión, excepto que ninguno de los supuestos males del fuego iguala a los de la tibieza. Incluso el fanatismo es preferible a la indiferencia. Antes me arriesgaría a los peligros de un tornado de excitación religiosa que ver el aire estancado a causa de un formalismo muerto. Es mucho mejor que las congregaciones sean demasiado ardientes que tibias. «Ojalá fueras frío o caliente», sigue siendo la palabra de Cristo, y se aplica a los predicadores como a los demás. Cuando un hombre está muy frío en las cosas de Cristo, sabemos dónde se encuentra; y si otro está al rojo vivo, o quizá al rojo blanco, y se le tiene por demasiado entusiasta, sabemos dónde anda; pero cuando un ministro predica de tal manera, que al final de su sermón decís: «Esto no es ni frío ni caliente», os vais con la sensación de estar hartos, e incluso demasiado hartos, de ello. No había nada que os excitara; casi deseáis haber tenido motivos para indignaros, en vez de haber sido arrullados por semejantes discursos. Un sermón tibio marea toda mente sana.

Tampoco es éste un mal que se halle tan sólo en el púlpito. Tendría que preguntarme solemnemente qué ocurriría si un ángel con un termómetro visitara las iglesias libres de Londres, porque me parece que encontraría una gran parte de las mismas ciertamente no frías, decididamente no fervientes, sino entre los dos puntos. ¿Qué hay de ti, querido hermano? ¿Dices tú: «Bien, no soy el más ferviente de todos, pero tampoco soy el más frío de todos»? Entonces tengo sospechas en cuanto a tu temperatura; pero dejo el asunto a tu propio discernimiento, haciéndote observar solamente que nunca he visto un fuego que sea moderadamente caliente. Si alguno de vosotros descubriese semejante





UN MINISTERIO IDEAL

artículo, sería bueno que lo patentase, pues podría ser útil en muchos aspectos. El fuego que yo conozco es tal, que nunca he puesto la mano encima del mismo sin tener que recordar su cálido abrazo. El fuego no ha aprendido nunca lo que es moderación. Se me dice que no conviene ser extremado, y en esto el fuego ciertamente es culpable; pues no sólo es intensamente caliente, sino que tiene tendencia a consumir y destruir sin límite. Cuando empezó en esta ciudad, en tiempos antiguos, poca cosa dejó que no fuesen cenizas; no hubo manera de cortarle las alas ¡Ojalá Dios nos conceda gracia para ser extremados en su servicio! ¡Que seamos llenos de un celo irrefrenable por su gloria! ¡Que el Señor nos responda con fuego, y que ese fuego se derrame primeramente sobre los ministros y después sobre las congregaciones! Pedimos la verdadera llama de Pentecostés, y no las chispas encendidas por la pasión humana. Nuestra necesidad es un carbón encendido del altar, y nada puede sustituirlo; pero es preciso que lo tengamos, o de lo contrario nuestro ministerio será en vano.

Ante todo, es preciso que nos ocupemos de que *el fuego arda en nuestras propias almas*. Me hace dichoso el pensar que hay pocos, si es que hay alguno entre vosotros, que sean totalmente fríos; es muy difícil calentar una piedra; y tenéis que ser calentados hasta el fervor si hemos de hacerlo como conviene. Es posible envolver a un hombre en mantas hasta que esté bastante caliente, debido a que hay vida en él; pero no se puede calentar una piedra de la misma manera. La vida siempre engendra cierta medida de calor y la posibilidad de tener más; y dado que vosotros tenéis vida, hay en vosotros capacidad para el calor. Algunos predicadores son de naturaleza tan fría, que no hay medio conocido para calentarlos.

La tentativa para hallar calor en los sermones de algunos, me recuerda la fábula de Esopo acerca de los monos y la luciérnaga. Los monos encontraron una luciérnaga brillando en la ribera, e inmediatamente se reunieron en torno para calentarse. Colocaron ramitas encima de la mis-





LUZ. FUEGO. FE. VIDA. AMOR

ma, tratando de hacer un fuego, pero no se encendió. Era muy bonita, y parecía una llama; pero no pudieron calentarse las manos en su fría luz. Así he conocido ministros cuya luz estaba desprovista de calor y, por consiguiente, las pobres ramitas en torno a ellos nunca se han encendido, ni los corazones helados han sido derretidos por su influencia.

Es un trabajo horrible escuchar un sermón teniendo la continua sensación de estar sentado a la intemperie durante una tormenta de nieve, o de estar metido en una casa de hielo clara pero fría, ordenada pero mortífera. Te has dicho a ti mismo: «Fue un sermón bien distribuido y bien planeado, pero no entiendo lo que pasa con él»; el secreto es que había madera, pero no fuego para encenderla. Un gran sermón sin corazón en él, me recuerda uno de aquellos enormes hornos de Gales que se han dejado apagar; son un espectáculo lastimoso. Preferimos un sermón en que quizá no haya un vasto talento, y ninguna gran profundidad de pensamiento; pero lo que hay, acaba de salir del crisol y, como metal derretido, se abre camino ardiendo. Conocía un muchacho que cuando iba a casa, desde la herrería donde trabajaba, era maltratado por los chicos del pueblo hasta que su patrón le sugirió un plan de defensa que resultó maravillosamente eficaz. Tomaba una vara de hierro, y antes de salir para su casa atizaba el fuego y la calentaba. Cuando los chicos le rodeaban les avisaba que no tocaran esta barra, y después de acercarse a ella obedecían la advertencia y se mantenían a respetuosa distancia. No estoy citando el ejemplo como recomendación especial, sino para sacar de él una moraleja: calentad vuestro sermón al rojo vivo, y probablemente será recordado por todos los que entren en contacto con él. Nada detiene al fuego.

La energía sigue siendo esencial, aunque otras cosas hayan cambiado en la oratoria desde los tiempos antiguos. Se dice que cuando le fue preguntado a Demóstenes: «¿Qué es lo más importante en oratoria?», su respuesta no fue «la acción», sino «la energía». ¿Qué es la segunda cosa





UN MINISTERIO IDEAL

en importancia? «La energía». ¿Cuál es la tercera cosa? «La energía». Estoy seguro también de que, en efecto, la energía es lo principal en el aspecto humano de la predicación. Como los sacerdotes en el altar, no podemos hacer nada sin fuego. Hermanos, hablad porque creéis en el Evangelio de Jesús; hablad porque sentís su poder; hablad bajo la influencia de la verdad que estáis presentando; hablad con el Espíritu Santo enviado del cielo; y el resultado no será dudoso.

Recuérdese cuidadosamente que *nuestra llama ha de ser encendida de lo alto*. Nada es más despreciable que un mero fuego pintado: el fervor fingido. Más vale que tengamos una muerte honrada que una vida falsificada. Imitar a Baxter es detestable; pero ser como Baxter es ser seráfico. Si quieres ser como Whitefield, te diría sé Whitefield. Que el fuego sea encendido por el Espíritu Santo, y no por la pasión psicológica, el deseo de ganar honores, la emulación de los demás, o la emoción de asistir a las reuniones. Que el terrible ejemplo de Nadab y Abiú aleje para siempre el fuego extraño de nuestros incensarios. Arded por haber estado en solemne comunión con Jehová nuestro Dios.

Recordad también que *el fuego que vosotros y yo necesitamos nos consumirá si lo poseemos verdaderamente*. «Cúidate», quizá susurren los amigos; pero cuando este fuego arde no haremos caso del consejo. Nos hemos entregado a la obra de Dios, y no podemos retroceder. Deseamos ser ofrendas encendidas y sacrificios completos para Dios, y no osamos rehuir el altar. «Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, él solo queda; mas si muriere, mucho fruto lleva». Sólo podemos producir vida en otros a costa del desgaste de nuestro propio ser. Esta es una ley natural y espiritual: que el fruto sólo puede salir de la simiente cuando ésta se da a sí misma hasta la propia aniquilación.

¿Por qué muchos ministros fervientes están agotados hasta que el corazón y el cerebro llegan al límite de sus fuerzas? Serían de poca utilidad si no corrieran este riesgo. Todos los hombres eminentemente útiles llegan a sentir





LUZ. FUEGO. FE. VIDA. AMOR

su debilidad en grado supremo. ¿Puede el Espíritu de Dios, la Deidad Infinita, utilizar tan frágiles carros sin que el eje tenga que esforzarse, y la máquina entera se estremezca, como si fuera a romperse completamente bajo la sagrada carga? Cuando Dios nos visita con poder para salvar las almas, es como si una llama devoradora bajara del cielo y viniera a morar en nuestro seno; y en este caso, es muy posible que las fuerzas todas se consuman; sin embargo, que sea así: invitamos humildemente a la llama sagrada. Herodes fue comido por los gusanos, siendo anatema de Dios; pero ser consumido por Dios para su propio servicio es ser bendecido hasta lo sumo. Podemos escoger entre las dos cosas, ser comidos por nuestras corrupciones o por el celo de la casa de Dios. No hace falta vacilar; la elección de cada uno de entre nosotros es preciso que sea, enteramente, ser del Señor: siervos del Señor ardientemente, apasionadamente, vehementemente, cueste lo que cueste el fervor divino en cuanto a cerebro, corazón y vida. Nuestra única esperanza de honor, gloria e inmortalidad está en el cumplimiento de nuestra consagración a Dios; como los objetos consagrados, es preciso que seamos consumidos por el fuego, o rechazados. Para nosotros, apartarnos de la obra de nuestra vida y buscar la distinción en otra parte, es locura suma; la sequía nos amenazará, en nada tendremos éxito, si no es en buscar la gloria de Dios mediante la enseñanza de su Palabra. «Para mí he formado este pueblo», dice Dios; «mostrarán mis alabanzas»; y si no lo hacemos, haremos menos que nada. Para esto fuimos creados; y si no lo hacemos, viviremos en vano.

El otro día el doctor Wayland, paseando por mi jardín, vio los cisnes fuera del agua y observó que eran la verdadera representación de las personas que están fuera de su propia esfera y tratan de hacer aquello para lo cual no han sido creados. ¡Qué torpes son los cisnes en tierra! Andan contoneándose ridículamente; pero tan pronto están en el agua, se deslizan graciosamente en su superficie; cada uno de ellos es un modelo de barco, una imagen de belleza; cada línea es perfecta. Así ocurre con





UN MINISTERIO IDEAL

el hombre que se contenta con hallar en el ministerio «las aguas en donde nadar». Como siervo enviado por Dios, es hermoso; pero tan pronto como se entremete en los oficios, o se convierte en profesor secular, o bien procura su propio engrandecimiento, cesa de ser admirable, suele ser demasiado conocido, y siempre está desplazado. Vosotros estáis únicamente destinados a Dios; por lo tanto, rendíos a Dios, y hallad en Él vuestras riquezas, vuestros honores, y vuestro todo. Si lo hacéis, seréis cabeza y no cola; pero si os apartáis, seréis de poca estima. Que el fuego de la perfecta consagración se levante sobre vosotros, pues así es como resplandeceréis y brillaréis como plata derretida, que destaca en medio del calor. No nos sometamos a la vergüenza y eterno desprecio que serán porción de aquellos que abandonan el servicio de su Redentor por la esclavitud del egoísmo. Jesús dijo a sus discípulos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame».

III. El siguiente objeto de nuestra meditación es la FE; podríamos decir que es el primer y el último objeto. «Sin fe es imposible agradar a Dios»; y si agradamos a Dios, no es por nuestro talento, sino por nuestra fe.

Ahora mismo, necesitamos mucha fe en forma de *creencia fija*. Sabemos más que hace algún tiempo; por lo menos espero que sea así. Acabo de oír a uno de vosotros decir a su hermano: «¡Qué amplitud de mente!» Pues bien, sí, procuramos ensancharnos; pero no como algunos; pues no somos de la escuela Amplia, de aquellos que creen poco o nada a derechas, porque desean creerlo todo. Hemos echado el ancla, hemos cesado de ir a la deriva, reposamos confiados. Algunos no tienen credo; o, si tienen, es alterado tan a menudo que no les sirve de nada. Debe ser como la manta de aquel hombre que venía de la Isla Esmeralda, diciendo: «¡Fíjese! El capitán me ha dado una manta que no sirve para nada: por arriba es demasiado larga, y por abajo demasiado corta; me cubre la cabeza, y al mismo tiempo mis pies quedan descubiertos. Corté





LUZ. FUEGO. FE. VIDA. AMOR

una franja de un palmo por arriba y la cosí abajo, pero no ha cambiado nada; sigue tapándome los ojos y continúa siendo demasiado corta para cubrirme los pies». Esto es lo que ciertos «pensadores» hacen con su credo: están continuamente cortándolo por un extremo y añadiéndolo por el otro, pero nunca queda bien; está siempre en formación, nunca terminado. Los credos modernos son como los paños de los campesinos italianos, que he contemplado con maravillada curiosidad. El geólogo más erudito quedaría desconcertado si tratara de descubrir la formación primaria de un par de pantalones que han sido remendados y arreglados con paño de todos los dibujos y colores de generación en generación. Así de variadas son las creencias y las incredulidades de algunos; una aglomeración de andrajos filosóficos, jirones metafísicos, residuos teológicos y desechos heréticos. Ciertos pensadores han alcanzado el bendito ultimátum de no creer en nada absolutamente.

Cuando estas personas «cultivadas» hablan de nosotros, manifiestan gran desprecio y afectan creer que somos estúpidos por naturaleza. Pero las personas no siempre son lo que los demás piensan que son, y puede ocurrir que uno se esté mirando en el espejo cuando cree estar mirando a un vecino por la ventana. Cuando las personas están llenas de desprecio por las demás, es signo de gran debilidad. Si en alguna revista o folleto un escritor exhibe su cultura, podéis estar seguros de que últimamente no ha tenido contactos muy elevados, y su afectación es un crecimiento de malas hierbas propio de tal condición. Si hubiera un concurso imparcial sobre el aspecto educación y cultura, los ortodoxos podrían hacer un excelente papel. La jactancia es lamentable; pero a veces es preciso replicar conforme a la necedad de las gentes, y me atrevo a decir que, en cualquier clase de torneo mental, no deberíamos temblar ante la perspectiva de medir nuestras fuerzas con los hombres del «pensamiento moderno». Sea o no así, a nosotros nos corresponde creer. Creemos que cuando Jehová nuestro Dios hizo una revelación, sabía lo





UN MINISTERIO IDEAL

que quería y pensaba, y que se expresó de la manera mejor y más sabia, y en términos que pueden ser entendidos por los que son veraces y aptos para aprender. Por lo tanto, creemos que no se necesita una nueva revelación, y que la idea de que haya de venir otra luz es prácticamente incredulidad según la luz que ahora es, dado que la luz de la verdad es una. Creemos que aunque la Biblia ha sido retorcida y vuelta al revés por manos sacrílegas, sigue siendo la revelación infalible de Dios. Es parte importante de nuestra religión aceptar humildemente lo que Dios ha revelado. Quizá la forma más elevada posible de adoración, del velo acá, es la sumisión de todo nuestro ser mental y espiritual ante el pensamiento revelado de Dios; el entendimiento arrodillado ante aquella sagrada presencia cuya gloria hace que los ángeles cubran sus rostros. Que los que en ello se complacen adoren la ciencia, la razón, y sus propios claros juicios; nuestro deleite es postrarnos ante el Señor nuestro Dios y decir: «Este Dios es Dios nuestro eternamente: Él nos capitaneará hasta la muerte».

Hermanos, reuníos en torno al antiguo estandarte. Luchad hasta la muerte por el Evangelio antiguo, pues es vuestra vida. Cualesquiera que sean las formas de expresión que uséis según avanzáis en conocimientos, que la cruz de Jesucristo esté siempre delante, y que todas las benditas verdades que la rodean sean mantenidas con todo el corazón.

Es preciso que tengamos fe, no sólo en forma de creencias fijas, sino también en forma de *constante dependencia de Dios*. Si se me preguntara cuál es la más agradable disposición de ánimo dentro de toda la gama de los sentimientos humanos, no hablaría del poder en la oración, o de la abundancia de la revelación, o de gozos arrebatadores, o de victoria sobre los malos espíritus; sino que mencionaría, como más exquisito deleite de mi ser, el estado en que se experimenta una consciente dependencia de Dios. A menudo esta experiencia ha venido acompañada de grandes dolores corporales y profundas humillaciones del espíritu, pero es inexplicablemente deleitoso yacer pasi-





LUZ. FUEGO. FE. VIDA. AMOR

vamente en las manos del amor, morir sumido en la vida de Cristo. Es bienaventurado darse cuenta de que no sabes, pero tu Padre celestial sabe; que no puedes hablar, pero «tenemos un abogado»; que apenas puedes levantar la mano, pero que Él obra todas tus obras en ti. La entera sumisión de nuestras almas al Señor, el pleno contentamiento del corazón ante la voluntad y los caminos de Dios, la segura confianza del espíritu en cuanto a la presencia y el poder del Señor: he aquí lo más próximo al cielo que conozco; y es mejor que el éxtasis, pues uno puede permanecer en esta experiencia sin esfuerzo ni reacción.

«¡Ah! ¡No ser nada, nada;
Tan sólo estarse a sus pies!»

No es una sensación tan sublime como volar en alas de águila; pero en cuanto a delicadeza, una experiencia de delicadeza profunda, misteriosa, indescriptible, se lleva la palma. Es una bienaventuranza en la que se puede pensar, un gozo que nunca parece ser robado; pues no cabe duda de que un pobre y frágil hijo de Dios tiene derecho indiscutible a depender de su Padre, derecho a no ser nada en presencia de Aquél que le sostiene. Me encanta predicar en este estado de ánimo, como si no fuera a predicar, sino esperando que el Espíritu Santo hable por mí. Presidir de esta manera las reuniones de oración y de iglesia y toda suerte de actividades, resultará ser sabiduría y gozo nuestros. Generalmente cometemos nuestros mayores errores en las cosas más fáciles, cuando todo es tan sencillo que no pedimos a Dios que nos guíe, porque pensamos que nuestro propio sentido común será suficiente. Y así es como cometemos grandes equivocaciones; pero en las dificultades, las graves, las que llevamos ante Dios, Él da a los jóvenes prudencia, y enseña a los mancebos conocimiento y discreción. La dependencia de Dios es la fuente inagotable de la eficacia. Aquel verdadero santo de Dios, Jorge Müller, me ha sorprendido mucho siempre al oírle hablar, por ser una persona que depende tan sencilla e infantil-





UN MINISTERIO IDEAL

mente de Dios; pero, lamentablemente, la mayoría de nosotros somos demasiado grandes para que Dios nos use; sabemos predicar tan bien como cualquiera, hacemos un sermón con cualquier cosa... y fracasamos. Cuidado, hermanos; pues si creemos que podemos hacer cualquier cosa por nosotros mismos, todo lo que obtendremos de Dios será la oportunidad de probar. De este modo Él nos examinará, y nos permitirá ver nuestra incapacidad. Cierta alquimista, que servía al papa León X, declaró que había descubierto cómo transformar los metales viles en oro. Esperaba recibir una suma de dinero por su descubrimiento, pero León no era tan bobo; le dio tan sólo una enorme bolsa para que pudiese guardar el oro que haría. Había en este regalo tanta sabiduría como sarcasmo. Eso es precisamente lo que Dios hace con los hombres orgullosos; les permite tener la oportunidad de hacer lo que se jactaban de poder hacer. Nunca he sabido que ni una moneda de oro solitaria llegase a caer en la bolsa de León, y estoy seguro de que jamás seréis espiritualmente ricos por lo que podéis hacer con vuestras propias fuerzas. Despojaos de vuestras propias vestimentas, hermanos, y entonces Dios podrá complacerse en revestiros de honra, pero no antes.

Es esencial que mostremos fe en forma de *confianza en Dios*. Sería una gran calamidad si de cualquiera de vosotros pudiera decirse: «Tenía un excelente carácter moral, y dones notables; pero no confiaba en Dios». La fe es una necesidad importante. El mandamiento apostólico es: «Sobre todo, tomando el escudo de la fe». Lástima que algunos vayan a la lucha dejando el escudo en casa. Sería terrible pensar en un sermón que tuviera todas las cualidades que deben tener los sermones en todos los aspectos, excepto que el predicador no confiara en que el Espíritu Santo lo iba a bendecir para la conversión de almas. Tal mensaje es vano. Ningún sermón es lo que debiera ser si falta la fe: equivale a decir que un cuerpo está sano cuando la vida se ha extinguido. Es admirable ver a alguien humildemente consciente de su propia flaqueza, y





LUZ. FUEGO. FE. VIDA. AMOR

al mismo tiempo valerosamente confiado en el poder del Señor para obrar por medio de sus achaques. Podemos gloriarnos en general cuando Dios es nuestra gloria. Si intentamos hacer grandes cosas, no nos excederemos en la tentativa; y esperando grandes cosas, no quedaremos desengañados en nuestras esperanzas. Alguien preguntó a Nelson si cierto movimiento de sus buques no era peligroso, y la contestación fue: «Puede ser peligroso, pero en asuntos navales no hay nada imposible ni improbable». Me atrevo a asegurar que en el servicio de Dios nada es imposible y nada es improbable. Emprended grandes cosas en el nombre de Dios; arriesgadlo todo, confiados en su promesa, y conforme a vuestra fe os será hecho.

La norma común de nuestras iglesias es la de una gran prudencia. Por regla general, no intentamos nada que esté por encima de nuestras fuerzas. Calculamos los medios, y medimos las posibilidades con exactitud económica. Luego concedemos un amplio margen para imprevistos, y un porcentaje aún mayor para comodidad nuestra, de modo que realizamos muy poco debido a que no tenemos el propósito de hacer mucho. Ojalá tuviésemos más «agallas». No conozco palabra más adecuada para describir lo que quiero decir; aunque sea una palabra para un campamento militar más que para la iglesia, por una vez usaremos vocabulario ajeno. Tened presente que no hay nada como el valor, aun en las cosas ordinarias. Sir Richard Sutton, cuando era embajador en Prusia, fue llevado por Federico el Grande a ver el regimiento de los gigantes, cada uno de los cuales medía metro ochenta con las botas calzadas. El rey le dijo: «¿Cree usted que hay algún regimiento en el ejército inglés que pueda luchar contra mis hombres, uno contra uno?» Sir Richard contestó: «Majestad, no sé si el mismo número de hombres podría derrotar a sus gigantes, pero sé que la mitad de ellos lo probarían». Intentemos grandes cosas, pues los que creen en el nombre del Señor vencen por encima de todas las esperanzas. El obrero vive por fe. El muy noble conde de Shaftesbury decía la otra tarde, hablando de los maestros





UN MINISTERIO IDEAL

de escuela dominical y su obra: «Era evidente, para todas las personas reflexivas, que había un gran peligro en la ignorancia de los niños de la clase baja; de modo que los senadores, los filósofos y los hombres honrados de toda suerte empezaron a pensar en ello, pero mientras todos estaban enfrascados en la reflexión, unas cuantas personas sencillas y humildes abrían escuelas dominicales y *lo hacían*». Esta es la clase de fe de la cual necesitamos cada vez más; necesitamos confiar en Dios de tal manera, que en su nombre pongamos la mano en el arado. Es ocioso pasar el tiempo haciendo planes y alterándolos, y no hacer nada más; el mejor plan para hacer la obra de Dios es hacerla. Hermanos, si no creéis en nadie más, creed en Dios sin reservas. Creed completamente. Sumergíos, tanto en lo que concierne a la flaqueza como a la fortaleza, en una confianza sencilla en Dios. Decía alguien: «En cuanto a ese hombre, no hay manera de adivinar qué locura emprenderá la próxima vez». No hagáis caso de la mofa, aunque bien podríais decir: «No estoy loco, excelentísimo Festo, sino que hablo palabras de verdad y de cordura». El fin de todas las cosas mostrará que la fe en Dios es sentido común santificado, sin un átomo de locura en él. Creer la Palabra de Dios, es lo más razonable que podemos hacer; es seguir el camino más sencillo que podemos tomar, y la norma menos peligrosa que podemos adoptar, incluso en cuanto al cuidado de nosotros mismos; pues Jesús dice: «El que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por, causa de mí, la hallará». Expongámoslo todo confiados en la fidelidad de Dios, y nunca seremos avergonzados ni confundidos.

Es preciso también que tengáis fe en Dios en forma de *expectación*. Nuestros hermanos Smith y Fullerton no tendrían bendición en su obra si no estuvieran esperándola; pero estando a la expectativa, procuran tener un lugar donde ciertas personas puedan ocuparse de los convertidos. ¿Empezaremos la siembra sin preparar un granero? En muchos pueblos, el Señor ha salvado almas mediante la predicación del Evangelio, pero el





LUZ. FUEGO. FE. VIDA. AMOR

ministro nunca ha dicho: «Estaré en tal sala tal día por la tarde para entrevistarme con las personas que lo deseen», o bien, «después del sermón estaré a disposición de las personas que sientan interés especial». Nunca ha dado a la congregación la oportunidad de decir lo que el Señor ha hecho por ellos; y si le fuera dicho que una docena de personas han sido redargüidas de pecado, tendría una sorpresa, y temería que fuesen hipócritas. No es así cómo hemos aprendido de Cristo. Esperamos capturar peces en nuestras redes, y segar cosechas en nuestros campos. ¿Podéis decir lo mismo, hermanos? Ojalá podáis decir más aún. «Ensancha tu boca, y henchirla he», dice el Señor. Orad y predicad de tal manera, que si no hay conversiones, quedéis atónitos, sorprendidos y quebrantados. Buscad la salvación de vuestros oyentes con tanta intensidad como el ángel que tocará la última trompeta buscará el despertamiento de los muertos. ¡Creed vuestra propia doctrina! ¡Creed en vuestro propio Salvador! ¡Creed en el Espíritu Santo que mora en vosotros! Pues de esta manera veréis el deseo de vuestros corazones, y Dios será glorificado.

IV. Es hora de que os hable del cuarto punto, a saber, la VIDA. El predicador debe tener vida; es preciso que tenga *vida en sí mismo*. ¿Estás bien vivo, hermano? Desde luego has sido resucitado como creyente; pero, como ministro, ¿estás completamente vivo? Si en el cuerpo de una persona hay un hueso que no esté sano, se convierte en un nido de enfermedades; por ejemplo, las caries dentales pueden causar daños más graves de lo que muchos se imaginan. En un sistema sano, una parte muerta está fuera de lugar, y más tarde o más temprano creará intensos dolores. Es demostración de sabiduría el que sea así, pues la podredumbre tiene tendencia a extenderse, y podría haber males imperceptibles si el dolor no diera la señal de alarma. Espero que cualquier parte de nuestra alma que no esté realmente viva nos duela hasta que el mal sea eliminado.





UN MINISTERIO IDEAL

Algunos hermanos no parecen estar jamás enteramente vivos. Sus cabezas viven, son inteligentes y estudiosos; pero lástima que sus corazones estén inactivos, fríos, alestargados. Muchos predicadores no espían jamás en busca de oportunidades, pues la muerte parece haber sellado sus ojos; y su lengua, asimismo, está solamente despierta a medias, de modo que farfullan y tropiezan, y en torno a ellos domina el sueño. Se me ha dicho que, si ciertos predicadores dieran un golpe o agitaran un pañuelo de vez en cuando, o por lo menos hicieran algo fuera de lo habitual, sería un alivio para su congregación. Espero que ninguno de vosotros ha llegado a ser tan mecánico y monótono; pero sé que algunos son pesados pero no pesan, solemnes pero no impresionan. Hermano, deseo que seas vivo de pies a cabeza, vivo de cerebro y de corazón, de lengua y de manos, de ojos y oídos. El Dios vivo debe ser servido por hombres vivos.

Esforzaos en ser *diligentes en todos vuestros deberes*. John Bradford, el mártir, solía decir: «Nunca me voy de ninguna parte del servicio de Dios hasta que me siento enteramente vivo, y sé que el Señor está conmigo allí». Practicad esta regla concienzudamente. Al confesar el pecado, seguid confesándolo hasta que os parezca que vuestras lágrimas han lavado los pies del Salvador. Al buscar el perdón, continuad buscando hasta que el Espíritu Santo dé testimonio de vuestra paz con Dios. Al preparar un sermón, esperad al Señor hasta que tengáis comunión con Cristo, hasta que el Espíritu Santo os haga sentir el poder de la verdad que tenéis que presentar. «Hijo del hombre, come este rollo». Antes de intentar dar la Palabra a otros, que ella entre en vosotros. ¿No hay demasiada oración muerta, predicación muerta, y obra eclesiástica muerta de todas clases? ¿No conocéis iglesias que son como el buque fantasma de la leyenda en el que el capitán, el piloto y toda la tripulación son hombres muertos?

Es cosa triste, pero las he visto, aunque nunca he visto un fantasma. Recuerdo haber predicado hace tiempo en una iglesia que externamente era casi difunta e inter-





LUZ. FUEGO. FE. VIDA. AMOR

namente lo era del todo; y después del culto, durante el cual había sentido un terrible frío en el alma, fui a una sala trasera y allí vi dos personas muy importantes, cómodamente apoyadas contra la repisa de la chimenea. «¿Son ustedes los diáconos de esta iglesia?» les dije. Ellos respondieron que sí lo eran, y yo entonces repliqué: «¡Ya me lo imaginaba!» No les di más explicaciones. Estos pilares de la iglesia necesitaban evidentemente ser apuntalados; pero la fácil comodidad no sirve de nada en la obra del Señor.

Hermanos, cada uno de nosotros ha de tener *vida más abundante*, y ésta ha de derramarse en todos los deberes de nuestro cargo; la vida espiritual ferviente ha de ser manifiesta en la oración, en el cántico, en la predicación, e incluso en el estrechón de manos y la buena palabra después del culto. Me deleito en estas Conferencias porque son asambleas vivas; la sala no da la sensación de ser una cripta, ni os saludáis unos a otros como un grupo de esqueletos vivientes sin corazón, o como una compañía de respetables mandarines recién salidos del salón de té, moviendo las cabezas y haciendo reverencias de modo mecánico. No puedo soportar las reuniones donde la única exhibición de vida estriba en acaloradas discusiones sobre asuntos de orden, enmiendas, y mociones de «la cuestión previa». Uno se maravilla de las cosillas en las cuales una asamblea es capaz de malgastar horas de precioso tiempo, disputando como si el destino del mundo entero y de los cielos estrellados dependiese del debate. ¡La montaña jadea, pero cuán pequeño es el ratón que da a luz! Hermanos, ojalá estéis vivos, y continuéis estándolo, y diseminéis vuestra vida. Leemos en Platón que los sacerdotes egipcios decían hablando de los griegos: «Vosotros los griegos sois siempre adolescentes, no hay ni un anciano entre vosotros». Tampoco hay ningún anciano entre nosotros en esta hora; estamos llenos de juventud hasta hoy, y si queréis ver a alguien cuyo vigor y ánimo demuestran que sus cabellos grises son solamente externos, ahí está sentado (señalando a Mr. George Rogers). Es una gran cosa estar conti-





UN MINISTERIO IDEAL

nuamente renovando vuestra juventud, sin entrar jamás en la rutina, pero trazando nuevos caminos con vuestras ruedas resplandecientes. Los que son viejos en su juventud, es probable que sean jóvenes en la vejez. Me gusta ver la vivacidad del niño asociada a la gravedad del padre; pero especialmente me regocijo en ver un hombre piadoso que conserva la vivacidad, el gozo, el fervor de su primer amor. Es un crimen permitir que nuestros fuegos ardan con poca llama mientras la experiencia nos ofrece cada vez más abundancia de combustible. Que nosotros vayamos de fortaleza en fortaleza, de la vida a la vida más abundante.

Rebosad vida en todo momento, y *que esa vida sea vista en vuestra conducta ordinaria*. Es un estado de cosas sorprendente el que hace que las buenas personas digan: «Nuestro ministro deshace en el vestíbulo lo que ha hecho en el púlpito; predica muy bien, pero su vida no coincide con sus sermones». El Señor Jesús quiso que fuésemos perfectos como nuestro Padre en los cielos es perfecto. Todo cristiano debe ser santo; pero *nosotros* tenemos una obligación siete veces mayor de serlo: ¿cómo podemos esperar la bendición divina si no es así? ¡Que Dios nos ayude a vivir de tal manera que podamos ser ejemplos dignos para nuestros rebaños!

En tal caso, *la vida pasará de nosotros a otros*. El hombre a quien Dios usa para el despertamiento es aquél que ha sido personalmente despertado. Que nosotros y nuestra congregación lleguemos a ser como aquellas fuentes ornamentales que hemos visto viajando por el extranjero; el agua salta como surtidor, y cae en una concha; cuando la concha está llena, la cristalina corriente se desborda en medio de centelleos y cae en otra concha, y el proceso se repite una y otra vez hasta que el resultado encanta la vista. Que en nuestra Conferencia, hermanos, las aguas vivas se derramen sobre nosotros y luego desbordeen de nosotros hasta que miles reciban bendición, y la comuniquen a otros. Esto es lo que vuestro Señor desea, como dijo: «El que cree en mí, como dice la Escritura,





LUZ. FUEGO. FE. VIDA. AMOR

de su interior correrán ríos de agua viva». «Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él». ¡Que Dios os llene a rebosar, hasta derramarse! Esto es esencial: hemos de tener vida. Si entre nosotros se encuentra algún hermano medio dormido, que todo lo hace despacio, que despierte. Si alguno entre nosotros cumple con su deber con poca vida, como si le pagasen a tanto la libra, y no quisiera dar una libra más, que despierte también. Nuestra obra exige que sirvamos al Señor con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con toda nuestra mente, y con todas nuestras fuerzas. No es un lugar para hacer cosas a medias. Vosotros, los muertos, id y tomad una plaza de capellán en el cementerio, y enterrad vuestros muertos; pero el trabajo entre hombres vivos exige vida, vida intensa y vigorosa. Un cadáver puesto entre coros angélicos no estaría más fuera de lugar que un hombre sin vida en el ministerio evangélico. «Dios no es Dios de muertos, sino de vivos».

V. Lo último, aunque no lo menos importante, entre todas las cosas de que tengo que hablar, es el AMOR. Sin duda alguna, hemos de abundar en amor. Para algunos predicadores es cosa difícil saturar y perfumar sus sermones con amor; pues sus naturalezas son duras, frías, ásperas o egoístas. Ninguno de nosotros es todo lo que debiera ser, pero algunos son pobres de solemnidad en cuanto a amor. No tienen «amor natural» por las almas de los hombres, como dice Pablo. A todos, pero especialmente a los más «difíciles», quisiera decirlos: Sed doblemente fervorosos en cuanto al amor santificado, pues sin esto no seréis sino «metal que resuena o címbalo que retiñe». El amor es poder. El Espíritu Santo, la mayor parte de las veces, obra por medio de nuestros afectos. La fe puede mucho, pero amad a los hombres para llevarlos a Cristo, porque el amor es el verdadero instrumento que usa la fe para alcanzar sus deseos en el nombre del Señor del amor.

Amad vuestro trabajo. Nunca predicaréis bien, a menos que estéis enamorados de ello; jamás prosperaréis en ningún





UN MINISTERIO IDEAL

cargo especial, a menos que améis a la congregación, y casi diría al pueblo y al templo. Quisiera que estuviéseis convencidos de que vuestra aldea es la perla de la comarca. Pensad que Londres está muy bien como ciudad, pero que como pueblo, el vuestro se lleva la palma. Aun vuestra capilla, con toda su sencillez, debe encerrar encantos para vosotros; sed de la opinión de que el Tabernáculo está muy bien dentro de su clase, pero que tiene grandes deficiencias; una de ellas, que es demasiado grande, por lo menos demasiado grande para ti. Tu local tiene capacidad solamente para trescientas veinte personas; pero, a tu juicio, es el mayor número que un hombre solo puede pastorear con esperanzas de éxito; por lo menos representa una responsabilidad suficiente para ti. Cuando el amor de una madre hacia sus hijos le hace creer que son los mejores de la localidad, cuida más de su limpieza y sus vestidos; si los creyera seres feos y molestos, los descuidaría; y estoy convencido de que hasta que amemos de corazón nuestra obra y las personas con quienes estamos trabajando, no haremos gran cosa.

Puedo decir, sin faltar a la verdad, que no conozco a nadie en el mundo entero con quien me gustase cambiarme. Decís vosotros: «¡Ah! Eso no tiene nada de extraño, porque usted está en excelente posición». Estoy completamente de acuerdo; pero pensaba exactamente lo mismo de mi pequeño pastorado en Waterbeach, y me costó mucho trasladarme desde el primero al segundo. Sigo conservando la creencia de que en mi primera congregación había personas como nunca más veré otras, y que, como lugar de servicio, hay grandes atractivos en aquel pueblo de Cambridgeshire. Es una regla a la cual no conozco excepción, que para prosperar en cualquier trabajo es preciso que se sienta entusiasmo por él.

Debéis también sentir *un intenso amor por las almas de los hombres*, si es que habéis de influirlas para bien. No hay nada que pueda compensar la ausencia de esto. Ganar almas ha de ser vuestra pasión, tenéis que sentirlo como cosa innata; es preciso que sea vuestro alimento





LUZ. FUEGO. FE. VIDA. AMOR

y la única cosa por la cual tengáis la vida como digna de ser vivida. Es preciso que vayamos a la caza de almas, al modo del cazador suizo que persigue a la gamuza porque el espíritu de la caza se ha apoderado de él.

Sobre todo, es preciso que sintamos *un intenso amor a Dios*. El amado hermano que nos ha dirigido en oración esta mañana, hablaba adecuadamente del poder de que estamos ceñidos cuando ardemos de amor a Dios. ¿Por qué dicen tantos a los niños y a los jóvenes: «Es preciso que *améis* a Jesús para ser salvos»? Eso no es el Evangelio. El Evangelio es: «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo». Somos cuidadosos cuando presentamos este asunto ante los adultos; ¿por qué presentarlo incorrectamente a los jóvenes? Si hubiésemos de hacer una diferencia, sería más sensato decir a los niños que creyesen, y a los ancianos que amasen: el error sería menos dañino, pues el amor es lo que les falta a la mayoría de los hombres. La gracia santificada del amor necesita ser más predicada entre nosotros, y más experimentada por nosotros. Una mujer, hablando del Señor a su ministro, decía: «Él ha oído mi oración muchas veces, y puedo obtener lo que quiera de Dios, pues, por su gracia, estoy en muy buena relación con Él». Quería decir que la comunión había obrado un tierno compañerismo, de modo que sus oraciones eran oídas. ¡Ojalá viviésemos en términos de familiaridad con el Bienamado, y sintiésemos siempre su amor en nuestro seno! El amor a Dios ayudará a un hombre a perseverar en el servicio cuando de otro modo hubiera abandonado su trabajo. «El amor de Cristo nos constriñe», dijo alguien cuyo corazón pertenecía enteramente a su Señor. El otro día oí decir a alguien que «el amor de Cristo debería constreñirnos». Esto es cierto, pero Pablo no habló tanto de un deber como de un hecho; él dijo: «El amor de Cristo nos constriñe».

Amados hermanos, si estáis llenos de amor a vuestra obra, amor a las almas, y amor a Dios, soportaréis alegremente la abnegación, que de lo contrario sería insostenible. La pobreza de nuestros hermanos en el campo





UN MINISTERIO IDEAL

es una verdadera prueba, y debiera ser aliviada por todos los medios; pero podemos muy bien sentirnos orgullosos de que haya tantos hombres que, por predicar el Evangelio de Jesucristo, están dispuestos a dejar profesiones bien remuneradas, y a soportar dificultades. Otras denominaciones quizá les pagarían mejor; pero ellos rechazan el dorado soborno, y permanecen fieles a Cristo y a las ordenanzas tal como nos fueron dadas. ¡Honor a esos mártires de toda una vida, que aceptan rigurosas privaciones por Cristo y su iglesia! He oído decir que el diablo, en cierta ocasión, fue a ver a un cristiano y le dijo: «Te llamas siervo de Dios; pero ¿qué haces más que yo? Te jactas de ayunar, mas yo también lo hago; pues ni como ni bebo. No cometes adulterio; tampoco yo». Siguió mencionando una larga lista de pecados de los cuales es incapaz, por lo cual podía declarar estar exento de ellos. El santo por fin le respondió: «Hago una cosa que tú nunca hiciste; me niego a mí mismo». Ese es el punto en que aparece el cristiano; se niega a sí mismo por Cristo. Creyendo en Jesús, considera todas las cosas como pérdida por el excelente conocimiento de Cristo Jesús, su Señor. Hermanos, no dejéis vuestro pastorado porque el estipendio sea pequeño. Vuestra pobre congregación ha de ser atendida por alguien. No desesperéis cuando los tiempos sean difíciles, pues pronto serán mejores; y, entretanto, vuestro Padre celestial conoce vuestra necesidad. Hemos oído hablar de hombres que han permanecido en ciudades azotadas por plagas, cuando otros huían, porque podían ser útiles a los enfermos. Quedaos, pues, con vuestra congregación cuando les falte el trabajo; sed tan fieles a vuestro Dios como muchos han sido fieles a su filantropía. Si de alguna manera podéis soportar la presente aflicción, estad al lado de la congregación. Dios os ayudará y recompensará, si tenéis fe en Él. Que el Señor confirme vuestra confianza, y os consuele en la tribulación.

Adelante, hermanos, seguid predicando el mismo Evangelio; pero predicadlo con más fe, y predicadlo mejor





LUZ. FUEGO. FE. VIDA. AMOR

cada día. No retrocedáis: vuestro puesto está al frente. Preparaos para esferas más amplias, los que estáis en lugares pequeños; pero no descuidéis vuestros deberes por buscar mejor posición. Estad preparados para la oportunidad cuando llegue, y tened la seguridad de que el cargo vendrá al hombre que es apto para él. No somos tan de poco valor que necesitemos ofrecernos en todos los mercados; las iglesias están siempre en busca de predicadores realmente eficientes. Los hombres cuya aptitud para el ministerio es dudosa tienen actualmente grandes descuentos; pero hay gran demanda de hombres capaces y útiles.

No podéis poner una lámpara debajo de un almud, ni podéis mantener un hombre realmente capaz en una posición insignificante. El patronazgo casi no tiene importancia; la aptitud para la obra, la gracia, la capacidad, el fervor, y un ánimo afable, pronto llevan al hombre a ocupar su lugar. Dios guiará a su siervo al lugar debido, si tiene la fe de confiar en Él. Pongo estas palabras al final de mi mensaje, porque conozco el desaliento que os rodea. No temáis el trabajar duramente por Cristo; terrible será el momento de dar cuentas para aquellos que lo pasan cómodamente en el ministerio; pero está reservada una gran recompensa a aquellos que soportan todas las cosas por amor a los escogidos. No lamentaréis vuestra pobreza cuando Cristo venga y llame a sus siervos. Será cosa grata haber muerto cada uno en su puesto, sin apartarse en pos de las riquezas, ni correr de Dan a Beerseba para obtener mejor salario, sino quedándose donde el Señor os dijo que mantuviésteis posiciones.

Hermanos, consagraos nuevamente a Dios. Traed nuevas ligaduras, y atad una vez más el sacrificio al altar. Aunque luche por escapar al cuchillo, o esté temeroso del fuego, atadlo con cuerdas a los cuernos del altar; pues hasta la muerte, y en la muerte, somos del Señor. Nuestra consigna en este día es rendición completa de todas las cosas a Jesús. ¡Que el Señor acepte el sacrificio vivo, por Cristo Jesús! Amén.





UN MINISTERIO IDEAL





FORTALEZA EN LA DEBILIDAD

Queridos hermanos: tengo vuestras oraciones en gran estima, y me siento profundamente agradecido por la porción de Benjamín que en ellas me corresponde. Nunca de manera consciente necesité tanto vuestras intercesiones como ahora precisamente, pues puedo decir con el salmista: «Él afligió mi fuerza en el camino»; después de mi grave enfermedad tiemblo como un niño que acaba de iniciar de nuevo el empleo de sus pies. Me cuesta estar incorporado; ¿qué podéis esperar de alguien que apenas se tiene en pie? Durante las últimas seis semanas he estado considerando día tras día lo que os iba a decir; pero el resultado ha sido que no he sacado nada de mis meditaciones. Han sido un fracaso. Fui a los pozos y no hallé agua, y volví con el vaso vacío. Mi cerebro ha estado tan ocupado compadeciéndose del desechado cuerpo, que no ha podido elevarse con el águila, ni tan sólo extender las alas para el modesto vuelo que necesariamente debo intentar esta mañana. Sin embargo, hay una cosa clara: estoy en comunión especial con mi tema, y puedo hablar, como decían antes, «experimentalmente», o sea, por experiencia. Como quiera que sea, no puedo sacar gran provecho de ello; pero reposo en el poder divino que tantas veces se ha desplegado en la flaqueza. «Jehová se acordó de nosotros».

Mi tema está sacado de las palabras de Pablo en II Corintios 12:10: «Cuando soy débil, entonces soy fuerte». No quiero decir nada nuevo sobre este tema, ni podré decir



UN MINISTERIO IDEAL

nada concluyente sobre el mismo. El lado débil de la experiencia quedará expuesto ante vosotros; lo único que puedo hacer es orar para que el lado fuerte no quede oculto. Mis propios sentimientos me ofrecen un comentario sobre el texto, y esa es toda la exposición que me propongo hacer. Nuestro texto no está tan sólo inscrito en la Biblia, sino en las vidas de los santos. Aunque no somos apóstoles, y nunca podremos aspirar a la inspiración de Pablo, con todo, en este especial aspecto, estamos tan instruidos como él, pues hemos aprendido por experiencia que «cuando soy débil, entonces soy fuerte». Esta frase se ha convertido en un proverbio cristiano; es una paradoja que ya no deja perplejo a ningún hijo de Dios; es, al mismo tiempo, una advertencia y un consuelo que exhorta a los fuertes a considerar la debilidad del poder, y presenta ante los débiles el poder de la debilidad.

Quede entendido, desde el principio, que **NUESTRO TEXTO NO ES CIERTO EN TODOS LOS SENTIDOS EN QUE PODRÍA LEERSE**. Algunos hermanos son flacos enfáticamente y siempre; pero nunca he descubierto todavía que fueran fuertes, excepto en el sentido de ser testarudos y obstinados. Si la terquedad es poder, son campeones; y si la presunción es fortaleza, son gigantes; pero no son fuertes en ningún otro aspecto.

Muchos son débiles, pero no fuertes; cuando hablamos de ellos tenemos que alterar el texto y decir: «Cuando son débiles, son la debilidad misma». Hay un tipo de debilidad que conviene temamos, y que puede introducirse entre nosotros insensiblemente; pero no va acompañada de poder, ni honra, ni virtud; es un mal, es solamente mal, y lo es continuamente. Viene acompañada de ineptitud para el servicio en las cosas santas, y de falta de eficacia; y a menos que la gracia infinita impida la calamidad, nacerá de ella el fracaso del carácter y la derrota en la vida. ¡Que nunca lleguemos a conocer la debilidad de Sansón después de declarar su secreto y perder su cabellera! Él no pudo decir: «Cuando soy débil, entonces soy fuerte»; sino al contrario «¡Sansón, los filisteos sobre ti!» Ya no pudo





FORTALEZA EN LA FLAQUEZA

herirlos; no pudo proteger sus propios miembros; no pudo defender sus propios ojos; no pudo alcanzar su propia libertad. Ciego, trabajó penosamente en el molino; el héroe de Israel convertido en esclavo de los filisteos incircuncisos. ¡Lástima que semejante debilidad se diera en un hombre que había herido sus miles, y los había dejado amontonados! ¡Lástima que semejante debilidad se diera en un hombre que se había llevado sobre los hombros las puertas de Gaza! Y sin embargo, así fue, y así puede ser en nuestro caso. «Aúlla, oh haya, porque el cedro cayó». Es preciso que luchemos contra toda debilidad que lleve al pecado, no sea que alguna Dalila sea también nuestra destrucción. Los largos cabellos de Samsón denotaban su consagración nazarea, y *si alguna vez llegamos a ser débiles por falta de consagración*, esta debilidad será fatal para el verdadero servicio. Si el que tenía «nada en sí, y todo en Dios», desciende hasta desear «algo del yo, y algo de Dios», su condición es bien triste. Si después de haber vivido para ganar almas vive ahora para ganar plata y oro, su dinero perecerá con él; si el que ha sido famoso por su devoción a su Señor se convierte en señor de sí mismo, será infame; pues opino que aunque no hagamos nada malo a ojos de los hombres, es suficiente injusticia haberse apartado de un servicio a Dios hecho de todo corazón. Es esto lo que hace reír a los demonios, y que los ángeles se maravillan: un hombre de Dios viviendo como un hombre del mundo. Aun Jehová mismo se detiene a preguntar: «¿Qué haces aquí, Elías?» Los santos y los celosos se afligen cuando ven a un ministro de Cristo ministrando a su propia ambición. Sólo somos poderosos en tanto que nuestra consagración es perfecta. A menos que vivamos enteramente para Dios, nuestra fortaleza sufrirá graves pérdidas, y nuestra debilidad será del tipo que degrada al creyente hasta que los impíos preguntan con desprecio: «¿Eres también tan débil como nosotros? ¿Eres semejante a nosotros?»

Queridos amigos, hay otro sentido en que jamás debemos ser débiles: *en nuestra comunión con Dios*. David descuidó su comunión con Dios, y Satanás le venció por





UN MINISTERIO IDEAL

medio de Batseba; Pedro siguió a Jesús de lejos, y pronto negó a su Señor. La comunión con Dios es el brazo derecho de nuestra fortaleza, y si se rompe, somos como agua. Sin Dios, nada podemos hacer; y nos arruinamos en proporción a nuestro intento de vivir sin Él. ¡Lástima que el hombre que ha visto el rostro del Fuerte, y ha sido hecho poderoso, olvide dónde está su gran potencia y así enferme y se debilite! El que ha suspendido sus visitas a la casa del banquete de la comunión santificada estará desnutrido, y tendrá que exclamar: «¡Qué debilidad! ¡Ay de mí!» El que no anda con el Amado pronto será un Mefiboset en los pies y un Bartimeo en los ojos; tímido en el corazón y tembloroso en las rodillas. Si somos débiles en la comunión con Dios, somos débiles en todo. Si alguien puede ser poderoso sin Dios, esta peligrosa fortaleza puede caer en suerte al que está fuera de la comunión; pero si lo cierto es que sólo dependiendo del Señor somos poderosos, entonces la comunión rota tendrá pronto por consecuencia el poder roto.

Hay, además, un tipo de debilidad que espero ninguno de vosotros jamás cultivará, aunque parece estar muy de moda en nuestros días: *la debilidad de la fe*; pues cuando soy débil en la fe, no soy poderoso en el Señor. Cuando alguien duda de su Dios, se debilita. Hace poco tiempo, las personas llenas de desconfianza e incredulidad eran consideradas como poseedoras de una profunda experiencia; pero espero que ha pasado para siempre la época en que la incredulidad sea considerada como una aptitud para la eminencia en la santidad. Si el mensaje del Evangelio fuera: «El que duda, y no es bautizado, será salvo», habría muchos que hubieran hecho firme su vocación y elección; pero mientras nuestro Evangelio sea un Evangelio de fe, la incredulidad no puede jamás ser mirada complacientemente. La fe es nuestra hacha y arma de guerra; ¡ay del guerrero que la olvida! Por lo tanto, discernamos entre debilidad y debilidad; la debilidad que es señal de poder, y la debilidad en fe que es indicación de decadencia espiritual.

Ojalá que jamás seamos *débiles en amor*, sino que lle-





FORTALEZA EN LA FLAQUEZA

guemos a ser, como Basilio, «columnas de fuego». El amor es el más grande poder que pecho humano puede albergar. No debo comparar el amor con otras gracias, de modo que alguna virtud sea despreciada; empero, de todas las fuerzas activas, el amor es la más potente; pues aun la fe obra por el amor. La fe no vence a los corazones de los hombres para llevarlos a Jesús hasta que usa esta maravillosa arma, y, entonces, amorosamente los lleva a Cristo. ¡Cuánto necesitamos amor apasionado, amor que sea pura llama, ardiente y consumidor! ¡Que tan sagrado fuego arda en el centro de nuestro ser! ¡Que amemos a nuestro Dios intensamente, y a la congregación por amor de Él! ¡Hermanos, sed fuertes en esto! Podéis estar seguros que si dejáis de amar a la congregación a la cual predicáis y a la verdad que se os ha ordenado proclamar, el estado de la iglesia será «como abanderado en derrota». Quizá os quede poder para apasionaros temperamentalmente, poder para ofender, poder para esparcir; pero el poder de Dios será retirado. Como Faetón, trataréis de conducir los caballos del carro del sol; pero ellos no harán otra cosa que llevaros a la rápida destrucción.

Deseamos -¡y con qué anhelo!- ser librados de toda debilidad de la vida espiritual. Deseamos dejar atrás la debilidad, que en nos es natural como niños en Cristo, para que seamos jóvenes fuertes; más aún, necesitamos ser hombres hechos en Cristo Jesús, «fortalecidos en el Señor, y en el poder de su fuerza». Si somos débiles en ese aspecto, en nada somos fuertes. Como ministros, debiéramos codiciar toda la fortaleza espiritual que Dios está dispuesto a otorgar. ¡Ojalá el Espíritu Santo, que mora en nosotros, no hallase nada dentro que le impida, y nada que frene sus influencias! ¡Ojalá se manifestara tanto la plenitud de la Divinidad del Espíritu bendito en estos nuestros cuerpos mortales como, hace tiempo, se manifestó la Divinidad de la segunda Persona de la Trinidad en Cristo Jesús, el Hijo del hombre! No quiero decir, desde luego, de modo milagroso, ni de alguna manera que nos haga rivalizar con las glorias incommunicables de nuestro divi-





UN MINISTERIO IDEAL

no Maestro; pero sí quisiera que nuestra naturaleza, a semejanza de la zarza de Horeb, ardiera hasta la plenitud con la presencia de la Deidad. No importa que la zarza sea consumida; es bueno ser consumido si el Espíritu de Dios mora en nosotros, y manifiesta su poder.

Como veis, hay sentidos en que contradecemos directamente el texto, y con ello destruimos su verdadero significado. Si fuera cierto que todos los que son débiles son poderosos, podríamos hallar directamente un ministerio vigoroso saqueando nuestros hospitales, alistando un ejército sacado de nuestros manicomios, y llamando a todos los que tienen insuficiencia cerebral y lengua charlatana. No; no es dado a los temerosos y a los incrédulos, a los necios y a los frívolos, pretender que su debilidad mental, moral y espiritual sea una plataforma adecuada para la revelación del poder divino.

Antes de entrar en materia plenamente, es preciso hacer una segunda observación. **SE PUEDE DAR AL TEXTO OTRA FORMA QUE ES COMPLETAMENTE VERDADERA.** «*Cuando soy fuerte, entonces soy débil*». Eso es cierto, casi tan cierto como la declaración de Pablo, «*Cuando soy débil, entonces soy fuerte*»; desde luego, no es cierto en todos los sentidos, pero tan correcto, aproximadamente, que recomendaría su aceptación como proverbio digno de ser citado con el texto mismo.

Fijaos en el principiante que acaba de comenzar a predicar en una capilla de pueblo o en una misión rural, y admirad la ilimitada confianza que siente en su propio poder. Ha recogido ciertas anécdotas y metáforas significativas, y las presenta como si fueran la *Summa Theologia*, la mismísima flor y esencia de la sabiduría. Es voluble y enérgico aunque no hay nada en lo que dice. ¡Fijaos cómo da golpes con los pies, y cómo cierra los puños! Muchos lo tienen por una maravilla, pues no ven causa suficiente para la potente confianza en sí mismo que está exhibiendo. O quizás entra en el Seminario Teológico y llega a la clase con la sensación de que, por fin, *un hombre* está pisando el suelo de la clase. Los habitantes de Londres





FORTALEZA EN LA FLAQUEZA

sabrán que en verdad hay un profeta entre ellos. Pronto oímos hablar acerca de él, pues no es apreciado; sus hermanos no «quieren recrearse por un poco a su luz»; incluso muestran cierta disposición a tratarle desconsideradamente. Con todo, ¡cuán perfectamente satisfecho de sí mismo está! He oído a tal hermano hablar sin decir nada durante un período prolongado, y sentarse rebosando satisfacción. Casi le envidiaba, y me afligía por él al mismo tiempo. Muchos hombres, más capaces, están llorando sus defectos y limitaciones, mientras este pobre infeliz se está gloriando en sus triunfos imaginarios. Sabe esto, y nada más: sus capacidades son trascendentales, y vastos sus conocimientos. Pero esto no le hace fuerte. ¿Le temisteis la primera vez que entrasteis en contacto con él? ¿Le considerasteis como cubierto de armadura y absolutamente inexpugnable? La ilusión engañosa no duró mucho. Si no recuerdo mal, vosotros, los que estabais en la clase del Seminario Teológico, empezasteis a probar vuestras proas en este buque de guerra. Descubristeis que, después de todo, era tan sólo un barco de madera. Hay un placer morboso en ver cómo se derrumban los poderosos; y esa fue vuestra parte. Sentimos cierto grado de felicidad al ver que el gran hombre poco a poco perdía su pretendido poder, hasta extinguirse. Nunca enterramos el cuerpo de la vanagloria, pues nunca supimos exactamente lo que fue de él; pero nos alegramos de encontrar, en su lugar, a un joven tímido que necesitaba ser animado, un espíritu humilde a quien, a su debido tiempo, el Señor ensalzó. A medida que se daba cuenta de su debilidad adquiría fortaleza y descubría que cuando era fuerte en su opinión, era débil en muchos aspectos.

Desde que dejamos los bancos del Seminario, hemos visto muchos hombres fuertes. Me parece ver a uno sentado en su estudio. Ha estado leyendo las revistas y publicaciones trimestrales, y un poco del pensamiento moderno más reciente. Ahora está buscando un texto. Lo entiende perfectamente, sea el que sea. De todos modos, si





UN MINISTERIO IDEAL

él no lo entiende, ¿quién lo va a entender? Cuando encuentra el texto lo interpreta, sin el menor deseo de saber qué han dicho sobre el mismo los hombres de Dios que vivieron antes que él, pues pertenecían a una época más ignorante, y él vive en el siglo actual, ese mundo de maravillas, región de sabiduría, flor y gloria de todos los tiempos. Y ahora vais a ver lo que veréis cuando este culto teólogo salga de su cámara como gigante cuyas fuerzas han sido restauradas con vino nuevo. No lleva encima el rocío del Espíritu de Dios, no lo necesita; bebe en otras fuentes. Habla con asombroso poder, su dicción es soberbia; su pensamiento, prodigioso. Pero es tan débil como refinado, tan frío como presuntuoso; santos y pecadores a la vez perciben su flaqueza, y gradualmente los bancos vacíos lo confirman. Es demasiado poderoso para pedir ser fortalecido por el Señor, y por lo tanto es demasiado flaco para bendecir una congregación. Busca otra esfera, otra, y otra; pero en ningún lugar es poderoso, pues es demasiado fuerte en sí. Su predicación es como un fuego pintado, que a nadie anima ni alarma.

Hemos conocido otros hombres, no tan poderosos, que se daban cuenta de que no podían ni siquiera entender la Palabra de Dios sin iluminación divina, y que iban al gran Padre de las luces en busca de ella. Temblorosos y asustados, han pedido ayuda para exponer el pensamiento de Dios, y no los suyos propios; y Dios ha hablado a través de ellos, y han sido poderosos. Eran débiles, pues temían que sus pensamientos obstruyeran el camino de los pensamientos de Dios, tenían miedo de que su mente oscureciera la Palabra de Dios; empero han sido verdaderamente fuertes, y personas humildes los han escuchado, y han dicho que Dios habló a través de ellos; y los pecadores han escuchado y, aunque se han enojado, han vuelto, y por fin se han entregado a Cristo. En verdad, Dios habló a través de aquel hombre.

He conocido predicadores muy débiles y, con todo, han sido usados por el Señor. Durante muchos años, muchísimos, mi propia predicación me fue extremadamente





FORTALEZA EN LA FLAQUEZA

dolorosa a causa de los temores que me asaltaban antes de salir al púlpito. Muchas veces, el temor de enfrentarme con la congregación ha sido abrumador. Aun la sensación física que produce la emoción mental ha sido dolorosa; pero esta flaqueza me ha sido instructiva. Hace muchos años escribí a mi venerable abuelo y le conté muchas cosas que me ocurrían antes de predicar: malestar corporal y temores terribles, que a menudo me enfermaban de veras. El anciano contestó escribiendo: «Hace sesenta años que predico, y aún experimento muchos temblores. Puedes estar contento de que sea así; pues cuando ya no sientas emoción, es que ya no tendrás poder». Cuando predicamos sin darle importancia, la congregación no le da importancia tampoco, y Dios no hace nada por medio de ella. La sensación abrumadora de debilidad no debe ser considerada como un mal, sino aceptada como útil para el verdadero ministro de Cristo.

Fijaos en *el predicador que no tiene cargas*. Lleva el sermón en el bolsillo; nada malo puede ocurrir a menos que un ladrón se lo robe; ha ensayado todos sus movimientos, está tan seguro como un autómatas. No necesita orar que el Espíritu de Dios le ayude en la predicación; y aunque utiliza las formas, uno se pregunta qué puede significar aquella oración. Contempla a la congregación con la complacencia de un jardinero que observa un lecho de flores. Tiene algo que decir, y sabe lo que será palabra por palabra, y, por lo tanto, lo dice cómodamente, y baja del púlpito tan complacido consigo mismo como podría desear; la noción del temblor está muy lejos de él, no es tan débil como para eso. Mirad a aquel pobre hermano, que ha estado devanándose los sesos, luchando de rodillas, y sangrando en el corazón; está medio asustado porque teme desplomarse en medio del sermón, y teme no alcanzar los corazones de la congregación; pero se propone intentar lo que pueda con la ayuda de Dios. Podéis tener la seguridad de que llegará a la congregación, y Dios le dará conversiones. Está pendiente de Dios, pues se siente muy débil en sí mismo. Ya sabéis cuál de los dos predicado-





UN MINISTERIO IDEAL

res preferiríais oír, y sabéis quién es realmente el más poderoso de los dos; el débil es poderoso, y el poderoso es débil.

Un teólogo americano, que dice muchas cosas prudentes, y unas cuantas que no lo son, dice que la mejor preparación para predicar es descansar bien por la noche y tomar un buen desayuno. Según su opinión, una buena constitución es muy eficaz ayuda para predicar el Evangelio. Si no sabes lo que es el dolor de cabeza, y no conoces lo que es un corazón dolorido, y si nunca permites que nada estorbe el equilibrio de tu mente, puedes esperar llegar a ser un ministro eficaz. Quizá sea así. No quiero despreciar la salud, el apetito, el espíritu ágil, y las ventajas de dormir bien el sábado por la noche; pero estas cosas no lo son todo, y ni siquiera son mucho. Sí es posible, *mens sana in corpore sano*; pero cuando eso es la base de nuestra confianza, se traduce en sermones hermosos y sensacionales; pero dudo que la próxima generación diga que ha resultado fructífero en enseñanzas espirituales que alimenten el alma o conmuevan la conciencia. Muchos de los más nobles ejemplares de nuestra literatura homilética proceden de hombres que fueron capaces de sufrir pacientemente. Los hombres que han tenido un sentimiento más penetrante, una espiritualidad más elevada, un discernimiento más maravilloso de las cosas profundas de Dios, muchas veces han conocido poco de la salud corporal. Calvino trabajaba en medio de penosos achaques físicos, y, sin embargo, ¿conoceremos a uno semejante a él? Robert Hall estaba rara vez libre de dolores, pero ¿quién habló con más profundidad que él? Y aquí quisiera mencionar a uno a quien todos nosotros amamos, Carlos Stanford, que cada vez es más afable a medida que se va debilitando, y que ve tanto más claramente a medida que sus ojos se oscurecen. Hermanos, las fuerzas físicas no son nuestro poder, pueden ser nuestra debilidad. La salud es deseable y conviene preservarla cuidadosamente cuando la tenemos; pero si la perdemos, podemos tenerlo por gozo, y esperar impacientes el mo-





FORTALEZA EN LA FLAQUEZA

mento de exclamar con Pablo: «Cuando soy débil, entonces soy fuerte». Es preciso que seamos probados en una forma u otra. El predicador que no tiene una cruz que llevar, el profeta del Señor que está sin una carga, es un siervo inútil y un peso para la iglesia.

Sería cosa horrible ser pastor sin tener cuidados. Soy feliz en creer que no me estoy dirigiendo a tales; sino que estoy hablando a algunos que, como pastores, están sobrecargados de responsabilidades y abrumados por las penas. Quizá el tamaño de vuestra iglesia, o más probablemente el pequeño tamaño de la misma, sea para vosotros un problema diario. No pidáis estar de otro modo que afligidos. El pastor que puede ir siempre a la cama a horas regulares, y que puede decir: «No tengo muchas dificultades con mi rebaño», no es un hombre envidiable. Es el que dice fríamente: «El pasado invierno murieron unos cuantos corderos; era de esperar. Es cierto que algunas ovejas murieron de hambre; pero si faltaron los prados, yo no podía evitarlo». Esa es la clase de pastor que merece ser devorado por el lobo más próximo; pero el hombre que puede decir con Jacob: «De día me consumía el calor, y de noche la helada», es el verdadero pastor. Es muy irregular en su descanso; lo único regular en él es su esforzada labor y sus desengaños y, con todo, la fe hace de él un hombre feliz. Cuando aumente tu debilidad como pastor, y la carga te abrume por completo, no te apures por semejante flaqueza, pues entonces estarás en la plenitud del poder; pero cuando, como pastor, seas poderoso y digas: «Creo que ser ministro es cosa fácil», puedes estar bien seguro de que eres débil.

Permitidme aquí decir que *cuando un hermano llega a ser tan poderoso que habla mucho de su propia santidad*, entonces también es débil. Aún no he visto nunca que la persona que tiene gracia para confeccionar banderas gane más victorias como consecuencia. En cuanto a mí, he necesitado toda la gracia que en mí cabía para construir una espada; he precisado de todas mis fuerzas para poder luchar de veras; pero en cuanto a confeccionar un solo





UN MINISTERIO IDEAL

estandarte que desplegar ante los hombres, aún no he llegado a eso, y tengo que adoptar todavía una posición muy humilde entre los siervos de Dios. Alguien preguntó una vez a Coleridge si creía en fantasmas, y él contestó que no, ¡porque había visto demasiados! Si alguno me preguntara si creo en los hombres perfectos, tendría que decirle que he visto demasiados para creer en ellos. Un fantasma es algo de maravilla, y cuando lo ves por primera vez, cada uno de los cabellos de la cabeza se pone de punta, «como las púas del erizo asustado». Pero esto no ocurre la segunda vez, pues te viene la sospecha de que se trata de una calabaza hueca con una vela dentro. Algunas veces me he aventurado con un hombre perfecto, y el calor de sus ánimos me ha demostrado que, si bien posiblemente ha llegado al borde de la perfección entre sus propios amigos, no había ni mucho menos alcanzado la misma culminación al ser expuesto al juicio, más sereno, de los extraños. El típico aspirante a la perfección me ha evitado habitualmente a causa de una sensación de disgusto hacia mi protestantismo frente a su santidad; y no he lamentado la pérdida. No estoy enamorado de aquella clase de perfección que habla de sí misma. Hay poca virtud en la belleza que quiere llamar la atención hacia sí; la belleza modesta es la última en exaltar sus propios encantos. Cierta número de personas, reunidas en una ocasión, estaban jactándose de sus gracias y aptitudes, y sólo un hermano estaba sentado y callado. Al fin, alguien le dijo: «¿No tiene usted santidad?» «Sí», respondió él, «pero nunca como para jactarme». Tengamos toda la santidad que se pueda tener, y prosigamos hacia la perfección; pero recordemos, sin embargo, el hecho de que, cuando somos poderosos entonces somos débiles; que cuando creemos haber alcanzado la perfección, se está introduciendo el verdín del orgullo. No hemos efectuado una inspección a fondo de nosotros mismos, pues en tal caso hubiéramos encontrado alguna falta de que arrepentirnos, o algún mal contra: el que todavía debemos luchar.

Hasta aquí, hemos estado dando rodeos en torno al texto,





FORTALEZA EN LA FLAQUEZA

al modo en que solía hacerlo Rowland Hill; acerquémonos ahora a él: «Cuando soy débil, entonces soy fuerte».

I. Aquí encontramos, en primer lugar, UNA EXPERIENCIA DEPRIMENTE: «Cuando, soy débil». ¿Cuándo es eso? En verdad siempre lo somos. ¿Hay algún momento en que el cristiano más poderoso no sea relativamente débil?

Pero hay ciertas temporadas en que somos conscientemente débiles. Tómese el caso de Pablo como ilustración. Había sido arrebatado hasta el tercer cielo; pero no podía soportar las revelaciones tan bien como Juan, que tuvo las suficientes para llenar un libro, aunque nunca se dejó engreír por ellas; pero Pablo no tenía tantas aptitudes para ser un vidente, pues entendía más de argumentos que de visiones; y, por lo tanto, cuando tuvo una visión le dio grandísima importancia. Guardó el secreto durante quince años; pero para él fue una cosa tan notable y tan fuera de lo natural, que tendía a «exaltarse desmedidamente por la grandeza de las revelaciones»; por lo tanto, el Señor no envió a Satanás, sino al «mensajero de Satanás» -un espíritu inferior y desdeñable-, y no a luchar contra él con espada y escudo, sino a «abofetearle», como hacen los chicos con sus compañeros de juego. ¿Habéis tenido algo insignificante que os haya perturbado como una mosca que zumba en torno vuestro? ¿No habéis experimentado la prueba de estar intensamente preocupados, y al mismo tiempo malgastando las horas indignamente? Habríais sido capaces de enfrentaros con un león; pero este problema era un mero gañido de perro, y os irritaba hasta lo sumo, y os dolía. Pablo no describe su prueba como una herida de espada, pues entonces la habría vendado; era tan sólo un aguijón en la carne; a duras penas podía ver cuál era la causa del dolor, ya que en tal caso habría tomado una aguja y la hubiera extraído; pero era una diminuta espina que se había enterrado en la carne, y se enconaba allí.

Esta era la preocupación de Pablo, y le fue enviada para mantenerle en humildad. Pablo podría haberse gloriado





UN MINISTERIO IDEAL

en luchar contra el diablo; pero este «aguijón en la carne» era un asunto deprimente. Luchar con desnudo contra una gran tentación y lanzarla al suelo es de tal grandeza que le inspira a uno; pero es muy diferente cuando se es asaltado por un enemigo tan pequeño que uno se desprecia a sí mismo por hacerle caso, y sin embargo irrita el alma. Te dices: «¡Qué débil soy! ¿Por qué estoy tan irritado y perturbado? Si alguien se preocupara la mitad que yo por un pequeño aguijón, le diría: 'Eres un ignorante'; y sin embargo, aquí estoy, un predicador del Evangelio, puesto a prueba por una tontería, y rogando al Señor tres veces que me la quite, porque no puedo soportarla». ¿Nos hemos encontrado alguna vez en tal situación? Desearía que, en tal momento, confesáramos nuestra abyecta debilidad, y nos echáramos en las manos de Dios, pues entonces Él nos haría poderosos.

Este enconamiento del aguijón no nos aflige a todos nosotros, porque no todos tenemos visiones; pero muchos siervos de Dios aprenden a darse cuenta de su debilidad de otra manera: *mediante un sentido abrumador de la responsabilidad*. Hermanos, os hablo como a hombres sabios que no van a malentenderme. Espero que siempre sintáis vuestra responsabilidad ante Dios; pero no seáis llevados demasiado lejos por vuestros sentimientos. Podemos sentir tan profundamente nuestra responsabilidad que lleguemos a ser incapaces de llevarla; puede anular nuestro gozo, y hacer de nosotros esclavos. No exageréis lo que el Señor espera de vosotros. Él no os censurará por no hacer lo que está por encima de vuestras fuerzas mentales y vuestra resistencia física. Se exige que seáis fieles, pero no estáis obligados a tener grandes éxitos. Tenéis que enseñar, pero no podéis obligar a las personas a aprender. Tenéis que presentar las cosas con sencillez, pero no podéis dar a los hombres carnales el entendimiento de las cosas espirituales. No somos el Padre, ni el Salvador, ni el Consolador de la Iglesia. No podemos asumir la responsabilidad del universo sobre nuestros hombros. Si nos turbamos con obligaciones producto de la fantasía, podemos descuidar nuestra





FORTALEZA EN LA FLAQUEZA

verdadera carga. Podría sentarme a meditar hasta sentir la responsabilidad de todo el sur de Londres sobre mis espaldas, y esto me haría incapaz de cuidar de mi propia iglesia. ¿Cuál es el resultado práctico de hacerse un hombre responsable del trabajo de veinte hombres? ¿Haréis más así? ¿Lo haréis mejor? Esta mañana vi un caballo que estaba tirando de una carga propia de tres caballos. ¡Cómo se esforzaba! Me dije para mí: «He aquí el modo de arruinar un buen caballo. Su amo debiera quitar parte de su carga, o poner más caballos para tirar al mismo tiempo». ¿Nos trata de esta manera nuestro Señor y Maestro? No; somos nosotros los que nos sobrecargamos. Tiramos del carro como si la salvación del mundo dependiera de que nos esforcemos hasta morir de cansancio. Ahora bien, no deseo que dejéis de sentir la debida medida de responsabilidad; pero, al mismo tiempo, tened en cuenta que no sois Dios, ni ocupáis el lugar de Dios; no gobernáis vosotros la Providencia, y no habéis sido elegidos como administradores exclusivos del pacto de la gracia; por lo tanto, no actuéis como si lo fuerais.

Empero, queridos hermanos, habiendo dicho lo que antecede a modo de previa aclaración, por no llevar a ninguno de vosotros a la desesperanza, permitid ahora que pregunte: ¿Hemos sentido plenamente alguno de nosotros la medida de nuestra responsabilidad? Si hay aquí uno de los tales, que hable; pero no voy a creerle. No hemos hecho lo que debemos, lo que podemos, ni lo que convendría hacer; ni tampoco lo que en el poder de Dios queremos hacer todavía. Quizás hemos hecho todo lo que de nosotros se esperaba en cantidad; pero, ¿y la calidad? Quizá hemos asistido a buen número de reuniones y predicado suficientes sermones; empero, ¿ha sido esto hecho día y noche en espíritu apostólico y con lágrimas, advirtiéndolo a los hombres y arguyendo con ellos como ante Dios? Nuestras responsabilidades, cuando son sentidas enteramente, nos aplastan, y entonces somos de veras débiles; pero esta debilidad es el camino al poder. «Cuando soy débil, entonces soy fuerte».





UN MINISTERIO IDEAL

¿No nos sentimos muchas veces débiles *en el sentido de absoluta ineptitud para ser ministros a causa de nuestra propia pecaminosidad?* Pablo decía hablando de su llamamiento al ministerio: «¡Ay de mí, si no predico el Evangelio!» También nosotros podemos decir esto; sin embargo, algunas veces sentimos deseos de no hablar nunca más de Cristo, y nos hundiríamos en el silencio si no fuera porque Su Palabra es como fuego en nuestros huesos y no podemos sufrirlo. Entonces pensamos en irnos hacia el lejano Occidente, y en alguna cabaña de troncos enseñar a unos cuantos niños el camino de la salvación, pues no nos sentimos aptos para algo más elevado. Nuestros defectos y nuestros fracasos se yerguen ante nosotros, y entonces somos dolorosamente débiles; pero también éste es el camino que va a la fortaleza: «Cuando soy débil, entonces soy fuerte».

A veces estamos deprimidos y débiles *porque nuestra esfera de trabajo parece especialmente difícil*. No es éste el momento para entretenernos tratando de las pruebas típicas de nuestros pastorados. Los ministros de Londres podrían contaros cosas que os dejarían atónitos, pues ven algunas que son su carga día y noche. En cuanto a nuestros hermanos procedentes del campo, ¡qué no han tenido que soportar! No pueden conmover a los diáconos y a la iglesia en lo más mínimo; quizás los diáconos quieren influir en ellos; no pueden alcanzar a la congregación, y aunque predicán hasta cansarse el corazón, predicán a bancos vacíos. Si pudiéramos colocar a ciertos hombres en posiciones que sus hermanos ocupan fielmente rodeados de gran desaliento, se conocerían mejor a sí mismos y dejarían de jactarse, y en vez de encontrar defectos, se maravillarían de que se haya hecho tanto en tales circunstancias. También de este modo somos hechos poderosos; cuando Dios nos hace entender que nuestra obra es imposible para nosotros sin Su ayuda, somos llevados a confiar en Su poder.

Algunos de vosotros estáis *completamente solos* en cuanto a la útil comunión de los espíritus afines. Es esta una





FORTALEZA EN LA FLAQUEZA

privación en extremo penosa, y es muy posible que os deprima. Además de esto, muchos de vosotros sois *pobres*, y apenas sabéis cómo sostener a vuestras familias. Cuando escuchaba la oración del hermano que acaba de presidir nuestras devociones, y recordaba lo que está sufriendo, y cómo ha estado trabajando en la cosecha, con los obreros, para poder ganar su pan y predicar el Evangelio, he comprendido que podía gozarme en él. Con todo, sé que la pobreza hace a menudo que un hombre se sienta tristemente débil; cuando sus hijos carecen de zapatos, y el vestido de la esposa está casi completamente gastado, y no sabe de dónde va a venir otro, el corazón se le hunde.

Además de esto, es posible que vengan *reproches inmerecidos*. Es posible que sea forjada contra ti una escandalosa historia procedente del padre de toda mentira, y que seas completamente incapaz de defenderte. Temes que al tratar de borrar la mancha puedas estropear la página. Hay corazones rotos a causa de estas cosas. ¡Cuán débil se vuelve un hombre en estos casos! Quizá se sienta medio culpable después de haber oído la acusación tantas veces repetida, aunque durante todo este tiempo haya sido tan puro como la nieve. Estas cosas acarrearán una debilidad que puede paralizar a un hombre. ¡Seamos firmes en el Señor en tales ocasiones!

Supongo que no creéis que *a veces quedo completamente vacío*, y que me es difícil decir algo nuevo en mis sermones; sin embargo, así es. Pensad, queridos hermanos; tengo ya muchos volúmenes de sermones impresos. Cada vez es más difícil decir algo nuevo a medida que aumenta el número de dichos volúmenes. «¿De dónde vendrá el próximo sermón?» es la pregunta que nos hemos formulado una y otra vez; hemos temido no poder mantener el suministro, y hemos sentido nuestra debilidad en alto grado; pero también es el camino hacia el poder. De modo que preparaos, mis jóvenes hermanos, a ser cada vez más débiles; preparaos para hundiros cada vez más, en vez de disfrutar de la propia estima; preparaos para el propio anonadamiento, y pedid a Dios que acelere el curso de este proceso.





UN MINISTERIO IDEAL

Ciertos hermanos no saben nada de esta experiencia, no son débiles en lo más mínimo; pero hay que despreciar estas declaraciones. ¿Nunca os habéis encontrado con predicadores que pueden aguantar por largo tiempo, aunque nunca dijeron nada que valiese la pena, ni nunca lo dirán? Sin embargo, nunca saben lo que es ser flaco; son exactamente tan capaces hoy como jamás lo han sido. Me han contado acerca de un anciano predicador escocés, cuyos sermones tenían muchas divisiones, y cuyas subdivisiones eran casi innumerables; de modo que un día la congregación se marchó, uno a uno, hasta que finalmente el portero sacó las llaves y le dijo: «Cuando termine, puede cerrar la iglesia». Algunos tardan tanto para no decir nada, y lo hacen de tal modo como para vaciar sus bancos, que sería prudente darles las llaves para que se retiren cuando hayan terminado.

Algunos de nosotros somos conscientemente débiles. Y cuando somos insulsos, lo sabemos. A veces dejamos el púlpito con la sensación de que somos menos aptos que nunca para esta obra santa. Pensamos que nuestro último sermón ha sido el peor, y frecuentemente por esa razón es el mejor; adelantamos, y a veces adelantamos hacia abajo. Seguiremos sintiéndonos menos aptos cada vez, y entre tanto estaremos cada vez mejor preparados para que el Señor nos use. Sé de alguien que la otra noche, mientras leía, dijo que le parecía que sus ojos se le habían caído: la verdad era que se le habían caído las gafas. Seguid perdiendo las gafas, y procurad libraros de todos esos tonos y plañidos sagrados, y métodos grotescos, amaneramientos y rigideces; cosas todas ellas que no son vuestros ojos sino gafas muy poco adecuadas.

II. Termino mi plática mencionando LA BENDICIÓN DE ESTA EXPERIENCIA: «Cuando soy débil, entonces soy fuerte». ¿Cómo es, y cómo puede ser?

Primeramente, cuando soy débil es cuando *ciertamente voy a volar hacia Dios en busca de socorro*. Las conejos que mencionan las Escrituras eran criaturas insigni-





FORTALEZA EN LA FLAQUEZA

ficantes, pero derrotaban al cazador. Aprended la lección de ellos: «Los conejos, pueblo nada esforzado, y ponen su casa en la piedra»; hermanos, ya que no sé pensar, me escondo tras una doctrina que Dios ha pensado por mí, y ya que no sé inventar hipótesis, dejo descansar mi alma en un hecho evidente por sí mismo; y a causa de que no puedo siquiera ser consecuente conmigo mismo, me oculto tras la sencilla enseñanza del texto, y allí me quedo. Es maravilloso lo fuerte que se siente uno en semejante escondedero. Cuando no puedas poner una piedra, ni levantar la paleta por ti mismo, entonces es cuando puedes empezar a edificar para Dios, pues Él te hará colaborador suyo, tu debilidad se unirá al poder eterno, y el muro se edificará rápidamente.

A continuación, diré que somos fuertes cuando somos débiles, *porque nuestra fortaleza la obtenemos mediante la oración, y nuestra debilidad es el mejor argumento que podemos usar en la oración*. Jacob nunca venció hasta que cojeó; más aún, hasta que cayó. Cuando el tendón se le contrajo, el suplicante triunfó. Si te entregas a la oración, usa tu poder, y no sacarás nada; entonces presenta tu flaqueza, y prevalecerás. No hay mejor argumento ante el amor divino que la debilidad y el dolor; nada puede prevalecer de tal manera con el gran corazón de Dios como tu corazón desmayado. El hombre que se levanta a orar hasta que le asoman las lágrimas y experimenta la agonía, y tiene la continua sensación de no poder orar, pero sintiendo la necesidad de hacerlo, éste es el hombre que verá el deseo de su alma. ¿No es cierto que las madres siempre tienen más cuidado por el hijo menor, o por el que está más enfermo? ¿No cuidamos con más solicitud de aquel de nuestros hijos que muestra más torpeza en el uso de sus miembros; y no es cierto que nuestra debilidad contiene el poder de Dios, y le induce a enviar su omnipotencia en rescate nuestro?

Hay otro poder, en la debilidad, que conviene tener. Creo que *cuando predicamos conscientes de nuestra debilidad, una fuerza maravillosa es añadida a las palabras que pre-*





UN MINISTERIO IDEAL

dicamos. Nos cuenta Mr. Knill que en una ocasión, cuando salía a distribuir tratados entre los soldados, había un hombre impío que decía a sus camaradas: «Yo le voy a curar de la manía de venir a vernos con sus tratados»; de modo que cuando se formó un círculo en torno al ministro y al blasfemador, éste maldijo a Mr. Knill con horribles juramentos. Oyendo aquellas palabras profanas el ministro rompió a llorar, y dijo cuánto anhelaba la salvación de aquel hombre. Años después volvió a encontrar a aquel soldado, quien le dijo: «Nunca hice caso de sus tratados, ni de nada de lo que usted dijo; pero cuando le vi llorar como un niño, no pude soportarlo, sino que entregué mi corazón a Dios». Cuando decimos a nuestras congregaciones que nos sentimos incómodos, pero que anhelamos la salvación de sus almas; cuando les pedimos que disculpen nuestro lenguaje imperfecto, pues es la expresión de nuestros corazones, creen en nuestra sinceridad, pues ven que nuestros corazones están quebrantados, y se conmueven por lo que decimos. El hombre que reparte teología a tanto la yarda, no tiene poder sobre las almas; la congregación necesita hombres que sepan sentir, hombres de corazón, hombres flacos y débiles, que sean capaces de simpatizar con los tímidos y los afligidos. Es una bendición que el ministro pueda abrirse camino a las almas a fuerza de lágrimas, o que abra un sendero hasta los corazones por medio del tartamudeo. Así que, hermanos, no temáis ser débiles, sino regocijaos en poder decir con el apóstol: «Cuando soy débil, entonces soy fuerte».

Además de esto, hay otra forma de poder que procede de la debilidad, pues por medio de ella *se educa nuestra compasión*. Cuando vosotros y yo somos débiles y estamos deprimidos en espíritu; cuando nuestra alma pasa por el valle de sombra de muerte, suele ser a causa de otros. Un domingo por la mañana prediqué del texto: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Y aunque no lo dije, prediqué mi propia experiencia. Oía mis propias cadenas sonar mientras yo trataba de predicar a mis compañeros de prisión en tinieblas; pero no podría ex-





FORTALEZA EN LA FLAQUEZA

plicar por qué fui llevado a tinieblas tan horriblemente espantosas, por las cuales me condenaba a mí mismo. El siguiente lunes por la mañana, vino a verme un hombre con todas las señales de la desesperación en su rostro. Sus cabellos estaban erizados, y los ojos parecían salirse de las órbitas. Después de breve introducción, me dijo: «Nunca antes en mi vida oí hablar a un hombre que pareciese conocer mi corazón. El mío es un caso terrible; pero ayer por la mañana me retrató usted al natural, y predicó como si hubiese estado dentro de mi alma». Por la gracia de Dios, salvé a aquel hombre del suicidio, y le conduje a la luz y libertad del Evangelio; pero sé que no podría haberlo hecho si yo mismo no hubiese estado confinado en la mazmorra en que yacía él. Cuento esta historia porque quizá a veces no comprendáis vuestra propia experiencia, y los perfectos pueden condenaros por creerla; pero ¿qué saben ellos de los siervos de Dios? Vosotros y yo tenemos que sufrir mucho por causa de la congregación que está a nuestro cargo. Las ovejas de Dios van muy lejos, y hemos de ir tras ellas; y a veces los pastores van donde nunca pondrían los pies si no estuvieran buscando ovejas perdidas. Quizá os encontréis en tinieblas egipcias, y os preguntéis por qué semejante horror estremece vuestro túetano; pero es posible que estéis del todo en la senda de vuestra vocación, y seáis llevados del Espíritu a una posición que os permita compadeceros de los espíritus desesperados. No os tome por sorpresa el ser debilitados para que podáis consolar a los débiles, y así llegar a ser maestros en Israel, en el discernimiento de los demás; mientras en vuestra propia opinión seréis menos que el menor de todos los santos.

Más aún, creo que mi texto se cumple cuando un hombre es débil *por amor al lugar especial en que está llamado a trabajar*. Supongamos un hermano colocado en medio de una población densa y pobre, y que siente la responsabilidad de su trabajo y la miseria de las almas que le rodean, hasta el punto de que prenden tanto en él que no puede escapar de allí. Trata de pensar en temas más ale-





UN MINISTERIO IDEAL

gres, pero no puede sacudirse la pesadilla de la pobreza y el pecado de aquel pueblo. Le acompaña de día, y no le deja de noche; oye el clamor de los niños, y los gemidos de las mujeres; percibe el suspirar de los hombres, y los lamentos de enfermos y moribundos, y llega casi a ser un monomaniaco en su desesperado celo por la parte que le corresponde del gran campo de servicio. Sí, es posible que ese hombre muera de ansiedad; pero, entre tanto, es evidente que se trata del hombre a quien Dios ha enviado para bendecir al pueblo. Seguirá pensando, orando, y haciendo planes, hasta que, por fin, dará con un método que los demás pueden juzgar tan extravagante como el hombre mismo; pero lo llevará a cabo, y el distrito entero ganará con ello.

¡Qué bendición, cuando Dios pone a un hombre piadoso en medio de un cúmulo de miserias, y lo mantiene allí! Quizá no sea agradable para él, pero al fin le traerá una recompensa abundante. Me alegro de que Howard sintiera la necesidad de pasar por todas las prisiones de Europa. Tenía un confortable hogar propio, pero tuvo que lanzarse a través de Francia, Alemania y Rusia, metiendo las narices en todos los pestilentes cuchitriles donde se hallaban los prisioneros. Se familiarizó con los horrores inimaginables de la vida en las mazmorras, y padeció fiebres originadas en la mugre de las cárceles. Tenía un olfato especial para las peores atmósferas; cuanto más fétidas eran, más necesitaba respirarlas, pues su pasión era el descubrimiento y la destrucción de las crueldades cometidas en las cárceles. Llegó a su casa, y escribió un libro sobre su tema favorito; y luego, después de cierto tiempo, salió de nuevo y murió como mártir de la causa que había abrazado; pero valió la pena ser un Howard que supo vivir y morir rescatando a semejantes suyos. Howard, tú fuiste fuerte porque fuiste tan débil y sufriste tanto a causa de las cárceles; tú llevarás a cabo reformas, mientras los demás sólo hablan de ellas. Me atrevo a decir que algunos declaran: «Estas cosas hay que mejorarlas gradualmente mediante el desarrollo de mejores principios,





y es preciso probar los nuevos conceptos por etapas». Sí, la reforma gradual es una idea prudente; pero Howard era un hombre tan débil, mentalmente, que fue diseminando historias horribles e insistiendo en que el asesinato mediante encarcelamiento debe terminar enseguida. Hermanos, ojalá vosotros seáis débiles de manera semejante: casi locos a causa de la resolución incansable de salvar almas. Si os lanzáis de manera absurda, y hacéis temblar el frío formalismo, y ridiculizáis las imbecilidades, me causaréis gran alegría. Poco me importa lo demás si os hacéis necios por causa de Cristo. Cuando nuestra debilidad se acerca al fanatismo, tanto más poder es posible que tengáis. Plimsoll obró noblemente cuando se levantó y habló en contra de los buques-ataúd; pero nunca fue tan poderoso como cuando perdió los estribos e infringió las reglas de la Cámara de los Comunes en el ardor de su apasionamiento. Fue una demostración de debilidad, pero en aquella debilidad estaba su poder. Necesitamos más de esos mensajes que proceden de un corazón ardiente, como la lava procedente de un volcán. Cuando la verdad nos venza, venceremos por medio de la verdad.

Asimismo, la debilidad es poder porque muchas veces *la sensación de debilidad despierta todo nuestro ser*, entonces aparece lo que hay en nosotros, y nos hace ser intenso en todos los aspectos. Ciertos animales pequeños son mucho más temibles en la lucha que las bestias grandes, porque son tan activos y furibundos que muerden con rapidez. Casi es mejor enfrentarse a una hiena que a una rata o una comadreja, pues estas pequeñas criaturas son tan vivaces y concentradas en el ataque, que luchan con todo su cuerpo; garras y dientes funcionan a la vez, y así son fuertes a causa de la sensación de debilidad que les hace usar todos los átomos de fuerza que poseen. ¿Nunca os habéis fijado en un gran hombre, quizás un doctor en Teología, del que habéis pensado cuán poderoso es? Todos reconocemos su fuerza; pero, ¿qué demuestra? Sin embargo, un hombre muy inferior, lleno de gracia y ardor, y despierto para





UN MINISTERIO IDEAL

la obra de Dios, logra mucho más. Sabedor de su pequeñez, vive intensamente para Dios.

«Cuando soy débil, entonces soy fuerte». Sé que no puedo hacer mucho, por lo tanto haré todo lo que pueda. Sé que tengo poco poder, por lo tanto usaré todo el que tengo. ¿No dicen los comerciantes que «es mejor un chelín activo que tres perezosos»? Estoy seguro que es así. La experiencia de nuestra debilidad puede movernos a una valentía que de lo contrario no habríamos conocido. Marchaos, poderosos, porque vosotros no sois fuertes. Venid acá los débiles, a recibir la ayuda del Señor contra los poderosos, pues vosotros estáis «firmes en el Señor, y en la potencia de su fortaleza».

Y por último, he aquí la razón de que seamos fuertes cuando somos débiles: para que *se consuma el sacrificio*. ¿Cuándo fue Cristo más fuerte que nunca, sino cuando fue más débil? ¿Cuándo hizo estremecer el reino de las tinieblas, sino cuando fue clavado en la cruz? ¿Cuándo quitó el pecado de su pueblo, sino al ser traspasado Su corazón? ¿Cuándo pisoteó la muerte y el dragón antiguo, sino cuando Él mismo fue puesto a la muerte? Su victoria tuvo lugar en el paroxismo de su debilidad, es decir, en su muerte; y así ha de ser con su temblorosa Iglesia. Ésta no tiene poder; es preciso que padezca, es preciso que sea difamada, escarnecida; entonces el Señor triunfará por medio de ella. El signo vencedor sigue siendo la cruz. Por lo cual, hermanos, seamos perfectamente felices en menguar hasta el fin, para que nuestro Señor y Rey pueda crecer gloriosamente de día en día. Amén.





LO QUE ASPIRAMOS SER (1)

He aquí una asamblea que empieza a ser venerable. Durante años hemos sido un grupo de Jóvenes; pero ahora, nuestros propios hijos nos acompañan, como camaradas en el ministerio, y nos damos cuenta de que ya no somos mozalbetes. Pero aún no somos hojas secas y amarillas, ni chocheamos, ni somos tema de anécdotas; sin embargo tendemos a la madurez, y nos va llenando la convicción de que, si hemos de hacer alguna vez algo por nuestro Señor Jesús, es preciso que lo hagamos enseguida. No nos queda tiempo para holgazanear, ni siquiera para la comodidad. Para mí, por lo menos, la eternidad parece estar tan cercana, que no puedo hallar una excusa para retrasarme. «Ahora o nunca» suena con fuerza en mis oídos.

(1) Este mensaje fue pronunciado en medio de grandes dolores. No es lo que hubiera querido. La angustia dificultaba los pensamientos, y además, impedía conectarlos. Casi todo lo que había preparado se olvidó, y los nuevos pensamientos no encontraban salida mientras la mente estaba ahogándose a causa del padecimiento físico. Este mensaje puede considerarse como una curiosidad literaria; la charla de un hombre que apenas podía contener las lágrimas a causa de agudos padecimientos, y que al mismo tiempo estaba resuelto a participar en una reunión que había estado esperando con solemne interés desde hacía meses. Permítasenos añadir que la revisión del sermón se efectuó en condiciones bastante parecidas. - C. H. S.





VISION RETROSPECTIVA

Al reunirnos ahora, después de más de veinte años de Conferencias fraternales, y algunos de nosotros después de más de treinta años de ministerio, ¡qué recuerdos nos rodean! En el vaso de cristal de la memoria, vemos el pasado, vivo y en movimiento. Lejos sea de mí, aun estando torturado por el dolor, empañar ese cristal con el cálido aliento de mi propia ansiedad; no obstante, debo decir lo siguiente: Nunca miro mi propio pasado sin sentir pesar. Me cuento entre los más favorecidos de los siervos de mi Señor, y me hundo en el polvo mientras lo confieso con gozo. No tengo quejas que presentar contra mi Dios; pero no tengo sino quejas que presentar contra mí mismo. Me parece que, en aquello en que por la gracia divina he tenido éxito, podría haberlo tenido en escala mucho mayor si hubiese sido un hombre mejor. La falta de fe por mi parte, puede haber estorbado e impedido a mi Señor. Si he alimentado a los santos de Dios, podría haber cumplido con tan sagrado pastorado con mayor alabanza para mi Señor, si hubiera sido más apto para que Su Espíritu me usara. ¿Cómo puedo complacerme con vanagloria en lo poco que se ha realizado, cuando ante mis ojos veo una masa inconmensurable de posibilidades que no he aprovechado?

Este será un sentimiento saludable para los hermanos más jóvenes, que se sienten agitados por sus primeras victorias. Que suban a un nivel más elevado de esperanza, no sea que realmente lleguen a estar satisfechos de sí mismos, destruyendo así toda esperanza de una vida grande. Créeme, joven hermano, a medida que los años nos dan sobriedad, nos damos cuenta cada vez más de nuestras imperfecciones, y cada vez nos sentimos menos inclinados a admirar nuestra propia actuación. Para mí, la mirada retrospectiva significa un salmo de cordial alabanza, y un profundo suspiro de pesar. Sea gloria al Señor para siempre; pero, para mí, vergüenza y confusión de rostro.

Pero, ¿de qué sirve el pesar, a menos que por él podamos elevarnos a un futuro mejor? Los suspiros que no nos





LO QUE ASPIRAMOS SER

levantan más arriba son un desperdicio de aliento vital. Purificaos, pero no os desalentéis. Recoged las flechas que anteriormente cayeron lejos del blanco; no las rompáis en pasión desesperada, sino enviadlas al blanco con buena puntería y fuerzas más concentradas. Utilizad las derrotas para tejer vuestras victorias. Aprended a tener éxito utilizando los fracasos, aprended sabiduría utilizando los desatinos cometidos. Por gracia, si hemos prosperado un poco, prosperaremos más. Nuestro conocimiento de Dios será más pleno para que, estando más en armonía con Él, nuestra vida sea vivida más de acuerdo con la pauta divina. Es posible que la cura para estos días malos esté cerca de nuestra propia corrección. Cuando nuestras propias antorchas produzcan menos humo y más llama celestial, la noche podrá ser menos oscura.

PERSPECTIVAS

En cuanto a las perspectivas que tenemos ante nosotros, quizá se me tenga por profeta de males; pero no lo soy. Lamento las terribles defecciones de los que se apartan de la verdad, defecciones que son ya demasiado numerosas para pensar en detallarlas; no obstante, no estoy inquieto, y mucho menos desalentado. Esa nube desaparecerá como han desaparecido tantas. Creo que las perspectivas son mejores que antes. No creo que el diablo sea mejor: nunca esperé tal cosa; pero es más viejo. Hermanos, no sé si esto es para bien o para mal; pero lo cierto es que el archienemigo ya no es la novedad que era entre nosotros. Ya no estamos tan asustados de esa particular moda diabólica que hace furor, porque empezamos a percibir su forma. Lo desconocido parecía ser terrible, pero la familiaridad ha eliminado la sensación de alarma. Al principio, este «pensamiento moderno» parecía semejante a un león; su rugido era terrible, aunque para algunos oídos siempre sonó sospechosamente de manera semejante al rebuzno. Examinado más de cerca, el enorme rey de





UN MINISTERIO IDEAL

los animales se parecía más a un zorro, y ahora compararlo a un gato salvaje sería demasiada, honra. Parecía como si fuésemos a ser devorados por los leones, pero no se ven los monstruos por ninguna parte. La religión científica es una vana palabrería que no contiene ni religión ni ciencia. El monte ha dado a luz su ratón, o por lo menos el grandioso acontecimiento se acerca. Pronto el «pensamiento avanzado» será tan sólo mencionado por parte de algunos ignorantes, y por los ministros independientes jóvenes. Ha declinado gradualmente, hasta el punto de que ahora puede contarse entre las mercaderías devaluadas.

En esta hora veo un cambio de marea; no es que ello me importe mucho, pues la roca sobre la cual edifico nunca se ve afectada por la marea de la filosofía humana. Con todo, es interesante observar que las corrientes no llevan la misma dirección que hasta ahora. Los jóvenes que han experimentado con las dudas modernas, han visto cómo sus congregaciones se desvanecían bajo el peso destructor de las mismas; por lo tanto, no están ya tan enamorados de ellas como antes. Es hora de que efectúen un cambio; pues los cristianos han observado que estos hombres avanzados no han sido notables por la abundancia de la gracia, e incluso han llegado a pensar que sus liberales puntos de vista en cuanto a doctrina, eran una sola cosa con la liberalidad y la relajación religiosa general. La falta de pureza en la fe suele ser ocasionada por la ausencia de la conversión. Si ciertos hombres hubieran sentido el poder del Evangelio en sus almas, no lo habrían abandonado tan fácilmente para correr tras las fábulas.

¡Amantes de la verdad eterna, no tenéis nada que temer! Dios está con los que están con Él; se revela a los que creen Su revelación. No marchamos de acá para allá, sino adelante hacia la victoria. Surgirán otros enemigos, como los amalecitas los heveos, los jebuseos, los perezosos, y el resto de los que se levantaron contra Israel; pero, en el nombre del Señor, pasaremos a poseer la herencia prometida.





LO QUE ASPIRAMOS SER

LA PROPUESTA

Entre tanto, conviene que sigamos trabajando tranquilamente. Nuestras quimeras han terminado: ni convertiremos el mundo a la justicia, ni la iglesia a la ortodoxia. Rehusamos cargar con responsabilidades que no nos corresponden, pues nuestras verdaderas responsabilidades son más que suficientes. Ciertos hermanos sabios desean ardientemente reformar su denominación. Salen a la batalla marcialmente. ¡Que el éxito les acompañe! Generalmente son más sabios cuando regresan. Confieso sentir gran admiración por mis quijotescos hermanos, pero quisiera que pudiesen demostrar el resultado de su valor. Me temo que tanto la Iglesia como el mundo están más allá de nuestro alcance; es preciso que nos contentemos con esferas más reducidas. Incluso nuestra propia denominación ha de seguir su propio camino. Somos tan sólo responsables en cuanto a las fuerzas de que disponemos, y será prudente usarlas para un objeto que esté dentro de nuestro alcance. Por lo demás, no nos preocupemos de lo que está al margen de nuestras actividades. No importa si no podemos destruir todas las espinas y cardos que plagan la tierra; quizá podamos limpiar bien nuestra propia y pequeña parcela. Si no podemos transformar el desierto en pastos, podemos por lo menos hacer que dos o tres briznas de hierba crezcan donde antes sólo había una; lo cual ya es algo.

Hermanos, consideremos cuidadosamente nuestra firmeza en la fe, nuestro andar en santidad con Dios. Algunos dicen que este consejo es egoísta; pero creo que en verdad no es egoísmo, sino un amor cuerdo y práctico hacia los demás, que nos lleva a pensar en nuestro propio estado espiritual. Deseando hacer lo mejor que normalmente le sea posible, y usar sus propios recursos lo mejor posible para gloria de Dios, el corazón leal procura estar, en todas las cosas, en posición correcta ante Dios. El que ha aprendido a nadar, ha adquirido un egoísmo conveniente, pues con ello puede ayudar a los que se ahogan. Pen-





sando en bendecir a los demás, codiciemos fervorosamente para nosotros las mejores bendiciones.

LA AMBICIÓN PERSONAL

Deseo sacar el máximo provecho de mí mismo. Quizá ni siquiera sepa todavía la manera de ser óptimamente útil, pero me gustaría saberlo muy pronto. Por lo menos, puedo decir honradamente que si pensara poder ser más útil fuera del púlpito que en él, me apresuraría a dejarlo en seguida. Si hubiera una esquina en donde yo tuviera la garantía divina de que trabajando como limpiabotas Dios podría ser más glorificado que lo es mientras doy testimonio ante una gran congregación, agradecería la información, y la pondría en práctica. Algunos no pueden hacer nunca gran cosa para Dios del modo que preferirían, pues jamás fueron hechos para tal obra. Las lechuzas nunca rivalizarán con los halcones de día; pero los halcones fracasarían en la empresa de cazar ratas y ratones en los graneros. Las criaturas, no son tan sólo buenas, sino «muy buenas», cuando están en su debido lugar, cumpliendo la función que les es propia: fuera de ese lugar, pueden convertirse en un estorbo. ¡Amigo mío, sé fiel a tu propio destino! Si uno es un magnífico predicador hablando en lenguaje llano, ¿por qué ha de arruinarse cultivando un estilo adornado? Otro, al intentar parecer sencillo, se echaría a perder, porque es refinado por naturaleza; ¿por qué no ha de seguir su propia tendencia? Apolos tiene el don de la elocuencia; ¿por qué ha de copiar al rudo Cefas? Que cada hombre esté donde debe. A veces me parece que cada uno prefiere estar donde no debe. Que cada uno descubra qué es lo que Dios quiere que haga, y entonces, que lo haga, o que muera en el intento. ¿De qué manera puedo dar mayor gloria a Dios, y ser más útil a su Iglesia mientras estoy aquí? Resolved esta cuestión, pasad a la parte práctica.





LO QUE ASPIRAMOS SER

MAYOR GRACIA

Hay una cosa que es indiscutible; que daremos mayor gloria al Señor si obtenemos de Él gracia abundante. Si tengo mucha fe, de modo que pueda presentar a Dios la palabra que Él me ha dado; mucho amor, de modo que el celo de Su casa me consuma; mucha esperanza, de modo que tenga la seguridad de ver fruto de mis labores; mucha paciencia, de modo que pueda soportar las dificultades por causa de Jesús, entonces honraré en gran manera a mi Señor y Rey. ¡Ojalá que me consagre totalmente y que mi naturaleza entera esté absorta en Su servicio; entonces, aunque mi talento sea poco, haré que mi vida arda y resplandezca con la gloria del Señor. Este camino de la gracia está abierto a todos nosotros. Ser santo está al alcance de todo cristiano, y es el método más seguro de honrar a Dios. Aunque el predicador no reúna más de cien personas para escuchar en la capilla del pueblo, es posible que sea un hombre de Dios en tal forma que su pequeña iglesia sea simiente selecta, y cada individuo digno de ser pesado en oro. Es posible que el predicador no sea apreciado por su trabajo en las estadísticas que cuentan las cosas por docenas y centenares; pero en aquel otro libro que ningún secretario podría llevar, donde las cosas se pesan en vez de contarse, la hoja de servicios del obrero honrará en gran manera al su Maestro.

NECESIDAD DE SER CUIDADOSOS

Hermanos, mi deseo es hacerlo todo de la mejor manera cuando es para el Señor. Todos nosotros nos afanamos en hacer mucho para el Señor, pero hay un camino más excelente. Con ruidosa actividad ponemos manos a la obra y edificamos un muro, en torno a una ciudad, en seis meses: dicho muro caerá luego en seis días. Sería mejor hacer más haciendo menos. El trabajo hecho a fondo es infinitamente preferible al superficial. Es bueno trabajar para Dios de modo





UN MINISTERIO IDEAL

microscópico; cada pequeña porción de nuestra obra ha de ser capaz de resistir la más minuciosa inspección. La obra de la Iglesia ha sido preciso hacerla de modo perfecto, pues sin duda sus defectos se verán exageradamente dentro de poco tiempo. Los pecados de hoy serán los pesares de los siglos venideros. Fijaos en esos estratos del país escocés que hasta hoy siguen siendo católicorromanos. Si en tiempos de la Reforma hubiesen sido cuidadosamente atendidos por un ministerio protestante, no habrían sido, durante siglos, esclavos de la vieja Roma. Una ligerísima desviación de la línea a seguir, puede implicar siglos de penosa labor. Nuestros antepasados puritanos levantaron sus muros y pusieron sus piedras de hermosos colores, edificando bien la ciudad de Dios. Entonces el más grande de los héroes, Oliver Cromwell, lo vio y prestó ayuda. Blandió la espada de acero como pocos lo han hecho jamás, pero sus armas carnales no armonizaban con el templo del Señor. El Señor parecía decirle, como dijo a David: «No edificarás casa a mi nombre, porque has derramado mucha sangre». Por lo tanto el puritanismo tuvo que apearse, con toda su magnífica excelencia de santidad, porque sus hijos no vieron que el Reino del Señor no es eclesiástico ni estatal, ni pertenece a la ley de las naciones, sino que es puramente del Espíritu del Señor. Nosotros, en quienes han venido a parar los fines de los tiempos, tenemos que ser cuidadosos no sea que enviemos los ejércitos del Señor a vagar otros cuarenta años por el desierto, cuando de otro modo Canaán hubiera estado tan cerca. Que el Señor nos ayude a ser obreros que no tienen de qué avergonzarse, trazando bien la Palabra de verdad. ¡Que vivamos ante los ojos de los siglos, pasados y futuros; sobre todo, que vivamos como viendo al invisible!

DESPERTAMIENTO

¿Necesito apelar afectuosamente a vosotros, hermanos, para que despertéis el don que está en vosotros? Culti-





LO QUE ASPIRAMOS SER

vad vuestras aptitudes naturales de gracia para el ministerio. El pastor sabe mucho más que cuando dejó el Seminario Teológico; ¿ha aprendido todo lo que debía haber aprendido en ese intervalo? Sin duda que muchos de nuestros hermanos «llegan a ser más sabios que sus maestros, y a conocer mejor al Señor». No estoy tan seguro en cuanto a aquellos que más destacan en su afán por aseverar estas cosas cuando hablan de si mismos. El verdadero progreso suele calcularse por la medida de la humildad. El que sabe más es el que más se da cuenta de que sabe poco. Todos tenemos gran necesidad de estudiar laboriosamente si nuestro ministerio ha de ser bueno para algo. Hemos oído hablar de los campesinos franceses que pidieron al Papa un cura «que hubiese terminado su educación». Se lamentaban de que su pastor estudiase siempre estudiando, y querían un hombre que supiese todo lo necesario, y por consiguiente no necesitara tiempo para leer y pensar. ¡Qué necios deben ser en aquella parte de Francia! Necesitamos exactamente el tipo de predicador que ellos despreciaban. El que ha cesado de aprender, ha cesado de enseñar. El que ya no siembra en el estudio ya no segará en el púlpito. Mi más ferviente deseo es que todos nosotros seamos realmente.

PESCADORES DE ALMAS

Espero que nunca lleguéis a tener el concepto de que sólo los predicadores de cierta clase pueden ser pescadores de almas. Todo predicador debe esforzarse para ser medio de salvación para sus oyentes. La recompensa más genuina de la obra de nuestra vida es devolver almas muertas a la vida. Anhele ver almas conducidas a Jesús cada vez que predico. Se me rompería el corazón si viera que esto no ocurre. Los hombres pasan a la eternidad tan rápidamente que es preciso que sean salvos en seguida. No abrigamos ninguna esperanza secreta que permita perder las actuales oportunidades. De todas nuestras congrega-





UN MINISTERIO IDEAL

ciones debe ascender un profundo clamor hacia Dios, a menos que se vean continuamente conversiones. Si nuestra predicación no salva jamás un alma, ni es probable que lo haga, ¿no glorificaríamos mejor a Dios como campesinos o como comerciantes? ¿Qué honra puede el Señor recibir de ministros inútiles? A menos que las almas sean resucitadas a vida celestial, el Espíritu Santo no está con nosotros, no somos usados por Dios para sus propósitos de gracia. Hermanos, ¿podemos soportar el ser ineficaces? ¿Podemos estar satisfechos si somos estériles?

Recordad que, si queremos pescar almas, es preciso que actuemos en consecuencia, y que nos entreguemos a tal fin. Los hombres no pescan peces sin proponérselo, ni salvan pecadores a menos que lo tengan por objetivo. Cierta ministro oraba antes de su sermón, pidiendo que Dios bendijese a las almas mediante su mensaje. Después de oír el discurso que pronunció, me pregunté qué significaba la oración que había hecho. ¿Cómo podía pedir algo en lo que no parecía volver a pensar? Su sermón desmentía su oración. Lo mismo habría podido echar agua en el fuego, pidiendo a Dios al mismo tiempo que con ello lo hiciera arder. A menos que Dios hubiese hecho que la congregación entendiera equivocadamente lo que decía el predicador, no hubieran podido convertirse basándose en lo que dijo. Dios obra usando medios, medios adaptados a Sus fines; y siendo así, ¿cómo podrá bendecir algunos sermones? ¿Cómo en nombre de la razón, pueden convertirse las almas mediante sermones que hacen dormir a la congregación; sermones que contienen meras frivolidades; sermones que dicen sencillamente: «Fijaos qué manera tan ingeniosa de presentarlo»; sermones que insinúan la duda, y hacen sospechar de toda verdad revelada? Pedir la bendición en aquello que ni los hombres buenos pueden recomendar, es labor defectuosa. Lo que no procede de lo más íntimo de nuestro ser, y no es para nosotros un mensaje del mismo Espíritu del Señor, no es probable que toque a las almas de los demás, y sea para ellos la voz del Señor.





LO QUE ASPIRAMOS SER

MAESTROS

Hermanos, anhelo que todos podamos ser «aptos para enseñar». La iglesia nunca tiene demasiada de aquellos cuyos labios «alimentan a muchos». Debe ser ambición nuestra «ser buenos administradores de la multiforme gracia de Dios». Todos conocemos ciertos ministros capacitados que son expositores de la Palabra e instructores de los creyentes. Siempre os lleváis algo cuando vais a oírles. Se ocupan de cosas de gran precio; su mercadería es de oro de Ofir. Ciertos pasajes de la Escritura se citan y reciben nueva luz; y ciertas especialidades de la experiencia cristiana son descritas y explicadas. Salimos de estas predicaciones con la sensación de que hemos estado en una buena escuela. Hermanos, deseo que cada uno de nosotros ejerza un ministerio así de edificante. ¡Ojalá tengamos la experiencia, la iluminación y la laboriosidad necesarias para una vocación tan elevada! ¡Cuánto necesitamos más sermones ricos en instrucción! Hermanos, mirad muchos de los sermones modernos. ¡Qué fuego, qué furia! ¡Cuántos destellos y cuánta velocidad! ¿Qué es todo esto? ¿Cuál es el propósito de tal exhibición? Solemos encontrarnos con sermones que son como caleidoscopios, de una belleza maravillosa; pero, ¿qué contienen? Mirad, he aquí unos cuantos cristales de colores, uno o dos pedazos de espejo, y otras bagatelas, todo metido en un tubo. ¡Cómo centellean! ¡Qué maravillosas combinaciones! ¡Qué fascinadoras transformaciones! Pero, ¿qué estáis mirando? No habéis visto más después de veinte exhibiciones, de lo que visteis la primera vez; pues la realidad es que no hay más por ver. Algunos predicadores destacan por sus citas poéticas; otros son excelentes por sus aposiciones y sus aliteraciones, o por la exquisitez con que hacen las divisiones. Muchos son grandiosos describiendo las penas del hogar, y las escenas ante el lecho mortuario, así como las descripciones semidramáticas. Muy elocuente todo, muy sensacional; y, bajo la dirección de la gracia, útil en su propia medida; pero cuando se trata de salvar almas, y

167





UN MINISTERIO IDEAL

de alimentar las almas salvadas, el lugar prominente ha de ser ocupado por algo más sólido. Es preciso alimentar al rebaño de Dios. Debemos ocuparnos de verdades eternas, y hacer presa en el corazón y en la conciencia. Debemos, de modo efectivo, vivir para educar una raza de santos, en quienes el Señor Jesús se reflejará como en mil espejos.

PROGENITORES

Con verdad dice el apóstol Pablo: «Aunque tengáis diez mil ayos en Cristo, no tendréis muchos padres». A los maestros de tipo general los llama pedagogos, y dice que tenemos miríadas de ellos; pero no tenemos muchos «padres». Nadie tiene más de un padre natural, y en el sentido más estricto cada uno tenemos un solo padre espiritual, y basta. ¡Qué singularmente ciertas son las palabras del apóstol en la hora actual! Aún tenemos falta de padres espirituales. Quisiera sugerir a esta Conferencia de hermanos que durante años han estado en el ministerio, que hemos llegado al punto de edad y experiencia en que cada uno de nosotros debe poner ante sí la imagen de un padre como modelo al que debe acercarse cada vez más. Somos ya padres en el sentido de tener a nuestro alrededor convertidos que son hijos nuestros en el Señor. Ya hemos oído los clamores penitenciales, y las oraciones de fe, de los que son nacidos a Dios a través de nuestra predicación. Muchos de nosotros, amados hermanos, sin jactancia, podemos regocijarnos de que el Señor no nos ha dejado sin testimonio. Nuestro ministerio ha sido imperfecto y débil; pero el Señor ha dado vida a muchos por medio de nuestras palabras.

La relación entre padres e hijos exige mucho de nosotros. El padre debe ser un hombre estable y probado. Se espera que sea de valor sólido y de discernimiento sustancial. Hay muchos predicadores a los que no podríamos llamar «padres»; parecería demasiado ridículo. El que





LO QUE ASPIRAMOS SER

malgasta el tiempo, el hermano que tiene muchas líneas de pensamiento, el hombre de espíritu iracundo, quedan fuera de la lista cuando buscamos padres. Para componer la idea de un padre se precisan elementos como el peso, la afabilidad, la dignidad, la constancia, y el carácter venerable. Las grandes verdades le son muy caras, pues ha experimentado su poder durante muchos años. Cuando alguno de los muchachos le dice que está atrasado, sonrío al ver la sabiduría superior de ellos. De vez en cuando, trata de mostrarles que tiene razón, aunque es difícil hacérselo ver. Los chicos creen que los padres son necios; los padres no piensan que los chicos lo sean, no hay necesidad de ello. Los verdaderos padres son pacientes; no esperan hallar cabezas maduras en hombros inmaduros. Saben esperar hasta mañana, pues el tiempo trae consigo muchas enseñanzas; a la vez que puede demostrar lo verdadero, puede desenmascarar lo falso. El padre no es llevado de acá para allá por todo viento de doctrina, ni corre tras todo lo nuevo que vocean los escépticos o los fanáticos. El padre sabe lo que sabe, se atiene a lo que ha comprobado, y está arraigado y fundado en la fe.

Mas a pesar de su madurez y firmeza, el padre espiritual rebosa ternura, y manifiesta intenso amor por el alma humana. Su teología doctrinal no le priva de ser humano. Nació a propósito para sentir interés por otros, y su corazón no puede reposar hasta que está lleno de este interés. En ciertos lugares de nuestra costa no hay puertos; pero en otros puntos, hay bahías a las cuales los barcos acuden de prisa en tiempo de tormenta. Algunas personas ofrecen un puerto natural abierto a las gentes afligidas: las amamos instintivamente, y confiamos en ellas sin reserva; y ellas, por su parte, agradecen nuestra confianza, y se ponen a nuestra disposición para beneficio nuestro. La naturaleza las equipó con cálida compasión humana, y ésta ha sido santificada por la gracia, de modo que su vocación es instruir, consolar, socorrer y, en múltiples maneras, ayudar a los espíritus de tipo más débil. Son éstos los hombres de estirpe real que llegan a ser padres amantes de la iglesia.





UN MINISTERIO IDEAL

Pablo dice hablando de Timoteo: «A ninguno tengo tan unánime, y que con sincera afición esté solícito por vosotros». Él tenía personalmente esta solicitud natural; pero no podía entonces poner la mano sobre otro tan unánime, excepto Timoteo. Esta natural solicitud puede ilustrarse con los sentimientos de las aves para con sus crías. Ved con cuánta diligencia trabajan para ellas, y con cuánta valentía los defienden. Una gallina con sus polluelos bajo las alas es la valentía misma. Se convierte en un buitre por sus pequeños. Sería capaz de luchar contra el emperador de todas las Rusias, y contra todas las grandes potencias de Europa. El hombre de Dios, que experimenta la fuerza de la sagrada paternidad, haría cualquier cosa, posible e imposible, por causa de sus hijos espirituales; de buena gana se sacrifica y es sacrificado por ellos. Aunque cuanto más ame menos amado sea, por la potencia de la energía espiritual se ve empujado a una labor abnegada.

¿Hay algún hermano que exclame: «Me gustaría ocupar el puesto de padre en mi iglesia, pues entonces podría gobernarla»? Este es un motivo lamentable, y que os desengañará. El padre de familia suele descubrir que su preeminencia es la de una superior abnegación, más que de autoafirmación. Los mejores padres gobiernan realmente, pero nunca plantean la cuestión de: «¿Quién es el amo?» En una casa bien ordenada, «el bebé es el rey». ¿No habéis visto cómo todas las cosas ocupan un lugar secundario por causa de él? La bienvenida más cariñosa está reservada para el diminuto personaje, y los movimientos de la casa dependen de las necesidades del bebé. Aunque fueses un autócrata tan grande como el Rey de las Islas Caníbales, no importaría: el bebé ha de ser atendido ante todo. ¿Qué significa esto? Pues que la persona más pobre, defectuosa, débil y susceptible de toda la iglesia debe gobernar a ti si eres un verdadero padre. Estudiarás al más rebelde, y renunciarás a tu placer personal en bien del más defectuoso. Alguien preguntaba: «¿Por qué hemos de privarnos de bebidas alcohólicas debido a que haya personas flacas que se dejan dominar por ellas? Eso equi-





LO QUE ASPIRAMOS SER

valdría a hacer de las personas más débiles los gobernadores virtuales de nuestra conducta, lo cual -sería absurdo». Así es exactamente; pero las cosas absurdas pertenecen a la familia del amor. Nuestros asuntos domésticos deben parecer absurdos a los extraños que no nos aprecian. ¿Quién gusta de contárselos a los no iniciados? Sería echar perlas a los puercos. Yo deseo decirlos: ¡Saludo a los absurdos del amor sagrado: que reinen muchos años! El bebé es rey: el más débil gobierne nuestros corazones. El paso de todo el rebaño se aminora para no dejar rezagados a los corderos. Gobernamos procurando que nadie pise al débil, y dando ejemplo del mayor desinterés. El que no se da cuenta de que ésta es la ley imperativa del amor, y el verdadero secreto de la fuerza, no es apto para ser padre. Dejemos que los hombres pasen por encima nuestro, si así pueden llegar a Jesús.

Nuestro puesto es el de siervos de todos. El padre gana el pan de cada día, lo lleva a casa y lo reparte. Nosotros somos padre y madre a la vez, y nos ofrecemos para desempeñar todas las funciones necesarias para los que están encomendados a nuestro cargo. Si deseas ser un padre en la iglesia para tener este honor especial, ya ves el camino: se trata de abnegación, paciencia, indulgencia, amor, celo y diligencia. «El que es mayor de vosotros, sea vuestro siervo». Un padre debe poseer sabiduría. Pero en esto se engañan muchos, pues aspiran a ello por motivos dudosos, y así se hacen necios. ¿Si tuvieras sabiduría, hermano, qué harías con ella? ¿La usarías para hacer sentir a los demás tu superioridad? En este caso, aún no tienes mucha sabiduría. La sabiduría de un ministro estriba en esforzarse en ser sabio para otros, y no astuto para sí mismo. Algunos usan su sabiduría de modo muy imprudente, y son una plaga para la iglesia donde deberían ser una bendición. ¡De modo que quisieras ir a la iglesia y arreglar a todos, demostrando así tu sabiduría! Esto es muchas veces una gran locura. He oído hablar de alguien que afirmaba: «No tengo el menor temor de que los ladrones entren en mi casa. Si oyera a uno de ellos, apretaría este





UN MINISTERIO IDEAL

botón, y en un instante la corriente eléctrica haría estallar la dinamita que hay en la bodega, la cual volaría al ladrón con todo el edificio». Vosotros os reiréis; pero he conocido ministros que han actuado de modo muy similar. Lamento conocer un hermano que ha llevado a cabo esta hazaña en cinco o seis iglesias. En cuanto piensa que hay un miembro, especialmente un diácono, que va por mal camino, pone la dinamita, todo vuela por los aires, y a eso le llama él fidelidad. Esto no es actuar como un padre prudente. Si tenemos sabiduría, mantendremos la paz, y trataremos de efectuar reformas con suavidad. Los padres no matan a sus hijos porque son poco filosóficos, o de teología poco sana, o de conducta hasta cierto punto desobediente

Si aspiramos a ser padres, es preciso que deseemos un alto grado de santidad. Es frecuente la pregunta: ¿Es posible para los creyentes ser perfectamente santos en la tierra? Esa pregunta suena rara en boca de algunos. El otro día vi un hombre descalzo, y medio vestido de harapos. Supongamos que me hubiera preguntado si creía que a él le era posible llegar a ser millonario. Yo le habría contestado que sería mejor que fuera a ganarse seis peniques para el alojamiento de la noche, y luego ahorrara lo suficiente para adquirir ropa decorosa. Así aquellos que se afanan en disputar acerca de la perfección harían mejor en procurar que sus vidas fueran ante todo decorosamente consecuentes con la profesión que han hecho. Hermanos, podemos ser mucho más santos de lo que somos. Alcanzemos primero aquella santidad sobre la cual no hay controversias. Durante el Concilio de Trento hubo una controversia entre la Iglesia de Roma y los Protestantes -en cuanto a si era posible guardar la ley de Dios. La cuestión fue planteada torpemente, y cuando Lutero se esforzó en demostrar que era imposible, me parece que estuvo defendiendo una verdad a costa de otra. De todos modos, no osamos poner límites al poder de la gracia divina y decir que un creyente puede alcanzar cierto grado de gracia, pero no más. Si es posible una vida perfecta, esforcémo-





LO QUE ASPIRAMOS SER

nos en alcanzarla. Si podemos tener una fe que nunca se tambalee, procurémosla. Si, podemos andar con Dios como Enoc durante una larga vida, no descansemos hasta conseguirlo. No podemos atrevernos a estrechar al Señor en este aspecto; si estamos estrechos en alguna manera, es en nosotros mismos. Aspiremos a la santidad de espíritu y carácter. Estoy persuadido que el mayor poder que podemos tener sobre nuestros semejantes, es el poder que procede de la consagración y la santidad. Hay más ojos fijados sobre nuestra vida diaria de lo que imaginamos, tanto en el hogar, como en la iglesia y en el mundo. Afirmando ser ministros del Señor, y es preciso que no nos extrañemos de ser continuamente observados; sí, aun cuando pensamos que no hay ningún observador cerca de nosotros. Nuestras vidas deben ser tales que los hombres puedan copiarlas sin peligro.

Ya conocéis la tremenda responsabilidad de un padre para con sus hijos; tal es la nuestra. No creo que ninguno de nosotros se atreviese a decir a la congregación: «Seguidme en todas las cosas». Y no obstante, su tendencia es seguir al pastor. En esta tendencia estriba la influencia para lo santo, y un temible poder dañino para lo malo. Muchos principiantes adoptan fácilmente un modelo terreno; hallan más natural copiar a un hombre piadoso a quien han visto, que imitar al Señor Jesús, a quien no han visto. No puedo encomiarles; pero así es, y debemos tener en cuenta esta flaqueza, para que no se convierta en ocasión para el mal. Los hijos obedecen primeramente a su padres, y así aprenden la ley del Señor, y sin duda muchos del tipo más débil aprenden el camino de la santidad a través de sus guías espirituales. El pintor que más tarde se convierte en un gran maestro, es al principio discípulo de cierta escuela de arte; así ocurre en la religión. El que es niño en la gracia es enseñado a andar por un hermano más adulto, y luego anda por su propio camino. Creo que muchas almas débiles de nuestras iglesias reciben graves daños, si es que no quedan enteramente quebrantadas, siguiendo el ejemplo de sus ministros en cosas en que éstos



UN MINISTERIO IDEAL

no tienen la mente del Señor. ¡Qué triste sería si algún creyente no pudiera crecer a causa de nuestra conducta! ¿No es de temer que en nuestras iglesias haya actualmente algunos que no son lo que habrían podido ser si los hubiésemos guiado debidamente? Sin duda, algunos han sido educados para la flaqueza, y a otros se les ha permitido crecer más en una dirección que en las otras. ¿Decís acaso: «No podemos evitarlo; no es cosa nuestra»? Os digo que sí es cosa nuestra. Los extraños pueden hablar sin mirar lo que dicen, pero los padres son conscientes de una gran responsabilidad en cuanto a sus hijos. Si la familia no está bien ordenada, el padre prudente empieza a enmendar sus propios caminos. Si nuestra congregación va por mal camino, nosotros nos irritamos y echamos sobre nosotros mismos la culpa. Si fuéramos mejores, los miembros de nuestra iglesia serían mejores. De poco sirve regañarlos; lo más prudente es humillarnos ante Dios, y descubrir la razón de que nuestro ministerio no produzca mejores resultados.

No creo poder decir mucho más, tan grande es el dolor que me azota. Iba a decir que, así como el padre terreno ocupa el lugar de Dios ante sus hijos, también nosotros en cierta medida. No nos lo hemos propuesto, ni lo deseamos; pero muchas personas débiles e ignorantes nos han colocado en una posición de la cual quisiéramos escapar si pudiésemos, pues aborrecemos todo lo que se parece al clericalismo. Es lástima que haya almas sencillas que olvidan consultar el pensamiento del Señor tal como está revelado en las Escrituras, pero nos miran a nosotros como maestros y guías suyos. Admito que puede haber una superstición maligna en esto, pero es así, y no podemos tomarlo a broma. Sin embargo, en muchos casos, a través de su agradecido respeto, los miembros de nuestra congregación aprenden lecciones de lo que hacemos tanto como de lo que decimos, y esto debe hacer que nos volvamos muy cuidadosos, por temor a llevarlos por mal camino. Sed santos, para que otros sean santos.

Necesitamos ser amables y corteses, pues aun algo tan





LO QUE ASPIRAMOS SER

insignificante como estrechar la mano, o asentir con la cabeza, puede tener su influencia. Alguien que es actualmente miembro de nuestra iglesia me contó que a menudo había esperado para estrecharme la mano en la puerta trasera cuando yo dejaba el edificio, mucho antes de haber entrado para oírme predicar. El mero hecho de la amabilidad de hacer caso de él al salir, le había hecho pensar en mí, y luego le inclinó a escucharme. Me aseguré que este simple incidente fue el primer lazo que existió entre él y la religión. Era un alcohólico, afligido e impío; pero, por un feliz accidente, había llegado a ser amigo de un ministro de Cristo, y este lazo, aunque liviano como el hilo con que teje la araña, fue el principio de mejores cosas. Nunca seáis rígidos y orgullosos. Sed compasivos y amables. Los hijos esperan hallar bondad en el padre; que no tengan un desengaño. A nosotros corresponde ser todas las cosas a todos los hombres, por si de algún modo salvamos a alguno.

Aun a aquellos que están fuera, debemos mostrarles cariñosa atención. Debemos mostrar cariño ilimitado aun a aquellos que rechazan nuestro Evangelio. Debe llenarnos de profunda melancolía el que los hombres rehusen al Salvador, y sigan el camino de la destrucción. Si persisten en arruinarse, es preciso que lloremos por ellos en la cámara secreta. Si después de haberles predicado el Evangelio con amor no se arrepienten, debemos quebrantar nuestros corazones por no poder quebrantar los suyos. Si Absalom ha perecido, hemos de ir con David a la cámara que está al otro lado de la puerta, y llorarle amargamente, clamando: «¡Hijo mío Absalom, hijo mío, hijo mío Absalom! ¡Quién me diera que muriera yo en lugar de ti, Absalom, hijo mío, hijo mío!» ¿Lloráis alguna vez por vuestros oyentes, como el que llora por un ser querido que partió? ¿Podéis soportar la idea de que pasen a juicio sin perdón? ¿Podéis resistir la idea de su destrucción? No sé cómo puede un predicador ser muy bendecido por Dios si no siente agonía cuando teme que algunos de sus oyentes pasen al otro mundo impenitentes y en incredulidad.





UN MINISTERIO IDEAL

Por otra parte, observad la escena de un padre que ve a su hijo volviendo del error de sus caminos. En el Nuevo Testamento tenéis el retrato divinamente pintado. Cuando el hijo pródigo estaba a gran distancia, su padre le vio. ¡Ojalá tengamos ojos prestos para percibir a los que son despertados. El padre corrió a su encuentro. ¡Ojalá nos afanemos en ayudar a los que tienen esperanza! Cayó sobre su cuello y le besó. ¡Ojalá que nuestro corazón rebose de amor, gozándose y regocijándose por los que buscan! Debemos ser como aquel padre; siempre amantes, siempre a la expectativa. Nuestros ojos, oídos y pies han de ser para los penitentes. Nuestras lágrimas y brazos abiertos deben estar prestos para ellos. El padre en Cristo es el hombre que se acuerda del mejor vestido, el anillo y las sandalias; recuerda esas provisiones de la gracia porque está lleno de amor al que vuelve. El amor es un teólogo práctico, y cuida de aplicar prácticamente todas las bendiciones del pacto, y todos los misterios de la verdad revelada. No oculta el vestido y el anillo en un tesoro de teología, sino que los saca y los pone encima.

¡Hermanos, así como sois hijos de Dios, sed también padres en Dios! Que ésta sea la pasión ardiente de vuestras almas. Convertíos en líderes y campeones. ¡Dios os dé la honra de la madurez, la gloria del poder! Mas esperad valerosamente que entonces ponga en vosotros la carga que tal poder puede soportar. Necesitamos que os portéis varonilmente. En estos días malos, cuando se acerca el choque de la batalla, tendrá que ser sostenida por los padres, o no la habrá. Nuestros hermanos -jóvenes y poco maduros son valiosísimos como tropas ligeras, abriendo el camino y avanzando en territorio enemigo; pero las escuadras sólidas, que resisten firmemente la furia de la carga, han de estar compuestas principalmente por la vieja guardia. Vosotros, los que tenéis experiencia en las cosas de Dios; vosotros, los expertos, que habéis luchado las batallas del Señor una y otra vez; es preciso que estéis firmes, y habiendo hecho todo, resistáis todavía. Apelo a vosotros, padres, para que defendáis el fuerte hasta que Je-





LO QUE ASPIRAMOS SER

sús venga. Vosotros debéis estar firmes, incommovibles, abundando siempre en la obra del Señor. Si fracasáis, ¿a dónde miraremos? Será como «abanderado en derrota».

Pero con objeto de evitar que os complazcáis en el hecho de desear este alto honor, y os imaginéis que la mera aspiración se cumplirá, permitidme recordaros cómo vivió el Salvador. Nunca se detuvo en los deseos y las resoluciones, sino que se ciñó para un servicio constante. Él dijo: «Mi comida es hacer la voluntad del que me ha enviado, y acabar su obra». Pescar almas ha de ser comida y bebida para nosotros. Hacer la obra del Señor debe ser tan necesario para nosotros como los alimentos. La obra de Su Padre es la misma en la que nosotros estamos también trabajando, y no podemos hacer nada mejor que, imitar a nuestro Señor. Decidme, pues, cómo la hizo Jesús. ¿La hizo disponiendo la construcción de un enorme Tabernáculo, u organizando una conferencia monstruo, o publicando un gran libro, o tocando una trompeta ante Él, o de alguna otra forma gigantesca? ¿Se proponía hacer algo grande, y totalmente fuera de la pauta común de servicio? ¿Buscaba la popularidad, y se prodigaba en un sensacionalismo agotador? No; llamó a los discípulos uno por uno, e instruyó a cada uno con cuidadosa paciencia. Para tener un ejemplo típico de su método, observadle haciendo pausa durante el calor del día. Se sentó sobre un pozo, y habló con una mujer -una mujer que no se contaba entre las más distinguidas. Esto parecía trabajo lento y acción muy rutinaria. No obstante, sabemos que fue un paso justo y sabio

A tan sencillo auditorio, no le habló mencionando una lista de máximas de gran inteligencia, semejantes a las de Confucio, o filosofías profundas como las de Sócrates; sino que habló sencilla y llanamente, y también fervorosamente, acerca de la vida de ella, sus necesidades personales, y el agua de vida de la gracia por medio de la cual podían remediarse aquellas necesidades. Conquistó el corazón de ella, y por su medio a muchos más; pero lo hizo de una manera que no impresionaría a muchos.





UN MINISTERIO IDEAL

Estaba por encima de las mezquinas ambiciones de nuestros corazones vanagloriosos. No ambicionaba una gran congregación; ni siquiera pidió un púlpito. Deseó ser el padre espiritual de aquella hija; y para ello, tenía que pasar por Samaria, y a pesar de su gran cansancio, tenía que hablarle del agua de vida. Hermanos, descartemos la vanidad. Hagámonos más sencillos, naturales y paternales según vamos madurando; y seamos absorbidos de una manera cada vez más completa en la obra de nuestra vida.

Conforme a la medida de la ayuda del Señor, pongamos nuestro todo sobre el altar, y respiremos sólo para Él. Algunos de vosotros iréis al extranjero; quizás unos cuantos encontréis vuestra tumba a orillas del Congo. No todos podemos hacer esto; pero todos debemos vivir para el Señor, y poner nuestras vidas por los hermanos. El Támesis y el Clyde han de tener sus obreros consagrados tanto como el Congo y el Ganges. Londres y Bristol han de presenciar un heroísmo tan genuino como Cantón y Calcuta. Debido a que pertenecemos a Cristo, el celo de la casa del Señor debe consumirnos.

Desearía haberos hablado con todo mi poder, pero es posible que mi flaqueza sea usada por Dios con propósitos más importantes. Mis pensamientos son pocos a causa del dolor que siembra el desorden en mi cabeza; pero están todos iluminados, pues mi corazón sigue fiel al Señor, a su Evangelio y a vosotros. ¡Que Él nos use a cada uno de nosotros hasta el máximo de nuestra capacidad para ser útiles y glorificarle tanto con nuestra salud como con nuestra enfermedad, con nuestra vida y on nuestra muerte! Amén.





PARTE II

EL PASTOR Y SU MENSAJE







EL PODER DEL PREDICADOR Y LAS CONDICIONES PARA OBTENERLO

Hermanos, deseamos hacer nuestro trabajo según es debido, y con eficacia, y **NO PODEMOS HACERLO SIN PODER**. Desde luego, en este mundo no se lleva a cabo trabajo alguno sin cierto desgaste de las fuerzas, y las fuerzas empleadas difieren según el asunto de que se trata. La clase de poder cuya necesidad experimentamos será determinada por lo que pensemos de nuestro trabajo; y la cantidad de poder que anhelaremos dependerá mucho también de nuestra idea de cómo debe hacerse ese trabajo. Hablo como a hombres prudentes, que se proponen usar de sus funciones ante la presencia de Dios; sin embargo, creo que es de desear estimular vuestras mentes puras a modo de rememoración, y recapacitar juntos sobre el gran designio para el cual necesitamos poder.

Podríamos ser ministros, como algunos lo son, sin tener ningún poder particular, ni natural ni adquirido. Celebrar cultos «formulariamente» (si me permitís tan fea palabra) no exige dotes especiales. Cualquier máquina parlante podría hacer lo mismo. Hay ministros cuyos sermones, y cuyos cultos enteros, son tan rutinarios, y tan absolutamente desprovistos de vida, que si hubiera de venir sobre ellos el poder de lo alto, se quedarían completamente perplejos. Nadie se enteraría que eran las mismas personas; el cambio parecería demasiado grande. Se dice lo mismo, en el mismo tono y manera, año tras año. He oído





hablar de un predicador, a quien uno de los suyos comparaba a un campanario, que sólo tenía dos campanas, pues como decía: «Siempre suena ding, dong, ding, dong, ding, dong, ding, dong». A lo que su amigo respondió: «Tendrías que estar muy agradecido por tener tanta variedad, pues nuestro pastor sólo tiene una campana, y siempre suena ding, ding, ding, ding, ding, ding».

Cuando ocurre esto entre los inconformistas, arruina a las congregaciones, pues mata toda posibilidad de que la gente venga a oír; y aun mata más la esperanza de que mejoren en algo si llegan a oír. Diría que no es difícil, cuando se tiene una liturgia que leer sin muchas alteraciones todo el año, convertirse en un hermoso ejemplo de Ding dong o de Ding, ding; pero entre nosotros, cuya devoción es de tipo libre, hay menos excusas para la monotonía, y si caemos en semejante falta, el resultado será más desastroso. Es posible, aun sin liturgia, orar en un estilo muy estereotipado y formalista; de hecho, es tan posible que es frecuente, y entonces la prolongada oración se convierte en un severo castigo para el público, y las oraciones más breves no son mejores. Cuando he pensado en la predicación de ciertas excelentes personas, me he extrañado no de que la congregación fuese tan pequeña, sino de que fuese tan grande. Las personas que los escuchan debieran destacar en la virtud de la paciencia, pues tienen grandes oportunidades para ejercitarla.

Me he dicho frecuentemente que sería incapaz de atravesar la calle para oírme predicar a mí mismo; pero me atrevo a decir que para *no* oír predicar a ciertos hermanos sería capaz de atravesar la calle en dirección contraria. Algunos sermones y oraciones apoyan en cierto modo la teoría del doctor William Hammond, según la cual el cerebro no es absolutamente esencial para la vida. Confío en que ni uno de vosotros estará satisfecho con cultos mecánicos, vacíos de fuerza mental y espiritual. Ninguno de vosotros deseará los dones menores y los amaneramientos más torpes, pues podéis alcanzarlos sin ejercitar la voluntad. Deseáis hacer el trabajo del Señor





EL PODER DEL PREDICADOR Y LAS CONDICIONES PARA OBTENERLO

tal como debiera ser hecho, y, por tanto, anheláis dones excelentes y gracias aún más excelentes. Deseáis que la congregación atienda a vuestro discurso porque éste contenga algo que merezca su atención. Os esforzáis en desempeñar vuestro ministerio no con el método, desprovisto de vida, de un autómata, sino con la lozanía y el poder que harán que vuestro ministerio sea eficaz para sus sagrados propósitos.

También me veo obligado a decir que, ciertamente, no tenemos por objeto complacer a la audiencia, ni predicar para satisfacer a nuestra época, ni estar en contacto con el progreso moderno, ni agradar a la minoría culta. La obra de nuestra vida no puede hallar aceptación absoluta en la tierra; nuestra hoja de servicios está en lo alto, o de lo contrario se escribirá en la arena. No hay necesidad alguna de que vosotros y yo seamos capellanes del espíritu moderno, pues ya dispone de activos defensores. Seguramente Acab no necesita que Miqueas le profetice cosas benignas, pues hay ya cuatrocientos profetas de los altos que le adulan de consuno. Nos acordamos de aquel teólogo escocés que, en los malos tiempos, protestaba ante un sínodo porque le exhortaban a predicar para su época. Preguntó él: «Hermanos, ¿predicáis vosotros para esta época?» Ellos se jactaron de hacerlo. «Muy bien», dijo él, «pues si hay tantos de vosotros que predicáis para esta época, bien podéis permitir que un pobre hermano predique para la eternidad». Sin pesar, algunos dejamos el evangelio de nuestros días en manos de los hombres de nuestros días. Teniendo personas tan eminentemente cultas siempre en actividad con sus nuevas doctrinas, el mundo podría contentarse y permitir que nuestro pequeño grupo se atenga a la fe pasada de moda, que seguimos creyendo ha sido dada una sola vez a los santos. Esas personas tan superiores, tan maravillosamente avanzadas, pueden enojarse porque nosotros no nos avenimos con ellos; pero, no obstante, el caso es que no es ni nunca será nuestro propósito estar en armonía con el espíritu de la época, ni conciliar en lo más mínimo el demonio de la duda que gobierna el actual momento.





UN MINISTERIO IDEAL

No ajustaremos nuestra Biblia a esta época; sino que, antes de dar el asunto por acabado, por la gracia de Dios, ajustaremos esta época a la Biblia. No caeremos en el error de aquel doctor distraído que estaba cocinando un huevo, y que, depositando su reloj en una cacerola, contemplaba el huevo atentamente. No es el cronómetro divino lo que hay que cambiar, sino el pobre huevo del pensamiento humano. No nos equivocamos en este punto; no nos quedaremos contemplando cómo nuestra congregación se orienta por tal pensamiento, sino que tendremos la vista fija en la Palabra infalible, y predicaremos de acuerdo con sus instrucciones. Nuestro Maestro está sentado en lo alto, y no en las sillas de los escribas y los doctores, que regulan las teorías del siglo. No podemos dejarnos orientar por las personas acomodadas, ni por los oficiales más importantes, ni siquiera por el ministro anterior.

¡Cuántas veces hemos oído excusas en favor de la herejía, presentadas con el objeto de impresionar a los «jóvenes reflexivos»! Los jóvenes, sean reflexivos o no, necesitan sobre todo la impresión del Evangelio, y es locura soñar que cualquier predicación que omite la verdad es adecuada para los hombres, sean jóvenes o viejos. No vamos a renunciar a la Palabra para agradar a los jóvenes, ni tampoco para agradar a las jóvenes. Este sistema de adular a los jóvenes es pura farsa; los jóvenes no están más inclinados a las falsas doctrinas que los adultos; y si lo están, tanto más necesario es enseñarles mejor. Los jóvenes se impresionan más con el Evangelio antiguo que con las especulaciones efímeras. Si alguno de vosotros desea predicar un Evangelio que sea agradable a nuestra época, que lo predique en el poder del diablo, y no tengo duda que hará de buena gana lo mejor que pueda para ti. No deseo ahora hablar a tales siervos de los hombres. Espero que si alguna vez alguno de vosotros se aparta de la verdad y adopta la nueva teología, será demasiado honrado para orar pidiendo el poder de Dios para predicar esa maligna ilusión engañosa; si así lo hicieras, serías culpable de blasfemia constructiva. No, hermanos, no es nuestro





EL PODER DEL PREDICADOR Y LAS CONDICIONES PARA OBTENERLO

objeto agradar a los hombres; nuestro designio es mucho más noble.

Para empezar, *es nuestro gran deseo dar testimonio de la verdad*. Creo -y esta convicción va creciendo en mí- que incluso el conocer la verdad es don de la gracia de Dios; y que amar la verdad, es obra del Espíritu Santo. Hablo ahora no del conocimiento natural, o de un amor natural a las cosas divinas, si es que existe tal cosa; sino de un conocimiento experimental de Cristo, y un amor espiritual hacia Él: estas cosas son en mismo grado don de Dios en el predicador como la obra de la conversión será obra de Dios en sus oyentes. Deseamos saber tan completamente, y amar tan de corazón la verdad, que declaramos todo el consejo de Dios, y lo digamos tal como debemos decirlo. Esto no es labor pequeña. Proclamar todo el sistema de la verdad, y dar a cada parte su debida proporción, no es en modo alguno asunto sencillo. Presentar cada doctrina de acuerdo con la analogía de la fe, y poner cada verdad en su lugar debido, no es tarea fácil. Es fácil hacer una caricatura del hermoso rostro de la verdad omitiendo una doctrina y exagerando otra. Podemos deshonrar la más bella faz dando a su rasgo más destacado una importancia que le haga desproporcionada con el resto; pues la belleza consiste, en gran parte, en el equilibrio y la armonía. Conocer la verdad como debe ser conocida, amarla como ha de ser amada, y luego proclamarla en el debido espíritu, y en sus debidas proporciones, no es trabajo fácil para criaturas tan flacas como somos.

En esta labor grande pero delicada, hemos de perseverar año tras año. ¿Qué poder puede capacitarnos para hacer tal cosa? Habiendo tantos que se quejan de la monotonía del antiguo Evangelio, y sienten el perpetuo anhelo de algo nuevo, esta enfermedad puede incluso infectar nuestros propios corazones. Este es un mal contra el cual conviene luchar con todas nuestras fuerzas. Cuando nos sentimos torpes y embotados, no hemos de imaginarnos que la verdad de Dios es así; sino al contrario, acercándonos más a la Palabra del Señor, hemos de renovar nuestro



vigor. Continuar firmes en la fe siempre, de modo que nuestro testimonio último sea idéntico en sustancia al primero, sólo que más profundo, más sazonado, más seguro y más intenso, es labor tal, que para ella hemos de tener el poder de Dios. ¿No os dais cuenta de ello? Os ruego que cada vez lo experimentéis más y más. Si os proponéis ser verdaderos testigos de Dios, vuestra empresa es muy gloriosa, y contribuirá a haceros experimentar la verdad de lo que voy a decir, a saber, que es preciso que os guíe un poder más que humano que os haga suficientes para el difícil empeño.

Con todo, vuestro objeto es presentar un testimonio personal de tal manera, *que otros se convenzan por él* de la verdad de aquello que tan seguro está en vuestra propia alma. En esto no son pocas las dificultades, pues nuestros oyentes no están ansiosos de creer la revelación de Dios; algunos de ellos están deseosos de no hacerlo. En el reinado de Elisabeth, se extendió la orden de que todo el mundo fuese a la iglesia parroquial, por lo menos una vez cada domingo. Desde luego, la mayoría eran aún católico-romanos, y les repugnaba mucho asistir al culto reformado. He leído que cuando los católico-romanos iban al culto prescrito por la ley, muchos de ellos se ponían algodón en los oídos para no oír. En un sentido moral, esta práctica aún está en boga. Los hombres están dispuestos a oír ciertas partes de la verdad; pero otras porciones le son desagradables y sus oídos están endu- recidos. Sabéis –pues creéis en el pecado original de los hombres, (quizá lo único original que hay en muchos)– de qué manera Satanás ha cegado con gran eficacia las mentes de los impíos, de modo que por más sabia y persuasivamente que hablemos, nada sino un milagro puede convencer a los hombres muertos en pecados, de la verdad de Dios. Sólo un milagro de la gracia puede llevar a un hombre a recibir lo que tan completamente opuesto es a su naturaleza.

No trataré de enseñar a un tigre las virtudes de la dieta vegetariana; pero lo mismo sería tratar de convencer a un



EL PODER DEL PREDICADOR Y LAS CONDICIONES PARA OBTENERLO

hombre no regenerado de las verdades reveladas por Dios relativas al pecado, a la justicia, y al juicio venidero. Estas verdades espirituales son repugnantes a los hombres carnales, y la mente carnal no puede recibir lo que es de Dios. La verdad del Evangelio es diametralmente opuesta a la naturaleza caída; y si no tengo un poder mucho mayor que el de la persuasión moral, o el de mis propias explicaciones y argumentos, he emprendido una tarea en la cual estoy seguro de la derrota. Bien decía el escritor de uno de nuestros himnos, cuando hablaba del Espíritu Santo:

Tú eres quien revoca las pasiones,
Y quien hace a las mismas levantar;
Y de los entenebrecidos ojos
Desprendes las escamas del error.

A menos que el Señor nos revista del poder de lo alto, nuestra labor será en vano, y nuestras esperanzas han de terminar en desengaño.

Esto no es sino el umbral de nuestro trabajo: nuestro más profundo anhelo es *reunir un pueblo que será la heredad apartada para el Señor*. Recientemente ha aparecido una nueva teoría que presenta, como ideal, cierto imaginario reino de Dios, que no es ni espiritual, ni bíblico, ni real. El anticuado sistema de buscar las ovejas perdidas una por una, les parece demasiado lento: lleva demasiado tiempo, reflexión y oración, y no deja suficiente espacio para la política, la gimnasia y los placeres musicales. Se nos apremia a forzar a las naciones enteras a entrar en este reino imaginario por medio de disposiciones higiénicas, mejoras sociales, sistemas científicos y legislación adecuada. Que agradeamos al pueblo usando la palabra «democracia», y luego les ofrezcamos diversiones en busca de la moralidad. Esta es la última moda. Según estas fantasías, el reino del Señor ha de ser, después de todo, de este mundo; y sin conversión, o nuevo nacimiento, la población entera ha de ir a parar a una teocracia terrenal. No obstante, no es así.

Me parece que el Señor va a seguir todavía dentro de





la pauta del Antiguo Testamento, y que separará para sí un pueblo que estará en medio del mundo como los reyes y sacerdotes de Jehová: un pueblo propio, celoso de buenas obras. En el Nuevo Pacto veo más elección de gracia, no menos, por la cual un pueblo es apartado y consagrado para el Señor. Por medio de los escogidos, miles y miles nacerán para Dios; pero, aparte de ellos, no conozco otro reino. La elección de la gracia, tantas veces denunciada, es un hecho contra el cual no es necesario que los hombres hablen, ya que no desean ser elegidos. Nunca puedo entender por qué un hombre debe cavilar a causa de que otro sea escogido cuando él mismo no desea serlo. Si desea haber sido escogido para arrepentimiento, si desea la santidad, si anhela ser del Señor, y si tal deseo es verdadero, ya es un escogido. Pero si no desea nada de esto, ¿por qué se rebela contra otros que han recibido esta bendición? Preguntad a un hombre impío si está dispuesto a tomar la posición humilde, maltratada y perseguida de un mero seguidor de Cristo, y despreciará la idea. Si tuviera que estar en esa situación durante una temporada, ¡qué a gusto se saldría de ella! Le gusta «mezclarse», y pertenecer a la mayoría; pero ser un salmón que se abre camino contra la corriente, no corresponde a sus deseos. Prefiere una religión mundana, con abundante provisión para la carne. La mundanalidad religiosa le gusta muchísimo; pero estar con Cristo en todo momento y para todo, separado del mundo, y consagrado a la obediencia, no es su ambición.

¿No veis en esto la necesidad que tenéis de un poder extraordinario? Llamar a los hombres a una verdadera separación del mundo, y a una genuina unión con Cristo, prescindiendo del poder de Dios, es un esfuerzo absolutamente inútil. Es como pretender que los delfines vengán a jugar a tierra seca, o que el leviatán se avenga a jugar como si fuera un pajarillo; si lo lográis, probad entonces de acometer esta tarea que aún es más difícil. No vendrán, no tienen el menor deseo de hacerlo; y por eso, el Señor y Maestro dijo a los judíos: «No queréis venir



a mí para que tengáis vida». Están dispuestos a leer en la Biblia: «Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna»; pero no están dispuestos a venir al Señor mismo; eso ya es demasiado espiritual para su gusto. No, el mandamiento «arrepentíos, y creed en el Evangelio», es demasiado duro, demasiado penetrante, demasiado humillante para ellos. ¿No es esto suficiente para abrumaros? ¿Os atrevéis a proseguir a menos que el Señor os ciña de poder celestial?

¡Cuidado! Apenas hemos empezado. Son llamados; pero hay algo más que hacer a través de la instrumentalidad de nuestro ministerio: nuestros oyentes han de ser engendrados de nuevo, y hechos nuevas criaturas en Cristo Jesús, o, de lo contrario, nuestra predicación no les ha hecho nada. ¡Queridos amigos, cuando llegamos a este gran misterio nos metemos en aguas profundas! ¿Conoce el hombre no regenerado el significado de ser engendrado de nuevo? Preguntad a los eruditos doctores si saben algo de esto, y tratarán de ocultar su ignorancia bajo el desprecio: «Sí, debe existir semejante fenómeno, pues muchas personas respetables y hasta científicas han profesado haberlo experimentado». Con todo, sonríen, y expresan su extrañeza de que así sea. La confesión de muchos científicos francos es que puede ser así, pero personalmente no pueden entenderlo. ¿Por qué, pues, no se guardan la lengua? Si no han experimentado el nuevo nacimiento, este hecho no prueba que otros no lo hayan experimentado. ¿Por qué su actitud condescendiente como si fueran superiores a nosotros? En este aspecto, los regenerados han de ser necesariamente superiores a ellos. La persona que tiene un solo ojo es rey entre los ciegos; no conviene que los ciegos pretendan despreciarlo. Si cualquiera de nosotros ha experimentado personalmente el nuevo nacimiento, aunque podamos ignorar muchas otras cosas, en este punto estamos más instruidos que los que nunca han experimentado el divino cambio.

Pero, en la proporción en que conozcáis lo que es ser engendrado de nuevo, experimentaréis que en ello hay en



UN MINISTERIO IDEAL

verdad una gran tarea. ¡Cuán sublime situación la vuestra si, bajo el poder de Dios, llegáis a ser los progenitores espirituales de los hombres! No podríais crear ni una mosca; mucho menos podéis crear un corazón nuevo y un espíritu recto. Crear un mundo tiene menos dificultades que crear vida nueva en un hombre impío, pues en la creación del mundo no había nada que se opusiera a Dios, pero en la creación de un corazón nuevo, la vieja naturaleza se opone al Espíritu. Hay que eliminar lo negativo al mismo tiempo que se produce lo positivo. Levántate y considera de nuevo este asunto, y di si eres capaz, por ti mismo, de obrar la conversión o la regeneración de un solo niño de tu escuela dominical. Estamos aquí al final de nuestros recursos. Si nuestro objetivo es la regeneración de nuestros oyentes, es preciso que caigamos prostrados ante el Señor conscientes de nuestra impotencia, y no debemos volver al púlpito hasta que hayamos oído al Señor decir: «Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad».

Suponiendo que eso ya esté hecho, recordad que *los que han sido traídos a Dios han de ser guardados y preservados hasta el fin*; y vuestro anhelo es que el ministerio sea el medio de guardarlos de tropiezo, y de sostenerlos en el camino de la justicia hasta el fin. ¿Te propones hacerlo por ti mismo? ¡Cuánta presunción! Bien, mira las tentaciones que infectan esta ciudad; y supongo que las seducciones del mal son muy parecidas en las ciudades pequeñas, y en los pueblos, por más que difieran en la forma. Su nombre es legión, pues son muchas. ¡Mira las tentaciones que asaltan a nuestros jóvenes en la literatura de nuestro tiempo! ¿Has llegado siquiera a conocer por encima la literatura popular? ¿Te extraña que se haga tropezar a los espíritus débiles? Lo extraño es que haya alguno que sea preservado. Y ésta es sólo una de las muchas influencias mortíferas.

¡Qué numerosas son las pérdidas de nuestras iglesias! El más fiel de los ministros se ve obligado a lamentarse de la pérdida de muchos que parecían correr bien, pero





EL PODER DEL PREDICADOR Y LAS CONDICIONES PARA OBTENERLO

que han sido obstaculizados y no obedecen a la verdad. El hermoso depósito que habíamos recogido en la era se ve tristemente disminuido cuando viene Aquél cuyo aventador está en su mano. No obstante, nos proponemos ser, en las manos de Dios, el medio de llevar a las ovejas de Cristo a verdes pastos, y de continuar conduciéndolas, hasta que se alimenten en las cumbres celestiales teniendo al gran Pastor en persona en medio de ellos. Pero ¡qué tarea la que hemos emprendido! ¿Cómo podemos guardarlos de la contaminación de la Sodoma que los rodea? ¿Cómo podremos, por fin decir: «He aquí yo, y los hijos que me dio Dios»? No podemos hacerlo en absoluto; pero Dios sí puede, a través de nosotros, mediante la energía de su gracia.

Si tienes media docena de convertidos, ¡cómo alabarás a Dios si pasas, con esa media docena a tu lado, ya fuera de peligro, por la puerta de perlas! Algunos de nosotros conocemos a miles a quienes, instrumentalmente, hemos conducido al Salvador; pero a menos que tengamos un poder infinitamente mayor al propio, ¿cómo les pastorearemos hasta el fin? Podemos anunciarlos como convertidos nuestros, podemos asociarnos con ellos como obreros, y sentirnos agradecidos por ellos como coherederos; y, sin embargo, muy amargo puede ser nuestro desengaño cuando llegue determinado momento, y se aparten para perdición. ¡Cuán penoso ser aparentemente ricos en el servicio, y de repente descubrir que nuestros convertidos son como dinero puesto en un bolso agujereado, y que nuestros tesoros se van, porque no habían sido verdaderamente unidos al Señor Jesús a pesar de todas las apariencias! «Para estas cosas, ¿quién es suficiente?» Somos débiles, en extremo débiles, todos. Si hay algún hermano aquí que es más débil que los demás, y lo sabe, que no se desanime lo más mínimo a causa de ello; pues ya veis que el mejor de los que aquí estamos, si sabe lo que es, sabe que está en difícil postura en su sagrada vocación. Bien; si estás en posición difícil, no importa que sea porque las aguas tengan diez metros o tengan dos mil metros





de profundidad. Aunque el mar sea poco profundo, te ahogará si no te sostienes; y aunque sea totalmente insondable, no puede ocurrirte más que ahogarte. En este negocio, el más débil no es realmente más débil que el más fuerte, ya que estas cosas están por encima de nosotros, y hemos de obrar milagros mediante el poder divino, o, de lo contrario, fracasar por completo. Todos nos hemos entregado a la divina profesión de obrar mediante la omnipotencia; o, mejor dicho, de sometemos a la omnipotencia para que ésta obre por medio de nosotros. Por lo tanto, si la omnipotencia no está con nosotros, y si el poder que obra milagros no está en nosotros, cuanto antes volvamos a casa, y labremos los campos, o abramos una tienda, o llevemos las cuentas de alguien, tanto mejor. ¿Por qué hemos de emprender cosas que no tenemos poder para llevar a cabo? La obra sobrenatural exige un poder sobrenatural; y si no lo tienes, te ruego que no trates de hacer la obra solo, no sea que te ocurra como a Sansón cuando le fueron rapadas las siete guedejas, y te conviertas en juguete de los filisteos.

Esta fuerza sobrenatural es el poder del Espíritu Santo, el poder de Jehová mismo. Es maravilloso que Dios haya condescendido a obrar sus maravillas de gracia a través de hombres. Es cosa extraña que, en vez de hablar y decir con sus propios labios «sea la luz», hable las palabras iluminadoras por medio de nuestros labios. En vez de crear un nuevo cielo y una nueva tierra, en donde mora la justicia, por el mero mandato de su poder, se une a nuestra flaqueza, y de esta manera lleva a cabo su propósito. ¿No os maravilláis de que haya depositado su Evangelio en estos pobres vasos de barro, realizando los milagros que muy brevemente he descrito, por medio de mensajeros que personalmente son absolutamente incapaces de ayudarlo en las partes esenciales de su obra celestial? Convertid vuestra admiración en adoración, y mezclad a vuestra adoración un ferviente clamor pidiendo poder divino. ¡Señor, obra por nosotros para alabanza de tu gloria!



Vamos ahora a considerar cómo hemos de obtener el poder que tanto deseamos. NECESITAMOS SENTIRLO EN NOSOTROS CUANDO RECIBIMOS NUESTRO MENSAJE. Para tener poder en público, hemos de recibir poder en secreto. Confío en que ninguno de los hermanos aquí se aventuraría a dar un mensaje a su congregación sin tener un mensaje recién recibido de su Señor. Si dais tan sólo un relato añejo confeccionado por vosotros mismos, o si habláis sin nueva unción del Santo, vuestro ministerio quedará en nada. Las palabras habladas por vuestra propia cuenta, sin que haya habido conexión con el Señor, caerán al suelo. Cuando el lacayo va a la puerta para abrir a un visitante, pregunta a su amo qué es lo que debe decir, y repite lo que su amo le ha dicho. Vosotros y yo somos criados en servicio en la casa de Dios, y hemos de comunicar lo que nuestro Dios quiere que digamos. El Señor da el mensaje salvador del alma, y lo reviste de poder; lo da a cierta clase de personas, y con ciertas condiciones.

Entre estas condiciones observo, en primer lugar, *simplicidad de corazón*. El Señor se revela más que a nadie a aquellos que más vacíos están de sí mismos. Los que tienen menos de sí mismos tendrán más que nadie de Dios. El Señor no mira mucho si el vaso es de oro o de barro, con tal que esté limpio y no dedicado a otros usos. Él mira si hay algo en la copa; y si es así, lo vacía todo. Sólo entonces está la copa preparada para recibir el agua de vida. Si quedara algo en ella, adulteraría el agua pura de vida; y aunque antes hubiera habido algo muy puro, también ocuparía parte del espacio que el Señor desea para su propia gracia. Por lo tanto, el Señor nos vacía para que estemos exentos de prejuicios, autosuficiencia y conclusiones preconcebidas en cuanto a lo que debería ser Su verdad. Él desea que seamos como niños, que creen lo que su padre les dice. Es preciso que prescindamos de toda pretendida sabiduría. Algunos están demasiado seguros de sí mismos para que Dios pueda usarlos. Si Dios les bendijera extensamente, hablarían al estilo de Wolsey, de «ego et rex meus» (yo y mi rey); pero el Señor no tolera esto. Esta palabra



UN MINISTERIO IDEAL

tan tiesa y orgullosa, «yo», ha de inclinarse hasta quedar reducida a la mínima expresión, hasta que parezca lo más insignificante que se puede concebir. ¡Cuánto deseamos librarnos de nosotros mismos! ¡Cuánto deseamos dejar de pensar en nuestra propia prudencia!

Hay muchos predicadores que se creen personas importantes; y así, cuando reciben el mensaje de Dios, lo corrigen, e intercalan sus propias ideas; imaginan que el Evangelio antiguo no puede adaptarse a nuestros días de progreso, en que «todo se hace a máquina, y los hombres mueren por la acción de la pólvora». No sólo intercalan sino que omiten, porque juzgan que ciertas verdades han perdido vigor por el paso del tiempo. De esta manera, entre las adiciones y las sustracciones, poco es lo que queda de la Palabra de Dios pura. Los apóstoles suelen ser los primeros en quedar descartados. ¡Pobre Pablo! Lo ha pasado muy mal últimamente; como si el Espíritu de Dios no hablara por medio de Pablo con tanta autoridad como cuando habló por medio del Señor Jesús. Nótese bien cómo el Señor se digna ponerse a la altura de sus apóstoles cuando dice: «La palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió»; y en su gran oración intercesora rogaba por aquellos que creerían en Él por la palabra de los apóstoles, lo que equivale a decir que si no creían en Él por ella, no creerían en modo alguno. Juan, hablando de sí mismo y de sus compañeros de apostolado, ha dicho por el Espíritu Santo: «El que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye. En esto conocemos el espíritu de verdad y el espíritu de error». Esta es la piedra de toque para conocer a los creyentes en este tiempo; el rechazamiento de los apóstoles condena a la escuela moderna.

¡Hermanos, que el Señor nos dé *gran humildad de mente*! No debería ser cosa extraordinaria que aceptemos lo que Dios dice. No debiera necesitarse mucha humildad para que pobres criaturas como nosotros se sentasen a los pies de Jesús. Deberíamos considerar como elevación para nuestro espíritu el yacer postrados ante la sabiduría infinita. No hay duda de que esto es necesario para recibir el poder que viene de Dios.





EL PODER DEL PREDICADOR Y LAS CONDICIONES PARA OBTENERLO

También he observado que si el poder de Dios viene a un hombre junto con un mensaje, este hombre no sólo tiene la semejanza de un niño en su mente, sino que además *su ojo es sencillo*. Un hombre así, tratando de oír lo que el Señor Dios habla, es todo oídos. Desea honrada y afanosamente saber cuál es el pensamiento de Dios, y aplica todas sus facultades a recibir la comunicación divina. Mientras bebe en el mensaje sagrado, con una entrega completa de su alma, está resuelto a dar este mensaje con toda la concentración de su potencia mental y espiritual, y sin doblez, para la gloria de Dios. A menos que seas sincero, y que sinceramente veas a Cristo y su gloria en la salvación de los hombres, Dios no te usará. El hombre cuyos ojos no puedan mirar directamente, no debe ser admitido como ministro del Dios viviente.

Hay ciertos defectos que eliminan a un hombre del empleo divino, y cualquier cosa que se parezca a un motivo siniestro es una de ellas. Si vuestro objetivo es hacer dinero, adquirir comodidades, conseguir el aplauso, o alcanzar una posición, o bien si vuestro propósito es la exhibición del talento oratorio, no seréis aptos para uso del Maestro. Dios no puede tolerar que nos absorban los designios secundarios. No desearíais tener una sirvienta que abriera la puerta para que la gente dijese: «¡Qué muchacha tan hermosa, y qué elegantemente viste!» Si es así, quizá sonríais, y lo soportéis, pero vuestro deseo único es que vuestro recado sea transmitido pronto y fielmente. ¡Qué despreciable es la idea de un ministro que actúa dando la impresión de pueril exhibicionismo! Se levanta para transmitir el mensaje del Señor, pero su esperanza es que la congregación diga: «¡Qué joven tan agradable! ¡Qué correctamente habla, y con qué acierto cita a Browning!» La exhibición de sí mismo mata el poder. Dios no puede bendecir mucho a hombres con ideas tan mezquinas. Estaría por debajo de la dignidad divina, el hecho de que el Señor usara mucho un instrumento tan inepto para sus sublimes propósitos.

Amados, observo que Dios imparte sus mensajes a los





que *están completamente subordinados a Él*. Voy a contaros lo que ha pasado muchas veces por mi mente hablando con ciertos hermanos, o leyendo sus elucubraciones; me he preguntado quién era el Señor y quién el siervo, si el hombre o Dios. He lamentado los errores de estos hermanos, pero el espíritu demostrado por tales errores me ha afligido aún mucho más. Es evidente que han abandonado aquella santa reverencia hacia las Escrituras indicada por expresiones como la que dice: «Tiembla a mi Palabra». En vez de temblar, juegan. La Palabra no es su maestro, sino que ellos son sus críticos. Para muchos, la Palabra del Señor ya no está entronizada en el lugar de honor, sino que la tratan como si fuera una pelota, para darle de patadas a su gusto; y los apóstoles, especialmente, son tratados como si Pablo, Santiago y Juan fuesen Carlos, Ramón y Enrique, con quienes los sabios modernos están en términos más que de igualdad. Pasan los libros de la Escritura bajo su rodillo, y juzgan al mismo Espíritu de Dios. El Señor no puede obrar por medio de una criatura que se ha rebelado contra Él. Es preciso que manifestemos un espíritu de reverencia, o no seremos como niños, ni entraremos en el reino de los cielos.

Cuando algunos hombres mueran, la religión que han ideado e inventado para sí no les producirá más confianza que la religión del escultor católico-romano a quien, en su lecho de muerte, el sacerdote visitó. Decía el cura: «Vas a partir de esta vida»; y levantando un hermoso crucifijo, exclamó: «Mira a tu Dios que murió por ti». «¡Ay de mí!», dijo el escultor, *«fui yo quien lo hizo»*. No había consuelo para él en la obra de sus propias manos; y no habrá consuelo en una religión que uno mismo se elabora. Lo que fue creado en el cerebro no puede consolar al corazón. El hombre dirá apenado: «Sí, esa es mi idea; pero, ¿qué es lo que Dios dice?» Hermanos, creo en aquello que yo no podría haber inventado. Creo aquello que no puedo entender. Creo lo que Dios me obliga a adorar, y doy gracias a Dios que me da una roca más alta que yo. Si no fuera más alta que yo, no me sería refugio.





EL PODER DEL PREDICADOR Y LAS CONDICIONES PARA OBTENERLO

«Mas a pesar de todo», dice uno, «es preciso que estudiemos activamente la literatura de la época, y la ciencia de nuestro tiempo». Sí, no he dicho que no lo hagáis; pero que sea en subordinación a la Palabra de Dios. Cuando los israelitas capturaban prisioneros en la batalla, ocurría, a veces, que entre éstos había una mujer con quien el captor podía desear casarse, y el Señor no prohibía la alianza; pero, ¿habéis observado el mandamiento de que ella se rapara la cabeza y se cortara las uñas? Es preciso hacer lo mismo con el máximo cuidado en la literatura de nuestro tiempo, ya sea secular o religiosa, ya trate de hechos o sea ficción. Será necesario efectuar un rapado a fondo, y cortar las uñas cuidadosamente. Aun cuando estas operaciones estén efectuadas, el sabio hallará aún razones para pensar si, después de todo, no hubiera sido mejor dejar el tema. En la ley ceremonial hay un instructivo precepto que excluye para siempre el uso de ciertos objetos en el servicio de Jehová. Lo cito con verdadero temblor: «No traerás la paga de una ramera, ni el precio de un perro a la casa de Jehová tu Dios». Me pregunto si, al citar a ciertos poetas y autores, no estamos contraviniendo este estatuto. Cuando las vidas de los hombres han sido impuras, y sus principios ateos, deberíamos vacilar mucho antes de citar su lenguaje. El blasfemador del Dios viviente no ha de mencionarse apenas en la casa del Señor, por muy bellas que hayan sido las producciones de su corazón rebelde. Sea como fuere, todo lo que es de hombre, aun tratándose del mejor de ellos, ha de quedar totalmente subordinado a la Palabra del Señor.

He mencionado el carácter simple, la sinceridad, y la mente subordinada; y junto a estas cosas, observo también que, si Dios ha de hablarnos, es preciso que haya una *profunda seriedad de corazón*. Permitidme recordaros de nuevo aquel texto que hace unos momentos he mencionado: «Miraré a aquel que...tiembla a mi palabra» (Is. 66:2). Cuando a George Fox le llamaron "quaker" (cuáquero, *temblador*) porque temblaba ante el nombre de Dios, el título fue un honor para él. Aquel hombre estaba poseí-





do de Dios hasta tal punto, que temblaba con todo su ser. Habacuc describe haber tenido esta misma experiencia, la cual no es insólita en el verdadero hijo de Dios. De hecho, Dios nunca viene a nosotros sin hacernos temblar. La antigua leyenda católico-romana dice que el árbol que sostuvo al Salvador era el álamo temblón, cuyas hojas se estremecen continuamente; y el que lleva a Cristo en sí, y siente el peso de la gloria divina, preciso es que esté lleno de reverencia y temor. Nuestro hermano Williams acaba de decir que temía y temblaba por toda la bondad que Dios había hecho desfilar ante él: ésta es mi experiencia, y también la vuestra. Somos tan débiles, y estas inspiraciones divinas son tan potentes, que nos domina el temor reverencial, y no queda espacio para la ligereza.

Evitad malgastar el tiempo cuando preparáis sermones. Alguno dice: «Pues a mí me lleva muy poco tiempo prepararlo». No te jactes de ello; quizá sea tu pecado. Escucha: si un hombre hubiese entrado como aprendiz de ebanista, y hubiese trabajado en ello toda su vida, posiblemente tendría mucha habilidad y gran cantidad de material preparado, de modo que en breve tiempo podría producir un trabajo selecto; pero no por ello habéis de pensar que vosotros podéis hacer lo mismo, y que la ebanistería es un juego de niños. Quizá cierto ministro pueda componer rápidamente un sermón, pero es preciso que recordéis que esto es el resultado de la labor de muchos años. Incluso el que, según dice el vulgo, sabe hablar improvisadamente, no hace tal cosa en realidad; sino que transmite lo que ha almacenado en años anteriores. El molino está lleno de grano, y, por lo tanto, cuando ponéis el saco en el lugar debido, se llena de harina en poco rato. No consideréis la preparación para el púlpito como cosa de secundaria importancia; y no os lancéis a los deberes sagrados sin prepararos devotamente para un culto santificado. Que la espera ante Dios en oración sea una necesidad en vuestra vocación, y al mismo tiempo el más elevado privilegio de la misma. Tened por gozo y honra el tener una entrevista con vuestro Maestro. Recibid el





mensaje directamente de Dios. Aun el maná hiede si lo guardáis más de lo debido; por lo tanto, recibidlo directamente del cielo, y entonces tendrá un sabor y aroma celestiales.

Una cosa más en esta sección. Este poder que tanto necesitamos al recibir el mensaje, sólo vendrá cuando haya *solidaridad con Dios*. ¿Sabéis lo que es sentir una tierna afinidad con Dios? Quizá ninguno entre nosotros sabe lo que es la *solidaridad perfecta* con Dios; con todo, es preciso que por lo menos estemos hasta tal punto de acuerdo con Él, que nos demos cuenta de que Él no hará ni dirá nada que nosotros podamos poner en tela de juicio. No debemos dudar de ninguna verdad que Él revele; tampoco debemos disputar, en lo más íntimo de nuestros corazones, por nada que su voluntad decida. Si hay algo en nosotros que no está en perfecto acuerdo con el Señor, lo consideramos como un mal, y gemimos deseando ser librados de él. Si hay algo en nosotros que contiene contra Dios, nosotros luchamos contra ello, pues somos uno con Dios en intentos y deseos. Hoy día oímos hablar mucho de la afinidad con el hombre, y, hasta cierto punto, estamos de acuerdo con tal cosa. Solidaridad con los caídos, los que sufren, los perdidos; buena cosa es ésta; pero mis afinidades están siempre con el Señor mi Dios. Su nombre está siendo deshonrado; su gloria está siendo arrasada por el fango. El más maltratado de todos es su amado Hijo ensangrentado. ¡Pensar que haya amado de tal manera y, no obstante, sea rechazado! ¡Que belleza como la suya pase desapercibida, que tal redención sea rechazada, que semejante misericordia sea despreciada! ¿Qué son los hombres, después de todo, comparados con Dios? ¡Si son como yo, lástima que hayan sido creados! En cuanto a Dios, ¿no llena Él todas las cosas de bondad y de esencia?

Para mí, el calvinismo significa colocar a Dios eterno al frente de todas las cosas. Todo lo miro a través de su relación con la gloria de Dios. En primer lugar veo a Dios, y al hombre en los últimos lugares de la lista. Pensamos





UN MINISTERIO IDEAL

demasiado en Dios para ser del agrado de nuestra época; pero no nos avergonzamos. El hombre tiene una voluntad, y ¡cómo la vocea! Decía alguien el otro día -y hay algo de verdad en ello-, «atribuyo una especie de omnipotencia a la voluntad del hombre». Pero, ¿no tiene Dios también una voluntad? ¿Qué atribuyes a esa voluntad? ¿No tienes nada que decir acerca de su omnipotencia? ¿Es que Dios no ha de escoger, no ha de tener propósitos ni soberanía sobre sus propios dones? Si vivimos en afinidad con Dios, nos deleitamos en oírle decir: «Yo soy Dios, y no hay más».

Apenas puedo expresaros cuánto valor atribuyo a este entusiasmo por Dios. Es preciso que estemos en armonía con todos sus designios de amor para con los hombres, mientras en secreto recibimos su mensaje. Llegar a parecer muy fervientes en el púlpito, no significa gran cosa a menos que vivamos mucho más intensamente cuando estamos a solas con Él. El fuego del corazón es verdadero fuego. La esposa que persevera en el antiguo método de hacer su propio pan, no quiere que haya una gran brasa en la boca del horno. «¡De ninguna manera!» dice ella, «quiero que mis leños estén en el fondo, de modo que el calor se quede en el horno, porque entonces es cuando me es útil». Los sermones no se cuecen nunca con la llama que está a la entrada del horno; han de prepararse calentándolos en lo más íntimo del alma. Esa preciosa Palabra, ese divino pan de la proposición, ha de ser cocido en el centro de nuestra naturaleza por el calor puesto allí por el Espíritu que mora en nosotros.

El Señor se deleita en usar a un hombre que esté en perfecta solidaridad con Él. No quisiera decir nada inapropiado, pero creo que el Señor se complace en la afinidad de sus hijos. Si habéis estado pesarosos hasta el punto de llorar, y vuestro hijito ha dicho: «Padre, no llores», o ha preguntado: «¿Por qué lloras, padre?» y él ha empezado a sollozar también, ¿no os ha consolado esto? Pobre niño, no entiende lo que pasa; pero tú dices: «Bendito seas, hijito»; y le besas, y te sientes consolado por él.





EL PODER DEL PREDICADOR Y LAS CONDICIONES PARA OBTENERLO

Así es como el Señor recibe al pobre ministro lloroso en su seno, y le oye clamar: «Señor, no quieren venir a ti; no quieren creerte. Corren tras el mal, en vez de ir a ti. Señor, si les diera juegos, o espectáculos, vendrían en grandes multitudes; pero si les predico a tu amado Hijo, no me oirán». El gran Dios entra a participar de tus penas, y halla un suave contentamiento en el amor de tu corazón. Dios no es hombre; pero debido a que el hombre fue hecho a imagen suya, aprendemos algo de Él en nosotros mismos. Se deleita en abrazar al que se solidariza con Él, y en decirle: «Ve, hijo mío, y obra en mi nombre; pues puedo confiar mi Evangelio en tus manos». Está con Dios, y Dios estará contigo. Abraza su causa, y Él abrazará la tuya. No puede haber dudas en cuanto a esto.

Seguidme, hermanos, mientras os hablo del PODER QUE SE NECESITA CUANDO ESTAMOS TRANSMITIENDO EL MENSAJE PROPIAMENTE DICHO.

Si ha de haber un resultado divino de la Palabra de Dios, es preciso que el Espíritu Santo la use. Del mismo modo que Dios iba delante los hijos de Israel cuando partió las aguas del mar Rojo, y del mismo modo que los condujo a través del desierto por medio de la columna de nube y la de fuego, así también es preciso que la poderosa presencia del Señor acompañe su Palabra si ha de haber bendición en ella. ¿Cómo, pues, hemos de obtener esa bendición inapreciable? Las grandes fuerzas naturales están en el mundo, y cuando los técnicos desean emplear dichas fuerzas, actúan de manera apropiada para ello. No pueden crear la fuerza por medio del mecanismo; pero pueden utilizarla y economizarla. Por ejemplo, la rueda y la polea no producen fuerza; pero al disminuir la resistencia, impiden que la fuerza se malgaste, y esto es cosa importante. También podemos ser aventajados usando ciertos métodos para reducir al mínimo la fricción con el presente siglo malo, con el cual inevitablemente entramos en contacto. Tu propia experiencia te enseñará lo prudente de hacer tal cosa. Mira fervientemente hacia aquel aislamiento de espíritu que te preservará de las tendencias





UN MINISTERIO IDEAL

perturbadoras y deprimentes de las cosas que se ven. Afortunadamente, hay otra clase de fricción que tiene un gran poder para desarrollar fuerzas latentes. Así como hay una forma de electricidad que se produce mediante la fricción, también podemos obtener fuerza entrando en contacto con Dios, y por medio del efecto espiritual de la verdad cuando ésta obra sobre un corazón bien dispuesto y obediente. Ser tocado por el dedo de Dios, o aunque sólo sea entrar en contacto con el borde de la túnica del Maestro, es obtener una energía celestial; y si tenemos mucha, iremos cargados de fortaleza sagrada de un modo misterioso, pero muy palpable. Estad mucho con Dios en santo diálogo, dejando que os hable por medio de su Palabra mientras le habláis por medio de vuestras oraciones y alabanzas. En esto adquiriréis fuerzas.

El mayor generador de energías de que dispone el hombre es el calor. Supongo que no hay nada que produzca tanto poder para los usos humanos como el fuego; y así, el elemento ardiente y consumidor del mundo espiritual es un gran factor en el desarrollo de la fuerza espiritual. Es preciso que seamos absolutamente fervientes, y hemos de sentir la brasa de un celo que nos consuma, o, de lo contrario, tendremos muy poca fuerza. *Tenemos que disminuir*; es necesario que ardamos si hemos de ser luces que brillan. No podemos salvar nuestras vidas y salvar a los demás; es preciso que haya una destrucción del yo para que los hombres sean salvos.

En este punto se me ocurren muchas otras sugerencias; pero las dejo de lado para concentrarme en el único poder realmente suficiente, a saber, el Espíritu Santo, a quien sea gloria por los siglos de los siglos.

Para que tengamos el Espíritu Santo con nosotros, es preciso que haya *una adhesión muy íntima a la verdad de Dios*, con claridad, audacia y fidelidad en la presentación de la misma. No se me ocurre ni soñar que sea suficiente tener un credo, o algo que se dice ser «una declaración de fe», o algún otro tipo de confesión que no sé cómo mencionar. Si no hay una creencia intensa en el corazón





EL PODER DEL PREDICADOR Y LAS CONDICIONES PARA OBTENERLO

en cuanto a la verdad, estos preciosos documentos son papeles mojados. Las declaraciones del tipo a que me refiero pueden compararse a banderas que pueden ser útiles cuando las llevan abanderados valientes: o pueden ser ornamentos chillones, usados para fines secundarios. Cierta vez estaba en una ocasión clase de patriotismo y nacionalidad. Estando la bandera nacional colgada en la pared, preguntó a un niño: «Vamos a ver, muchacho, ¿cuál es esa bandera?» «Es la bandera inglesa, señor». «¿Y para qué sirve?» El sincero muchacho respondió: «Se usa para cubrir la suciedad de la pared». No necesito interpretar la parábola. Que la moderna historia eclesiástica os enseñe la moraleja.

Que no sea cierto de ninguno de vosotros el profesar la ortodoxia como mera tapadera para el error secretamente defendido. No, amados hermanos, ateneos a la verdad, porque la verdad no os deja. A dondequiera que os lleve, seguidla; bajando al valle, o subiendo al monte. Seguidla muy de cerca, y temed tan sólo el quedaros demasiado atrás. Cuando la carretera esté fangosa, no temáis nunca ser alcanzados por las salpicaduras de la verdad.

La verdad de Dios es el mejor de los invitados; sed hospitalarios con ella, como Abraham hizo con los ángeles. No reparéis en sacrificios para apoyarla; pues deja una rica bendición sobre aquellos que se niegan a sí mismos por amor a ella. Pero no hospedéis a ninguna de las invenciones de los hombres; pues os traicionarán, como Judas traicionó a Cristo con un beso. No desmayéis ante las caricaturas de la verdad fabricadas por mentes maliciosas. Hoy día es norma entre los hombres tergiversar las doctrinas del Evangelio. Me recuerdan a Voltaire, de quien se dice que era capaz de tomar cualquier libro que hubiese leído, hacer lo que quisiera de él, y luego dejarlo en ridículo. Recordad el sistema romano de los tiempos de la persecución; envolvían a los cristianos en pieles de oso, y a continuación lanzaban a los perros sobre ellos para que los despedazaran. Moralmente nos tratan igual en cuanto defendemos una verdad poco popular. Recien-



temente me he visto envuelto en varias pieles; lo único que puedo decir es que no eran mías. Las devuelvo a los que me habían metido en ellas. Si nuestras declaraciones de la verdad están presentadas imparcial y honradamente, y luego son objeto de argumentación, no hay nada que objetar; pero cuando son tergiversadas, y las retuercen para que digan lo que nunca nos propusimos que dijeran, entonces no nos cuidamos de replicar. Cuando esto os ocurra, no lo tengáis por cosa peregrina. Tened por seguro que, debido a que no pueden vencer a la verdad misma confeccionan una imagen de ella, la llenan de paja, y la queman con euforia pueril. Que disfruten cuanto quieran con estos juegos.

Hermanos, no creo que Dios ponga su sello sobre un ministerio que no tiene por objeto estar estrictamente de acuerdo con la mente del Espíritu. En la proporción en que un ministerio sea genuino, Dios puede bendecirlo, si las demás condiciones son las mismas. ¿Esperáis que el Espíritu Santo ponga su sello en una mentira? ¿Queréis que bendiga lo que no ha revelado, y que confirme con señales lo que no es verdad? Estoy cada vez más persuadido de que si nos hemos propuesto tener a Dios con nosotros, es preciso que nos ciñamos a la verdad. Es una regla, casi invariable, que cuando los hombres se apartan de la verdad antigua, rara vez son eficaces en pescar almas. Podría apelar a todos los observadores para decidir si no es así: si los hombres que fueron poderosos en otros caminos, no llegan a ser estériles e infructuosos en cuanto a la salvación de los demás, cuando se convierten en hombres de dudas en vez de hombres de fe. Si preguntáis cuál es el gusano que ha devorado la raíz de su capacidad de servicio, descubriréis que es la falta de fe en algún gran principio capital; falta de fe que podrá no exhibirse en su ministerio público, pero que acecha en el interior, envenenando sus pensamientos. Es preciso que estéis con el Espíritu Santo si queréis tener el Espíritu Santo con vosotros.

Tened una fe genuina en la Palabra de Dios, y en su poder para salvar. No subáis al púlpito predicando la verdad y

diciendo: «Espero que esto reportará algún bien»; sino creed confiadamente que no volverá vacía, sino que debe obrar el eterno propósito de Dios. No habléis como si el Evangelio pudiera tener algo de poder, o pudiera no tener ninguno. Dios os envía a obrar milagros; por lo tanto, decid a los que están espiritualmente lisiados: «En el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda», y los hombres se levantarán y andarán; pero si decís: «Espero, amigo, que Jesucristo pueda hacerte levantar y andar», el Señor fruncirá el ceño al oír tus poco honrosas palabras. Le habrás rebajado, le habrás hecho descender al nivel de tu incredulidad, y no podrá hacer muchas maravillas por medio de ti. Habla audazmente; pues si hablas por medio del Espíritu Santo, no podrás hablar en vano.

¡Cuánto deseamos hacer experimentar a nuestros oyentes que creemos lo que decimos! Me han contado de una niña que le decía a su padre, ministro, que le había estado contando un cuento: «Papá, ¿eso es verdad o es predicación?» No me opongo a que sonriáis al oír esta anécdota; pero da ganas de llorar cuando es posible que se sospeche que la predicación es una cosa irreal. La congregación oye nuestro testimonio y pregunta: «¿Es un hecho, o es lo que conviene decir?» Si vieran cierta declaración en un periódico, la creerían; pero cuando la ven en un sermón, dicen: «Es una opinión piadosa». Esta sospecha nace de la falta de fidelidad en los ministros. Acabo de ver, en la tienda de un vendedor de artículos de pesca, un letrero que dice así: «Se necesitan cincuenta toneladas de huesos». «Sí», me decía yo, «sobre todo huesos fuertes». ¡Cincuenta toneladas! Podría mencionar un lugar donde podrían quedarse con todas, y no les sobraría. En cuanto a nosotros, digamos: «Creí, por lo cual hablé». Tengamos fe genuina en todo lo que Dios ha revelado. Tened fe, no solamente en su verdad, sino en su poder; fe en la absoluta certeza de que, si es predicado, Dios producirá resultados gloriosos.

Si nos ceñimos estrechamente a la verdad por medio de una fe tenaz, estamos en condiciones de que sea pro-



UN MINISTERIO IDEAL

bable la bendición de Dios. Pero, además, en la predicación ha de haber *concentración del corazón en el negocio a que nos dedicamos*. Nunca prosperaremos en nuestra sagrada vocación si la mitad de nuestras energías se desvía hacia algo más. El hombre que hace media docena de cosas a la vez suele fracasar en todas. No es de extrañar. No tenemos suficiente agua en nuestro riachuelo para impulsar más de un molino; si dejamos que el agua mueva una rueda, esa rueda cumplirá su misión; pero si dividimos el agua, no hará nada. El mensaje de Dios merece toda mi capacidad; y cuando lo transmito, debería estar allí todo mi ser; ninguna parte del mismo debe extraviarse o dormirse. Algunos, cuando suben al púlpito, no están allí. Alguien me decía durante una conversación: «No sé lo que ocurre, pero me siento muy diferente cuando cierro la puerta del púlpito». Mi respuesta fue: «Que quiten la puerta». No obstante, esto podría no producir el efecto deseado; habría sido mejor que pudiera decirse de él como de Noé: «Jehová le cerró la puerta».

¿No es cierto que algunos demuestran, por el modo en que predicán, que su corazón no está allí? Han venido a predicar, y dirán todo lo que tienen que decir; pero sus pensamientos más profundos, y sus emociones más vivas brotarían mejor en un mitin político. No saben del todo lo que hacen cuando predicán. Me recuerdan la leyenda de los dos eruditos doctores de la región pantanosa, que pensaron ir un día a cazar patos salvajes. Eran muy eruditos, pero no sabían gran cosa de empresas corrientes como ésta. Llegaron a un lugar donde era necesario vadear el agua para llegar hasta donde estaban los patos; y el uno le dijo al otro: «No me he puesto las botas de agua». El otro replicó: «También yo he olvidado las mías; pero no importa». Ambos vadearon, pues eran deportistas de veras. Se aproximaron lo suficiente para disparar a los patos. Entonces susurró uno: «Ahora haga fuego». El otro replicó: «Olvidé traer la escopeta; ¿no ha traído usted la suya?» «No», dijo el otro, «no me acordé». ¡Buenos deportistas! Sus profundos pensamientos les habían hecho





EL PODER DEL PREDICADOR Y LAS CONDICIONES PARA OBTENERLO

poco prácticos: las raíces del hebreo habían desplazado al sentido común. ¿No habéis visto nunca predicadores así? Están «ausentes»; sus mentes se encuentran en los profundos abismos de la incredulidad crítica. El Espíritu Santo no va a bendecir hombres así. Una vez habló por medio de un asno, pero ese asno demostró su buen sentido no volviendo a hablar más. Conozco criaturas de especie similar que no son ni la mitad de prudentes que ésa.

Ahora bien, fijaos adonde voy a parar. Espero presentarlo debidamente. Es evidente para todo el que piensa, que si no estamos con todo nuestro ser en este trabajo, no podemos esperar bendición. Dios Espíritu Santo no obra por medio de unos hombros o un busto; usa toda nuestra humanidad. Fijaos en un comerciante de uno de los distritos humildes; es el sábado por la noche, y está fuera de la tienda. Se pasea arriba y abajo exclamando: «¡Comprad, comprad!» con vehemencia; saluda a todos los transeúntes; ofrece sus artículos; parece estar en todas partes al mismo tiempo; obliga a los hombres a entrar; apremia a todos a comprar. Así es como hemos de servir al Señor con toda diligencia, si esperamos ser eficaces en nuestra sagrada vocación.

Si queremos que el Señor nos acompañe en la transmisión de nuestro mensaje, *es preciso que seamos genuinamente fervientes, y llenos de un celo vivo*. ¿No creéis que muchos sermones son «preparados» hasta que se quedan sin jugo, y que el celo ya no puede permanecer en frutas tan exprimidas? Los sermones estudiados durante días, anotados, leídos, releídos, corregidos y vueltos a corregir y enmendados, corren gran peligro de ser demasiado rígidos y secos. Nunca recogeréis una cosecha si plantáis patatas *hervidas*. Podéis llegar a hervir un sermón hasta que ya no le quede vida. En un discurso, me gusta oír las notas silvestres de la naturaleza verdadera y la gracia pura; estas notas tienen un encanto desconocido para el mensaje artificial y complicado. La música que oímos por la mañana en primavera, contiene una lozanía que las aves prisioneras no pueden lograr; está llena de arrobamien-





to, y rebosante de variedad y sentimiento. Es un festín oír a un predicador local realmente bueno, cuando cuenta su experiencia de cómo llegó a Cristo; y relatarla a su propia manera, cordialmente y sin afectación. La naturaleza vence al arte. Un testimonio sencillo y cordial es semejante a las uvas recién recogidas de la viña: ¿quién pondría a su lado un puñado de pasas? ¡Dadnos sermones, y libradnos de los ensayos! ¿No conocéis todos al predicador refinado? Deberíais escucharlo, porque es inteligente; deberíais estar atentos a sus palabras, pues cada frase le ha costado horas de laboriosa composición; pero, a pesar de todo, el resultado es negativo, y produce un molesto olor a aceite rancio. Sé muy bien lo que me digo cuando afirmo que algunos oradores necesitan cerrar el estudio y dedicarse a visitar a sus congregaciones. Un predicador muy bueno me decía en una ocasión: «Me siento desalentado; pues el otro domingo no me sentía nada bien, y prediqué un sermón sin mucho estudio; de hecho, fue la clase de mensaje que daría si estuviera despierto en cama en la mitad de la noche, y en mangas de camisa explicara el camino de la salvación. Pues mire, mi congregación vino a verme diciéndome: “ ¡Qué deleitoso sermón! ¡Nos hemos gozado de veras! ” Me sentí disgustado hacia ellos. Cuando les he dado un sermón de los que exigen toda una semana, y quizá más, para prepararlo, no han hecho caso de él; pero este mensaje tan poco estudiado conquistó por completo sus corazones». Por mi parte le repliqué: «Si yo fuera usted, aceptaría su juicio, y les daría otro sermón del mismo tipo».

Si la vida del sermón se fortalece mediante la preparación, preparaos hasta donde podáis; pero si el alma del mismo se evapora durante el proceso, ¿cuál es el bien producido por tan penosa labor? Es una especie de asesinato que habéis cometido con el sermón, secándolo hasta que muriese. No creo que Dios Espíritu Santo tenga en gran estima lo clásico de vuestra composición. No creo que el Señor se deleite en vuestra retórica, en vuestra poesía, o siquiera en aquella hermosa peroración del final del





discurso, a la manera de la exhibición final de los antiguos jardines de Vauxhall, cuando una profusión de fuegos artificiales servía para terminar el festival. Ni siquiera tan magnífica apoteosis es usada por el Señor para obrar la salvación de los pecadores. Si en el sermón hay fuego, vida y verdad, el Espíritu de vida obrará por medio de él, pero solamente en tal caso. Sed fervorosos, y no necesitaréis ser elegantes.

El Espíritu Santo nos ayudará en nuestro mensaje, *si hay en nosotros entera dependencia de Él*. Desde luego, todos vosotros aceptáis esta verdad enseguida; pero, ¿dependéis enteramente del Espíritu Santo? ¿Podéis, os atrevéis a hacerlo? No apremiaría a nadie a salir al púlpito y hablar de lo primero que le pasara por la cabeza, con la pretensión de depender del Espíritu Santo; pero, aun así, hay métodos de preparación que denotan la absoluta ausencia de confianza en la ayuda del Espíritu Santo en el púlpito. No hay dificultades prácticas para reconciliar nuestros propios esfuerzos fervientes con la humilde dependencia en Dios; pero es muy difícil hacer que parezca lógico, cuando estamos tan sólo discutiendo una teoría. Es la antigua dificultad de reconciliar la fe con las obras. Me contaban de un buen hombre que practicaba la oración familiar, y encomendaba a toda su casa al cuidado de Dios durante las velas de la noche. Cuando los robos empezaron a ser numerosos en la vecindad, dijo a un amigo: «Después de haber pedido al Señor que proteja tu casa, ¿qué haces?» Su amigo le respondió que no hacía sino lo de costumbre. «Pues bien», dijo el primero, «nosotros hemos puesto aldabas arriba y abajo en todas las puertas, y tenemos un cerrojo y una cadena; además, tenemos las mejores cerraduras patentadas en todas las ventanas» «Todo eso está muy bien», dijo su amigo; «¿no es ya suficiente?» «No», dijo él; «cuando nos vamos a la cama, mi esposa y yo pasamos dos aldabones en la puerta del dormitorio, y cerramos la puerta con llave y cadena. También tengo una lanza, y mi esposa un aparato eléctrico que toca una campana y da la alarma en el exterior». Su amigo sonrió





y dijo: «¿Y a eso le llamas fe en Dios?» A lo que el buen hombre replicó: «La fe sin obras es muerta». «Sí», dijo el otro, «pero yo diría que la fe con tantas obras tiene que asfixiarse».

En todas las cosas hay un término medio. Yo no oraría pidiendo al Señor que me cuide, y al mismo tiempo dejaría la puerta delantera sin cerrar, y la ventana abierta. Tampoco oraría pidiendo el Espíritu Santo, saliendo luego al púlpito sin haber pensado cuidadosamente en mi texto. Pero si hubiera preparado los pensamientos y las expresiones tan minuciosamente que nunca variase de la misma forma, pensaría que mi fe estaría, por no decir otra cosa, ahogada por tantas obras que no le permitirían mucha libertad de acción. No veo dónde está la oportunidad del Espíritu de Dios para ayudarnos en la predicación, si todas las jotas y las tildes están previstas de antemano. Que vuestra confianza en Dios tenga libertad para mover manos y pies. Mientras estáis predicando, creed que Dios Espíritu Santo puede daros, en aquella misma hora, lo que tenéis que hablar; y puede haceros decir aquello en que no habíais pensado previamente; sí, y hacer que estas palabras recién recibidas sean la verdadera punta penetrante del discurso, que llegará más adentro del corazón que nada de lo que habíais preparado. No reduzcáis vuestra dependencia del Espíritu Santo a una mera frase; haced que, cada vez más, sea un hecho.

Sobre todo, queridos amigos, si deseáis la bendición de Dios, *manteneos en constante comunión* con Él. En esta Conferencia nos ponemos en comunión con Dios; no salgamos de ella cuando volvamos a casa. ¿Puede un cristiano estar sin riesgo fuera de la comunión con Dios? *Nunca*. Si siempre andamos con Dios, y obramos para con Él como niños para con un padre amante, de modo que el espíritu de adopción esté siempre en nosotros, y el espíritu de amor emane siempre de nosotros, predicaremos con poder, y Dios bendecirá nuestro ministerio; pues entonces conoceremos y presentaremos los pensamientos de Dios.

Aquí he de añadir que, si hemos de gozar del poder de





Dios, *es preciso que manifestemos una gran santidad de vida.* No pediría a ningún hermano que manifestara tener una vida más elevada que los demás creyentes; pues si lo hiciera, podríamos sospechar que no tenía un grado de humildad muy eminente. No invitaría a ningún hermano a que hablase de que tiene más santidad que sus hermanos ministros; pues si lo hiciera, podríamos temer que se estaba poniendo una etiqueta externa, ya que la gracia estaba ausente. Pero es preciso que tengamos santidad en alto grado. ¿Cómo puede Dios bendecir una vida poco santa? He oído hablar de alguien que el Domingo por la mañana decía a su congregación: «Estuve en el teatro anoche, y vi tal cosa»; y usaba lo que había visto como ilustración de su tema. Me entristeció oír esta historia: ¡Ojalá nunca se repita! Es lástima que los actos de transigencia con la mundanalidad, hoy día, no sólo se toleran, sino que, en algunos sectores, son recomendados como señal de amplitud de miras. Si alguno puede disfrutar en el teatro, es cosa suya; pero cuando me invita a oírle predicar, declino la invitación.

Aun las personas mundanas miran con desdén a las costumbres relajadas en un predicador. Conozco a cierto clérigo que es aficionado a los naipes. Hablando a un doméstico, decíale alguien: «¿Dónde vas los domingos? Supongo que asistes a la iglesia»; ya que ésta estaba muy cerca. «No», dijo el hombre, «nunca voy a oír a ese individuo». «¿Por qué no?» «Hombre», respondió, «ya sabes que es muy amigo de jugar a las cartas». «Sí», dijo mi amigo, «pero también tú juegas a las cartas». A lo que el otro respondió: «Sí, juego a las cartas; pero no confiaría mi alma a un hombre que lo hace. Quiero que mi guía espiritual sea alguien mejor que yo». Esta observación se presta a muchas críticas, pero tiene mucho de sentido común. Así es como el mundo mira las cosas. Ahora bien, si aun los hombres del mundo juzgan que los predicadores que malgastan el tiempo no son aptos para su trabajo, podéis tener la seguridad de que el Espíritu Santo no tiene mejor opinión de ellos, y ha de estar penosamente ofendido de





UN MINISTERIO IDEAL

que haya intrusos poco espirituales y poco santos en la sagrada función. Si somos capaces de mentir, si somos capaces de ser poco afables para con nuestras familias, si no pagamos las deudas, si destacamos por nuestra ligereza, y somos poco dados a la devoción, ¿cómo podemos esperar bendición? «Limpiaos los que lleváis los vasos de Jehová». Como dije antes, Él no mira qué vaso es, si es de barro o de madera; pero ha de ser limpio. No es apto para uso del Señor si no está limpio. ¡Cuánto deseamos que Dios nos mantenga puros, y luego nos tome en sus manos para sus propósitos!

Asimismo, si hemos de ser revestidos del poder del Señor, *es preciso que sintamos un intenso anhelo de la gloria de Dios, y de la salvación de los hijos de los hombres.* Aun cuando más éxito tenemos, hemos de anhelar tener más. Si Dios nos ha dado muchas almas, hemos de desear ardientemente mil veces más. El estar satisfecho con los resultados será el principio del fin del progreso. Ningún hombre es bueno cuando piensa que ya no puede mejorar. El que cree ser bastante santo, no tiene santidad, y el que piensa ser suficientemente útil, no tiene utilidad. El deseo de honrar a Dios aumenta a medida que creemos. ¿No simpatizáis con Mr. Welch, aquel ministro de Suffolk, a quien vieron sentado llorando, y alguien le preguntó: «Querido Mr. Welch, por qué llora usted?» «Pues no puedo decirlo», replicó; pero cuando le apremiaron mucho, contestó: «Lloro porque no soy capaz de amar más a Cristo». Por eso sí que valía la pena llorar, ¿no es cierto? Aquel hombre era conocido en todas partes por su intenso amor al Maestro; y, por lo tanto, lloraba porque no era capaz de amarle más. El ministro más santo es el que clama: «¡Miserable de mí! ¿quién me librá de este cuerpo de muerte?» Los cristianos corrientes no suspiran así. El pecado sólo llega a ser en extremo doloroso para los que son extremadamente puros. La herida del pecado, que para los espíritus más bastos sería menos que el pinchazo de un alfiler, a él le parece la herida de un puñal. Si sentimos gran amor por Jesús, y gran compasión por los que





EL PODER DEL PREDICADOR Y LAS CONDICIONES PARA OBTENERLO

perecen, no estaremos hinchados con los grandes éxitos; sino que suspiraremos y clamaremos por los miles que no son convertidos.

El amor por las almas influirá de muchas maneras en nuestro ministerio. Entre otras cosas, nos hará muy llanos en nuestro modo de hablar. Nos diremos: «No; no debo usar esa palabra difícil, pues aquella pobre mujer que está en el pasillo no me entendería. No debo enfatizar tal dificultad recóndita, pues quizás aquel alma que está allí temblando se tambalee, y no sienta alivio con mi explicación». El otro día oí una frase que me quedó grabada a causa de su primor más que por la importancia de su significado. Un admirable teólogo observó: «Cuando el deber está personificado en un carácter concreto, se simplifica eminentemente». Todos entendéis esta expresión; pero no creo que la congregación a que iba dirigida tuviese algo más que una idea nebulosa de lo que significaba. Es más familiar si se expresa así: «El ejemplo es mejor que el precepto». Es muy bonito construir frases altisonantes, pero no pasa de ser un entretenimiento; no sirve de nada a nuestros importantes fines. Algunos quisieran impresionarnos por la profundidad de sus pensamientos, cuando en realidad no hay sino mero amor a las palabras hermosas. Esconder cosas simples en frases oscuras es un juego y no un servicio a Dios. Si amáis más a los hombres, amaréis menos las frases. ¿Cómo solía hablaros vuestra madre cuando erais niños? ¡No me lo digáis! No lo imprimiremos. No serviría para el oído público. Las cosas que solía deciros eran pueriles, y, sobre todo, sólo aptas para bebés. ¿Por qué hablaba ella así, si era una mujer sensata? Porque te amaba. Hay una especie de tuteo que es el deleite del amor.

El amor, cuando se dirige a los hombres, olvida la dignidad y los primores del lenguaje, y sólo piensa en transmitir el significado, y en comunicar la bendición. Extender nuestro corazón directamente sobre otro corazón, es mejor que adornarlo con la pintura y el barniz de brillante fraseología. Si amas mucho, eres la clase de persona que





UN MINISTERIO IDEAL

sabe qué hay que sentir por los hombres, y cómo sentirlo. Algunos no tienen la menor idea de cómo debe tratarse a un corazón. Son como el inexperto en el mercado del pescado, que toca aquellos pescados que erizan sus espinas, y perforan la mano del que los toca. La pescadera nunca se hace daño, pues sabe por dónde cogerlos. Hay una manera acertada de tratar a los hombres y a las mujeres, y este arte se adquiere a través del amor intenso. ¿Cómo aprenden las madres a criar a sus hijos? ¿Hay alguna academia que enseñe a ser madre? ¿Hemos fundado el gremio de la maternidad? No; el amor es el gran maestro, y hace que la joven madre tenga un entendimiento rápido de cuál es el bien para su bebé. Llegad a amar mucho a Cristo, y mucho a las almas inmortales, y es maravilloso lo sabiamente que adaptaréis vuestras enseñanzas a las necesidades de los que os rodean.

Mencionaré algunas cosas más que son necesarias para el pleno desarrollo del poder que regenera a los pecadores y edifica a los santos. *Hay que prestar mucha atención a lo que nos rodea.* Hermanos, no creáis que si el próximo día del Señor vais a un lugar que nunca habíais visitado, os será tan fácil predicar allí como en vuestra iglesia, en medio de una congregación que os ama u ora por vosotros. ¿No habéis notado cuando vais a ciertas reuniones, que son frías como heladeras? Os decís: «¿Cómo puedo predicar aquí?». No sabéis muy bien por qué, pero no sois felices. No hay atmósfera de avivamiento, no hay rocío restaurador, no hay vientos celestiales. Como vuestro Maestro, no podéis hacer nada a causa de la incredulidad que os rodea. Cuando empezáis a predicar, es como hablar en el interior de una caldera de vapor. No hay corazones que respondan a vuestro corazón. Es un grupo soñoliento, o bien una sociedad de críticos; podéis verlo y palparlo. ¡Cómo fijan los ojos sobre uno, y cómo ajustan sus lentes! Percibís lo que un campesino llamaba «un estado de ánimo enjuiciador». Vuestro fervoroso mensaje no encuentra la acogida de la buena voluntad.

He tenido muchos éxitos en la pesca de almas predi-



cando en diferentes partes de este país; pero nunca he pensado tener en ello algún mérito, pues me da la impresión de que predico con gran ventaja; las personas vienen con grandes deseos de oír, y con intensas esperanzas de recibir bendición; y por eso cada palabra tiene el peso debido. Cuando una congregación no espera nada, suele no hallar nada, aun en el mejor de los predicadores; pero cuando están dispuestos a hacer caso de lo que oigan, suelen recibir lo que venían a buscar. Si alguno va a pescar ranas, las atrapa; si busca peces, los conseguirá, si va a las aguas donde debe. Nuestro trabajo se ve sin duda muy afectado, para bien o para mal, por el estado de la congregación, de la iglesia, y de los diáconos.

Algunas iglesias están en tal estado que son capaces de frustrar cualquier ministerio. Un hermano ministro me contaba de una capilla congregacional donde no ha habido una reunión de oración desde hace quince años; y no me extrañó nada, cuando añadió que la congregación casi había fenecido, y el pastor iba a trasladarse. Ya era hora de que lo hiciese ¡Qué bendición *no* llevará a otra parte! «Pero es que», decía él, «no puedo hablar mucho de estas cosas; pues en mi propia iglesia no puedo conseguir que las personas oren. La mayoría no se han acostumbrado a tomar parte públicamente en las oraciones, y parece imposible conseguirlo. ¿Qué haré?» «Bien», repliqué, «quizá le sea útil convocar a los oficiales de la iglesia el domingo por la mañana, antes del culto, y pedirles que oren por usted, como hacen por mí mis diáconos y ancianos. Los oficiales de mi iglesia saben cuán propenso soy a temblar; y cuando les pido que oren para que me sea dada fortaleza, lo hacen muy cariñosamente». ¿No creéis que esto tiende a preparar a los hombres en el arte de la oración pública? Además, es probable que oigan mejor después que han orado por el predicador. ¡Cuánto deseamos rodearnos de un puñado de hombres cuyos corazones hayan sido tocados por el Señor! Si tenemos en torno nuestro a una congregación santa, seremos más capaces de predicar. No me habléis de púlpitos de mármol. En tales



UN MINISTERIO IDEAL

condiciones, vuestro púlpito será de oro.

Un pueblo santo, que vive lo que predicas, constituye la mejor plataforma para un predicador de Cristo. Cristo subió al monte y enseñó a la multitud; y cuando vosotros tengáis a vuestro alrededor un grupo de gente santa, subiréis, por así decirlo, al monte, y hablaréis con el pueblo desde una elevación adecuada. Necesitamos un pueblo santo; pero lástima que muy a menudo haya un Acán en el campamento. Este Acán suele estar más protegido que antes, porque las prendas y lingotes de plata babilónicos están en gran demanda, y la fe débil opina que no puede prescindir de estos despojos. La política carnal susurra: «¿Qué haremos con las deudas de la capilla si se va el diácono rico, y con él su dinero? Echaríamos de menos la respetabilidad que los espléndidos vestidos babilónicos de su esposa prestan al lugar. Tenemos pocos ricos, y tenemos que hacer un esfuerzo especial para conservarlos». Sí, así es cómo la maldición tiene permiso para minar nuestras iglesias, y derrotar nuestros ministerios. Cuando esta peste infecte al aire, por más que prediquéis hasta perder la lengua, no ganaréis almas. Un hombre puede tener más poder para el mal que cincuenta predicadores para el bien. ¡Que el Señor os conceda un pueblo santo, un pueblo que ora, a quien Él pueda bendecir!

Si queremos gran bendición, hemos de tener unión en la congregación. Dios Espíritu Santo no bendice a una colección de profesores en disputa. Los que siempre están contendiendo, no por la fe, sino por diferencias mezquinas y celos familiares, no es probable que aporten a la iglesia el Espíritu de la paloma. La falta de unidad siempre implica falta de poder. Sé que algunas iglesias fallan en este sentido; pero ciertos ministros nunca tienen una congregación armoniosa, aunque cambien frecuentemente; y me temo que es porque ellos personalmente tampoco son muy afables. A menos que nosotros mismos estemos bien templados, no podemos esperar que la congregación esté en buena armonía. Como pastores, hemos de sopor-





tar muchas cosas; y cuando creemos haber soportado todo lo posible, y que ya no podremos aguantar más cosas, hemos de empezar de nuevo, y soportar lo mismo otra vez. Firmes en el amor que «todo lo soporta, todo lo espera», hemos de resolver tranquilamente no considerarnos ofendidos; y, pronto habrá armonía donde reinaba la discordia, y entonces podemos esperar bendición.

Hemos de suplicar a Dios que nuestra congregación pueda ser ferviente por completo en cuanto a la extensión de la verdad y la conversión de los pecadores. ¡Cuán bienaventurado el ministro que está rodeado de hombres fervorosos y activos! Ya sabéis lo que puede hacer un hombre de corazón frío si os toma por su cuenta el domingo por la mañana y os enfría con la noticia de que la señora Smith y toda su familia están ofendidos, y sus asientos están vacíos. No has querido enterarte de cuál es la queja de dicha persona, antes de subir al púlpito, pero de nada te sirve. Otro amado hermano te dice, con gran pesar (está tan abrumado que es una lástima que su voz no le falle por completo), que uno de los mejores colaboradores está muy ofendido porque no le has ido a ver el pasado viernes, cuando estabas a doscientos kilómetros predicando para una iglesia que está en lucha. Tenías que haberle visitado a cualquier precio, te dice el hermano; y cumple con su deber con el corazón «tan fresco como un pepino».

Aun puede ocurrir que, cuando bajas del monte donde has estado con Dios, y donde has predicado con el alma ardiendo, te encuentres en un baño frío, consistente en alguna observación vulgar, que te permita ver que algunos de tus oyentes no tienen simpatía por ti ni por tu tema. Esto es un gran impedimento, no sólo para tu espíritu, sino para el Espíritu de Dios; pues el Santo observa todos estos ejemplos de conducta poco afable y menos espiritual. ¡Qué trabajo el nuestro! A menos que el Espíritu de Dios venga a santificar esta atmósfera, ¿cómo puede hacerse? Estoy seguro de que sentís la necesidad de tener un pueblo que ore de verdad. Ora mucho tú mismo, y esto será más eficaz que reprender a tu congrega-





UN MINISTERIO IDEAL

ción porque no ora. Dales ejemplo. Extrae ríos de oración de la congregación, haciendo que oren cada vez que vienen a verte, y orando tú con ellos cada vez que les visitas. Pídeles que oren contigo, no sólo cuando están enfermos, sino cuando están sanos. Cuando alguno está en cama y no puede hacer mucho daño, oras por él. Cuando está en la calle, y puede cometer toda clase de mal, no oras por él. ¿Es esto sabio y prudente? ¡Cuánto deseamos tener una congregación que ore! ¡La legión que ora es la legión victoriosa! Una de nuestras necesidades más urgentes es la oración ferviente e importuna.

Hermanos, además de la cooperación en el servicio, necesitamos que nuestros amigos vayan *en busca de almas*. Cada vez que un extraño viene a la capilla, alguien ha de hablarle. Cada vez que una persona muestra estar impresionada, ha de haber un hermano fervoroso que le ayude. Cuando un corazón esté turbado, conviene que una voz experimentada susurre palabras de consuelo. Si estas cosas fueran así, nuestro ministerio vería su esfuerzo cuadruplicado, y el resultado sería también cuádruple. ¡Ojalá que nuestras capillas sean almacenes de celo y fervor cooperativo, donde no sólo un hombre, sino todos, estén trabajando por Cristo!

Terminaré exhortando a que cada uno piense en la responsabilidad que recae sobre él. No quisiera presentar la doctrina de la responsabilidad con objeto de probar que encaja con la doctrina de la predestinación. Estoy seguro de que sí encaja. Creo en la predestinación sin recortarla ni modificarla; y creo en la responsabilidad sin adulterarla ni debilitarla. El hombre de Dios pone ante vosotros un carcaj lleno de flechas, y os manda disparar la flecha de la liberación del Señor. ¡Levántate y toma el arco! Te suplico recuerdes que cada vez que dispares habrá victoria para Israel. ¿Te detendrás en la tercera flecha? El hombre de Dios se enojará y estará apenado si lo haces, y dirá: «Al dar cinco o seis golpes, hubieras derrotado a Asiria, hasta no quedar ninguno». ¿No es cierto que fracasamos en nuestras predicaciones, y aun en nuestro ideal





EL PODER DEL PREDICADOR Y LAS CONDICIONES PARA OBTENERLO

de lo que vamos a hacer, y en el designio que nos proponemos realizar? ¿No es cierto que después de haber trabajado un poco nos damos por satisfechos? ¡Sacaos de encima un contentamiento tan mezquino! Disparemos muchas veces. Hermanos, sed llenos de gran ambición; no por vosotros, sino por vuestro Señor. ¡Elevad vuestro ideal! No tiréis a más bajo nivel. En este caso, no hay inconveniente en que apuntéis al mismo sol; pues así dispararéis más alto que si vuestro punto de mira fuese algún objeto rastrero. Creed en grandes cosas procedentes de un Dios grande.

Recordad que, tanto si lo hacéis como si no, vuestra responsabilidad es grande. Nunca hubo una época más inquieta que ahora. Lo que se está haciendo hoy afectará a los siglos venideros, a menos que el Señor venga muy pronto. Creo que si andamos recta y resueltamente ante Dios ahora, haremos que el futuro de Inglaterra resplandezca con el Evangelio; pero la doctrina recortada y minada afectará a hijos que aún no han nacido, generación tras generación. Es preciso tener en cuenta la posteridad. No miro tanto a lo que ha de ocurrir hoy, pues estas cosas tienen relación con la eternidad. Por mi parte, estoy completamente dispuesto a ser comida de perros durante los próximos cincuenta años; pero un futuro más distante me vindicará. He obrado honradamente ante el Dios vivo. Hermano mío, haz lo mismo. ¿Quién sabe si para esto has venido al reino de este tiempo? Si tienes entereza, pórtate varonilmente. Si tienes a Dios en ti, aún puedes hacer maravillas. Mas si no es así, doblado, abatido, marcado con el sello de la inutilidad, serás echado en el estiércol hecho de los fracasos de los cobardes y de las vidas mal empleadas. ¡Que Dios nos salve, a ti y a mí, de semejante desgracia!

Quisiera hacer resaltar nuestra responsabilidad recordando el lecho de muerte de los miembros de nuestra congregación. A menos que les seamos fieles, será una visión dolorosa el estar presentes cuando les llegue la hora de la muerte. Supongamos que cualquiera de nuestros oyentes





UN MINISTERIO IDEAL

extendiera la mano huesuda y dijera: «Estoy perdido, nunca me advertiste; siempre me diste la idea de que quizá estaba un poco extraviado, pero que me corregiría igualmente; y escogí el camino tortuoso de la «esperanza amplia», en vez de la esperanza divina que se nos presenta en el Evangelio». Antes preferiría no haber nacido que oír a alguien hablándome así en el momento de la muerte. El otro día mi hermano me dijo lo que Carlos Wesley le dijo a Juan Wesley: «¡Hermano, nuestro pueblo sabe morir bien!» A lo que yo respondí: «¡Cierto que sí!»

Nunca he estado junto a la cabecera de algún enfermo de nuestra congregación sin sentirme fortalecido en la fe. Ante su gloriosa confianza, antes lucharía contra toda la tierra, y la lanzaría como una pelota de fútbol, que dudar en mi espíritu acerca del Evangelio del Señor. Mueren gloriosamente. La semana pasada vi una amada hermana con un cáncer debajo del ojo. ¿Cómo la encontré? ¿Se lamentaba de su destino? En modo alguno; estaba feliz, tranquila, gozosa, brillante con la esperanza de ver la faz del Rey en Su belleza. Hablé con un comerciante que durmió no hace mucho, y le dije: «No parece usted tener temores». «No», me dijo, «¿cómo puedo tenerlos? Usted no nos ha enseñado cosas que produzcan temor. ¿Cómo puedo temer a la muerte, ya que desde hace treinta años me alimento de la carne sólida del reino de Dios? Yo sé en quién he creído». Pasé un rato celestial con aquel hombre. No puedo usar una palabra más moderada. Mostraba una alegría santa en la esperanza de un traslado próximo al mundo mejor.

Permitidme aún una última palabra. Vosotros y yo moriremos pronto, a menos que nuestro Señor venga antes; y bienaventurada cosa será si, mientras yacemos en la habitación silenciosa, y las noches se hacen largas, y nuestras fuerzas se marchitan, podemos apoyarnos en la almohada y decir: «Señor, te he conocido desde la juventud, y hasta aquí he declarado tus obras maravillosas; y ahora que estoy a punto de partir, no me abandones». Tres veces dichosos seremos, si podemos decir al final: «No he





rehuido anunciaros todo el consejo de Dios».

Hermanos, he resuelto que, si Dios me ayuda, me hablaré entre aquellos que andarán con el Señor vestido de blanco, pues son dignos. Se ha dicho que «éstos son los que no fueron contaminados», los que no entraron en contratos y confederaciones que hubieran manchado sus conciencias y contaminado sus corazones. Éstos son los que se han separado por amor a Él, obedeciendo a esta palabra: «Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso». Hay un disfrute especial de la adopción, para la conciencia que es fiel a la senda apartada y nunca se degrada con la transigencia. ¡Que Dios os ayude a ser fieles en esto! Creo que en la fidelidad estará vuestro poder. «Bien puedes permitir una pequeña grieta en tu conciencia», decía alguien a un puritano, «pues otras personas permiten grandes brechas en la suya». Pero el hombre piadoso no lo creía así; y quisiera recordaros aquellas solemnes palabras: «Yo Jehová tu Dios soy un Dios celoso». Estos celos arden como carbones encendidos, y son crueles como la tumba; pues Dios es tan severamente celoso de aquellos a quienes ama mucho, que no soportará en ellos lo que permitirá en otros. Cuanto mayor Su amor, más feroces sus celos si de alguna manera Sus escogidos se apartan de Él.

Pronto ya no estaré entre vosotros. Os reuniréis, y os diréis unos a otros: «El presidente ha partido. ¿Qué vamos a hacer?» Os amonesto que seáis fieles al Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, y a la doctrina de su gracia. Sed fieles hasta la muerte y no quedaréis sin corona. ¡Pero no muera ninguno de nosotros como luz oscurecida, terminando un ministerio sin poder en tinieblas eternas! ¡Que el Señor mismo os bendiga! Amén.





UN MINISTERIO IDEAL





EL PASTOR EN NUESTROS TIEMPOS

En la presente ocasión, deseo decir algo que sea adecuado para nuestros tiempos. Nunca he predicado, según la expresión de moda, para nuestra época, pero no obstante, quisiera hablar *con referencia* a ella, porque creo que una palabra oportuna pronunciada ahora puede ser de bendición también en tiempos venideros. Esta época me impresiona de tan diversas maneras, que es preciso efectuar un rápido repaso y tocar brevemente una amplia gama de materias, en vez de limitarme a un sólo tema. Aceptadme esta vez que os hable de esta manera.

En primer lugar, reflexionemos acerca de LA POSICIÓN DEL SEÑOR EN NUESTRA VIDA. Aquí nos encontramos con muchos puntos que es preciso proclamar claramente en nuestra predicación. Podéis tener la seguridad de que no haremos bien lo demás si no pensamos correctamente en Él. Al formar nuestro sistema de astronomía, ¿dónde ponemos el sol? Si no estáis bien seguros en cuanto a ese punto cardinal, el resto fallará. Si no habéis descubierto el verdadero «tabernáculo del sol», no estoy muy interesado en saber dónde ponéis a Marte o a Júpiter. ¿Qué lugar ocupa Cristo en vuestro sistema teológico? ¿Qué lugar ocupa en vuestros pensamientos? ¿Qué lugar ocupa con referencia a ti mismo, a tu trabajo, y a tus semejantes?

Muchos son los aspectos bajo los cuales hemos de considerar a nuestro divino Señor, pero es preciso que siempre le dé la mayor prominencia a su carácter salvador como *Cristo nuestro sacrificio y propiciación*. Si ha habido





UN MINISTERIO IDEAL

alguna vez una época en la que se necesitara especialmente estar seguros, y ser claros y vehementes en cuanto a este punto, es precisamente ahora. El estandarte de la cruz ha de abrir camino actualmente. No podemos permitirnos el lujo de colocar la expiación en el armario como si fuera una verdad que ya se da por descontada, dejándola entre las curiosidades de la fe poco práctica. Tampoco podemos permitirnos emplear palabras y frases ortodoxas sobre este tema como quien repite el lenguaje de una liturgia; es preciso que creamos vital e intensamente la verdad por nosotros mismos, y tenemos que actualizarla con toda la energía de nuestro ser. Es preciso predicar a menudo, claramente y con énfasis, la verdad vital de la expiación de nuestro Señor; y, si no es así, no hemos aprendido a Cristo correctamente, ni lo enseñaremos eficazmente. Tratar de predicar a Cristo sin su cruz, es traicionarle con un beso.

Observo que ciertas personas afirman creer en la expiación, pero se niegan a decir lo que significan sus afirmaciones. ¿Acaso no significa esto que en realidad no tienen un conocimiento claro de ella, y que posiblemente no creen de veras en ella? Todos tenemos una teoría de lo que sabemos; por lo menos, podemos expresar lo que entendemos. Hemos oído hablar de los hombres de Atenas, y del altar que habían erigido «al Dios desconocido»; en Inglaterra, tenemos filósofos que creen en una expiación desconocida. De este modo, podemos concebir que «adoren en ignorancia». Robertson, el de Brighton, era ortodoxo comparado con muchos de nuestra época moderna; pero alguien dijo de él que enseñaba que el Señor hizo algo que, en cierto modo, estaba más o menos relacionado con nuestra salvación. Aunque no era muy firme, era mejor que la doctrina de nuestros días. Ahora hay quien piensa que es absurdo creer que lo que sucedió en el Calvario hace tantos siglos, pueda tener relación alguna con los pecados de hoy. Otros, que no hablan tan alocadamente, niegan, sin embargo, que nuestros pecados pudieran ser imputados al Señor Jesús, y que su justicia pudiera sernos imputada a nosotros; esto, dicen, sería inmoral. El





aspecto ético de la expiación suele ser defendido y presentado de manera hermosa y atractiva al pueblo; pero no estamos satisfechos de esta posición parcial ante un tema tan grande. Cualquiera que sea la sombra de la expiación, o sea su influencia ética, creemos que había en ella una sustancia, y que si se quita la sustancia, también desaparece la sombra.

No tenemos teorías de confección casera; sino que nuestro testimonio solemne es que Él «llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero». Aunque lo llamen inmoral, como algunos han tenido la imprudencia de hacer, seguimos creyendo que Dios «al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado; para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él». «El castigo de nuestra paz fue sobre Él», pues «Jehová cargó en Él el pecado de todos nosotros». A todos nos haría bien repasar los textos del Antiguo y Nuevo Testamento que se refieren a esta verdad fundamental; hay muchos y son decisivos. Si usamos el lenguaje en su sentido natural, no podemos escapar a la creencia cierta de que la Escritura nos enseña a ir a Dios por medio de Jesucristo, creyendo que Él llevó nuestro pecado sobre sí mismo, y sufrió a causa de ello, para poder entregar al gobierno moral de Dios la paga por la deshonra que la rebelión del hombre había causado. A través de su sangre, hay perdón; y a causa de su satisfacción vicaria, la culpa es quitada, y el creyente es «acepto en el Amado».

Los que descartan la expiación como satisfacción por el pecado, eliminan también la doctrina de la justificación por la fe. Es inevitable. Hay un elemento común que es esencia de ambas doctrinas; de modo que si negáis una, destruíis la otra. El pensamiento moderno no es otra cosa sino la tentativa de volver a introducir el sistema legal de la salvación por las obras. Nuestra batalla es la misma que la de Lutero en la Reforma. Si vais al fondo y raíz de todo, se quita la gracia y en su lugar se introduce el mérito humano. El acto de la gracia de Dios al perdonar el pecado queda excluido, y el esfuerzo humano es todo en todos, tanto en lo referente a los pecados pasados como





UN MINISTERIO IDEAL

a la esperanza futura. Cada uno tiene que presentarse ahora como su propio salvador, y la expiación es archivada como un fraude piadoso. No voy a ensuciarme la boca con las viles frases que se han usado para referirse a la obra de sustitución del Señor Jesucristo; pero es una herida dolorosa el notar cómo estos males son tolerados por hombres a quienes respetamos.

En nuestro ministerio, hermanos, no cesaremos de predicar resuelta y claramente el sacrificio expiatorio; y os diré por qué me propongo hacerlo. Personalmente no tengo ni la sombra de una esperanza de hallar salvación en otro lugar: si Jesús no es mi sustituto, estoy perdido. Me he visto acorralado por el apremio de mi pecado personal y he llegado a desesperar de obrar o de ser de tal manera que Dios me pueda aceptar por mí mismo. Es preciso que tenga una justicia perfecta y divina; pero al mismo tiempo, no está en mi poder crearla. La hallo en Cristo: leo que será mía por la fe, y por la fe la tomo. Mi conciencia me dice que debo pagar a la justicia de Dios un precio por la deshonra causada a su ley, y no puedo hallar nada que se parezca a tal precio hasta que miro a Cristo Jesús. ¿No recuerdo acaso el momento en que por primera vez miré a Él, y fui iluminado? ¿No es cierto que recuerdo cuántas veces he ido como pecador a los pies de Cristo, y he mirado nuevamente sus heridas, y he creído otra vez para vida eterna, sintiendo el antiguo gozo renovado en el acto? Hermanos, yo no puedo predicar nada más, porque no conozco otra cosa. Los nuevos dogmas podrán ser ciertos o no; pero de la verdad de esta doctrina estoy seguro.

Si alguno aquí predica la expiación, pero no le gusta hacerlo, no me atrevo a aconsejarle que deje de predicarla, pero las palabras me tiemblan en los labios. Estoy firmemente persuadido de que el predicador poco dispuesto o de corazón frío en cuanto a cualquier doctrina, es el peor enemigo de la misma. A la larga, todo se reduce a esto: que las heridas recibidas por la verdad en casa de los falsos amigos son peores que las causadas por los enemigos. Si





EL MINISTRO EN NUESTROS TIEMPOS

no amas la cruz en lo más hondo de tu corazón, harías mejor en dejarla. Puedo decir en verdad que yo predico la expiación con amor, con todo mi corazón. Algunos parecen pensar que nosotros, los infelices de la escuela puritana, estamos «encerrados, enjaulados y confinados» por rígidos dogmas de los cuales de buena gana escaparíamos. Se imaginan que hemos de frenar toda aspiración a manifestar nuestra personalidad, con objeto de preservar la tiranía de cierto sistema férreo. Se supone que Juan Calvino nos domina como una pesadilla, y que vivimos como perros bajo su látigo. La realidad, hermanos, es muy otra. Poco saben estos difamadores lo que es nuestra felicidad y nuestra paz. Si sienten más gozo en la predicación que nosotros, grande es su dicha; pero si hemos de juzgar por su tono y estilo, hemos de ponerlo en duda. Los observadores habrán notado que el elemento del gozo ha desaparecido de muchos púlpitos. El predicador no disfruta de su propio tema de predicación, y rara vez habla de haber estado en el Espíritu mientras hablaba. Le gusta mucho más predicar veinte minutos que cuarenta; y es especialmente propenso a fundir los dos cultos nocturnos de entre semana en uno sólo. Nadie disfruta con la doctrina moderna, porque no hay nada que disfrutar en ella. La congregación ha de hacer lo que pueda con esa sopa que nuestro amigo mencionaba anoche con tanto acierto; una sopa hecha con un hueso prestado, que se había usado con fines similares en los seis días anteriores, de modo que ya no le quedaba sabor a carne. No; que nuestros oponentes aparten de su mente todo sentimiento de conmiseración por nuestro estado de esclavitud bajo el antiguo Evangelio. Somos nosotros los libres, aquellos a quienes el Señor hace libres, y los esclavos son los demás. Me gustaría levantarme de la cama en los últimos cinco minutos de mi vida, para dar testimonio del divino sacrificio y de la sangre que expía el pecado. Entonces repetiría aquellas palabras que hablan más positivamente de la verdad de la sustitución, aunque mis oyentes se horrorizaran; pues, ¿cómo habría de saberme mal, si en el cielo mis primeras palabras han de ser para atri-





UN MINISTERIO IDEAL

buir mi salvación a la sangre de mi Señor, que mi último acto en la tierra fuese horrorizar a Sus enemigos con un testimonio del mismo hecho?

También sostenemos que Cristo Jesús es *el único Mediador y Sumo Sacerdote*. Y esto nos hace mirar indignados las afirmaciones de la superstición. Todavía existe en Inglaterra lo que en nuestra juventud creíamos que había desaparecido, es decir, el evangelio del sacerdocio; el clericalismo de la antigua Roma, pero sin el carácter venerable de las cosas antiguas. Hay entre nosotros hombres que afirman ser sacerdotes en un sentido diferente de aquél en que todos los creyentes son sacerdotes ante Dios. Según este sueño, el Señor Jesús no sería, en Sí mismo, un mediador suficiente en todo; es decir, podría ir hasta cierto punto en dirección a Dios; pero en dirección al hombre, entre el hombre pecador y Cristo el Señor, hay una brecha que sólo podría llenar el que participe de una imaginaria sucesión apostólica. Desde luego, los sacramentos, debidamente administrados, se presentan como canales seguros de la gracia. Aún oímos aquellas palabras: «El Bautismo, en el cual fui hecho miembro de Cristo, hijo de Dios, y heredero del reino de los cielos». En manos sacerdotales, el pan y el vino sufren un cambio milagroso, muy parecido a la transustanciación católico-romana. Se da mayor importancia a los sacramentos debido a que son administrados por sacerdotes, siendo así un estrado sobre el cual el sacerdote puede colocarse en un nivel superior. La iglesia, el altar, el sacerdote, son aclamados sin medida; pero, sin embargo, no son el Señor Jesús, sino rivales de Su sacerdocio. Oímos como se afirma, y se enseña continuamente a los pobres, que cualquiera que se dedique a enseñar el Evangelio, aunque pueda probar su doctrina por medio de la Biblia, y pueda ver bendición en su ministerio, ha de ser denunciado como cismático, a menos que haya recibido la imposición de mano episcopal. Partir el pan juntos como creyentes en el Señor Jesús no es permitido a los cristianos ordinarios; y si se atreven a hacerlo, son acusados de cismáticos, crimen horrible, que





al parecer es varios grados peor que el adulterio o el asesinato. Aunque fueras culpable de fornicación, podrías ser perdonado, e incluso podría ser difícil privarte de los sacramentos; pero si perseveras en el cisma, habrás de perder la esperanza.

Hermanos, protestemos con la máxima energía contra este avivamiento de la superstición. No toleremos nada entre el alma y Cristo. Es posible que, en Londres, esta presunción sacerdotal no sea tan ofensiva y claramente perceptible para vosotros; pero muchos hermanos de los aquí reunidos han de verlo ante sus propios ojos cada día, y sentir su férrea mano puesta especialmente sobre los pobres. Dondequiera que van, encuentran que hay hombres que afirman ser algo como brahmanes, cuya bendición es indispensable. A los pecadores no se les permite venir a Cristo directamente, por su propia cuenta; se presenta el camino de salvación que pasa por el sacerdote oficial. Protestad activamente contra este error. Aunque vaya acompañado de cierta medida de enseñanza evangélica, es mortífero.

Hemos de ser celosos hasta el punto de no tener complicidad alguna con esta superstición. Hermanos míos, no seáis sacerdotes vosotros mismos. Es muy posible darse aires de jerarca, aunque oficialmente no seáis más que pastores no conformistas. Hay una manera de vestir, cuya afectación no es digna de encomio. Hay una manera de hablar, cuya imitación no es recomendable. Hay una presunción de superioridad que mira a las personas comunes como laicos; tal pomposidad es ridícula. Evitad las maneras de ciertos clérigos que parecen decididos a conseguir que su congregación piense que un ministro es una persona especialmente honorable, y que el resto de los miembros de la iglesia casi no deben aventurarse a opinar de modo diferente a él. Dígase lo que se quiera sobre el tema de que todos los creyentes en Cristo son una generación de sacerdotes; aún hallamos entre nosotros personas vanas que aspiran a que se les tenga por poseedores de una especialidad mística. Nuestra función de





UN MINISTERIO IDEAL

pastores merece ser respetada, y lo será si se desempeña debidamente; pero he observado que algunos, muy deseosos de ensalzar su propio cargo, en realidad tratan de ensalzarse a sí mismos. No obstante, mientras el oficial ha ascendido, el hombre ha descendido. Uno ha llegado a preguntarse cómo es posible que un hombre tan pequeño haya alcanzado un cargo tan grande. Ayer oí una pregunta a la cual aún no he hallado respuesta satisfactoria; era la siguiente: «¿Qué es peor, el hombre que sabe predicar y no quiere hacerlo, o el hombre que no sabe predicar y quiere hacerlo?» Me temo que tenemos entre nosotros algunos del segundo tipo; pero si suponen que el mero hecho de haber sido escogidos para un pastorado les ha dotado de poder peculiar, se engañan a sí mismos.

Permitidme que os diga, en voz baja como un susurro, que hay entre nosotros mismas cositas que conviene vigilar cuidadosamente, pues de lo contrario veremos cómo la levadura del ritualismo y el sacerdocio obra en nuestras medidas de harina. Quizá convendría cambiar de proceder en nuestros cultos de avivamiento. Acaso cerrar a veces la sala de entrevistas después del culto. Tengo mis aprensiones en cuanto a tal institución si se usa permanentemente, y como parte inevitable de los cultos. Podrá ser muy sabio invitar a las personas, interesadas espiritualmente, a dejar al resto de la congregación para conversar con personas piadosas; pero si descubris que se está formando el concepto de que en la salita cerrada se puede obtener algo que no se puede recibir en seguida en la reunión, o Dios está más presente en aquella forma de arrepentimiento que en otra parte, atacad inmediatamente semejante idea. No tenemos necesidad de volver a los antiguos caminos de altares y confesionarios, y de la restauración del fraude romanista en forma más primitiva. Si hacemos creer a los hombres que su conversación con nosotros o con nuestros ayudantes es esencial para la fe en Cristo, estamos encaminándonos directamente al clericalismo. En el Evangelio, el pecador y el Salvador han de unirse sin que nadie estorbe en medio. Hablad muy





claramente sobre este punto. «Tú, pecador, sentado donde estás, si crees en el Señor Jesucristo, tienes vida eterna. No esperes a entrar en la sala de entrevistas después del culto. No creas que es esencial conversar conmigo. No supongas que yo tengo las llaves del reino de los cielos, o que estos hombres y mujeres piadosos que están ayudándome pueden hablarte de otro Evangelio que éste: «El que cree en el Hijo tiene vida eterna».

A continuación, procuremos presentar al Señor Jesucristo como *Maestro infalible*, a través de su Palabra inspirada. No entiendo la lealtad a Cristo que va acompañada de indiferencia hacia sus palabras. ¿Cómo podemos reverenciar su persona, si sus propias palabras y las de sus apóstoles son tratadas con poco respeto? A menos que recibamos las palabras de Cristo, no podemos recibir a Cristo; y a menos que recibamos las palabras de sus apóstoles, tampoco recibimos a Cristo; pues Juan dice: «El que conoce a Dios, nos oye: el que no es de Dios, no nos oye. En esto conocemos el espíritu de verdad y el espíritu de error». Es preciso que amemos y reverenciamos todas las enseñanzas de nuestro Señor; y si no lo hacemos, contruimos nuestra casa sobre la arena. Es importante conocer a Cristo como la verdad; pero también lo es conocerle como el camino y la vida. Algunos excelentes hermanos parecen pensar más en la vida que en la verdad; pues cuando les advierto que el enemigo ha envenenado el pan de los hijos, responden: «Querido hermano, lamentamos enterarnos de ello; y para contrarrestar el mal, abriremos la ventana, y les daremos aire puro». Sí, abrid la ventana, y dadles aire puro por todos los medios. No podéis hacer cosa mejor, en vista de muchas cosas; pero, al mismo tiempo, deberíais haber hecho esto, sin dejar de hacer lo otro. Arrestad a los envenenadores, y abrid también las ventanas. Mientras los hombres sigan predicando falsa doctrina, podéis hablar tanto como queráis acerca de la profundización de la vida espiritual, pero fracasaréis. Mientras hagáis una cosa buena, no descuidéis otra. En vez de decir que la vida es más importante, o que lo es la verdad, o el cami-





no, unámonos en la firme creencia de que cada una de estas cosas es igualmente importante, y que una no puede sostenerse bien y llevar una buena marcha sin las demás.

Algunos abandonan las enseñanzas de Cristo por pura extravagancia y amor pueril a las novedades. Para los hermanos más jóvenes, las falsas doctrinas son como una especie de enfermedad infantil, algo como un inevitable sarampión espiritual. Deseo que se recuperen de la dolencia y confío que ésta no les deje secuela alguna. Con profunda ansiedad he estado observando las mentes infectadas con esta virulenta epidemia; y me he gozado en ver cómo la racha de incredulidad se marchaba completamente, mientras el paciente decía: «A Dios gracias, nunca más volveré a pasar por *ahí*». No obstante, es lástima que haya tantos que encuentren necesario atravesar el camino fangoso que ya ha manchado a otros. Me recuerdan a cierta dama mundana, a quien su ministro, observando la gran frivolidad de que daba muestras, le dijo: «Salomón ha dicho: «Vanidad de vanidades, todo es vanidad»». «Sí», replicó ella, «sé lo que dijo Salomón; pero él lo descubrió por su propia experiencia personal, y a mí me gustaría hacer lo mismo». Desde luego no tenía nada de Salomón; pues los sabios se aprovechan de la experiencia de los demás. Si habéis visto a otros ir por lana y salir trasquilados, la prudencia aconseja que no vayáis vosotros.

Algunos caen en la duda a causa de una sinuosidad interna. Hay hombres que inician nuevas doctrinas debido a que «hay algo podrido en el reino de Dinamarca», y, en la podredumbre, preciso es que crezcan toda clase de hongos. Quizá hayáis leído la «Historia Natural» de Plinio. Si no la habéis leído, no hace falta que lo hagáis, pues tiene poco de natural, y mucho de fabulosa. Plinio nos cuenta que cuando el elefante va a un estanque, y se ve reflejado en el agua, queda tan disgustado ante su propia fealdad que remueve el agua inmediatamente, hasta enturbiarla, para no verse. Nunca ha existido tal elefante, pero he visto hombres que se le pueden comparar. La Sagrada Escritura no está de acuerdo con lo que ellos





piensan; por lo tanto, peor para la Sagrada Escritura. Tal y tal doctrina no se adapta a sus gustos, de modo que es preciso tergiversarla, o negarla. Lo que hay en el fondo del «pensamiento moderno» es un corazón no regenerado. Los hombres son modernistas en doctrina porque nunca pudieron revestirse de puritanismo, debido a que carecían de la renovación de sus entendimientos.

No dudo que algunos han remendado las enseñanzas y el Evangelio de Cristo, con el deseo de hacer más bien. En los avivamientos se permite decir y hacer cosas que nadie podría justificar. ¿Habéis observado actualmente cómo se presenta el Evangelio? No voy a pronunciar juicios condenatorios sobre nadie en particular, pero estoy leyendo continuamente la exhortación: «Entrega tu corazón a Cristo». La exhortación es buena, pero no permitáis que sustituya al mensaje del Evangelio: «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo». En la escuela dominical, la enseñanza suele ser: «Queridos niños amad a Jesús». Ahora bien, esto no es el Evangelio. El amor a Cristo viene como fruto, pero el Evangelio dice: «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo». Si pensamos que haremos más bien colocando otra exhortación en lugar del mandamiento del Evangelio, nos encontraremos envueltos en graves dificultades. Si, por un momento, nuestras reformas parecen producir un resultado mayor que el antiguo Evangelio, será en el crecimiento de setas, quizá venenosas; pero no en el crecimiento de árboles del Señor. Ciñámonos a la Palabra de Cristo como Maestro infalible para nosotros en estos días de peligro, y seamos en extremo celosos de la verdad; de lo contrario, quizás seamos seducidos con drogas, como Pompeyo engañó a ciertas ciudades que no querían abrir las puertas a sus tropas. Les dijo: «No os pido que alojéis a mis ejércitos; pero hay aquí unos cuantos hombres enfermos y heridos, a quienes os pido permitáis descansar entre vosotros». Cuando los inválidos se encontraban dentro de las murallas, abrieron las puertas, y los habitantes fueron sometidos fácilmente. No permitáis la entrada a los pequeños errores que suplican un poco de tolerancia; pues,





UN MINISTERIO IDEAL

de lo contrario, vuestra ciudadela será capturada antes de que os deis cuenta del ataque. Estad firmes en la fe una vez dada a los santos, y que nadie os seduzca con filosofías y vanos engaños.

A continuación, hermanos, es preciso que insistamos cada vez más en que *Cristo es el único legislador y el único gobernante en la Iglesia*. Tenemos sistemas de religión entre nosotros, en los cuales la organización entera es pura invención; sería imposible descubrirla en la Biblia; pero se ha dado en el método de colgarle un texto al cuello a modo de etiqueta. Tenemos por vecinos a religionarios que difícilmente tratarían de demostrar que su sistema fue jamás sancionado por el Señor y sus apóstoles. Este caso ha durado tanto que nos hemos visto obligados a tolerar toda clase de anomalías; pero tolerar no es lo mismo que aprobar e imitar. En nuestras propias iglesias, debemos ceñirnos al precedente apostólico, y seguir el mandato de Cristo en todas las cosas. No hay nombre, por venerable que sea, que tenga autoridad suficiente para justificar el apartarse de la Sagrada Escritura. «¡A la ley y al testimonio!»; si una doctrina o una ceremonia no está allí, para vosotros y para mí no está en ninguna parte; nuestra única autoridad es la Palabra del Señor.

Aún será peor si nos atrevemos a omitir cosas en los mandamientos que conocemos de Cristo. Lamento que haya disputas en la Iglesia en cuanto al bautismo y la cena del Señor; pero no es una cuestión pendiente en la Iglesia de Cristo el decidir si el bautismo y la cena del Señor han de practicarse o no. ¿Cómo es, pues, posible, que estas ordenanzas sean puestas a un lado por los que admiten que son bíblicas? Oí a alguien decir: «Si Jesús estuviera aquí ahora, vería el mal acarreado por esas dos instituciones, y las descartaría». No podemos acatar esta sentencia. No somos censores de las enseñanzas y actos de nuestro Señor. ¿No tenéis en vuestras congregaciones excelentes personas que dicen: «Sí, sé que el bautismo de los creyentes está en la Palabra; no tengo dudas acerca de ello; pero aún no me he ocupado de ello»? ¿Habéis hecho





ver a tal persona la obstinada desobediencia de tal descuido? No es el caso de la persona que dice: «No veo que esta ordenanza sea un mandamiento de la Palabra del Señor»; eso sería pecado de ignorancia. Pero dice: «Está ahí», y al mismo tiempo no se ocupa de ello, y se jacta de poder ser salvo sin obedecer. No os apresuréis a confirmar semejante declaración, pues quizá resulte que el que dice «creo en Jesús», y luego rehúsa obstinadamente guardar los mandamientos que sabe son de Cristo, no sea salvo. Desde luego, semejante persona no es salva de la desobediencia voluntaria. ¿Qué clase de fe es la que no obra por el amor, sino que opone su propia voluntad al precepto de Cristo? Es preciso que protestemos contra toda intromisión contraria a la ley del gran Cabeza de la Iglesia. Menciono el punto del bautismo como mero ejemplo; pero es preciso que seamos fervientes apremiando todos los demás puntos del mandamiento sagrado. Cristo no sólo es Salvador, sino Señor. No ha venido a su casa para que malgastemos el tiempo con Él, ni para que traspasemos sus palabras como quien baraja los naipes.

Es posible que abandonéis los mandamientos del Señor de otra manera. Supongamos que un hermano va a decidir el camino a tomar en cierto asunto cristiano; pero primero desea saber cuál es la opinión de los que aportan grandes sumas de dinero a la obra eclesiástica. Si alguno de vosotros hace esto, exclamaré: «¿Quién es en verdad tu señor? ¿Judas con su bolsa en el rincón, o el Cristo a quien besa con beso de traidor?» Sé fiel, y atrévete a todo. Si no lo hacemos así, Cristo Jesús no es legislador para nosotros. Desdeña el soborno, aunque sea encubierto, y piérdelo todo por la verdad, si es preciso.

El Señor está también ante nosotros como *ejemplo y pauta nuestra*. Predicamos la gracia de Dios, y la sangre de Cristo; pero si alguno supone que no predicamos a Cristo como ejemplo, nada conoce de nuestro ministerio; pues insistimos en que la fe debe obedecer a la voluntad del Salvador al mismo tiempo que confía en su gracia. Hemos tenido algunos entre nosotros, semejantes a la an-





UN MINISTERIO IDEAL

ciana escocesa que decía: «Ha sido un buen sermón, todo, excepto los deberes mencionados al final». Es posible que presentemos los preceptos de tal manera que despertemos la sospecha de que somos legalistas en espíritu; es preciso que evitemos cuidadosamente tal cosa. Quisiéramos predicar a Cristo como modelo perfecto, para que los santos anhelan ser hechos semejantes a Él. Es preciso que los hombres tengan el Espíritu de Cristo, pues de lo contrario están perdidos. No hay cielo alcanzable en una mera justificación legal, aparte de una obra espiritual dentro del alma, un cambio de corazón, y una renovación del entendimiento.

Una vez más, confío en que siempre tendremos a Cristo como Señor y Dios. Además de todo lo que es para nosotros, es *Señor y Dios*. Por lo tanto, conviene hablar de Él y pensar en Él con la más profunda reverencia del alma. El espíritu que juega con la Palabra de Dios y las cosas de Cristo, es casi más maligno que las acciones que de ello brotan. He leído muchas cosas que me han hecho estremecer; pero aún me ha estremecido más el estado del espíritu en que un hombre ha de estar para poder escribirlas. Cultivemos la más elevada reverencia para con nuestro divino Señor, y la más absoluta confianza en su poder y su victoria final. Confía en la mano con que Él sostiene el timón. No tengo ni sombra de duda de que su sabiduría y su poder harán que todo termine bien. Ve, pues, y habla en su nombre. Cuando hayas terminado de declarar una doctrina, manda a tus oyentes, en el nombre de Jesús, que la crean. Atrévete a hacerlo. Del modo que los apóstoles mandaban a los cojos que se levantaran, y a los muertos que vivieran, en el nombre de Jesucristo de Nazaret, mandad a los pecadores que se vuelvan a Él y vivan. El que os da fe responderá a su propia Palabra.

Prestemos ahora viva atención al tema de NUESTRA POSICIÓN PARA CON EL SEÑOR. La posición del ministro cristiano para con Cristo es un tema sobre el cual se podría hablar en muchas maneras, y durante muchos





días, y con todo, apenas se haría otra cosa que tocar el borde del mismo.

Su aspecto más sorprendente se nos aparece al meditar sobre el hecho de que así como Él ocupó nuestro lugar, *también nosotros ocupamos el suyo*. Podemos decir en verdad a nuestros oyentes: «Os rogamos en nombre de Cristo (en lugar de Cristo): reconciliaos con Dios». El Señor Jesús pone sus manos heridas sobre nuestros hombros y dice: «Como me envió el Padre, así también yo os envío». Estamos encargados de suplicar en lugar de Cristo, como Él está encargado de rogar en lugar nuestro. En su lugar, subimos al púlpito para señalar a aquella mujer enferma e ignorante la sangre de la reconciliación. Le sustituimos en el púlpito, y hablamos de pecado, justicia y juicio venidero. Ocupamos su lugar para clamar: « ¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo! » Amados hermanos, ¿nos damos cuenta siempre de que no sólo estamos trabajando para Cristo, sino ocupando su lugar? ¿Podríamos presentar algunos de nuestros sermones como predicados sustituyendo a Cristo? ¿No esperaríamos que nuestra conciencia nos reprendiese si hiciéramos tal afirmación? Algunos de nuestros oyentes, si no lo dijeran, por lo menos pensarían: «Si ese sermón ha sido predicado ocupando el lugar de Cristo, lo cierto es que hay una gran diferencia con lo que hubiera sido si Jesús hubiese hablado personalmente». Desde luego, sería necesario que hubiera una diferencia en el sentido de menor autoridad y capacidad divinas; pero no debiera haberla en cuanto a propósito fiel y fervoroso.

Es preciso que supliquemos a los hombres ocupando el lugar de Cristo; y eso impedirá que seamos parciales. No pensaremos solamente en la minoría de los ricos y los educados; sino que, como Cristo hizo, pensaremos en los muchos. Jaime V de Escocia era conocido como «rey de los pobres», porque todos los campesinos que lo deseaban podían obtener de él audiencia. ¡Ojalá que el Señor nos haga predicadores de los pobres!, pues de otro modo, ¿cómo podremos ocupar el lugar de Cristo? En su ministerio,





UN MINISTERIO IDEAL

el Evangelio era predicado a los pobres. Si en nuestra congregación hay uno que está enfermo, que es más pobre, más ignorante que otro, busquémosle primeramente, por amor a Cristo. No afectemos una dignidad presuntuosa, mas sintámonos unidos a los desvalidos, los pobres, los caídos, como Jesús hacía.

Si estamos ocupando el lugar de Jesús, no forzaremos, sino que persuadiremos cariñosamente. Sentiremos verdadera solidaridad con los pecadores, y así les suplicaremos hasta las lágrimas, como si su ruina fuese nuestro dolor, y su salvación nuestra dicha. Lloraremos por ellos, porque Jesús lo habría hecho; y tendremos paciencia con ellos, a causa de Su divina longanimidad. Velaremos en espera de las oportunidades, y las emplearemos con perseverancia; pues así lo habría hecho Jesús. Trataremos a nuestros oyentes como el pastor a su oveja perdida, y no descansaremos jamás hasta que los traigamos al hogar sobre nuestros hombros con gozo; pues así hacía el Señor.

Esta posición nuestra, sustituyendo a Cristo, es de gran responsabilidad; necesitaremos mucha gracia para soportar el peso. Portaos bien, hermanos cristianos, pues lleváis un gran Nombre. No manchéis el Nombre del santo Jesús. Fue vergonzoso cuando Sheridan, al ser recogido en el arroyo, dio al guardia el nombre de «Wilberforce». ¡Qué ofensa tan cruel para el Señor Jesús, cuando un ministro rudo, orgulloso u holgazán, da su nombre diciendo que actúa en sustitución de Cristo! Dios perdona tamaña injusticia: es verdaderamente repugnante. Si estás en verdad sustituyendo a Cristo, ¡qué clase de persona has de ser! ¡Que Dios te ayude a ser digno de la embajada a la que has sido enviado!

Por lo tanto, hermanos, *es preciso que amemos a los pecadores por causa de Cristo*. ¿No hay muchos en vuestra congregación a quienes no podríais amar por otra razón? ¿Podría el Señor Jesús haberte amado por tus méritos? Te amó y me amó por una razón que Él halló en Su propio corazón; y así es como debemos amar a nuestros oyentes, por causas que no están tanto en ellos como en nuestros





propios corazones. Él «me amó y se entregó a Sí mismo por mí»; y si ahora me dice: «Ama a otros, y entrégate por ellos», ¿no he de hacerlo? Es preciso arrojar de nosotros toda predisposición al enojo. Es preciso que los caídos, los frívolos, los capciosos, los indiferentes, y hasta los maliciosos participen de nuestro amor. Hemos de amarlos para que vayan hacia Jesús. Con cuerdas de hombre y lazos de amor, hemos de atraerlos. Nuestra misión es perpetuar en la tierra el amor del Salvador.

Más aún, vuestra relación con Cristo es de tal naturaleza que tenéis que *«cumplir lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia»*. Sus padecimientos expiatorios han terminado; ninguno de nosotros puede poner pie en aquel lugar. Pero aquellos padecimientos por los cuales las almas son ganadas para Cristo están lejos de haber terminado. Toda la hueste de los mártires ha derramado su sangre y muerto para mantener viva la verdad con objeto de que llegara a nosotros, para que por la verdad los hombres puedan aún ser traídos a Jesús. Todo el que sufre soportando dolor, o difamación, o pérdidas, o molestias personales, por causa de Cristo, está cumpliendo la cantidad de sufrimiento que es necesaria para reunir todo el cuerpo de Cristo y edificar su Iglesia escogida. « ¡Ay! » exclama un ministro, «me han tratado realmente de modo vergonzoso». Sí, y hombres más dignos han sido aún peor tratados que tú. Ni siquiera necesitas mirar a tus compañeros de milicia para encontrar tus iguales en el sufrimiento: considera cómo tu mismo Señor «sufrió tal contradicción de pecadores».

Cuando Alejandro condujo a sus hombres hasta Persia, y tuvieron que atravesar una auténtica montaña de hielo y nieve, estaban a punto de dar media vuelta, y en vista de ello Alejandro se apeó de su caballo, tomó una herramienta para cortar el hielo, y avanzó, metido a veces hasta la cintura en la nieve, partiendo los bloques de hielo y abriendo camino. Entonces los macedonios se dieron cuenta de que serían capaces de abrirse paso por toda la tierra si Alejandro iba al frente de ellos. Teniendo a Cristo vuestro





UN MINISTERIO IDEAL

Señor abriendo el camino por medio de las agonías de la cruz, ¿no le seguiréis a donde vaya, cumpliendo la medida que falte de esfuerzo, labor y sufrimiento, para la salvación de aquellos a quienes Él ha redimido con Su sangre? Nada hubo más conmovedor en nuestras súplicas de esta mañana que las oraciones de los que habían sido grandes afligidos. Por el sufrimiento viene la bendición. Cuando el Señor quiere dar vino a su pueblo, para que nuestros festivales estén llenos de gozo, ¿qué hace? Dice: «Llenad estas tinajas de agua». Es preciso que seamos llenados de aflicciones hasta el borde. Hemos de conocer toda la aflicción de que seamos capaces, y entonces Él dirá: «Sacad ahora». Así empiezan Sus milagros; y algunos de nosotros nos gozamos de que no sólo fue así en Caná de Galilea, sino que sigue siendo así en esta isla.

¿No creéis que todavía cometemos equivocaciones en cuanto a lo que será bendición? En la cuestión de la curación por fe, se nos presenta la salud como si fuese aquello que conviene desear por encima de toda otra cosa. ¿Es así? Me atrevo a decir que la mayor bendición terrenal que Dios puede dar a cualquiera de nosotros es la salud, *con excepción de la enfermedad*. La enfermedad ha sido frecuentemente más útil que la salud a los santos de Dios. Que yo sepa, si algunos pudieran verse favorecidos con un mes de reumatismo, tal cosa, por la gracia de Dios, los maduraría maravillosamente. Desde luego necesitan algo mejor para predicar que lo que ahora transmiten a su congregación; y es posible que lo aprendieran en el lecho del dolor. No deseo para nadie un período prolongado de enfermedad y dolor; pero un retortijón de vez en cuando casi vale la pena pedírselo. Una enfermedad de la esposa, una tumba recién abierta, la pobreza, la difamación, la depresión del espíritu, podrían enseñar lecciones que en ninguna otra parte se aprenden tan bien. Las pruebas nos empujan hacia las realidades de la religión. Es posible que os alimentéis de cascajo hasta que tengáis un verdadero trabajo que hacer, o una pena auténtica que soportar; entonces es cuando deseáis el grano viejo de la





tierra, y es preciso que lo obtengáis, porque de lo contrario desmayaréis y fracasaréis.

Nuestras aflicciones se nos convierten en bendiciones, aunque presenten aspecto amenazador. Me han contado la historia de alguien que era generoso pero muy excéntrico. Un hombre que estaba muy endeudado pasó ante su puerta, y él sabía que el infeliz estaba muy afligido por sus deudas. Un día, este hombre excéntrico y rico, aunque era generoso, tuvo la crueldad de echar una abultada bolsa al pobre deudor. El pobre hombre fue alcanzado por el proyectil, y miró para ver qué era. No vio a quien le había causado el daño. Recogió la bolsa, oyó el tintineo de las monedas, y cuando la abrió, halló lo suficiente para pagar sus deudas, y oyó una voz que decía: «Guárdatela». Nunca denunció al excéntrico por haberle acometido; sino que le dio las gracias por el regalo. Muchas veces la Providencia, con mano ruda, ha echado incontables beneficios a nuestro paso en forma de pruebas de la fe, que es mucho más preciosa que el oro. Bendito sea el Señor, pues nuestra contusión temporal pronto se olvida, pero la ganancia espiritual permanece para siempre. En todo caso, la causa de nuestro Señor Jesucristo es nuestra causa, y estamos unidos a Él en una comunión que no puede ser quebrantada, pase lo que pase. Hemos calculado el coste, y podemos decir: «De ahora en adelante nadie me sea molesto. Soy esclavo marcado de Jesús, y mi oreja está agujereada para Él».

Asimismo, *nuestra posición para con nuestro Señor será más práctica cuando nos demos cuenta de lo que ha hecho por nosotros*. No creo que siempre percibamos con claridad lo que ha hecho realmente en favor nuestro. Decimos: «Somos pobres, pero Cristo nos hace ricos». ¿Por qué no decimos: «Somos ricos, pues Cristo nos ha hecho tales?» Nuestra pobreza ha fenecido, y hemos venido a ser ricos en Cristo. Hermanos, Él nos ha llamado «de las tinieblas a su luz admirable». Cuando predicamos sobre el texto, somos propensos a extendernos considerablemente sobre las tinieblas de la naturaleza; pero, ¿no sería tam-





UN MINISTERIO IDEAL

bién conveniente ser aún más extensos cuando hablamos de la «luz admirable»? ¿Tenemos la experiencia actual que nos lleve a hacerlo? ¿Por qué damos tanto énfasis a las palabras del apóstol: «Cuando soy débil». ¿Acaso no podemos subrayar igualmente las palabras que vienen a continuación de dicho texto: «entonces soy fuerte»? Las bendiciones del Señor son realidades, no fantasías; tratémoslas como a tales. «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados»; ¿por qué emplear todo el tiempo en el hambre y la sed? ¿No estamos saciados? Si no es así, ¡hártanos, Señor! Pero si estamos saciados, experimentemos y prediquemos la dulzura del pan celestial, y recomendémoslo con corazones alegres a nuestros oyentes. Pasemos al aspecto luminoso de nuestra religión, y no estemos siempre repitiendo lo que somos en nosotros mismos. «Las tinieblas van pasando, y la luz verdadera ya alumbra». Estamos ahora en Cristo Jesús. Éramos lo peor, pero somos lavados, limpios. ¡Cuánto deseamos el disfrute abundante de las bendiciones actuales del pacto! ¡Cuánto deseamos gracia para decir lo que hallamos! Como el siervo de Abraham cuidó de hablar ampliamente de las riquezas de su amo, y de mostrar los objetos preciosos que había traído consigo de la casa, tratemos también de ganar corazones para nuestro gran Señor, mostrando quién es, lo que tiene, y lo que personalmente conocemos de Él.

Creo también que *haremos bien en estar ante Cristo como estando conscientes de su poder y presencia*. El Señor está con nosotros. Lo más importante es que está con nosotros de hecho y en verdad. Si estamos con Jesús, y predicamos su verdad, Jesús está sin duda con nosotros; pues Él ha dicho: «He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo». Esa promesa no fue un bonito final de poema: es cierto que está con nosotros en esta hora. Creémoslo, y actuemos en consecuencia. Si no sentimos siempre la proximidad de su luz, volvámonos, como las flores, en dirección al sol. Cuando éste no brilla, las flores saben dónde hay más luz, y sus rostros se vuelven





en aquella dirección. Seamos auténticos heliotropos o girasoles. Cuando subimos al púlpito, miremos e inclinémonos en dirección a Cristo. ¡Qué lugar tan maravilloso es el púlpito cuando Jesús está allí! En el estudio, cuando nos sentamos y empezamos a rascarnos la frente, preguntando ansiosamente: «¿Sobre qué vamos a predicar?» Volvámonos hacia el Señor, y oremos con la ventana abierta en dirección a su cruz y a su trono. ¡Ojalá siempre sintamos una influencia que nos empuje hacia Cristo cuando la Biblia está abierta ante nosotros! Si es así, toda nuestra flaqueza desaparecerá, pues Su poder será recordado.

Cuando estés preparándote para la gran lucha contra el pecado, y estés haciendo cuentas sobre las fuerzas que están en el bando de la justicia, no dejes de recordar a Jesús. Te has apuntado a ti mismo, pero esto representa menos que nada. Ahora anotas a tus diáconos, y aunque los estimas y les tienes gran cariño, son también como nada. Tienes un grupo de amigos y obreros que oran por ti; pero la suma total no es sino unos cuantos ceros. ¿A qué equivalen todos estos ceros.? Tu desconfianza clama: «Aquí no tengo nada, nada». Poco valen estas cuentas para alimentar tu confianza; pero aún no has terminado. ¿Qué vas a colocar delante de todos esos ceros? ¿Dónde colocarás al Infinito? Si lo colocas después de estas cifras, como en un número decimal, reduces el uno a una diezmilésima. Cada cero de los que se colocan delante del UNO roba su gloria, y le hace menguar. Pero si Él es puesto en primer lugar, delante de las cifras, ¡qué suma tan enorme! Esto no es fantasía; es aritmética pura. Ve y compruébala, y ve si no resulta matemáticamente cierto en el mundo espiritual. Aunque solos somos impotentes, el Señor está con nosotros.

Evidentemente, algunos predicadores no creen que el Señor esté con su evangelio, porque, para atraer y salvar a los pecadores, su evangelio es insuficiente, y han de añadirle invenciones humanas. Es preciso añadirle un suplemento a la sencilla predicación del Evangelio; por lo menos, así lo piensan. Brígida estaba ocupadísima cazando





UN MINISTERIO IDEAL

y matando moscas. Su señora le dijo: «¿Qué haces?» Ella replicó: «Vea usted, señora, hemos comprado algunos papeles cazamoscas, para atraparlas; y como ellas no vienen por sí mismas, yo las estoy pegando en el papel». No me interesan los papeles cazamoscas de este tipo. Si el Evangelio ha de ser un fracaso a menos que traigamos a las personas por métodos extraños, es mal negocio. Si el papel cazamoscas no las atrae y las retiene, quizá es mejor que quememos el papel. Si tu evangelio no es capaz de traer a las gentes a oírte, y si cuando vienen, no influyen en ellas y las convierte, renuncia. Abre una cafetería, o introdúctete en el comercio; pero no digas que tus charlas ineficaces son el bendito Evangelio. Si no eres consciente de un poder y una presencia sobrenaturales con la Palabra de Dios, déjalo. Alguien me decía: «Usted pide a los pecadores muertos que crean». Me reconocí culpable, pero le dije que pensaba hacerlo de nuevo. Él replicó: «Yo no sabría hacerlo, me daría la impresión de que era inútil». A lo que yo contesté: «Es posible que para usted sea inútil hacerlo, pues no tiene la fe necesaria; pero, dado que creo que Dios me manda hacerlo, transmito el mensaje en el nombre del Señor, y los pecadores muertos creen y viven». No confío en que el pecador muerto tenga poder para vivir, sino en que el Evangelio tiene poder para hacerle vivir. Ahora bien, si tu evangelio no tiene el poder del Espíritu Santo, no puedes predicarlo con confianza, y eres tentado a organizar una función en el aula grande para atraer a las gentes a quienes Cristo crucificado no atrae. Si dependes de las reuniones musicales, los violines y las funciones semiteatrales, estás desacreditando la religión que pretendes honrar.

Asimismo, queridos amigos, *nuestra posición respecto al Señor es la de esperar su venida*. No sé hasta qué punto la mayoría de vosotros os sentís profundamente afectados en cuanto a la grata verdad de la segunda venida; pero confío en que muchos creéis en ella, y sois vivificados por esta fe. Esa gran esperanza está ganando terreno entre los amantes de la doctrina Evangélica. Al prin-





EL MINISTRO EN NUESTROS TIEMPOS

cipio, los ministros parecían algo temerosos de esta gran creencia, a causa del fanatismo que se supone engendra. También ciertos charlatanes causan grandes daños al pretender que saben el día y la hora en que el Señor vendrá. No nos es dado conocer los tiempos y las sazones; pero *el Señor vendrá*. Ya está en camino ahora, pues dice: «He aquí, yo vengo pronto». El Señor puede venir muy pronto; ciertas señales alientan nuestras esperanzas hasta alturas muy grandes. El amor de muchos se enfría, y el diablo está más ocupado que nunca; y esto último no es señal dudosa. Cuando veis al campesino que empieza a quemar las puertas y a derribar los setos destapar los graneros, etcétera, decís: «El arriendo de esa persona ha expirado». Satanás se enoja enormemente cuando sabe que su tiempo es breve. En el caso del niño endemoniado, leemos: «Mientras se acercaba el muchacho, el demonio le derribó y le sacudió con violencia». Sabía que iba a ser expulsado, de modo que hizo lo peor que pudo. El doble velo de los cielos sólo se reviste en la parte más oscura de la noche que precede a la aurora del día. Cuando se dobla la cuenta de los ladrillos, aparece Moisés; y lo mismo se aplica a nuestro Liberador, que es mayor aún. Tomemos aliento, y esforcémonos; pues mientras exaltamos a Cristo y glorificamos su nombre, Él está en camino para intervenir en la disputa de su pacto, y arrollar absolutamente a sus enemigos.

Finalmente, dos o tres palabras sobre NUESTRA POSICIÓN COMO INDIVIDUOS. Quizás alguna frase pueda llegar con poder a este o aquel hombre.

Permitidme que os aconseje *ser cabales*. Deseo con toda mi alma que tengamos entre nosotros más hombres en la plenitud del vigor espiritual y mental. Lo que más falta en este período son hermanos que conozcan el Evangelio por sí mismos, que hayan tenido una experiencia personal de su poder, que lo hayan probado como se prueba la plata en un horno de barro, y que le den tal valor, que antes perderían la vida que renunciar a este Evangelio.





UN MINISTERIO IDEAL

Tenemos demasiados entre nosotros que suelen ir a donde se les conduce, y que sin falta nadarán en la dirección correcta si la corriente es lo suficientemente fuerte para llevarlos consigo; esto está muy bien cuando el viento sopla desde donde debe, pero en los casos de mal tiempo son de poca utilidad. En esta hora hay un llamamiento que pide hombres capaces de afrontar el torrente y nadar río arriba. Necesitamos héroes dispuestos tanto a ir solos, si es necesario, como a andar junto a mil camaradas. Necesitamos hombres que piensen por su cuenta, y no lo dejen a un lado con la colada. Han comprendido la verdad; y habiendo ido a Dios con ella, y después de sentir el poder de esta verdad en sus propias almas, no permiten que se les aparte de la esperanza de su vocación. Son columnas de la casa de nuestro Dios, y habitan en tales lugares; y no son meras orugas, de las que se arrastran buscando algo que comer. Necesitamos capitanes para la nave celestial, que conozcan la longitud y la latitud en donde se encuentran, y puedan decir de dónde vienen y a qué puerto se dirigen. Nuestro comandante necesita guerreros de verdad para esta hora de lucha. Actualmente, un hombre es más precioso que el oro de Ophir. Dependere en estos días del juicio de los amigos o del de los enemigos, es ser meramente medio hombre. Levantémonos ante el Dios viviente en toda integridad, y no busquemos la protección de sociedades o individuos. ¿Estáis todos en este estado? Me temo que los que dependen de Dios son aún pocos. Tenemos aún miembros en nuestras iglesias que no saben si un sermón ha sido bueno hasta haber consultado a aquel anciano que es su oráculo. Algunos no tienen opinión hasta que han estado en «la reunión fraternal». Han de oír la campana de la oveja que va delante antes de saber por dónde hay que ir; pues ni oyen ni conocen la voz del Maestro. Hermano, necesitarás el Espíritu en tu propia alma; pues la senda de la justicia pasa por tierras solitarias, y si no te atreves a ir solo, nunca alcanzarás la Ciudad Celestial.





A continuación, es preciso que en estos tiempos aprendamos a *seleccionar nuestras compañías*. Cuando un hombre anda en la justicia, que no transija asociándose con los que no tienen una posición clara. ¿Por qué dejarse arrastrar y hundir a causa de estar agarrado a los restos de un naufragio que se están hundiendo? Estar en continua conversación con los que no tienen afinidad con las grandes verdades del Evangelio, es correr peligro perpetuo. Por mi parte, encuentro que la asociación con personas de posición relajada es demasiado dolorosa para mí. Los hombres de mentalidad mundana son compañía mezquina para las mentes espirituales. Los hombres con puntos de vista nuevos, hábitos licenciosos, y conversación poco espiritual, son igualmente incómodos como amistades, especialmente cuando pretenden ser muy ortodoxos, y al mismo tiempo no creen nada de la antigua fe. Libraos de toda relación que ponga en tela de juicio vuestra propia felicidad. No habléis de separación de lo que es malo, permaneciendo al mismo tiempo en comunión con ello. Sed tan castos en vuestras compañías como en vuestras personas, pues de lo contrario sólo podéis esperar males.

Además, *vivid vidas santificadas*. No puedo decir esto con suficiente énfasis. Quisiera dejar ese clavo bien clavado. Sed santos, pues servís a un Dios santo. Si hicierais un regalo a un príncipe, no le buscaríais un caballo cojo; no le ofreceríais un libro del que hubiesen sido arrancadas algunas hojas, ni le llevaríais un reloj cuya maquinaria estuviese estropeada. No, a aquél a quien honraseis y amaseis, le daríais lo, mejor de lo mejor. Dad lo mejor que tengáis al Señor. Procurad estar en las mejores condiciones posibles cuando le sirváis. Pedidle que os haga perfectos en toda buena obra para hacer su voluntad, y entonces presentaos a Él como sacrificio vivo. Que ninguno de nosotros predique un sermón y luego tenga que pensar: «Podría haberlo hecho mejor, pero estuvo bien para un público tan escaso». Un miércoles por la noche, en una casa de campo, aunque no haya más de media docena de oyentes, y aunque esos sean ancianas, haced todo lo que





UN MINISTERIO IDEAL

podáis. Nuestro mejor fruto es de por sí pobre. *Nunca deis algo en vez de lo mejor* que podéis dar. Reservad para dar lo mejor y más completo que podáis producir para Cristo; que vuestra vida entera sea el esfuerzo más noble de que sois capaces. Decía anoche que el ministro que puede hacer más y no lo hace, es un haragán. Y así es. Es preciso que hagamos todo lo que podemos, y que lo hagamos de la manera más perfecta que sepamos, pues de lo contrario somos unos holgazanes. El que puede decir en verdad que ya no sabe hacer más, y que si supiera hacer algo más lo haría en seguida, ha llegado al punto que desea Cristo. ¡Cuán pocos de nosotros podríamos en conciencia afirmar que hemos seguido este camino!

Sed diligentes en la acción. Preparad todas las herramientas. Usad todas las facultades para Jesús. Estad despiertos a las oportunidades, y sed rápidos en aprovecharlas. Creed que la menor de las esferas tiene en sí gloriosas ocasiones de ensanchamiento. En un pequeñísimo pueblo, se pueden obtener resultados infinitos. Si un lugar está evangelizado, dirigíos a otro; y haced siempre como los habitantes de un terreno común, usando una valla plegable, que cada vez pueda abarcar más terreno. El contentarnos con lo que hacemos ha de estar lejos de nosotros, mientras hay todavía tantísima tierra que poseer. ¡Ojalá que alimentéis a vuestros rebaños como pastores, y los aumentéis siendo evangelistas! En este aspecto, sed fértiles, multiplicaos, y henchid la tierra. Es preciso que usemos todas las energías, y que tengamos en estos tiempos un espíritu aventurero y laborioso, para que podamos dar el jaque mate a las incesantes actividades del príncipe de las tinieblas.

En último lugar, deseo despediros con las siguientes palabras en vuestros oídos y en vuestro corazón: *Sed confiados en espíritu.* No vamos siquiera a tolerar un solo pensamiento de temor. Hace años, solían acusarme de ser demasiado vehemente, petulante y jocos; pero últimamente la acusación ha variado, y ahora se me denuesta como desesperado, bilioso y morboso. Afirmo que mi inocen-





cia está bien clara. ¿Habéis leído *Las Vinagreras* (1), escrito por una persona morbosa, que nunca sonrío, que es pesimista, alarmista, y sueña con horribles catástrofes que nunca ocurren? Esta descripción debe haber sido originalmente compuesta para hablar de otra persona. Protesto y afirmo que soy tan alegre como puedo permitírmelo. Si he sufrido tan gran transformación de estados de ánimo como para pasar de la alegría a la melancolía, es bien extraño que no me haya dado cuenta en lo más mínimo. No puedo apoyar la afirmación de que he perdido mi tendencia al humor, pues me ocurre todo lo contrario; y si no vigilara, llegaría a ser demasiado jocoso.

Algunos me han compadecido porque estoy en contra de tantos; pero pueden ahorrarse tal compasión, o dedicarla a los que están en el otro bando. Hace años, cuando prediqué un sermón sobre la regeneración bautismal, mi venerable amigo el doctor Steane, me dijo: «Se ha metido usted en agua hirviendo». Le contesté: «No; no noto que el agua hierva. La verdad es muy otra. Me siento perfectamente cómodo; no soy más que el fogonero, y otras personas están en el agua hirviendo, y hago todo lo que puedo para que hierva tanto que se alegren de salir de ella». No deseamos luchar; pero si lo hacemos, esperamos que los que necesiten conmiseración sean aquellos contra quienes contendemos. El agua caliente no me llega cerca, ni siquiera me llega a los ojos una oleada de vapor. Estoy dispuesto a que me ocurra lo que es inevitable que le ocurra al hombre que protesta completamente en serio; es decir, estoy dispuesto a ser objeto de críticas, malentendidos y tergiversaciones. El coste fue calculado hace tiempo, y de modo tan amplio, que no hay peligro de que sea sobrepasado. «Sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día». No cabe el temor; por lo menos, no veo que quepa mientras nos aferramos a la verdad. Nunca habéis cono-

(1) *The Salt-Cellars*. Colección de Proverbios, con notas familiares. Por C.H. SPURGEON, 2 vols.





UN MINISTERIO IDEAL

cido a un viejo lobo de mar apurado porque la marea esté descendiendo durante horas. ¡No! Espera confiadamente el cambio de marea, que llega a su debido tiempo. Aquella roca emerge desde hace media hora, y si el mar sigue descendiendo durante semanas, no habrá agua en el Canal de la Mancha, y los franceses vendrán a pie desde Cherburgo. Nadie habla tan puerilmente, pues semejante bajamar no ha de ocurrir nunca. Tampoco hablaremos como si el Evangelio hubiese de quedar descalabrado, y la verdad eterna arrojada de este país. Servimos a un Señor todopoderoso. Pompeyo, cuando le preguntaron qué haría si sus enemigos le atacaran, replicó: «Si levanto la mano, Italia entera hervirá de soldados». Así se jactaba; pero no es jactancia decir que si el Señor levanta la mano, puede conquistar para sí todas las naciones de la tierra frente al paganismo, al mahometanismo, al gnosticismo, al pensamiento moderno, y a todos los demás inmundos errores. ¿Quién es el que puede dañarnos si seguimos a Jesús? ¿Cómo podría ser derrotada Su causa? Ante el poder de Su voluntad, los convertidos acudirán a Su verdad tan numerosos como las arenas de la mar. ¿Acaso no está escrito: «Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder, en la hermosura de la santidad. Desde el seno de la aurora, tienes tú el rocío de tu juventud»? Por lo tanto, tened buen ánimo, y proseguid el camino cantando: Jehová de los ejércitos está con nosotros; nuestro refugio es el Dios de Jacob.»





LA FE

Legado el momento de que os hable, amados hermanos, deseo que Dios mismo sea el que se dirija a vosotros a través de mí.

El tema que he escogido para esta plática es la FE. Como creyentes en Cristo, todos nosotros somos del árbol genealógico de la fe. Hay dos líneas de descendencia que afirman tener derecho a la herencia del pacto. Una de ellas, encabezada por Ismael, hijo de Agar, es la rama de la naturaleza, los esfuerzos humanos y las obras. No nos consideramos parientes de ella. Sabemos que la más elevada posición que pueda alcanzar el hijo de la carne sólo terminará con el mandamiento: «Echa a esta sierva y a su hijo, porque el hijo de esta sierva no ha de heredar con Isaac mi hijo». Nosotros, hermanos, somos hijos de la promesa, nacidos no según la carne, no según la energía de la naturaleza, sino por el poder de Dios. Nosotros no descubrimos nuestro nuevo nacimiento en la sangre, ni en la voluntad de la carne, ni en la voluntad del hombre, sino en Dios solamente. No debemos nuestra conversión al razonamiento del filósofo ni a la elocuencia del orador, ni tampoco a nuestras cualidades naturales o a nuestros esfuerzos personales; somos, como Isaac, hijos del poder de Dios conforme a la promesa.

Ahora bien, a nosotros pertenece el pacto, pues ha sido decidido (y el apóstol ha declarado esta decisión en el nombre de Dios), que «a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simien-





UN MINISTERIO IDEAL

te, la cual es Cristo... Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa» (Gálatas 3:16, 29). Somos totalmente salvos por la fe. El día más luminoso que jamás alumbró sobre nosotros fue el día en que por primera vez «miramos a Él y fuimos alumbrados». Todo era oscuro hasta que la fe contempló el Sol de Justicia. La aurora de la fe fue para nosotros la mañana de la vida; sólo por la fe empezamos a vivir. Desde entonces hemos andado por fe. Siempre que hemos sido tentados a salirnos del sendero de la fe, hemos sido como los insensatos gálatas, y hemos tenido que sufrir por nuestra locura. Confío en que no habremos «padecido en vano» (Gálatas 3:4). Empezamos en el espíritu, y si hemos tratado de perfeccionarnos en la carne, pronto hemos descubierto que estábamos navegando por una ruta errada, y aproximándonos a los escollos. «El justo vivirá por la fe», es una verdad que ha resultado ser eficaz en nuestra experiencia, pues una y otra vez hemos visto que en cualquier otro camino la muerte nos mira de frente; y, por lo tanto, «nosotros por el Espíritu aguardamos por fe la esperanza de la justicia » (Gálatas 5:5).

Ahora pues, hermanos, ya que nuestro árbol genealógico es el de la fe, y nuestro derecho a los privilegios del pacto es el de la fe, y nuestra vida en su principio y su continuación es toda de la fe, puedo atreverme a decir que nuestro ministerio es, también, el de la fe. Somos heraldos a los hijos de los hombres, no de la ley del Sinaí, sino del amor del Calvario. Venimos a ellos, no con el mandamiento «Haz esto y vivirás», sino con el mensaje «Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo». Nuestro es el ministerio de la fe llena de gracia, y no es según hombre, ni conforme a la ley de un mandamiento carnal. No predicamos los méritos del hombre, sino a Cristo crucificado.

El objeto de nuestra predicación, así como su doctrina, es la fe; pues no pensamos haber hecho nada por los pecadores hasta que por el poder del Espíritu Santo los traemos a la fe; y sólo tenemos por útil nuestra predicación a los santos cuando los vemos crecer en la fe. Así





LA FE

como la fe es en nuestra mano el poder con el cual sembramos, y a medida que la semilla que sembramos es asimilada por fe, y empapada en la fe, así también la cosecha que deseamos es ver la fe brotando en los surcos de los corazones humanos para alabanza y gloria de Dios.

Por lo tanto, entretejida con nuestra vida espiritual entera y con todo nuestro trabajo ministerial, está la doctrina y la gracia de la fe; y, por lo tanto, debemos ser muy claros en este aspecto, lo cual es negocio pequeño; y debemos ser muy sanos en este aspecto, lo cual es asunto de importancia. Es sobre este tópico que os voy a hablar, orando fervientemente para que cada uno de nosotros sea como Abraham, «fortalecido en la fe, dando gloria a Dios», y como Esteban, «lleno de fe y del Espíritu Santo».

Nuestra obra exige especialmente fe. Si fracasamos en la fe, sería mejor no haberla empezado; y a menos que obtengamos fe en proporción al servicio, pronto nos cansaremos de él. La observación ha demostrado siempre que la eficacia en el servicio del Señor generalmente está muy proporcionada a la fe. Ciertamente no está en proporción con la capacidad, ni siempre va paralela a una exhibición de celo; pero es invariablemente conforme a la medida de la fe, pues, ésta es, sin excepción, la ley del Reino: «Conforme a vuestra fe os sea hecho». Es, pues, esencial que tengamos fe si hemos de ser útiles, y que tengamos gran fe si hemos de ser grandemente útiles. Por muchas otras razones además de la utilidad (a saber, incluso para poder resistir a los enemigos de la verdad, y para poder resistir las tentaciones que rodean nuestra labor), es imperativo que tengamos abundante confianza en el Dios vivo. Nosotros más que todos los hombres, necesitamos la fe que mueve montañas, por la cual, en tiempos antiguos, los hombres de Dios «conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesa, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga ejércitos extranjeros».

Uno de los hermanos observaba en la reunión de ano-





UN MINISTERIO IDEAL

che que yo os he inducido al hábito de decir: en primer lugar, en segundo lugar, y en tercer lugar. Tengo que reconocer mi culpabilidad en esta acusación; pero, al mismo tiempo, debo continuar siguiendo el mismo método; pues no lo considero un defecto, sino una práctica útil para el orador en la ordenación y utilización de sus pensamientos, y eficaz para que el oyente recuerde el sermón. Podemos arriesgarnos a ser metódicos cuando el serlo es útil. Aun sin seguirla servilmente, la costumbre de anunciar las divisiones de un discurso puede generalmente aceptarse y, de todos modos, pienso mantenerla hoy.

I. Primeramente me propongo hablar, tocante a la fe, bajo el título que podría ser esta pregunta: ¿EN QUÉ TENEMOS FE NOSOTROS COMO MINISTROS, O POR LO MENOS GRAN NECESIDAD DE ELLA?

Primeramente, tenemos *fe en Dios*. Creemos «que le hay, y que es galardonador de los que le buscan». No creemos en que los poderes de la naturaleza operen por sí mismos independientemente de las constantes emanaciones de poder del Grande y Poderoso, que es sustentador así como creador de todas las cosas. Lejos de nosotros desenterrar a Dios de su propio universo. Tampoco creemos en una deidad meramente nominal, como hacen aquellos que pretenden que todas las cosas son Dios, pues nosotros concebimos el panteísmo sencillamente como otra forma del ateísmo. Conocemos al Señor como una existencia personal definida, un Dios real, infinitamente más real que las cosas que se ven y se tocan, más real aun que nosotros mismos, pues no somos sino sombras; sólo *Él* es el YO SOY, siempre el mismo por los siglos de los siglos.

Creemos en un Dios de propósitos y planes, que no ha dejado que un destino ciego tiranice el mundo, y mucho menos que una casualidad sin objetivo lo lleve de aquí para allá. Ni somos fatalistas, ni dudamos de la providencia y predestinación. Somos creyentes en un Dios «que hace todas las cosas según el designio de su voluntad». No concebimos que el Señor se haya ido del mundo aban-





LA FE

donándolo, y con él a los habitantes del mismo; creemos que Él preside continuamente todos los asuntos de la vida. Por la fe percibimos la mano del Señor concediendo a cada brizna de hierba su correspondiente gota de rocío, y a cada cría de cuervo su necesario alimento. Vemos el poder de Dios presente en el vuelo de todos los gorriones, y oímos Su bondad en el canto de cada alondra. Creemos que «de Jehová es la tierra y su plenitud»; vamos por ella, no como por los dominios de Satanás donde no llega la luz, ni por un caos donde se desconoce la autoridad, ni por un mar hirviente donde las oleadas irresistibles del destino hacen naufragar a los mortales caprichosamente; sino que andamos avanzando con audacia, teniendo a Dios en nosotros y alrededor nuestro, viviendo, moviéndonos y teniendo nuestro ser en Él, y así, por la fe, habitamos en un templo de la providencia y la gracia en donde todo habla de su gloria. Creemos en un Dios presente dondequiera que estemos, en un Dios que obra y actúa cumpliendo sus propósitos de modo constante y seguro en todos los asuntos, lugares y momentos; realizando sus designios tanto en lo que parece malo como en lo que es manifiestamente bueno; en todas las cosas avanzando en su carro eterno hacia la meta escogida por la sabiduría infinita, sin aminorar jamás el paso ni tirar de las riendas, sino progresando siempre sin pausa conforme a la fortaleza sempiterna que hay en Él. Creemos que este Dios es fiel a todo lo que ha hablado, que no puede mentir ni cambiar. El Dios de Abraham es el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, y es nuestro Dios hoy. No creemos en las opiniones siempre cambiantes acerca del Ser Divino que están siendo adoptadas por las diversas filosofías; el Dios de los hebreos, Jehová, Jah, el Poderoso, el Dios que cumple el pacto es nuestro Dios; «este Dios es Dios nuestro eternamente y para siempre: Él nos guiará aun más allá de la muerte».

Si somos necios o no en creer en Dios así, el mundo lo sabrá un día; y si es más razonable creer en la naturaleza, o en poderes que obran por sí mismos, o no creer en nada, que creer en un Ser que existe por sí mismo,





UN MINISTERIO IDEAL

dejaremos que la eternidad lo decida. Entre tanto, para nosotros, la fe en Dios es no solamente una necesidad de la razón, sino el fruto de un instinto infantil que no se detiene a justificarse a sí mismo por medio de argumentos, siendo nacido en nosotros con nuestra naturaleza regenerada misma.

Al mismo tiempo, nuestra fe se centra muy ferviente e intensamente en el *Cristo de Dios*. Nuestra confianza está en Jesús; creemos todo lo que la historia inspirada dice de Cristo, no haciendo de Él ni de su vida un mito, sino aceptando como hecho que Dios habitó ciertamente entre los hombres en carne humana, y que en la cruz del Calvario fue realmente ofrecida, por el Dios encarnado, una expiación. Sin embargo, para nosotros, el Señor Jesucristo no es tan sólo un Salvador del pasado. Creemos que «subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad», y que «vive siempre para interceder por los que por Él se allegan a Dios». En la catedral de Turín vi una vez algo muy notable: el supuesto sudario del Señor Jesucristo, que es devotamente adorado por multitudes de católicos. Al contemplar estas reliquias, no pude evitar la reflexión de que los emblemas de la muerte de Cristo era todo lo que de Él poseía la Iglesia de Roma. En vano muestran la verdadera cruz, pues le crucifican de nuevo; en vano oran en su sepulcro, pues no está allí, ni en la Iglesia de ellos; y en vano aseguran se trata de su sudario, pues conocen solamente un Cristo muerto. Pero, amados hermanos, nuestro Cristo no está muerto, ni se ha dormido; anda aún entre los candeleros de oro, y tiene las estrellas en su mano derecha.

Nuestra fe en Jesús es muy real. Creemos en aquellas amadas heridas tuyas más que en cualquier otra realidad; para nosotros no hay un hecho tan seguro como que fue muerto y nos ha redimido para Dios con su sangre. Creemos en el resplandor de su gloria; pues nada nos parece tan necesariamente cierto como que el que fue obediente hasta la muerte, en justa recompensa, sea coronado de gloria y honra. Por esta razón, también creemos en un Cristo





LA FE

verdadero que aún ha de venir por segunda vez, así como subió a los cielos; y aunque no preguntemos minuciosamente por los tiempos y las sazones, sin embargo, estamos «esperando y apresurándonos para la venida del día de Dios», en cuyo tiempo esperamos la manifestación de los hijos de Dios, y la resurrección de sus cuerpos de la tumba. Cristo Jesús no es ninguna ficción para nosotros; y con el doctor Watts, cantamos:

Mientras los judíos en su propia ley confían,
Y se jactan los griegos de sabiduría,
Nosotros el encarnado misterio amamos,
Y nuestra confianza en él ponemos.

Tenemos igual confianza, hermanos amados, en el *Espíritu Santo*. Creemos con fe no fingida en su deidad y personalidad. Hablamos de sus influencias, porque tiene influencias, pero no olvidamos que es una Persona de quien emanan esas influencias; creemos en sus funciones, pues tiene funciones, pero nos gozamos en la Persona que las cumple, y las hace efectivas para nuestro bien. Cada uno de nosotros quisiera decir devotamente: «Creo en el Espíritu Santo». No obstante, hermanos, ¿creéis en el Espíritu Santo? «Sí», decís unánime, espontánea y enfáticamente. «Sí», digo yo también; pero no os apesadumbréis si os pregunto, una vez más, si verdaderamente y de cierto creéis en Él; pues hay muchas maneras de creer. Hay una manera de creer que aplico al hombre, creyendo en él con una base muy endeble, y sin arriesgar ni un penique de mi sustancia; pero hay otra forma de creer en un hombre, en que me doy cuenta de que sería capaz de confiarle mi propia vida, con la seguridad de que me sería fiel, y de que me resultaría un ayudador eficaz y bien dispuesto. ¿Tenemos esta clase de confianza en el Espíritu Santo? ¿Creemos que en este instante puede revestirnos de poder como hizo con los apóstoles en Pentecostés? ¿Creemos que, bajo nuestra predicación, mil almas podrían nacer de nuevo en un día por medio de Su poder? Si todos creemos así, podemos considerarnos felices al formar parte





UN MINISTERIO IDEAL

de semejante asamblea, pues la mayoría de los cristianos, después de un sermón, aunque sólo doce personas exclamaran: «¿Qué debemos hacer para ser salvos?» dirían exactamente como los incrédulos judíos: «Estos hombres están llenos de mosto». Condenarían todo el asunto atribuyéndolo a una excitación peligrosa; nunca imaginarían que fuera cosa del Señor. Por esta razón, llego apenado a la conclusión de que en la Iglesia no existe la fe en el Espíritu Santo que debiera haber; y, sin embargo, tan ciertamente como oímos la voz que dice: «el poder pertenece a Dios»; tan ciertamente como oímos la voz divina del Hijo diciendo: «Creéis en Dios, creed también en mí»; igualmente cierto es que la tercera Persona de la bendita Trinidad tiene derecho a nuestra completa confianza, y ¡ay de nosotros si le entristecemos con nuestra incredulidad! Cuando tengamos plena fe en el Dios Trino, entonces seremos «fortalecidos en el Señor, y en el poder de su fuerza».

Además de esto, queridos hermanos, vosotros y yo creemos en las *doctrinas del Evangelio*. Hemos recibido las certezas de la verdad revelada. Éstas son cosas muy creídas entre nosotros. No nos inclinamos ante las teorías de los hombres acerca de la verdad, ni admitimos que la teología consista en «puntos de vista» y «opiniones». Declaramos que hay ciertas verdades, esenciales, permanentes, eternas, de las cuales es ruinoso desviarse. Estoy profundamente apenado al oír a tantos ministros hablar como si la verdad de Dios fuese una cantidad variable, un asunto de formación cotidiana, una especie de nariz de cera a la que hay que dar nueva forma constantemente, o algo así como una nube llevada por el viento. ¡No es así como yo creo! He recibido el encargo de ser un mero eco de los puritanos, pero antes prefiero ser el eco de la verdad que la voz de la falsedad. Quizá sea la falta de intelecto lo que nos impide apartarnos del antiguo buen camino; pero aun esto es mejor que la falta de gracia, que es la causa de los perpetuos abandonos y cambios de creencias de los hombres. Podéis tener la seguridad de que no hay





LA FE

nada nuevo en teología excepto lo que es falso; y que los hechos de la teología son hoy en día lo que eran hace dieciocho siglos.

Pero, en nuestros días, los que a sí mismos se llaman «hombres de progreso», que comenzaron predicando el Evangelio, degeneran a medida que avanzan, y su teología, a semejanza de los caracoles, se derrite a medida que avanza. Espero que nunca será así con ninguno de nosotros. Me gusta comparar la carrera de ciertos teólogos con el viaje de un barril de vino romano desde la viña hasta la ciudad. Empieza saliendo del lagar como zumo de uva puro; pero en la primera parada, los conductores del carro tienen que calmar su sed necesariamente; y cuando llegan a una fuente, ponen agua para reemplazar el vino que se han bebido. En el siguiente pueblo, varios amantes del vino mendigan o compran un poco, y el discreto carretero le echa otro poco de agua. Esta operación se repite una y otra vez hasta que, al entrar en Roma, el líquido es notablemente diferente del que salió de la viña. Hay una manera de «administrar» el Evangelio muy similar. Se descarta un poco de la verdad, luego otro poco, y los hombres llenan el vacío con opiniones, inferencias, especulaciones y sueños, hasta que su vino está mezclado con el agua, sin ventaja alguna para el agua. Muchos predicadores, y lo digo con pena, han construido una torre de especulaciones teológicas, sobre la cual se sientan, como Nerón, tocando la lira al son de su propia filosofía, mientras el mundo está ardiendo en pecado y desdicha. Están jugando con los juguetes de la especulación mientras se pierden las almas de los hombres.

Gran parte de la sabiduría humana es una mera fachada para cubrir la ausencia de piedad vital. En Italia, viajé en unos vagones de primera clase que estaban tapizados con preciosos bordados, y pensé, en el primer momento, que esto era un privilegio para los viajeros, ya que sin duda delicados dedos habrían producido tan suntuoso adorno; pero pronto descubrí que aquellos primorosos bordados servían simplemente para cubrir la grasa y la suciedad del





UN MINISTERIO IDEAL

pañó que había debajo. Una gran parte del precioso sentimentalismo y la religiosidad que se predicán ahora es un mero bordado que cubre detestables herejías hace tiempo rechazadas, que no osaban comparecer de nuevo sin un disfraz para su deformidad. Con palabras de humana sabiduría y especulaciones de invención propia, los hombres disfrazan la falsedad y engañan a muchos. Demos nosotros al pueblo lo que Dios nos da. Sea cada uno de vosotros como Miqueas, quien declaró: «Vive Jehová, que lo que mi Dios me dijere, eso hablaré». Si es necedad aternos a lo que hallamos en la Escritura, y si es locura creer en la inspiración verbal, nos proponemos seguir siendo necios hasta el fin, y esperamos encontrarnos entre lo necio del mundo, que Dios ha escogido para confundir a los sabios, «a fin de que nadie se jacte en su presencia».

Hermanos, nuestra fe, descansando sobre las doctrinas del Evangelio y sobre el Dios del Evangelio, abarca también *el poder de la oración*. Creemos en el poder de las súplicas. Me temo que esta creencia está pasando de moda en el llamado mundo cristiano.

La teoría de algunos es que la oración nos es útil, pero que no puede afectar a Dios; y mucho es lo que se dice acerca de la imposibilidad de que los propósitos divinos sean cambiados y de la absoluta improbabilidad de que un ser finito afecte a Dios por medio de sus clamores. También sostenemos que los propósitos de Dios son invariables; pero, ¿qué diremos si la oración es parte de su propósito, y qué si Él ordena que su pueblo ore cuando se propone bendecirlo? La oración es una de las ruedas necesarias en la maquinaria de la Providencia. El ofrecimiento de oraciones es tan eficaz en los negocios del mundo y en la producción de acontecimientos, como el levantamiento de las dinastías o la caída de las naciones. Creemos que Dios, muy en verdad, escucha las voces de los hombres.

Por mi parte, si alguien me dijera ahora: «Dios no oye la oración; tal noción es supersticiosa», yo le replicaría: «De ninguna manera, pero no voy a argumentar con us-





ted. Se trata de una cuestión enteramente personal que toca a mi propio carácter: ¿soy un hombre honrado o no lo soy? Si soy persona fidedigna, vale la pena recibir mi testimonio; y declaro solemnemente que el Señor ha oído y contestado mis oraciones docenas y centenares de veces, y que las respuestas han venido tan a menudo y tan singularmente que no podían haber sido meras coincidencias». No es conveniente argumentar más allá de este punto: «A menos que usted esté dispuesto a declararme embustero, usted está tan obligado a creer los hechos que yo afirmo haber presenciado como yo lo estoy a creer cualquier cosa que usted afirme solemnemente ser cierta».

Hermanos, no debemos profesar siempre nuestra capacidad de demostrar verdades bíblicas a personas impías, pues muchas de esas verdades están fuera del campo de su entendimiento. Yo no trataría de demostrar a un ciego que la hierba es verde y el cielo azul, porque no puede tener idea de la proposición que estoy probando. Argumentar, en tal caso, es necedad por ambos lados. Para nosotros, de todos modos, la oración no es cosa vana; vamos a nuestra cámara solos, creyendo que cuando oramos estamos efectuando una operación elevada y real. No doblamos la rodilla meramente porque sea un deber, y un ejercicio espiritual encomiable; sino porque creemos que en el oído del Dios eterno decimos nuestras necesidades, y que su oído está unido a un corazón que late por nosotros, y una mano que obra en favor nuestro. Para nosotros, la verdadera oración es verdadero poder.

Otro punto que considero esencial para la fe de un ministro, es que creemos en nuestro *encargo de predicar el Evangelio*. Si algún hermano aquí no está seguro de su llamamiento al ministerio, que espere hasta estarlo. El que duda de si es enviado por Dios, vacila; pero el que está cierto de su llamamiento de lo alto, exige un público y lo inspira; no se excusa por su existencia ni por sus palabras; sino que desempeña su labor como un hombre, y habla audazmente la verdad de Dios en nombre del Señor. Tiene un mensaje que dar, que siente la necesidad de





UN MINISTERIO IDEAL

dar, pues ¡ay de él si no predica el Evangelio! Ante los ritualistas, que se jactan de tener ellos solos la sucesión apostólica, declaramos tener nosotros el cometido verdadero, y que sus pretensiones son falsas. No rehuimos someter nuestras afirmaciones a la prueba que el mismo Señor ha instituido: «Por sus frutos los conoceréis». Creemos que Dios nos ha ungido para predicar el Evangelio, y lo predicamos, en efecto; pero ¿quién testificará que estos «sacerdotes» conocen siquiera el Evangelio? Bajo el ministerio de nuestra palabra, el Espíritu de Dios regenera los hombres, pero no obra de igual manera por medio de estos farsantes. Ni siquiera comprenden lo que es la regeneración, sino que la confunden con una aspersión ceremonial. Nuestro Evangelio satisface el corazón, renueva la naturaleza y consuela el alma; pero ¿pueden estos hipócritas hacer lo mismo con sus encantamientos? Si son apóstoles, que nos muestren sus señales. Afirmamos ser los ministros del Señor; y nuestras cartas de recomendación están escritas en muchos corazones.

Ahora, habiendo detallado los grandes puntos de nuestra fe, permitidme que os diga, hermanos, que creemos que a causa de todo esto, y no obstante lo escaso de nuestros recursos, el Gran Pastor de las ovejas nos concederá una suficiencia total con que alimentar a su pueblo. Creyendo en el Dios todo suficiente, esperamos ver la multiplicación de nuestros panes y peces. Por consiguiente, no nos reservamos nada, sino que damos ahora todo lo que tenemos. En Roma, vi una fuente que representaba un hombre sosteniendo un cántaro, del cual manaba perpetuamente una copiosa corriente de agua. Nunca había mucha agua en el cántaro de mármol, y sin embargo ha estado manado continuamente desde hace cuatrocientos o quinientos años. De modo que derramemos de nuestra misma alma todo lo que el Señor nos imparte. Desde hace más de veinte años he dicho todo lo que sé, hasta quedarme seco cada vez, y, no obstante, mi corazón burbujea aún lleno de buenas cosas. Conozco algunos hermanos en el ministerio que son comparables al gran tonel de





LA FE

Heidelberg, en cuanto a capacidad, y sin embargo el pueblo no recibe tanta verdad evangélica de ellos como de predicadores de capacidad muy inferior que han adquirido la costumbre de dar todo lo que tienen. Creemos que el Espíritu de Dios será en nosotros una fuente de agua que salte para vida eterna, y actuamos de acuerdo con esa convicción. No esperamos almacenar muchos bienes para muchos años; sino que, de la manera que vivimos del pan cotidiano, así también alimentamos a nuestro pueblo de provisiones continuamente renovadas. Desprendámonos de los recursos enmohecidos, pasto de los gusanos, del maná de ayer, y busquemos día a día una nueva provisión.

Hermanos, nuestra fe discierne a nuestro lado una *acción invisible*. Mientras estamos obrando, Dios también está obrando. Nosotros no consideramos que las fuerzas alistadas a nuestro lado estén limitadas al público; sabemos que, durante toda la semana, Dios, por medio de los cuidados, las aflicciones y las dificultades, y a veces mediante el gozo y el consuelo, está preparando al pueblo para recibir lo que Él nos ha encargado enseñarle. Contemplamos nuestras congregaciones, y quizá nos inclinamos a clamar en nuestra incredulidad: «Maestro, ¿qué haremos?» Pero nuestros ojos son abiertos y vemos caballos y carros de fuego en torno al profeta del Señor; influencias misteriosas están cooperando con el ministerio de la gracia. Cuando se estaba abriendo el túnel del Mont Cenis, un grupo de técnicos estuvo trabajando desde el lado italiano durante seis años, esperando que, al final de aquel período, verían una carretera abierta a través de la montaña. Sabían que, a la velocidad con que trabajaban, la labor requeriría doce años por lo menos, pero al mismo tiempo sabían que se terminaría en seis años, porque había otro grupo, en el lado francés, trabajando para reunirse con ellos; y, efectivamente, a su debido tiempo, se encontraron con toda precisión. No puedo entender estos milagros de la técnica, y no sé cómo dos grupos perforadores de túneles logran encontrarse en el corazón de los Alpes; tampoco sé cómo es posible que la obra del Señor en las conciencias





UN MINISTERIO IDEAL

de los hombres encaje con la mía, pero estoy completamente seguro de que así será, y por lo tanto, en fe, prosigo mi trabajo con todas mis fuerzas.

La fe nos lleva a creer que *las dificultades van dirigidas hacia el éxito*. A causa de que creemos en Dios, y en su Santo Espíritu, creemos que las dificultades serán en gran manera santificadas para nosotros, y que son tan sólo colocadas como escalones para llegar a resultados más importantes. Hermanos míos, nosotros creemos en las derrotas; creemos en volver con el estandarte arrastrado por el lodo, persuadidos de que éste puede ser el camino más seguro al triunfo duradero. Creemos en la espera, en el llanto y en la agonía; creemos en que la falta de éxito nos prepara para hacer un trabajo mayor y más elevado, para el cual no habríamos sido aptos a menos que la angustia hubiese afinado nuestra alma. Creemos en nuestras debilidades, y aun nos gloriamos en ellas; damos gracias a Dios de no ser tan elocuentes como quizá desearíamos ser, y de no tener toda la capacidad que quizá quisiéramos, porque así conocemos que la excelencia del poder será de Dios, y no de nosotros. La fe nos capacita para gozarnos en el Señor de que nuestras debilidades se convierten en plataformas para exhibición de Su gracia. Hermanos, creemos que aun nuestros enemigos, en las manos de Dios, sirven a nuestros intereses más sublimes; están uncidos al carro de Dios.

Quizá, de todos los poderes que realizan los propósitos divinos en el mundo, ninguno lo hace más que el diablo mismo. No es sino un pinche en la cocina del Eterno; sin querer, realiza gran parte del trabajo en el que Dios no pondría a sus propios hijos trabajo que es tan necesario como el que realizan los serafines. No creáis que el mal es una potencia rival de igual poder al buen Dios. No, el pecado y la muerte, como los gabaonitas, son cortadores de leña y portadores de agua para los propósitos divinos, y aunque ellos no lo sepan, cuando los enemigos del Señor más deliran y rabian, cumplen Sus propósitos eternos para alabanza de la gloria de Su sabiduría y gracia.





LA FE

Además, hermanos, creemos en *el Evangelio como poder de Dios para salvar*. Sabemos que para todo caso de enfermedad espiritual tenemos una cura infalible; no necesitamos decir a hombre alguno: «No tenemos buenas noticias de Dios para ti». Creemos que hay una manera de llegar a todos los corazones. Hay una rendija en la armadura de todo pecador, aunque sea un Acab, y podemos tensar el arco confiadamente, orando para que el Señor dirija la flecha para que penetre por esta rendija. Si creemos en Dios, nada puede ser demasiado difícil ni demasiado pesado para nosotros. Si creo tan sólo en mí mismo, se me antoja que un pecador endurecido puede negarse a escuchar mis razonamientos, y puede no sentirse conmovido por mis afectuosos discursos; pero si creo en el Espíritu Santo, tengo la impresión de que Él puede conseguir ser oído, y llevar convicción a la conciencia. Hermanos, creemos en el poder de la verdad. No esperamos que la humanidad entera ame la verdad; no esperamos que el Evangelio llegue a ser popular entre los grandes y los eruditos, pues recordamos aquellas palabras del apóstol: «No muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles, son escogidos»; pero no creemos que el Evangelio haya entrado en decadencia a causa de los años transcurridos. Cuando los sabios necios de este siglo hablan con desprecio del Evangelio antiguo, rinden un homenaje inconsciente a su poder. No creemos que nuestro gran castillo y refugio se haya tambaleado y haya caído al suelo, porque los hombres lo digan. Recordemos a Rabsaces; cómo desafió al Señor, y cómo, no obstante, ocurrió al rey de Asiria lo que el Señor había dicho: «No entrará en esta ciudad, ni arrojará saeta en ella; no vendrá delante de ella con escudo, ni levantará contra ella baluarte. Por el camino que vino, se volverá, y no entrará en esta ciudad, dice Jehová». Hemos visto suficientes filosofías volver «al vil polvo de donde brotaron», para saber que toda su especie es del orden de la calabacera de Jonás. Nosotros, por lo tanto, esperamos en confianza, y nos tomamos tiempo pacientemente. Estamos seguros de la victoria antes de poco tiempo.





UN MINISTERIO IDEAL

Si nuestro Evangelio es cierto, medrará y Dios obrará por nosotros; por lo tanto, estamos «firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre». Si no vemos almas salvas hoy o mañana, seguiremos aún trabajando. No es nuestra la ingrata tarea de Sísifo, rodando una piedra monte arriba, piedra que después ha de rebotar contra nosotros; ni tampoco la tarea de las hijas de Danao, que trataban de llenar un vaso sin fondo. Nuestro trabajo quizás no sea más rápidamente visible que las islas que los zoófitos de coral están construyendo por debajo de las azules olas del mar austral. Pero el escollo sigue subiendo, puesto muy abajo el fundamento de la maciza estructura, y ascendiendo sus paredes hasta la superficie. Estamos trabajando para la eternidad, y no contamos nuestro trabajo por lo adelantado cada día, como los hombres miden el suyo; es la obra de Dios, y debe ser medida según Sus normas. Tened la seguridad de que cuando el tiempo, las cosas creadas, y todo lo que se opone a la verdad del Señor haya desaparecido, todo sermón fervoroso predicado, toda oración importuna ofrecida y toda forma de servicio cristiano honradamente desempeñado permanecerá incrustado en la poderosa estructura que Dios desde toda la eternidad ha resuelto levantar para su propia honra.

II. Y ahora, hermanos, nuestra segunda pregunta será: ¿QUÉ ES LO QUE NUESTRA FE OBRA EN NOSOTROS?

Primeramente, obra en nosotros *una gloriosa independencia del hombre*. Estamos contentos de tener fervorosos ayudantes, pero podemos pasarnos sin ellos. Estamos agradecidos por nuestros excelentes diáconos, pero no nos atrevemos a hacer que la carne sea nuestro brazo. Nos satisface si Dios levanta a hermanos en otras iglesias que quieran fraternizar con nosotros, pero no nos apoyamos en ellos. El hombre que cree en Dios, en Cristo y en el Espíritu Santo, se apoyará sólo en el Señor. No desea ser un solitario ni distinguirse, pero, no obstante, puede por sí mismo contender por su Maestro; y cuando tiene la máxima ayuda humana, se esfuerza aún diligentemente





LA FE

en esperar con paciencia a Dios. Si te apoyas en tus ayudadores cuando los tienes, es posible que te des cuenta del terrible significado de aquellas antiguas palabras: «Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo, y su corazón se aparta de Jehová». Como dice el apóstol: «Resta pues, que los que tienen esposa sean como si no la tuviesen»; así, podemos decir que resta que los que tenemos celosos ayudadores seamos como si no tuviéramos ninguno, y que nuestra confianza en Dios sea tan sencilla, y nosotros mismos tan libres de toda confianza carnal, como si estuviéramos enfrentados con el mundo al igual que Atanasio, y no tuviésemos nadie que pronunciara una palabra favorable para nosotros, o que llevase una porción de nuestra carga. Sólo Dios basta para sostener el firmamento sin columnas. Sólo Él mantiene las nubes en los cielos. Él enciende las lámparas nocturnas, y da al sol su llama de fuego. Sólo Dios es suficiente para nosotros, y en su poder alcanzaremos el propósito de nuestro ser.

Además, la verdadera fe nos da *valor en todas las circunstancias*. Cuando el joven Nelson volvió a su casa después de una expedición en busca de nidos, su tía le reprendió por llegar tan tarde, y observó: «Me extraña que el miedo no te hiciera volver a casa». «¿El miedo? -dijo Nelson- no lo conozco». Ésta es la manera adecuada de hablar en un creyente que está trabajando para Dios. «¿El miedo? No lo conozco; ¿qué significa?» El Señor está a nuestro lado; ¿a quién temeremos? «Si Dios por nosotros, ¿quién contra nosotros?» Un ministro se queda temblando en presencia de un maestro erudito que con sus veinte escolares constituye una parte importante en la congregación de un pueblo; pero, ¿es éste un estado de corazón consecuente para un profeta del Señor? Un predicador se siente tembloroso porque cierta persona con corbata blanca, sentada debajo del coro, parece un ministro, y probablemente es un teólogo de Londres que ha venido a restablecerse en la vecindad; ¿es ese predicador tembloroso un hombre? ¡Fijaos en que digo un hombre! No voy a pre-





UN MINISTERIO IDEAL

guntar: ¿es un hombre de Dios? Si tienes algo propio que decir, mi querido amigo, no trates de decirlo cuando esos eruditos, que pueden hablar tan bien o mejor que tú, están presentes; pero si Dios tiene algo que decir a través de ti, Él sabe qué trompeta es más adecuada para su uso; y ¿qué te importa quién te pueda escuchar? ¿Te atreves a hacer el cobarde en presencia de Dios? No. La convicción de que tienes un mandato suyo, y de que el Espíritu del Señor está sobre ti, te hará muy osado. La fe en Dios hará que honremos nuestro llamamiento hasta tal punto, que no nos atreveremos a profanarlo con nuestra cobardía.

La verdadera fe en Dios nos hará también *abundantes en buenas obras*. El capítulo once de Hebreos es un capítulo dedicado a la glorificación de la fe; pero si yo afirmo que da testimonio de las buenas obras de los santos, ¿puede alguien contradecirme? ¿No es también, al mismo tiempo, un testimonio de obras tanto como de fe? Sí, en verdad, porque donde hay mucha fe, habrá ciertamente abundancia de buenas obras. No tengo noticia de tal fe que no produzca buenas obras, especialmente en el predicador. Dudo que Satanás tenga en la tierra, como canales de condenación, instrumentos más aptos para fomentar la infidelidad y hacer que los hombres condenen el Evangelio con desprecio, que los que profesan creerlo, y luego actúan como si la creencia fuese asunto de importancia nula.

Hay filántropos que nos dicen siempre lo que debiera hacerse, y no hacen nada; ¿cuál es su fe, y qué es su filantropía? ¿A qué la haremos semejante? Me recuerdan un naufragio que hubo frente a la costa toscana hace algunos años. El guardacostas toscano informó a su gobierno de que había habido un lamentable naufragio en la costa, y dijo: «A pesar de que presté a la tripulación del barco toda la ayuda posible *por medio de mi megáfono*, lamento informar que a la mañana siguiente apareció sobre la playa cierto número de cadáveres». Estupendo, ¿no es cierto? Y, sin embargo, ésta es la clase de ayuda que muchos que profesan tener fe han prestado a las gentes. Les han





LA FE

ofrecido la ayuda de la retórica, las flores de la dicción, y las citas poéticas; pero los hombres han persistido en la impenitencia. No ha habido verdadero amor por las almas. El sermón fue predicado, pero no hubo oración secreta por el pueblo; los hombres no fueron buscados como se buscan las cosas preciosas. No se lloró por ellos; ciertamente no hubo interés por ellos. Después todo, era la ayuda del megáfono, y nada más.

Pero nuestra fe nos hace abundar en buenas obras. ¿Puedo deciros, si ya estáis haciendo todo lo que podéis por Cristo, que os esforcéis aún más? Creo que un cristiano tiene, generalmente, razón cuando está haciendo más de lo que puede; y cuando va aún más lejos, sobrepasando aquel punto, estará todavía más cerca de tener razón. Apenas hay límites para las posibilidades de nuestro servicio. Muchos hombres, que están haciendo ahora poco, podrían, con el mismo esfuerzo, hacer el doble mediante una ordenación sabia y una iniciativa intrépida. Por ejemplo, en nuestras ciudades provincianas, un sermón pronunciado en el parque local, valdría probablemente por veinte sermones predicados en la capilla; y en Londres, un sermón pronunciado ante una multitud en una sala pública o teatro, puede hacer diez veces el bien que haría en los oídos habituados de nuestros oyentes de costumbre. Necesitamos, como los apóstoles, lanzarnos a alta mar, o, de lo contrario, nuestras redes nunca encerrarán gran multitud de peces. Si tan sólo tuviéramos el ánimo de salir de nuestros escondrijos y enfrentarnos con el enemigo, pronto alcanzaríamos éxitos inmensos. Necesitamos mucha más fe en el Espíritu Santo. Él nos bendecirá si nos confiamos enteramente a Él.

La fe en Dios os capacita a muchos, me consta, a soportar muchas dificultades y a *ejercitar la abnegación*, y, al mismo tiempo, a perseverar en vuestro ministerio. Mi corazón se goza por los muchos hermanos que están aquí a quienes Dios ha hecho ganadores de almas. Y quisiera añadir que estoy firmemente persuadido, concerniente a muchos de los presentes, que las privaciones que han sufrido





UN MINISTERIO IDEAL

y el celo que han mostrado en el servicio de su Señor, aunque no hayan recibido la recompensa de un éxito externo, son olor suave a Dios. La verdadera fe hace que un hombre experimente que es bueno ser un sacrificio vivo para con Dios. Sólo la fe puede mantenernos en el ministerio, pues nuestra vocación no es de las que traen con ella un salario de oro; no es un llamamiento que sigan los que desean honra y rango. Tenemos que soportar toda clase de males, males tan numerosos como los que Pablo incluía en su famoso catálogo de pruebas; y quisiera añadir que nos acechan unos peligros que él no menciona, a saber, los peligros de las reuniones de iglesia, que son probablemente peores que los peligros de ladrones. Mal pagados y poco apreciados, sin libros y sin compañeros adecuados, muchos predicadores rurales del Evangelio morirían, roto el corazón, si su fe no les ciñera de fortaleza de lo alto.

Bien, hermanos, para resumir muchas cosas en una, la fe significa para nosotros *un gran ensanchamiento de nuestras almas*. Aquellos que sienten un ansia morbosa de poseer un credo consecuente consigo mismo -un credo que puedan componer hasta formar un figura cuadrada, a semejanza de un rompecabezas- pueden muy fácilmente estrechar la capacidad de sus almas. Imaginando que toda verdad puede ser abarcada en media docena de fórmulas, rechazan, como nula, toda declaración doctrinal que no pueda presentarse de manera sencilla. Los que sólo quieren creer aquello que pueden reconciliar, dejarán de creer, necesariamente, gran parte de la revelación divina; sin saberlo, están siguiendo la línea de los racionalistas. Los que reciben por fe todo lo que hallan en la Biblia, recibirán dos verdades, veinte verdades y hasta veinte mil verdades, aunque no puedan construir una teoría que las armonice todas. Ese proceso de la formación de teorías es una necedad costosa; la invención de términos medios es un desperdicio de ingenio; sería mucho mejor creer las verdades y dejar que el Señor muestre su armonía.

Además, los que creen firmemente, son los hombres





LA FE

fuertes para el servicio. ¿Habéis visto alguna vez la famosa estatua del muchacho sentado sacándose una espina del pie? Hace veinte años lo vi, y el otro día lo vi de nuevo y aún estaba extrayéndose la causa de su tormento. He conocido hermanos de este tipo en el ministerio, siempre están sacándose espinas del pie; tienen una duda acerca de esto, y un escrúpulo acerca de aquello; pero el hombre que dice: «Yo sé en quién he creído, y sé lo que he experimentado», es el hombre que puede atender los mandatos de su Señor.

La fe es también *nuestro refrigerio*. Nuestra fe en Dios nos alivia el cansancio. Aun la fatiga natural es a veces vencida por la fe. Ciertamente, la fatiga del espíritu no tiene mejor reconstituyente que la confianza en Dios. Junto al Coliseo están las ruinas de una antigua fuente y baño llamada la Meta Sudans. Aquí venían los gladiadores que escapaban con vida de los combates del anfiteatro; cubiertos de sangre, sucios de sudor y polvo del circo, se zambullían en el baño, y experimentaban una deliciosa restauración. La fe en Dios obra así en nuestros corazones.

III. Mi pregunta final será: ¿QUÉ NOS DICE NUESTRA FE ESTA MAÑANA?

Primeramente, *afirma estar bien fundamentada*. Hermanos, deseo decíroslo en palabras muy sencillas. ¿Es el Dios vivo digno de confianza? ¿Merece la Omnipotencia que os apoyéis en ella? ¿Es justificado que creáis en la Omnisciencia? ¿Estáis justificados en confiaros a la Inmutabilidad? Si yo hubiese de traer aquí al mejor de los hombres o de las mujeres, cuyo nombre fuese para vosotros el sinónimo de la virtud, y si hubiera de aconsejaros que confiarais en él o en ella con vuestras vidas, tendría que hablar con aliento entrecortado, pues ¿quién confiará en un ser humano? Aún más, si estuviera aquí Gabriel, el angélico mensajero de Dios, y nos dijera que nos iba a defender celosamente, es posible que yo vacilara antes de deciros: «¡Oh hijos de los hombres, reposad en la forta-





UN MINISTERIO IDEAL

leza de los ángeles, y fiad en el celo de los serafines!» Pero cuando hablo del Padre, del Hijo encarnado, del eternamente bendito Espíritu, ¿quién se aventurará a sugerir un límite a nuestra confianza en Dios? ¿Qué filósofo nos acusará de necedad por confiar en la Divina Trinidad?

Con el paso de los años, (y Mr. Rogers, mucho mayor que yo, estoy seguro estará de acuerdo conmigo) me siento más y más seguro de las cosas que creo, no meramente –como algunos insinuarían– porque me acostumbro a decirlas y por lo tanto pienso que las creo, sino porque concuerdan con las mejores experiencias de mi alma. A veces leo algunas de aquellas producciones del genio relacionadas con la frívola religión del pensamiento moderno; pero cuando mi cuerpo está enfermo, o estoy deprimido en espíritu, nada me satisface sino el Evangelio de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, que para nuestros padres fue la verdad misma de Dios; y creo que la doctrina que la experiencia más íntima de un hombre confirma en el día de la prueba, y en el día en que está más cerca de Dios, es para él, en todo caso, la verdad misma de Dios, tan digna de su confianza.

Cuando me encuentro con hombres intelectuales, que me miran como a un mero predicador de palabras huecas, nunca tengo la impresión de que tengan derecho a hacerlo. No les concedo mi sumisión ni por una hora. Más bien tengo la propensión a mirarlos con superioridad que a sentir un complejo de inferioridad. Para nosotros, las verdades del Evangelio son certidumbres absolutas para las cuales no anhelamos tolerancia sino que exigimos sumisión. Si alguno nos pone apodos, tales como «fanático», «dogmatista vulgar», o «mero eco del puritanismo difunto», (y todos estos epítetos han sido usados), replicaremos tan sólo: «Podéis aplicarnos los títulos injuriosos que queráis, pero sabemos que si hubiéramos de expresar la verdad tocante a vosotros, no hay adjetivo de desprecio que no merezcáis; y, por lo tanto, ya que no conocemos un lenguaje suficientemente enérgico para expresar cuánto aborrecemos vuestra falsa doctrina, os





LA FE

dejaremos pasar en silencio».

Hermanos míos, cuando oigáis decir que un hombre sabio ha hecho un nuevo descubrimiento que contradice las Escrituras, no os alarméis. No imaginéis que es realmente un gran hombre, sino creed que es tan sólo un idiota educado, o un necio presuntuoso. Si encontráis tiempo para leer las obras de los escépticos eruditos, pronto veréis que sus afirmaciones no son fidedignas, sus deducciones no son lógicas, sus inferencias son monstruosas, y sus especulaciones son locas. Recuerdo haber leído ciertas declaraciones del gran alemán Oken, que me sonaron singularmente parecidas a los balbuceos que se oyen en el hospital de Bethlehem. Me recordaban un incidente que tuvo lugar cuando se ofreció un premio para el que escribiera versos completamente exentos de significado. Dos de los concursantes estaban casi igualados, pero en el poema de uno de ellos había un insignificante atisbo de idea, mientras que el otro no tenía ni trazas de sentido común, y por lo tanto obtuvo el premio. En ese aspecto, voto por la supremacía de los neólogos; en cuanto a tonterías sonoras, destacan por su excelencia. Si alguno piensa que me expreso demasiado enérgicamente, le diré que debe ser así, pues creo que hablo lo que Dios mismo avalaría; Él no aplica términos suaves a los incrédulos jactanciosos. Si hace caso de ellos, es para llamarlos necios. Descubriréis que ésta es la expresión que el Señor usa constantemente tocante a los incrédulos en el Antiguo Testamento, y también en el Nuevo: «Profesando ser sabios, se hicieron necios». Y, hermanos, cuando oigo decir a mi Padre Celestial que un hombre es necio, yo no me atrevo a pensar que es prudente. No pensemos de modo diferente a como Dios piensa.

Aunque nosotros podamos ser confundidos en las argumentaciones, no podemos confundirnos en la experiencia, ni ser apartados de aquello que hemos probado y palpado de la buena Palabra de Dios. Tampoco somos confundidos en nuestra fe. Sabemos que nuestra fe está bien fundamentada, y por tanto oímos que ella nos dice: «No





UN MINISTERIO IDEAL

me trates como si yo fuera un sueño. No dejes tu mensaje con aliento entrecortado. ¡Preséntalo audazmente, pues el que lo contradiga es un embustero!» Si es de Dios, debe ser cierto. No somos adeptos de una iglesia infalible que funde su fe en su propia autoridad, o de un Papa infalible que se imagine ser la imagen de la verdad; si nos gloriásemos en esto, el mundo haría bien en reírse de nosotros; mas habiendo aprendido la verdad de Dios por revelación divina, desafiamos el desprecio del mundo, y ni siquiera decimos: «Con vuestro permiso, caballeros». No, sino que con vuestro permiso o sin él, hablamos lo que Dios nos ha revelado.

A continuación, nuestra fe nos hace la siguiente pregunta: «¿He engañado alguna vez a alguno de vosotros?» Voy a extender esta pregunta. Dios planteó a su antiguo pueblo la cuestión: «¿He sido yo a Israel soledad?» Permitidme que os pregunte: ¿Os ha faltado jamás el Señor? ¿Os ha dado la espalda en el día de la dificultad; y cuando os habéis apoyado en su brazo, ha resultado éste insuficiente? Si Dios os ha faltado, si su verdad ha sido una mentira para cualquiera de vosotros, manifestadlo, y decidlo así; pero si veis que no podríais acusar al Señor de infidelidad, sino que detestáis tal pensamiento porque vuestra experiencia lo negaría, entonces, hermanos, seguid creyendo, y creed más firmemente; descansad más implícitamente en vuestro Dios siempre fiel.

Y así vemos que, en tercer lugar, la fe dice: «*Dame mayor margen. Confía mucho más en tu Dios*». Hasta ahora sólo hemos vadeado en la fe hasta que el agua nos llegó a los tobillos. Pensábamos que estaba muy fría cuando nos aventuramos a entrar temerosamente; pero habiendo llegado hasta ahí, la hemos hallado buena y grata. Avancemos hasta que nos llegue al pecho, sí, y aun más arriba. Bienaventurado el hombre que deja de tocar el fondo, y nada en la corriente en donde no tiene otra esperanza sino su Dios, y ninguna otra confianza ni ayudador sino el Invisible que sostiene todas las cosas. La fe clama: «Pon en mí tu confianza, hijo mío, para que yo te haga predi-





LA FE

car mejor. Sé más emprendedor. Sé más osado. No peles tu propia batalla en las reuniones de iglesia, déjalo a tu Dios; pon tu confianza en Él tocante a todas las cosas. No temas ir a hablar a aquel hombre mal hablado; yo te daré la palabra oportuna que decirle. Pon tu confianza en mí, y ve con prudencia, pero con celo, a los antros de vicio más tenebrosos. Busca a los peores hombres, y procura su salvación. No hay nada que no puedas hacer si tan sólo confías en Dios». Hermano, tu fracaso, si fracasas, empezará en tu fe. El aire le dice al águila: «Pon tu confianza en mí; extiende tus anchas alas; yo te sostendré hasta llegar al sol; solamente pon tu confianza en mí. Retira el pie de la roca que estás tocando debajo. Aléjate de ella, y déjate sostener por el elemento invisible». Hermanos míos, remontaos vosotros también a lo alto, pues Dios os invita. ¡Subid! No tenéis sino que confiar en Él. Una gloria desconocida está sobre Él, y su resplandor reposará sobre vosotros si sabéis cómo confiar.

Y luego, dice la fe (y con esto termino): «¡Aliméntame! ¡Aliméntame!» La fe ha sido el todo para vosotros; alimentadla con Pan del Cielo. La fe se alimenta de Cristo. El otro día vi un grupo de preciosos helechos en una gruta, del techo de la cual continuamente destilaba una lluvia cristalina, fresca y clara; aquellos helechos estaban siempre lozanos y hermosos, debido a que sus hojas estaban constantemente bañadas en las refrescantes gotas. Aunque era una estación en que el verdor era escaso, aquellos helechos estaban de un verde tan brillante como imaginarse pueda. Hice observar al amigo que me acompañaba que desearía vivir bajo el goteo incesante de la gracia, constantemente regado y bañado, y bautizado en la comunión rebotante de Dios. Esto hace que un hombre esté lleno de fe. No es de extrañar que Moisés tuviese fe, pues había estado cuarenta días en el monte con Dios; y si hemos tenido comunión con Dios, será maravilla si dudamos, y no si creemos. Alimenta la fe con la verdad de Dios, pero especialmente con Aquél que es *la Verdad*.

Ruego al Señor que dote a este Seminario de fe. Que





UN MINISTERIO IDEAL

seamos corroborados y establecidos; corroborados con las bendiciones del pacto de la gracia, y establecidos en una roca. Recordad, hermanos, que vosotros y yo dependemos ahora enteramente de nuestra fe; es demasiado tarde para retirarnos. Estamos en la situación del peregrino de Bunyan: *debemos avanzar*. Hay muchos peligros ante nosotros, nos acercamos al valle de Sombra de Muerte; las flechas del enemigo pasarán en abundancia muy cerca de nosotros cuando atravesemos los lugares oscuros. Es duro proseguir, pero no podemos volver sobre nuestros pasos, ya que no tenemos armadura para la espalda. Supongamos que recurrimos a los razonamientos, supongamos que renunciamos a los fundamentos de nuestra fe; ¿qué quedaría de nosotros? Por mi parte, yo no tendría otra cosa que hacer debajo del sol sino tomar la cuerda de Judas y poner fin a una vida desdichada, pues sólo mi fe la hace digna de ser vivida. Sin la fe, tendría que suplicar la muerte; perecer sería mejor que vivir, si todas estas cosas, después de todo, fueran engañosa ilusión. Es preciso avanzar, pues, en el caso de los hermanos de este Colegio, lo más arriesgado que podemos hacer es pensar en volver atrás. Uno o dos de nuestros antiguos camaradas se han apartado de nosotros; no puedo juzgar sus corazones, pero me temo que también se hayan apartado de Dios. No diré más de ellos sino esto: son los últimos hombres que envidiaríais si conocierais toda su historia. Si hay hombres que lleven encima, aun en esta vida, la señal evidente de la desaprobación divina, tienen que ser los que han conocido la verdad y la han defendido, y, sin embargo, por lucro o por ambición se han apartado de ella. Si conviniere, podría escribir la narración de experiencias de apóstatas que perturbarían vuestros sentimientos; experiencias relacionadas con hombres cuyos rostros he contemplado como ahora contemplo los vuestros, hombres que me eran bien conocidos, pero con cuyos nombres me avergüenzo ahora de estar asociado, por muy bien amados que me hayan sido. ¡Dios tenga misericordia de ellos! Es todo lo que podría decir si tuviera que escribir sus





LA FE

epitafios: «¡Dios tenga misericordia de ellos!»

Bien, hermanos, vosotros y yo dependemos enteramente de seguir avanzando sin pausa: no podemos volver atrás; tampoco podemos virar a la derecha o a la izquierda. ¿Qué haremos, pues? ¿Nos tumbaremos y nos desesperraremos? ¿Nos estaremos quietos y desmayaremos? ¡No! En el nombre del Señor, levantemos de nuevo nuestro estandarte, el estandarte real de Jesús Crucificado. Toquemos gozosamente las trompetas, y prosigamos la marcha, no con el paso tembloroso de los que saben que van a una empresa maligna, sino con el paso gallardo de hombres cuya causa es divina, cuya guerra es una cruzada. Valor, hermanos míos; he aquí, los ángeles de Dios vuelan ante nosotros, y ved cómo el Dios eterno en persona conduce nuestra caravana. «Jehová de los ejércitos está con nosotros; nuestro refugio es el Dios de Jacob». «Por tanto no temeremos, aunque la tierra sea removida y se traspasen los montes al corazón del mar». ¡Oh, fe, bienaventurada! Que Dios nos conceda más de ella, por Cristo. Amén.





UN MINISTERIO IDEAL





LA INDIVIDUALIDAD Y LO OPUESTO A ELLA

Cuando el difunto ilustre mariscal Sir John Burgoyne presidió en el Tabernáculo, en la Conferencia de Mr. Henry Vincent, cumplió su deber como presidente de modo breve, pero admirable, al decir que se consideraba tan sólo llamado a tocar la campanilla para anunciar la salida del tren. Ésta es en cierto modo mi posición con respecto a esta Conferencia, sólo que con mayor responsabilidad debido a que vuestro presidente, no sólo tiene que dar la salida a la sucesión de pensamientos y palabras para esta semana, sino que, en gran medida, marcará la pauta de lo que seguirá, para bien o para mal. Por lo tanto, me siento más bien como el antiguo diapasón que daba el tono a los cantores del coro, y por medio de ellos a la congregación entera, y me siento inefablemente deseoso de que el tono sea el que conviene. Hermanos, cierto grado del sentido de responsabilidad ayuda, y en muchos aspectos hace apto a un hombre para decir lo más acertado; pero es posible ir demasiado lejos; puede hacer más que humillar la mente y llegar a matar el espíritu; puede abrumarle a uno de tal manera con la preocupación de lo que debe hacerse, como para privarle de la aptitud para hacerlo. Ésta es hasta cierto punto mi posición en lo tocante a mi parte en esta Conferencia hoy. Anhele inspiraros, y no reprimir vuestro celo; deseo ardientemente elevaros al estado espiritual más sublime, y no desviar vuestra atención a cosas inferiores; estos fervorosos deseos me dominan; mi corazón vence





UN MINISTERIO IDEAL

a mi cabeza, y altera la ecuanimidad que tan necesaria es para la creación y la expresión del pensamiento. No obstante, lo haré lo mejor que sepa, y me pondré en las manos de nuestro gran Iluminador, el Espíritu Santo, para que Él pueda hablar a través de mí, conforme a su voluntad.

Nuestro tema es doble, y abarca la defensa de la personalidad, o bien, *la individualidad y lo opuesto a ella*; para lo cual no he podido hallar la palabra adecuada, ni en la lengua inglesa, ni en la latina. Quiero demostrar que cada uno de nosotros es un hombre aislado; y luego, que nadie está completamente solo. Nuestra individualidad y nuestra comunidad, nuestra personalidad y nuestra unión con el Señor, nuestra existencia separada y nuestra absorción en Cristo; estos son los temas sobre los cuales voy a extenderme.

Quizás mi pensamiento será más claro si os doy un texto de I Corintios 15:10, que dice: «He trabajado más que todos ellos; pero no yo». «Yo, pero no yo: yo en toda la extensión de la palabra, yo entero: Pablo, en otros tiempos el fariseo, el blasfemador, el perseguidor, llamado ahora a ser apóstol, que me regocijo de que esta gracia me sea dada para predicar entre los gentiles las inescrutables riquezas de Cristo; yo que en nada soy menos que los principales entre los apóstoles; mas no yo, pues no me considero ser nada, ni siquiera menos que nada, y Cristo es todo y en todos. Así que soy yo, mas no yo».

I. Para comenzar, permitidme que os hable de NUESTRA INDIVIDUALIDAD. ¡Queridos hermanos, que cada uno de nosotros esté tan lejos como sea posible de todo lo que se parezca al egoísmo, el cual es odioso en grado sumo! Esperemos que la vanidad sea rara entre los ministros, porque la vanidad es el vicio de los novicios, y puede ser más fácilmente excusable en los estudiantes jóvenes que en maestros de la Palabra. La experiencia, si es de las que valen la pena, extermina la vanidad del hombre; pero nuestra naturaleza es tan mala que puede aumentar su orgullo si





se trata de una experiencia potenciada por el éxito. Sería difícil decir cuál es mayor pecado, la vanidad o el orgullo; pero sabemos cuál es el más necio y más ridículo. Un hombre orgulloso puede tener cierto peso, pero un hombre vano es tan ligero como el aire, y no influye en nadie. Ojalá seamos guardados de estos egoísmos, pues ambos son perjudiciales para nosotros mismos y odiosos para Dios. La intrusión demasiado frecuente del yo es otra forma del egoísmo que conviene evitar. Espero que nuestros sermones no sean nunca del mismo orden que los que eran publicados en cierta imprenta, donde el cajista principal tuvo que pedir al gerente que le enviara una cantidad suplementaria de las letras que componen la palabra «yo». Aun aquellos que buscan la humildad difícilmente pueden escapar a esta tendencia. Cuando el yo es sacrificado en una forma, surge en otra; y, lamentablemente, existe el fenómeno de sentir orgullo por la propia humildad, y de jactarse de estar limpio de toda jactancia.

Confío en que, por más útiles que Dios nos haya hecho en nuestras diversas esferas, no nos consideremos a nosotros mismos muy importantes, pues lo cierto es que no lo somos. El gallo opinaba que el sol salía cada mañana para oírle cantar; pero sabemos que no era así. Ni el mundo da vueltas, ni el sol brilla, ni la luna hace su recorrido, ni las estrellas resplandecen, para beneficio especial de alguno de los hermanos de aquí, por más admirable que pueda ser cuando está en su lugar; tampoco existe la cristiandad para que tengamos púlpitos, ni nuestra iglesia particular para que tengamos una congregación y unos ingresos; ni siquiera existe un creyente para que pueda presentarse como nuestro único consuelo y honra. Somos demasiado insignificantes para ser de demasiada importancia en el vasto universo de Dios: Él puede obrar con nosotros o sin nosotros, y nuestra presencia o ausencia no alterará sus planes.

No obstante, a pesar de todo ello, nuestro tema es la individualidad, y esperamos que cada uno reconocerá y mantendrá de modo honorable su personalidad. El reco-





UN MINISTERIO IDEAL

nocimiento adecuado del EGO es un tema digno de nuestra atención. El egoísmo es orgulloso, Vano e intruso; pero hay un «egoísmo» de la humildad, de la responsabilidad y de la honradez que resuelve someterse a Dios, y hacer lo mejor posible para su gloria. En esta época en que las multitudes siguen a sus líderes y los hombres audaces fácilmente consiguen tener seguidores; cuando los rebaños no saben moverse sin sus guías, y la independencia a secas se encuentra tan pocas veces, es bueno que seamos hombres emancipados y cabales, y no meros miembros de un cuerpo; manteniéndonos en la integridad de un pensamiento, una conciencia, unas maneras y una acción personales. Hoy día los monopolizadores casi echan del mercado al comerciante individual: los miembros de un partido presentan la madera como único material para construir la casa de Jehová, y los que pertenecen a otra secta preconizan con igual celo sus propios materiales. A pesar de todos sus esfuerzos, nosotros no nos dejaremos inducir a pesar de construir con las pocas «piedras preciosas» que el Señor nos ha confiado; ni siquiera nuestros hermanos, que tan admirablemente amontonan «el oro y la plata», podrán persuadirnos a descartar nuestros ágatas y carbunclos. Cada uno de nosotros debe construir con el material que tenga; si la obra es sincera y honrada, no debiéramos censurar a otros ni condenarnos a nosotros mismos porque nuestra labor es de carácter propio.

Sobre este asunto de la individualidad, nótese primeramente *la necesidad de un fervoroso sentido de nuestro interés individual en el Evangelio que predicamos*. Hermanos, nunca predicaremos al Salvador de los pecadores mejor que cuando nos sentimos los pecadores a los que Él vino a salvar. Llevar luto penitente por el pecado nos equipa para predicar el arrepentimiento. John Bunyan dice: «Predicaba a veces como un hombre en cadenas a otros encadenados, sintiendo el peso de mis propios grillos, mientras hablaba a aquéllos que estaban sometidos a la aflicción y al encarcelamiento». Los sermones arrancados a los corazones rotos suelen ser el medio de consolar a las almas





desesperadas. Es bueno ir al púlpito, a veces, cuando nuestra suprema oración es: «Dios, ten misericordia de mí, pecador». Algunos afligidos nunca se alegrarán hasta que vean al predicador herir su propio pecho y le oigan confesar su sentimiento personal de indignidad.

Sin embargo, no sería conveniente que nos quedásemos en terreno tan bajo, pues predicamos no la ley sino el Evangelio; por lo tanto hemos de alegrarnos porque sentimos el poder de la sangre de Jesús en nuestras propias conciencias, dándonos paz y perdón en Él. Nuestro gozo dará vida a nuestro mensaje. También hemos saboreado la miel de la comunión con Jesús: quizá no hemos saboreado gran cantidad de ella, como han hecho algunos de nuestros Sansones; pero por lo menos, como Jonathán, hemos metido en ella nuestra vara, y nuestros ojos se han aclarado, de modo que nuestros oyentes pueden verlos chispear de gozo mientras les contamos cuán precioso es Jesús. Esto da énfasis a nuestro testimonio. Cuando hablamos como ministros en vez de como hombres, como predicadores en vez de como penitentes, como teólogos en vez de como discípulos, fracasamos; cuando inclinamos nuestra cabeza en demasía sobre el comentario y con insuficiencia sobre el pecho del Salvador; cuando comemos excesivamente del árbol de la ciencia y demasiado poco del árbol de la vida, perdemos el poder de nuestro ministerio. Yo mismo soy un pecador, pecador lavado en la sangre, y librado de la ira que había de venir, por los méritos de mi Señor y Maestro; todo esto debe estar fresco en nuestra mente. La piedad personal nunca debe escasear en nosotros. Nuestra propia justificación personal en la justicia de Cristo, nuestra santificación personal por el poder del Espíritu Santo en nosotros, nuestra unión vital con Cristo, y la esperanza de la gloria en Él, así como nuestro progreso en la gracia o nuestra propia decadencia; todas estas cosas debemos conocerlas bien y considerarlas a fondo.

Nunca debemos predicar a otros con voz afectada,





UN MINISTERIO IDEAL

narrando una experiencia de la que no hemos gozado nosotros mismos; pero si pensamos haber mirado atrás en algún modo, debemos, o bien allegarnos al punto correspondiente, o hablar como penitentes desde el punto que realmente ocupamos. Por otra parte, si hemos crecido en la gracia, es impío ocultar lo que hemos gustado y palpado, y afectar una humildad burlona; de hecho, no nos atrevemos a hacerlo, no podemos hacer sino hablar lo que Cristo nos ha enseñado. Debemos hablar de la plenitud, dada por Dios, que tenemos dentro, y no tomar prestado de otro; mejor callar que hacer tal cosa. Es preciso que seamos sinceros para con nuestra condición personal ante Dios, pues acaso el Señor permita adrede que el estado del corazón de sus ministros varíe para que sus pasos vacilantes les puedan llevar al descubrimiento de las ovejas perdidas del Señor. A veces he atravesado una parte de la senda de peregrinaje por medios no deseables, y he gemido en mi alma: «Señor, ¿por qué es así conmigo?» Y he predicado de un modo que me obligaba a yacer en el polvo, temiendo que el Señor no había hablado por medio de mí, y todo el tiempo Él me estaba conduciendo de la mano de una manera que yo no sabía, para bien de los suyos. Al poco tiempo, aparecieron uno o dos que eran precisamente los que Dios se proponía bendecir y que habían sido alcanzados precisamente por el sermón que tanto me costó y que fue fruto de una experiencia tan extremadamente amarga.

El profeta Ezequiel dijo: «La mano de Jehová vino sobre mí, y me llevó en el Espíritu de Jehová, y me puso en medio de un valle que estaba lleno de huesos»; y estas cosas, por muy a menudo que ocurran, son temas de alabanza. No tanto para nuestro propio bien o edificación, como para beneficio de nuestro prójimo, somos llevados a valles de huesos secos y a estancias de fantasía. Es preciso que observemos estas fases del alma y seamos leales a los impulsos divinos. Yo mismo no predicaría sobre el gozo del Señor cuando me sintiese con el corazón quebrantado, ni disertaría sobre un profundo sentido del pecado que





hay en nosotros mientras me estuviera gozando en una plena experiencia de la purificación por la Palabra. Debemos orar para que el Espíritu Santo eleve y sostenga nuestra vida individual en su conexión con nuestro ministerio. Es preciso que recordemos siempre que no estamos predicando una doctrina que es buena tan sólo para los demás, sino una verdad preciosa que ha demostrado ser buena para nosotros mismos. No podemos ser los carniceros que cortan para los hambrientos la carne de la cual no participan; sino que nosotros mismos tenemos que alimentarnos de ella, y debemos mostrar en nuestros mismos rostros cuál es el alimento de grosura que presentamos a los hambrientos hijos de los hombres.

Hermanos, si tenemos bien guardada en nuestra mente esta personalidad de la vida en Cristo, será bueno que no olvidemos *jamás nuestro encargo personal de predicar el Evangelio*, pues espero y sé que cada uno de vosotros habrá recibido este encargo personal; de lo contrario, ¿por qué estáis aquí? Hermanos, dejad el ministerio si no lo habéis recibido del Señor. Me atrevo a decir que predico porque no puedo hacer otra cosa; no puedo contenerme: arde en mis huesos un fuego que me consumirá si callo. Todo ministro cristiano enviado por Dios es tan llamado a predicar el Evangelio como lo fue aquel apóstol a quien Ananías habló tocante al «Señor Jesús, que se te apareció en el camino». Esto hace que nuestra predicación sea un asunto solemne. Suponed que esta mañana, bajando solos por las escaleras de este Colegio, os saliera al encuentro un ángel, pusiera su mano sobre vosotros y dijera: «El Señor Dios Todopoderoso me ha enviado para que te encargue predicar el Evangelio desde ahora en adelante». Hermano, tú sentirías una carga sobre ti, y al mismo tiempo sentirías una confianza y un ardor renovados. Pero no es la mano de un mero ángel la que te ha tocado, hermano; el Señor Jesucristo mismo, que te redimió con su preciosísima sangre, ha puesto esta «necesidad» sobre ti. La mano traspasada que te dio la salvación te ha llamado al servicio de tu Señor, y te ha hecho vaso escogido





UN MINISTERIO IDEAL

para llevar su Nombre. Oye nuevamente de sus labios los mandamientos: «Alimenta a mis ovejas» y «alimenta a mis corderos», como Pedro los oyó junto al mar de Galilea.

Que este asunto del encargo que te ha sido hecho esté siempre claramente ante ti. ¿Quién se levantará para oponerse a tu predicación si el Señor te ha mandado predicar? ¿Quién dictará tu mensaje o te impulsará a cambiarlo, si la Sabiduría encarnada te ha enseñado lo que debes decir? Estás bien equipado para predicar el Evangelio si puedes decir verdaderamente como Pablo: «Pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo». Queridos hermanos, es eso precisamente lo que debemos sentir; creo que lo sentís, y deseo que conservéis este sentimiento lozano y cálido. Los reyes, como sabéis, afirman reinar por la gracia de Dios. Quizá sea así. Dios tiene suficiente gracia para permitir que algunos de ellos reinen. Pero de una cosa estoy seguro: todo verdadero ministro es un defensor de la fe «*Dei gratia*». «Por la gracia de Dios soy lo que soy» tanto en calidad de ministro como en calidad de creyente. Puede haber dudas en cuanto a la legitimidad de los monarcas, y a menudo se precisa un tribunal de jueces para comprobar la legitimidad en la elección de los senadores; pero si tenemos el testimonio del Espíritu Santo en nosotros, nuestro reino queda inmóvil, nuestra elección no puede ser refutada.

Hermanos, en relación con nuestra individualidad, deberíamos sentir un gran respeto por *nuestra propia esfera de trabajo*. Vosotros, que sois pastores, no habéis sido puestos solamente para ser guardianes de almas, sino para ser guardianes de las almas en lugares especiales. Vosotros, como conjunto, tenéis que ir a todo el mundo a predicar el Evangelio; pero cada uno de vosotros debe alimentar aquel rebaño de Cristo sobre el cual el Espíritu Santo os ha puesto como obispos. Allí tienen que desarrollarse vuestras labores principales, pues allí están vuestras responsabilidades más importantes. Quisiera que todo hermano pensara de modo muy elevado acerca de la posición en que Dios le ha colocado. Si soy un centinela, puesto





para guardar al ejército en cierto punto, sé que cada uno de los puestos en todo el perímetro es importante; pero no debo ni soñar que el mío no lo sea. Si fuera así, podría sentirme inclinado a dormir, y el enemigo sorprendería al campamento por el punto que yo debía haber guardado. Tengo que sentir como si la seguridad del campamento entero dependiese de mí; por lo menos, debiera ser tan celoso y vigilante como si así fuera. Ved los eslabones de esa cadena; cada uno de ellos tiene un esfuerzo que soportar. Supongamos que uno de ellos dijese: «No importa que me oxide; pues hay muchos otros eslabones que son fuertes». No, amigo mío, la cadena depende de cada uno de los eslabones; y si es así, para que la obra de la Iglesia sea completa, y para que la edificación del cuerpo de Cristo sea perfecta, descansa *sobre ti* un gran peso de responsabilidad. Yo tengo mucha responsabilidad, lo admito, pero vosotros tenéis cada uno vuestra medida de responsabilidad que no podéis poner sobre los hombros de otros. Aunque el resto del mundo fuera bendecido, el avivamiento general no reportaría gozo alguno para vosotros en el caso de que vuestra negligencia hubiese hecho que vuestra pequeña viña fuera una triste excepción de la regla. Podrías gozaros en el aumento de bendición en otras partes, pero tanto mayor sería vuestra pena al no tener ninguna en vuestro lugar.

Que cada uno se dedique a su trabajo. Si pensara tener el llamamiento a ser evangelista y fuese por todas partes predicando la palabra, no conservaría mi pastorado, porque sería injusto para con las personas que me llaman su pastor. Me gozo cuando veo hermanos muy útiles viajando en todos sentidos; pero lamento ver que sus iglesias están abandonadas, muertas de hambre y esparcidas. Hay una triste confesión de la esposa en el Cantar de los Cantares: «Me pusieron a guardar las viñas; y mi viña, que era mía, no guardé». Si no podemos hacer las dos cosas, mejor será no intentarlo. No deseo ni por un momento desalentar las extensísimas labores de algunos de nuestros hermanos; cuanto más lejos podáis ir, mejor, pues el





UN MINISTERIO IDEAL

mundo entero es vuestra parroquia; pero esto no debe hacerse a expensas del trabajo al que os habéis comprometido al aceptar el pastorado.

Un querido hermano me decía: «Me gustaría que fuese usted al extranjero a predicar la Palabra»; y aducía, como razón, que mis gentes me apreciarían más si no me tuvieran tanto con ellas. Le repliqué que no deseaba que mis gentes me apreciaran más, pues ya lo hacen lo suficiente, y pasar de esta línea sería arriesgado; y le aseguré que me quedaría en casa si tuviera temor de que me apreciaran más. Podría haber recorrido el mundo entero haciendo mucho bien si ése hubiese sido mi llamamiento; pero el día declarará si no he estado más acertado en el sendero del deber y en la verdadera utilidad, fomentando instituciones en mi país y esparciendo la Palabra mediante mis sermones impresos de modo mucho más amplio de lo que podría haberlo hecho con mi voz. Sea así o no, cuando sepáis cuál es la parte de la obra del Señor que Él os ha encargado, entregad a ella vuestra alma entera. Pasando el otro día por la famosa fábrica de Sèvres, observé un artista pintando un jarro muy hermoso. Le miré, pero él no me miró; sus ojos estaban demasiado ocupados para contemplar a un extraño. Había varias personas detrás de mí, y todas le miraban y hacían diversas observaciones, pero la vista de aquel trabajador nunca se apartó de su trabajo. Tenía que pintar el diseño correspondiente sobre aquel vaso, y ¿qué beneficio sacaría de prestarnos atención, o de que nosotros se la prestáramos? Se concentraba en su trabajo. Quisiéramos ver esta abstracción y concentración en todo aquél que tiene que hacer un trabajo para el Señor. «Una cosa hago.» Algunos fruncen el ceño, otros sonrían; pero yo, «una cosa hago». Algunos creen que podrían hacerlo mejor, pero yo, «una cosa hago». La manera como ellos lo harían, podrá ser asunto suyo; pero ciertamente no lo es mío.

Recuerda, querido hermano, que si te entregas al trabajo que te ha sido confiado no importa que parezca asunto de poca importancia, pues puede desplegarse tanta habi-





lidad en la fabricación de un reloj diminuto como en la construcción del reloj del Ayuntamiento; de hecho, un artículo diminuto puede llegar a ser objeto de mayor admiración que otro de mayores dimensiones. La calidad es algo más precioso que la cantidad. ¿Habéis visto alguna vez el famoso cuadro llamado «El Toro de Paul Pottem que se encuentra en La Haya? Es un cuadro inmortal. ¿De qué trata? Bueno, no es otra cosa que un toro; y además, hay un hombre, un árbol, una rana, y unas cuantas malas hierbas. Es solamente un toro; ¡ah, pero no hay otro toro pintado en el mundo que se le pueda comparar! Muchos han tratado de pintar un maravilloso paisaje natural en los Alpes o en Cumberland, o han probado su lápiz en una magnífica marina, con una flota de yates bailando sobre las olas, y no lo han conseguido. Los temas eran superiores, pero el arte era pobre. Nunca debemos pensar que porque el trabajo particular que tenemos entre manos parece ser insignificante, no podremos hacerlo, o no hemos de hacerlo completamente bien. Necesitamos la ayuda divina para predicar adecuadamente aunque sea a una congregación de una sola persona. Si una cosa es digna de hacerse, es digna de hacerse bien. Si tuvieseis que barrer una calle, sería conveniente que lo hicierais mejor que nadie. Si sólo predicáis en Little Peddlington, que todo Little Peddlington se entere de que estáis haciendo todo lo que podéis, y procurando el bien. Muchos ministros han alcanzado la fama, y, lo que es aún mejor, han glorificado a Dios en una congregación que podía contarse con los dedos de la mano, mientras que otros han presidido una gran iglesia, y aunque al principio había gran sonido de trompetas, ha terminado en el silencio y la tristeza del fracaso absoluto. Conoced vuestro trabajo, observadlo atentamente, poned en él vuestro corazón y vuestra alma; pues, sea grande o pequeño, tendréis que alabar a Dios por toda la eternidad si sois hallados fieles en él.

Camaradas, sean las circunstancias buenas o malas, mantened vuestras posiciones. Algunos tratan de excusar su propia negligencia culpando a «la época». ¿Qué tene-





UN MINISTERIO IDEAL

mos que ver vosotros y yo con «la época»? «La época» siempre es mala para los que tienen un temperamento morbosos. Nos dice un erudito que, en cierta ocasión, leyó un pasaje de un libro a uno de esos caballeros de la escuela de los desesperados; describía «estos días de blasfemia y rebelión», -creo que ésta es la expresión que usaba- y lamentaba el fracaso de los hombres fieles. «¡Ah, cuán cierto es!», decía aquel hombre, «es el retrato exacto de la época». «¿Qué época?», exclamó el erudito. «Nuestra época, desde luego», fue la contestación. «Discúlpeme», dijo el erudito, «este estado de ánimo fue expresado hace unos cuatrocientos años; compruebe usted mismo la fecha del volumen». El provecho de meterse con «la época» es difícil de demostrar, pues no la enmienda. ¿Qué tenéis que ver vosotros con ella? Haced vuestro trabajo. Carlos XII de Suecia estaba dictando a su secretario cuando, atravesando el tejado, cayó una bomba en la habitación contigua. El secretario, alarmado, dejó caer la pluma, lo cual hizo exclamar al rey: «¿Qué hace usted?» El pobre hombre balbuceó: «¡Ah, señor, la bomba!» La respuesta del rey fue: «¿Qué tiene que ver la bomba con lo que le estoy diciendo?» Diréis que la vida del secretario estaba en peligro. Es cierto; pero vosotros estáis a salvo en todo caso, pues estáis junto a Jesús en un servicio santo, y no puede acaeceros ningún mal. Seguid velando, seguid trabajando, hasta la señal del juicio final. Dejad en manos del Señor los tiempos y las sazones, y proseguid con vuestro trabajo. Carlyle menciona el grillo que sigue cantando mientras suena la trompeta del arcángel; ¿quién encontrará motivos de censura? Si Dios te hubiese hecho grillo y te hubiera mandado cantar, no podrías hacer mejor cosa que cumplir su voluntad. Ya que te ha hecho predicador, debes perseverar en tu vocación. Aunque la tierra fuera removida, y las montañas echadas en medio del mar, ¿acaso tal cosa alteraría tu deber? No lo creo. Cristo nos ha enviado a predicar el Evangelio; y si la obra de nuestra vida no está terminada -y no lo está- continuemos dando nuestro mensaje en toda circunstancia hasta que la muerte nos haga callar.





En cuarto lugar, debemos considerar *nuestra adaptación personal*, con el deseo de mantenerla siempre en el mejor nivel posible. No sólo hay un trabajo ordenado para cada uno, sino que cada uno está equipado para su trabajo. Los hombres no son fundidos en moldes en series de miles; cada uno es distinto de su prójimo. Cuando cada uno de nosotros estuvo hecho, el molde fue roto, circunstancia muy satisfactoria en el caso de algunos hombres; y me pregunto si no es una ventaja en el caso de todos nosotros. Sin embargo, si somos vasos para uso del Maestro, no deberíamos escoger qué vaso podemos ser. Había una copa en la mesa de la comunión cuando el Señor comió aquella pascua que tanto había deseado comer con sus discípulos antes de sufrir; y seguramente aquella copa fue honrada al ser puesta en sus labios y luego pasada a los apóstoles. ¿Quién no quisiera ser como aquella copa? Pero también hubo un lebrillo que el Maestro tomó, en donde puso agua y lavó los pies de los discípulos. Yo aseguro que no puedo escoger entre ser cáliz o ser lebrillo. De buena gana sería lo que el Señor quiera con tal que Él quisiera usarme. Pero una cosa está clara: la copa hubiera resultado insuficiente como lebrillo, y el lebrillo hubiera sido una copa muy poco adecuada para la fiesta de la comunión. De modo que tú, hermano, puedes ser la copa, y yo el lebrillo; pero que la copa sea copa, y el lebrillo, lebrillo, y cada uno de nosotros precisamente aquello para lo cual está equipado. Sé tú mismo, querido hermano, pues si no eres tú mismo, no puedes ser otro; y entonces, como puedes comprender, no podrás ser nadie. Las peores notas en música son las falsas; todo sonido verdadero tiene su propia música. En la pajarera de mi casa hay muchas aves, que cantan melodiosamente; pero hay entre ellas tres periquitos que no cantan, sino que imitan a las otras aves, y estropean eficazmente el concierto. Su imitación, al parecer, ahoga la música natural del resto. No seáis meros copistas; no seáis de los que toman prestadas las notas de los demás para estropearlas. Decid lo que Dios os ha dicho, y decidlo a vuestra manera; y





UN MINISTERIO IDEAL

cuando esté así dicho, suplicad personalmente que el Señor lo bendiga.

Que vuestra adaptación al trabajo sea del más alto nivel posible. No tengáis tanta prisa en *hacer*, que olvidéis *ser*; tan afanosos en dar, que nunca recibáis. Es ésta la clase de prisa que no logra rapidez. Maese Nataniel tenía una enorme pila de madera ante sí, y empezó a aserrarla activamente para que la pila fuese más pequeña. Trabajaba con una sierra poco afilada, por lo cual su labor era penosa en extremo. Un vecino se le acercó y le dijo: «¿Por qué no mandas afilar tu sierra? Entonces podrías hacer mucho más de lo que haces ahora». «Mira», replicó Nataniel, «no vengas a molestarme. Tengo bastante que hacer en aserrar esta pila de madera, para detenerme a afilar la sierra». No necesito indicaros la moraleja de esta anécdota: tomad nota de ella, y en adelante obrad en consecuencia. Privarse del estudio, de la oración privada, y de la preparación debida para vuestro trabajo, es una pérdida de tiempo, y no una economía.

Estad debidamente adaptados, especialmente en sentido espiritual. Tenemos más motivos para orar y leer nuestras Biblias que cualquier otra persona. La última vez que estuve en Colonia era un día muy lluvioso, y estaba yo en una habitación del hotel que me ofrecía un panorama en extremo pintoresco, con una pública bomba de agua en medio del mismo. Llovía tanto que no podía salir, de modo que estuve escribiendo cartas y observando la bomba. Venían muchas personas con cubos en busca de agua, y había uno que venía con un barril a sus espaldas y lo llenaba. En el transcurso de una hora, aquel individuo vino varias veces; en realidad vino tantas veces como todos los demás juntos, y siempre llenaba su barril hasta arriba. Venía una y otra vez y no paraba, y llegué a la acertada conclusión de que era un vendedor de agua y proveía a otras personas; por esto venía más a menudo que cualquier otro, y tenía un recipiente mayor. Esa es precisamente nuestra condición. Teniendo que llevar el agua viva a otros, es preciso que vayamos a la fuente más a menudo, y te-





nemos que ir con recipientes de mayor capacidad que la generalidad de los cristianos. Cuidad, pues, del vigor de vuestra piedad personal, y orad para que seáis «llenos con toda la plenitud de Dios».

Una vez más, recordad nuestra *responsabilidad personal*. No voy a permitirme profundizar mucho en esta cuestión; pero todo hermano debe recordar que por más que otros hagan su trabajo bien o mal, no puede tener efecto alguno sobre nuestra propia responsabilidad personal ante Dios. Algunos censuran a otros, con una especie de creencia silenciosamente implicada de que con ello se están alabando a sí mismos, pues si censuramos los métodos adoptados por otras hermanos, sugerimos tácitamente que nuestros propios métodos son -o serían superiores a los suyos. Bueno, hermano, es posible que sea así. Es posible que los demás no sean sabios, que sean poco sanos, que sean fanáticos, que estén errados, etcétera; pero, ¿qué tienes tú que ver con ellos? Ante su Maestro permanecerán o caerán, y la gracia de Dios puede hacer que permanezcan; pero tu supuesta sabiduría, que te lleva a criticarlos, se te puede transformar en una trampa y hacerte caer. Todavía tienes que traer tu obra ante Dios para ser probada por fuego. Se te han confiado almas, y por ellas debes dar cuentas. Dios no va a bendecir estas almas por medio de otro, han de ser convertidas por medio de ti; de modo que, ¿estás actuando, viviendo y predicando de tal manera que sea probable que Dios las convierta por tu ministerio? He aquí la pregunta que cada uno de nosotros ha de responder.

Nuestra responsabilidad personal deberíamos sentirla ahora, pues un día puede revelárenos de manera convincente y dolorosa. Si estáis postrados por la enfermedad, y hora tras hora dais vueltas en vuestra cama en el silencio de la noche, cuando tengáis un respiro en medio del dolor, o aun si no lo tenéis, probablemente ocuparéis vuestras mentes repasando el trabajo que hasta ahora habéis hecho o dejado de hacer. Creedme, hermanos, que este repaso no nos trae mucha satisfacción. Hay porciones de





UN MINISTERIO IDEAL

vuestro trabajo en que os recreáis y decís: «Gloria a Dios porque este trabajo fue hecho, después de todo, con un corazón puro, y para su gloria, y Él lo bendijo»; y os parece que estáis dispuestos a cantar por ello; pero apenas habéis terminado la canción, tenéis que llorar por un trabajo que ha sido desdorado y empañado, y no podéis evitar el deseo de hacerlo de nuevo. ¡Ah, hermanos, pronto tendremos que morir! Hoy nos miramos unos a otros en salud, pero vendrá un día en que otros mirarán nuestros pálidos rostros cuando estemos en nuestros ataúdes, y no podremos devolver sus miradas. Poco nos importará quién nos mire entonces; pero tendrá importancia eterna cómo hayamos desempeñado nuestro trabajo durante toda la vida. «Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto»; ¿será ese el veredicto para alguno de nosotros cuando estemos ante el Señor Dios Omnipotente, que prueba los corazones y escudriña los riñones de los hijos de los hombres? Su fuego está en Sión, y su horno en Jerusalén. Su celo es ferocísimo contra los que más cerca están de Él; no tolerará el pecado en sus siervos preferidos, pues Él hirió a Nadab y Abiú porque ofrecieron fuego extraño en Su altar, e hizo del falso apóstol un monumento eterno de escarnio. ¡Ojalá que seamos guardados en la fidelidad por la gracia todopoderosa, o, de lo contrario, la responsabilidad que recae sobre nosotros nos pulverizará!

Tengo la impresión de que este asunto de la personalidad puede seros presentado muy fervientemente en sus cinco puntos; y en todos será útil. Si experimentamos debidamente nuestra responsabilidad individual, nos abstendremos de juzgar a otros. Todos estamos demasiado dispuestos a subir a la silla del juicio. Uno juzga a su compañero y le condena porque ha habido tan escaso número de nuevos miembros en su iglesia. Yo mismo lamentaría ver pocas conversiones, y me censuraría seriamente; pero estaría muy equivocado si expresara una censura indiscriminada acerca de otros. La congregación de nuestro hermano puede ser menor que la nuestra; quizá los corazones se han vuelto de acero a causa de un mi-





nisterio frío, muerto y estereotipado, y quizá queda mucho por hacer antes que lleguen a interesarse en el Evangelio, por no hablar de lo que falta para que sean afectados por él. Es posible que el predicador que tiene un convertido pueda decir como la leona hablando de su único cachorro, cuando la zorra se jactaba de tener muchos: «¡Sí, uno, pero es un león!» El ministro cuyo trabajo de un año terminó con un solo convertido, de nombre Robert Moffat, no recogió una cosecha escasa.

Por otra parte, he notado -y creo que bastante más frecuentemente- que los hermanos que tienen pocos convertidos juzgan a los que tienen muchos. Ahora bien, esto también terminaría si cada uno conociese su propio lugar, y tuviese gozo en su propio trabajo, no sintiendo envidia de otro. Vosotros decís: «¡Oh, es que estas numerosas conversiones no pueden ser todas genuinas!» ¿Por qué no? ¿Por qué debe su número despertar sospechas? Tengo unas cuantas monedas en mi monedero, y hay montones de ellas en el Banco de Inglaterra; sin embargo, no es más probable que en la multitud de monedas del Banco haya una proporción mayor de monedas falsas, que en las pocas que nosotros usamos. No es necesario que la cantidad estropee la calidad. A veces se me ocurre pensar -no sé si será correcto- que cuando hay pocos convertidos que entran a formar parte de la iglesia, debe haber cierto grado de incredulidad. Cuando iba en el ferrocarril de Génova, la línea estaba averiada en diversos puntos; y en determinado lugar el terraplén estaba bastante debilitado, por lo cual hacían pasar los vagones uno a uno. Yo no puedo juzgar, pero a veces me parece que cuando los hermanos atraen convertidos de manera tan lenta, es que tienen cierto temor en cuanto al poder de la gracia salvadora para atraer a muchos. No sería difícil inclinarse hacia uno u otro bando, pero no lo haremos si examinamos bien el encargo que nos ha sido encomendado y nos damos cuenta de nuestra propia necesidad de ayuda divina.

Nuestra individualidad, por la gracia de Dios, nos preservará de envidiar a otros; es un vicio repugnante y roedor.





UN MINISTERIO IDEAL

«Cruel es la ira, e impetuoso el furor; mas ¿quién podrá sostenerse delante de la envidia?» He conocido personas a quienes no les importaba proferir sentimientos que les condenaran, con tal de injuriar a otros. Como a Sansón, no les preocupaba perecer si podían hacer caer la casa sobre los demás. Una antigua historia cuenta de un rey que invitó a dos hombres en su palacio, uno de los cuales, según él sabía, era esclavo de la envidia. «Ahora», dijo el rey, «os daré lo que queráis, a condición de que uno escoja primero, y su compañero tenga el doble que él». Quien debía escoger era el envidioso: deseaba grandes riquezas, pero no podía soportar que el otro tuviese el doble. Por lo tanto pensó que rebajaría lo que iba a pedir, pero también esto dejaba a su compañero en superioridad; y según dice la fábula, -pues quizá sólo era esto su envidia prevaleció hasta tal punto que pidió le arrancaran uno de sus ojos para que el otro hombre quedara totalmente ciego. Algo parecido es el espíritu de aquellos que se oponen a los demás a base de principios que son fatales para su propia obra. Hermano, no hagas tal cosa. Si tu vecino es honrado por Dios, da gracias a Dios por ello; si tú no eres honrado en el mismo grado, humíllate y ora más fervientemente. Si no te llega la bendición, gózate aún, porque alegra a tu camarada. En todo caso, no envidies a los demás.

Por otra parte, queridos hermanos, este sentido de la individualidad debería impedir que despreciáramos a otros. A veces asoma a nuestros labios la pregunta referente a un hermano muy débil y poco dotado: «Señor, ¿qué hará este hombre?» La respuesta del Señor es: «¿Y qué a ti? Sígueme tú». Hay maneras mucho mejores de pasar el tiempo, que burlarnos o despreciar a nuestros hermanos. Ayudar a los que son débiles y alentar a los abatidos es una ocupación mucho más noble.

He dicho ya bastante sobre este primer punto, y no me extenderé tanto en el segundo para no cansaros. Sin embargo, desearía que lo que os he dicho pudiera quedar en los corazones de todos nosotros.





II. Llegamos ahora a LO OPUESTO A LA INDIVIDUALIDAD. No voy a imitar a los antiguos sofistas, que sabían «impugnar, cambiar de bando y seguir impugnando», pues lo que tengo que decir no es una antítesis precisamente, sino más bien un complemento. No puedo hallar la palabra con qué titularlo. Nuestra lengua es aún imperfecta; no contiene aquello que complementa la individualidad. He consultado el *Thesaurus* de Roget; más aún, he consultado un diccionario viviente que se encuentra entre vosotros; pero no pude hallar la palabra, que no existe aunque debiera existir. ¿Quizás alguno entre los que aquí se hallan, algún fabricante de palabras, tendría la bondad de acuñarme un nuevo término que sirva de antónimo o de complemento a la palabra individualidad? Hasta entonces, tengo que prescindir de una palabra clave, y seguir adelante.

Démonos cuenta de que aunque cada uno de nosotros tiene un trabajo que hacer, y está personalmente equipado para hacerlo, *no somos los únicos obreros en el mundo*. Hermano, no eres la única lámpara que alumbra las tinieblas de la tierra; no eres el único sembrador que siembra el campo del mundo con la buena semilla; no eres la única trompeta a través de la cual Dios proclama su jubileo; tu mano no es la única que Dios usa para alimentar las multitudes. Eres solamente un miembro del cuerpo místico, un soldado del gran ejército. Este pensamiento debería alentarte, y aliviar la desesperación producida por la soledad. Cuando Dios envió las moscas, las langostas y las ranas a vencer a Egipto, Faraón podría haber ridiculizado a cualquiera de aquellos insignificantes guerreros, diciendo: «¿Qué puede hacer esta rana? Desafío a Jehová y a sus ranas». Pero la rana podría haber contestado: «¡Cuidado, oh rey, pues hay diez mil veces diez mil como nosotras! Venimos en ejércitos poderosos, y cubriremos toda la tierra. Aunque somos débiles una por una, el Señor mostrará su omnipotencia por la multiplicación de nuestro número». Así fue en los primeros días del cristianismo. Los cristianos llegaron a Roma siendo tan sólo unos





UN MINISTERIO IDEAL

cuantos pobres judíos, y habitaron en el gueto, en la oscuridad; pronto hubo más. Entretanto, unos cuantos habían ido a España; al poco tiempo hubo más también. Unos pocos alcanzaron Gran Bretaña; también éstos aumentaron. Las naciones, enojadas ante esta invasión, decidieron destruir aquellas plagas de la sociedad, que trastornaban el mundo. Los torturaban, los quemaban y los destruían; pero continuaban viniendo como enjambres, y aunque los mataban sin misericordia, siempre había más. Los enemigos de Dios no podían resistir aquel vasto ejército que avanzaba: «Jehová dio su Palabra: grande fue la multitud de los que la publicaron». Así es aún hoy día. No estáis solos al entonar las alabanzas de Cristo; vuestra voz es sólo una de tantas en una potente orquesta. El mundo entero está lleno de las alabanzas de Dios: «Por toda la tierra salió su voz, y hasta el cabo del mundo sus palabras». Tampoco pensamos solamente en la iglesia militante; levantamos nuestros ojos más allá del firmamento, y vemos una compañía aún más gloriosa; pues la honra y la gloria del Maestro no están en manos de los obreros de aquí abajo, cansados y fatigados. Su gloria resuena en arpas que nunca se rompen, tocadas por manos que nunca se manchan. Como Colegio, tenemos camaradas en aquellas huestes, cuyo recuerdo aún está fresco. No mencionaré muchos nombres; pero jamás puedo olvidar a nuestro antiguo hermano Alfred Searle, tan hermoso de carácter como flor escogida; y Paterson, indomable en la perseverancia, que se desgastó en abnegada labor. No podemos dejar de recordar a nuestro apostólico hermano Sargeant, merecedor de un monumento de piedras preciosas; y a Benjamín Davies, incansable en la causa de su Amo. Sólo despertaría tristes reflexiones si continuase la nobilísima lista de aquellos que han subido a alturas más sublimes; ¡ojalá nosotros resultemos ser tan fieles como ellos fueron! Pero no solamente tenemos comunión con éstos; somos una sola cosa con todos los fieles. Lutero, Calvino, Wycliffe, Latimer, Whitefield y Wesley son nuestros camaradas, y todos los santos que han predicado a Jesucristo. Cierto





que ahora no son predicadores; pero aún glorifican a Dios, y de la manera más noble. Es un refrigerio para mi corazón, pensar en aquellos que han luchado y ganado la batalla para siempre. Se nos dice que las mujeres venecianas, cuando sus maridos salen al Adriático de pesca, bajan a la orilla del mar en las tranquilas veladas de verano, cuando todo está silencioso y brilla, y empiezan a cantar un himno. Cantan la primera estrofa en las notas argentinas y penetrantes de la voz femenina, y luego esperan. No pueden ver un solo bote en el mar, no se observa ni una vela en el azul Adriático; pero, en seguida, pasando misteriosamente por encima de las aguas, llega la segunda estrofa. Sus maridos no están a la vista, pero están al alcance del oído, y han entonado la segunda parte del himno. De la misma manera, en este momento, nuestros amigos en las orillas del cielo están cantando para nosotros. ¡Os ruego que escuchéis! Hermanos, no estamos solos. Legiones de ángeles nos rodean. Huestes de espíritus glorificados nos contemplan. Estamos rodeados de una poderosa compañía de ayudadores. En torno nuestro hay una gran nube de testigos; por lo cual, «despojémonos de todo peso y del pecado que nos rodea, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe».

Es bueno que además recordemos que aunque somos individuos y es preciso que preservemos nuestra personalidad, *somos tan sólo instrumentos para la realización de los propósitos divinos*. Aparte de Dios, no somos nada; y bendito sea Dios, porque no estamos separados de Él. Es bueno, de vez en cuando, dejarnos caer de puro cansancio sobre la gran verdad de la predestinación divina. Para algunos hombres es un lecho de ociosidad; para nosotros debe ser un reclinatorio donde hallar nuevas fuerzas. Después de todo, la voluntad de Dios se cumple. Sus propósitos, insondables, eternos e inmutables se van realizando. El furor del infierno y la enemistad de los hombres no pueden detener el curso de los decretos eternos. Dios hace lo que quiere, no sólo entre los ejércitos de los





UN MINISTERIO IDEAL

cielos, sino entre los habitantes de este mundo inferior. Él hace que la ira del hombre le acarree alabanza, y del mal saca el bien.

Es una bendición experimentar que Dios está detrás de uno, que Dios está en uno, que Dios obra en uno. El Sr. Oncken, en los primeros tiempos de su predicación en Hamburgo, fue llevado muchas veces ante el burgomaestre, y encarcelado. Este digno magistrado le dijo en una ocasión con acento amargo: «Sr. Oncken, ve usted este dedo?» «Sí señor». «Pues mientras este dedo pueda sostenerse, yo le acallaré a usted». «¡Ah!», dijo el señor Oncken, «no creo que usted vea lo que yo; pues no solamente veo un dedo, sino un gran brazo, el brazo de Dios; y mientras ese brazo se mueva, usted nunca me acallará». La oposición organizada contra el verdadero ministro de Cristo, no hace otra cosa, a fin de cuentas, que lo que hacía el dedo del burgomaestre; mientras que el poder que está con nosotros es el mismo brazo eterno y omnipotente cuyas fuerzas sostienen el cielo y la tierra. No debemos, pues, temer. La presencia de Dios nos da audacia. Imitemos al ulano de la última guerra. Imagínadle como hombre solitario, valiente y frío, montado en un caballo veloz. Va por una carretera interminable de Francia, sin otra variedad que un álamo de vez en cuando; cabalga sin cesar y sin temor, aunque hay enemigos por todas partes. Pasa por una aldea y espanta a todos. Entra en una ciudad. ¿No es temerario? Ha llegado solo hasta el Ayuntamiento, y ha pedido camas y provisiones. ¿Por qué es tan audaz? Evidentemente todos le temen. Preguntad al hombre por qué es tan osado, y él os replica: «Viene un ejército tras mi, y por lo tanto no temo». Así, querido hermano, debes tú ser uno de los ulanos del Señor Dios Todopoderoso y no temer jamás, pues el Dios eterno será tu retaguardia. «Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra –dice tu Comandante– Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo». Tengo la misma impresión que si Él estuviera aquí esta misma mañana,

300





contemplándoos como soldados suyos, y diciendo: «Venced en mi nombre». Id, pues, hermanos míos, cabalgad hasta aquellos pueblos y despertadlos. Id a aquellas ciudades, e invitadlas a que se rindan. Id a las grandes ciudades, y decid al pueblo que hay en ellas: «Cristo exige que le entreguéis vuestros corazones». Haced esto, y Él dará eficacia a vuestra palabra.

En relación con este asunto de la individualidad, es bueno que nos demos cuenta de que *tenemos el Espíritu de Dios en nosotros*. Soy lo que soy; pero soy mucho más de lo que soy, pues dentro de mí reside el Santo de Israel. «¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?» No la residencia campestre, ni el chalet de un personaje que pasa allí una breve temporada; vuestros cuerpos son el templo del Espíritu Santo. Esto debería hacer que nos respetáramos a nosotros mismos; entendedme bien, y no confundáis la expresión. Debéis daros cuenta de que lo que hacéis bajo la influencia del Espíritu de Dios, no es una obra tan endeble como de otro modo sería. Donde está el Espíritu de Dios hay poder para el cumplimiento de los propósitos divinos. Sería mucho mejor hablar seis palabras por el Espíritu, que pronunciar seis mil sin Él. Un sermón no ha de ser juzgado por sus palabras, pues su alma y vida es cierta fuerza interior; y el juicio de Dios en cuanto al discurso dependerá de cuánto había de la verdadera flor y fruto del Espíritu, oculto bajo las hojas del sermón. Queridos hermanos, ha habido personas que han dicho: «He oído a Fulano de Tal predicar, y nada había en su predicación; sin embargo, muchas personas quedaron impresionadas». Así es; Dios no necesita un templo bellamente pintado, cristales de colores, y toda suerte de adornos externos, por los cuales Él no siente el menor interés. El hombre que piensa así es papista, tanto si lo piensa respecto de los templos hechos de manos, como de los templos de nuestra humanidad. ¿No es cierto que hay un papismo del intelecto, un papismo de la elocuencia, a consecuencia del





UN MINISTERIO IDEAL

cual suponemos que Dios no mora en el orador poco educado o vacilante, sino tan sólo en la facilidad y la elegancia de la palabra?

Donde Dios decide habitar hay un palacio; su presencia glorifica el lugar de su morada. ¿Hay algo maravilloso en la arquitectura de la casa de Shakespeare, en Stratford-on-Avon? Y, sin embargo, desde los más lejanos confines de la tierra los admiradores del gran poeta universal van allí, porque Shakespeare vivió en ese lugar. ¡Supongamos que Shakespeare estuviera ahora allí! ¿Qué harían sus admiradores? Ahora bien, en este día, hermanos, nuestras pobres y humildes constituciones, nuestro esqueleto y nuestro cuerpo, sean lo que fueren, son templos del Espíritu Santo. No se trata solamente de que *estuvo* allí; este hecho hace que respetemos hasta las cenizas de los santos; sino que *está* allí ahora. ¡Ojalá nunca hayamos de lamentar su ausencia! Muchas veces podréis ver hermosas casas, cuyo propietario está muerto y sólo su retrato cuelga en la pared; pero nuestro deleite es que el Cristo viviente está en nosotros ahora, por el poder de su Espíritu. Hace algunos años estuve visitando el monasterio adjunto a la iglesia de San Onofrio, en Roma, y me mostraron allí las habitaciones en que Tasso había vivido, y habían dibujado su retrato tan hábilmente en la pared, que a todos nos parecía como si él estuviera allí. También estaba su cama, su pluma y su tintero, y parte del papel en que escribió; pero no había nuevas estrofas de «Jerusalem liberada» para oír. Del mismo modo, podemos tener el retrato de Cristo en nuestros conocimientos teológicos de Él; en nuestro poder para hablar por Él, quizás tengamos la pluma con que Él escribió; y acaso tengamos el papel en que solía escribir en los corazones que estaban interesados en el Evangelio; pero no habrá ninguna «Jerusalem liberada» a menos que Jesús mismo esté allí. Hermanos, es preciso que tengamos a Cristo en nosotros, esperanza de gloria; el Espíritu habitando en nosotros, la vida pura que no cesa de manar; pues de lo





contrario nuestras vidas serán otros tantos fracasos. ¡Oh Señor, habita con nosotros y mora en nosotros!

Debo concluir haciendo la observación de que es deleitoso darse cuenta de que *toda la obra que estamos haciendo es la obra de Jesucristo*. Todas las ovejas que tenemos que pastorear son tuyas; las almas que tenemos que traerle fueron compradas con su sangre; la casa espiritual que ha de construirse es para que Él la habite. Todo es tuyo. Me deleito en laborar por mi Señor y Maestro, porque siento una bendita comunidad de intereses con Él. No es *mi* escuela dominical, es la de mi Señor; y Él dice: «alimenta a *mis* corderos». No es *mi* iglesia sino la tuya; y Él clama: «alimenta a *mis* ovejas». Las mías son tuyas, y las tuyas son mías; sí, todos son tuyos. En los días en que los criados eran criados y eran adictos a sus amos, un miembro de nuestra nobleza tenía un anciano mayordomo que había vivido ya con su padre. Este noble se divertía muchas veces por la manera en que el buen anciano consideraba que todo lo que era de su amo era tuyo. No sólo me agradó esta historia, sino que cuando la oí, me conmovió. Su señor le dijo un día: «Juan, ¿de quién son las cosas que acaban de llegar?» «Son nuestras. Son de nuestra casa en la ciudad». El noble sonrió, y cuando un carruaje apareció por la alameda preguntó: «Juan, ¿de quién es el coche que entra ahora en el parque?» «Es nuestro coche», dijo el mayordomo. «Pero hay algunos niños dentro, Juan; ¿son nuestros niños?», preguntó el amo. «Sí, señor, son nuestros niños, voy a abrirles la puerta». Señor Jesús, ¿cómo me atrevo a tener la impertinencia de reclamar cosas que son tuyas? No obstante, cuando miro tu Iglesia, soy tu siervo de modo tan completo, y tan plenamente absorbo en ti, que la miro como cosa mía tanto como tuya, y me dispongo a servir a los que tú amas. Sí, Señor, y todos estos hermanos míos se disponen a hacer lo mismo. ¡Ven con nosotros, Señor, por tu amor! Amén.





UN MINISTERIO IDEAL





LOS MALES DE NUESTRO TIEMPO, NUESTROS OBJETIVOS Y NECESIDADES APREMIANTES

No es posible que estemos juntos durante un período de tan intensas emociones, sin aludir, o parecer que lo hacemos, a males que son tema de graves controversias. Se pensará que las cosas de que voy a hablar a continuación van dirigidas contra individuos que quizá no estén ni mucho menos en mi pensamiento. Podría hablar con gran reserva, pero no es mi costumbre; por regla general, doy expresión a mis pensamientos, pues no tengo nada que ocultar. No deseo herir a nadie, pero no puedo evitar el hacerlo. No lo digo a modo de apología, pues estoy más allá de la necesidad de tal cosa, y he llegado a ser un libertino autorizado en cuanto a la expresión de mis pensamientos, ya que me ha resultado absolutamente imposible agradar, sea lo que sea lo que hago o digo. Uno llega a volverse indiferente cuando trata con personas a quienes todas las palabras ofenden. Observo que cuando he medido mis palabras y pesado mis frases más cuidadosamente, es cuando he ofendido más; mientras que algunas de mis expresiones más enérgicas han pasado desapercibidas. Por lo tanto, soy comparativamente descuidado en cuanto a la recepción de que son objeto estas expresiones mías, y anhelo solamente que en sí mismas sean justas y fieles. Es cierto que mis críticas me han costado más dolores que los que han causado. Al principio, dije que el que se aventurara en la tarea que me ha sido im-





puesta no sacaría honra de ello. La profecía ha resultado cierta, y estoy contento de ello.

No tengo nada que ganar, ni nada que temer. Jamás habré de sufrir falsas interpretaciones peores que las que ya me han afligido. No es intención mía decir nada sobre la cuestión palpitante que afecta directamente a la Unión Bautista; y si voy más allá de tal intento, será la corriente del momento la que me llevará, y no mi propia resolución. Hago estas observaciones a modo de introducción, para que vuestras mentes salgan del clamor de la lucha y vengán al silencio de la tranquila meditación.

También quisiera añadir unas palabras de advertencia a los espíritus acalorados. ¿No podemos hacer una distinción entre los hombres y sus opiniones? Una madre de familia escocesa se peleó un día con su ministro. Creo que la diferencia surgió de alguna transacción comercial; quizás el pobre predicador era moroso en sus pagos, o ella no había estado a la altura debida en los artículos que había suministrado; como quiera que fuere, ella abrigaba hacia él amargos sentimientos. No obstante, iba constantemente a oírle predicar; y cuando él le preguntó cómo era posible que le insultara de tal modo y al mismo tiempo aceptara siempre su ministerio, ella le respondió: «Mi querrela es contra usted, no contra el Evangelio». Nuestro caso es exactamente lo contrario al de ella. Nuestra disputa no es contra los hombres, sino contra aquel otro evangelio, que no es otro, con el cual nos turban. Dejémonos de personalismos, pero contendamos fervientemente por la fe una vez dada a los santos. Quizá no será fácil hacer una clara distinción entre los hombres y sus opiniones; pero, de todos modos, esforcémonos en hacerlo así. Reduzcamos la falsedad a polvo, pero deseemos desde lo más íntimo de nuestras almas el bien de los que son engañados por ella. He oído hablar de que es posible pulverizar una piedra sobre el pecho de un hombre, de tal modo que el que esgrime el martillo no le hiere en lo más mínimo. No luchamos contra carne y sangre, sino contra malicias espirituales. No luchamos ni contra los pequeños ni con-





LOS MALES DE NUESTRO TIEMPO

tra los malos, sino tan sólo contra el error mortífero que procura ser rey en Israel.

Deseo hablaros de tal modo, que podáis ceñiros para la batalla contra todo pecado y falsa doctrina, y prepararos para seguir a vuestro divino Señor en todos sus santos combates. Ojalá podáis volver a vuestras diversas esferas de servicio con la impresión de que no habéis malgastado el tiempo al venir a esta Conferencia, sino de que habéis recibido inspiración y estímulo por la comunión de los unos con los otros y con el Señor. ¡Que Dios me ayude a hablar de tal modo que dé un tono saludable a nuestra comunión!

Deseo hablar a nuestra época. Se nos exhorta a darnos cuenta de la época en que vivimos: voy pues a examinarla, y ver si tiene un espíritu sano, o un corazón malo de incredulidad. Mi tema es:

LOS MALES DE NUESTROS DÍAS

Nadie puede discutir que hay males que son constantes a través de todos los tiempos; y que, por otra parte, hay ciertas fiebres intermitentes que aparecen sólo de vez en cuando. Hay males para todas las estaciones: males de invierno, males de verano, males de otoño, males de primavera. Ciertos males abundan en este período especial, males que no nos eran tan familiares hace veinte años. Ahora nos enfrentamos con el error, y con el pecado, en formas que no solían adoptar en los primeros años de nuestro ministerio. La verdad es una sola y la misma en todas las épocas, pero la falsedad cambia de forma, y viene y se va como las modas del vestir. Para las cosas malas también hay una sazón, y un tiempo para toda doctrina que no viene del cielo.

Supongo que en vuestro trabajo pastoral os habéis enfrentado con el gran mal de la *puesta en duda de las verdades fundamentales*. Los hermanos siempre han diferido en puntos de menor importancia, y no ha sido cosa insólita el que nos reuniésemos y discutiéramos asuntos de doctrina sobre la base de la Sagrada Escritura. Todos





estábamos de acuerdo en que, fuera lo que fuese lo que la Escritura dijera, tenía que ser decisivo; y solamente deseábamos comprobar lo que el Señor había revelado. Pero ahora ha surgido otra forma de discusión: los hombres ponen en duda las Escrituras mismas. Un diácono de una de nuestras iglesias decía el otro día tocante a una doctrina: «Aunque la Biblia lo dijera, no lo creería». Esto es cosa nueva en nuestro Israel. Para algunos, la enseñanza de las Escrituras no es de autoridad definitiva: su conciencia íntima, su cultura, o alguna otra entidad desconocida, es su punto de referencia, si es que tienen punto de referencia. La fuente de la inspiración ya no está en el Libro, y en el Espíritu Santo, sino en la propia inteligencia del hombre. Ya no es: «Así dice Jehová»; sino: «Así dice el pensamiento moderno».

Solíamos tener debates sobre la redención particular y la general, pero ahora los hombres ponen en duda que haya una redención digna de tal nombre. Solíamos discutir sobre cuál aspecto de la expiación debe hacerse destacar, pero todos creíamos en el sacrificio vicario. Lástima que hayamos dado en el momento en que se niega la sustitución, y se habla de la doctrina del limpiamiento del pecado por la sangre del Señor Jesús en términos de oprobio. En días antiguos describíamos la justificación por la fe en maneras diversas; pero ahora hay algunos entre nosotros que la descartan por completo. El otro día, cierto predicador nos informaba que aun si un pecador tratase verdaderamente de arrepentirse y creer en el lecho de muerte, con todo, habría de sufrir por un tiempo en el otro mundo. De este modo, la salvación por la fe deja paso a una especie de purgatorio. Esto no es diferir en cuanto a la fe, sino renunciar a ella por completo. No sólo en nuestra denominación existen estos males, sino en todas partes. No sé lo que quieren decir nuestros hermanos cuando niegan el predominio general de la incredulidad. ¿Son obstinadamente sordos y ciegos? ¿Viven en el lado oscuro de la luna? En los periódicos habréis notado que se publican apologías del mahometismo y el budismo, en donde





se alaba a esas religiones a expensas del cristianismo; éste es un signo de los tiempos. Los escribas toman la pluma para escribir sobre temas que hace años no hubieran sido abordados ni en los periódicos seculares; temas que son abordados ahora porque campea una incredulidad que crea un mercado para la literatura anticristiana. Aquellos contra quienes luchamos hoy están atacando la vida de nuestra religión. No le arrancan los cuernos, sino que laceran su corazón.

Cuando observo el clamor que se levanta pidiendo «progresos en teología» y me doy cuenta de la mudable opinión moderna, me acuerdo del caso del capillero prudente que temía por el campanario de su iglesia. Tenían que colocar una veleta en la punta; y cuando la vio en el suelo, le pareció demasiado grande para colocarla sin riesgo en el campanario. «Seguramente», decía, «cuando sople el viento Norte derribará la veleta y con ella el campanario». El que tenía que instalarla se esforzó en animarle con el hecho de que cuando el viento soplara, el gallo de la veleta daría la vuelta, de modo que no recibiría toda la fuerza del viento. Esto era una reflexión muy acertada, y le dio una idea luminosa al capillero. Las cuatro letras N., S., E. y O. eran de tamaño considerable, y ofrecerían mucha resistencia al viento; ¿no sería posible hacer que también girasen? Ciertamente que esto podría mitigar el peligro; pero, ¿de qué serviría la veleta? A pesar de esto, en ciertos sectores se está tratando de hacer que los cuatro puntos cardinales de la verdad giren según el viento. Nosotros no aceptamos tal cosa. Que las veletas den tantas vueltas como gusten, pero nosotros hemos de tener puntos de fe fijos. A menos que tengamos algunos puntos infalibles, la fe es imposible. La verdadera fe nos enseña hechos indiscutibles. ¿Dónde ha de edificar la fe si no hay una roca, y no nos queda sino arenas movedizas? En cuanto a nosotros, encontramos la infalibilidad en las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento, y nuestro único deseo es que el Espíritu Santo nos las abra a nuestro espíritu. Los que quieran, que se inventen un *evangelio* movible;





pero nosotros creemos en «Jesucristo, el mismo ayer, y hoy, y por los siglos».

En estos tiempos somos probados por la manera en que *muchos atacan la verdad presentándola falsamente, y distorsionándola impiamente.*

Se quedan a propósito con una sola doctrina como si fuera todo lo que creemos; o por lo menos el punto principal de nuestras enseñanzas. Saben que sostenemos muchas más verdades, y que no queremos dar prominencia a este punto único; pero lo olvidan prestamente, para poderlo convertir en una base de acusación. Es fácil pintar todas las facciones de un hombre, y al mismo tiempo caricaturizarlo representando uno de los rasgos de modo desproporcionado: esto es lo que hacen nuestros enemigos. Para dar un ejemplo: la doctrina del castigo eterno apenas ha sido destacada por mí en la actual controversia; pero los defensores del «pensamiento moderno» siguen sacándola a relucir en todas las ocasiones, presentando siempre el aspecto incorrecto de ella. Se exhibe el terror de «la ira que ha de venir», como si fuera nuestra enseñanza principal, y como si su terrible carácter de advertencia fuese peculiar de las doctrinas ortodoxas. ¿Pueden ellos asegurarnos que no hay nada de carácter terrible en relación con sus propias creencias en cuanto al futuro de los impíos? Si uno de los que sostienen alguno de los nuevos puntos de vista manifestara claramente cuáles son sus creencias, se vería prácticamente expuesto a críticas muy parecidas a aquellas con que se nos acosa. Por lo menos, nosotros no enseñamos que los pecadores que mueran arrepentidos y creyendo tendrán que sufrir prolongados dolores en el purgatorio antes de entrar en el paraíso. Nuestra esperanza es mayor que ese repugnante dogma. ¿Enseña alguno de estos hombres que el pecado no acarrea terribles consecuencias? Si no se atreven a decir tanto, ¿por qué vuelven sus impuras humanidades en nuestra dirección, y se indignan contra nosotros? En otras ocasiones afirmarán que, en cuanto aljuicio futuro, la diferencia que existe entre nosotros es solamente de grado;





pero no demuestran su ingenio olvidando este hecho cuando se esfuerzan en hacernos objeto de la maledicencia del mundo. No obstante, esto no nos importa mucho, pues no desistimos de la verdad cuando ésta es terrible; empero nos muestra el tipo de hombres que se enfrenta contra nosotros.

Lo mismo ocurre con otras doctrinas que también defendemos; son objeto constante de tergiversaciones o, por lo menos, falsas interpretaciones. Si nuestros oponentes presentaran el caso debidamente, no nos importaría; pero esto no serviría a sus propósitos. Decía uno el otro día: «Detesto el texto que dice: A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí». «¿Por qué?», decía un amigo, «¿Qué dificultad le encuentra usted?» La réplica fue: «No puedo ver por qué Dios había de aborrecer a Esaú». «No estoy sorprendido en lo más mínimo, dijo nuestro amigo, de que Dios aborreciese a Esaú; pero sí estoy enormemente asombrado de que Dios amase a Jacob». Esto último es ciertamente una maravilla de la gracia; lo otro no es más que un hecho común de la justicia. Así es cómo la verdad es presentada al revés, y luego arrastrada de un lado al otro de la calle despreciativamente. Construyen un hombre de paja, y lo pasean esperando después quemarlo públicamente. Esto puede pasar como juego de niños, pero es una locura entre hombres hechos y derechos.

Si bien es cierto que predicamos «el terror de Jehová», puedo decir que tanto yo como vosotros «persuadimos a los hombres» con todo cariño. No los llevamos a Cristo a fuerza de preocupaciones; sino que con mucha mansedumbre y paciencia, nos esforzamos en atraerlos con amor, y a apremiarlos con lágrimas de ansiedad. Tenemos vivas aprensiones de la ira que ha de venir, y, por lo tanto, vivimos estas cosas muy en serio. No nos complacemos en que mueran. ¿Se atreven nuestros enemigos a pensar tal cosa? Nos pesa pensar en que mueran en sus pecados. Es muy poco generoso llamarnos crueles porque somos sinceros al interpretar las amenazadoras amonestaciones de la Escritura.





Con todo, los malentendidos y las tergiversaciones constituyen un mal con el que hemos de ocuparnos constantemente. No tengo duda de que lo halláis en vuestras iglesias, debilitando vuestro testimonio, zarandeando a los inestables, y causando incredulidad en muchos espíritus. Nuestro Evangelio es idóneo para luchar contra estas dificultades. No dejemos de confiar en él; pero, al mismo tiempo, no cerremos los ojos al hecho de que esta forma del mal madura entre nosotros, y hay que combatirla en nombre del Dios de la verdad.

Otro mal importante es *la falta de decisión en favor de la verdad entre los hombres verdaderamente buenos*; los que son hermanos nuestros en la fe del Señor Jesús, pero no parecen haberse decidido en cuanto a separarse del error. ¡Están en favor de la paz! Esto de «sentarse en la valla divisoria» parece ser una posición popular entre los que profesan ser cristianos. Quizá después de la reunión del próximo lunes, algunos hermanos se hayan decidido; pero, hasta entonces, estarán sentados, incómodamente por cierto, sobre la valla. Nunca pude ocupar una posición como la de ellos, y por lo tanto no siento por ellos una muy profunda simpatía. Hay uno o dos eruditos teólogos que tratan por todos los medios de estar en ambos lados de la valla, pero es un experimento peligroso. Algunos tratan de estar al lado de los que prevalecen, y otros preferirían mantener siempre su juiciosa posición. A fin de cuentas, los neutrales no obtienen el respeto de ninguno de los dos bandos; y, con toda seguridad, puede decirse que son el *problema* en todas las controversias.

Siempre habrá dificultades en las iglesias en tanto que los hombres teman denunciar el pecado y el error. El predicador negro de cierto pueblo, decía que cuando se hallaba con su rebaño, se abstenía cuidadosamente de predicar contra el pecado de robar gallinas, porque, al parecer, estorbaba mucho la comunión fraternal. Muchos predicadores tocan muy suavemente el tema de la embriaguez, porque algunos de los que les sostienen son «parte interesada». ¿No es cierto que muchas veces son supri-





midas las verdades cuando parecen poco sabrosas? ¿No es cierto que muchos son infieles en cuanto a los pecados que les rodean? Son «todo a todos», pero no para poder «salvar a algunos». He oído susurrar que es para poder «salvar ciertas sumas» a favor del tesoro de la iglesia. ¿No es verdad que se consulta demasiado a las personas importantes? ¿No es cierto que se da más valor a la posición de las personas que a su piedad? ¿Hay suficiente fidelidad pura a la verdad y a Cristo, pase lo que pase? Hermanos, necesitamos gracia para poder decir: «Sé ser pobre; sé ser objeto de ridículo; sé ser insultado; pero no sé ser falso para con mi Señor».

No quiero hacer referencias personales, pero encuentro que el Espíritu de transigencia entre la santidad y el pecado, la verdad y el error, prevalece demasiado. El espíritu de transigencia no viene del Espíritu de Dios, sino del espíritu del mundo. Siempre es más sabio y mejor demostrar una decisión clara en los puntos fundamentales; es preciso que tracemos la línea de separación de modo bien visible, y que luego nos atengamos a ella. No alteréis vuestro rumbo a causa de los vientos y las corrientes. No tratéis de hacer que las cosas sean agradables en todo alrededor. No seáis como aquel individuo, en una de las ciudades americanas, que vio a un viajero apoyado contra un farol, fatigado por el viaje. Este viajero le preguntó a qué distancia estaba determinado lugar, y le contestó que estaba a diez millas. El cansado viajero suspiró y dijo: «No lo resistiré. Me desmayaré en el camino». A lo que su compadecido informador repuso: «No sabía que estuviera usted tan agotado; se lo dejo en site millas». Desde luego esta operación verbal no alteraba los hechos ni rebajaba realmente la distancia. Pero éste es el método de algunas almas debiluchas y afables; amortiguan la verdad, olvidando que esto no afecta a los hechos. Tal obligación es demasiado seria; por lo tanto, se sugiere relajarla un poco. Tal doctrina es demasiado grave; démosle un aspecto más benigno. Esta manera de agradar a todos a cualquier precio es el estilo de la época. Si en la antigua teología





se habla reciamente del pecado, la depravación humana, etcétera, acudamos a la nueva y suavizamos las cosas. Si el castigo de los impenitentes alarma demasiado a los hombres, tratémoslo ligeramente, y despachémoslo ingeniosamente; ¿quién desea obtener conversiones por medio del temor? Sí; «se lo dejaremos en siete». Pero, ¿de qué aprovechan vuestras suaves palabras? A pesar de vuestras mentiras, la distancia es la misma; y cuando el engañado lo descubra, no va a bendeciros precisamente. ¡Que el Señor nos salve de la condenación de los que engañan a las almas. ¡Que seamos atalayas, y limpios de la sangre de todos! Decidid vosotros; y luego, como hombres firmes, podréis ayudar a otros cuyo pie resbala.

Otro de los grandes males de la época es *el insaciable afán de diversiones*. Nadie desea negar que se ha de descansar del trabajo y disfrutar de los entretenimientos que refrescan cuerpo y espíritu. Dentro de los límites adecuados, el recreo es necesario y provechoso; pero nunca ha sido deber de la Iglesia cristiana ofrecer diversiones al mundo. ¿Fundó Cristo la Iglesia para poder ofrecer al público *cuadros vivientes*? Me he enterado de que cierta congregación independiente inició una serie de cultos especiales con reunión social, y la tarde se pasaba en medio de diversas disipaciones bobas; ¡entre otras cosas, los amigos reunidos jugaban a «la silla musical»! No sé si entendéis lo que representa ese juego pueril. ¡Pensad en los ministros del Evangelio y los oficiales de una iglesia jugando a «la silla musical»! Hay un anuncio, además, diciendo que la semana próxima habrá ¡un pequeño espectáculo familiar en el mismo lugar de adoración (así lo llaman)! ¡Esto ha de tener lugar en el mismo lugar donde predicar tu sacrificio sangriento, oh, Cristo de Dios! No, digo mal; pues la predicación de Cristo suele cesar cuando llegan estas frivolidades. Son cosas tan opuestas en espíritu, que hay que abandonar la una o la otra; y sabemos cuál será.

¿Qué es lo que va a hacerse ahora en nuestras capillas? ¿Hasta qué extremo de necedad llegarán todavía los ministros del Evangelio? En nuestras aulas se han tole-





rado diversiones que no merecen ni el desprecio de los idiotas. Nosotros aún no hemos llegado a tal punto; pero hemos de luchar duramente en contra de ello, pues las gentes están enloquecidas por estas vanidades, y hay tantas sociedades e instituciones más o menos remotamente conectadas con nuestras iglesias, que es difícil impedir que algunas se desvíen. No estamos aquí para pasar el tiempo jugando, sino para que las almas vengan a Jesús y a la gloria eterna. Por la solemnidad de la muerte, el juicio y la eternidad, os suplico que os mantengáis limpios de las locuras y vanidades de la época. Observad con interés cómo «la sabiduría de este mundo» y sus locuras parecen ser compañeros de fortuna, y apartaos de ambos con la misma aversión.

Otra de nuestras dificultades estriba en *la falta de piedad intensa en muchas de las iglesias*. Gran número de hermanos y hermanas viven hoy día, en alto grado, para la gloria de Dios. Doy gracias a Dios de que hay actualmente tanta actividad santificada y consagración del corazón como en cualquier período anterior de la historia de la Iglesia cristiana. Entre nosotros hay hombres y mujeres cuyos nombres pasarán a la posteridad como ejemplos de devoción. Dios no se ha dejado a sí mismo sin testimonio. Pero, ¿os dais cuenta de cuán superficial es la religión de la casa de los que la profesan? ¿Cuántos siervos podrían vivir en familias que se llaman cristianas sin percibir diferencia alguna entre estas casas y las de los del mundo? ¿No es cierto que la oración en familia se descuida en muchos casos? ¿No es cierto que tenemos miembros que jamás son vistos en las reuniones de oración? Al hacer preguntas, ¿no descubriste que los acomodados no pudieron asistir porque la hora de la cena es la misma que la de la reunión de oración? Sin duda serán más cuidadosos en adorar a su dios favorito. En otros casos, descubriréis que las personas ocupadas, que no pudieron ir a orar, no tuvieron dificultades para asistir a un concierto. Las cenas en restaurantes y las reuniones musicales son ceremonias más importantes para muchos que la ofren-





da de oración a Dios. ¿Acaso no nos encontramos con oficiales de iglesia que dicen abiertamente no sentir interés por algo tan anticuado como las reuniones de oración? Éste es un lamentable signo de decadencia, y se observa frecuentemente. Nuestras iglesias podrán causar muchas penas a sus pastores; pero, en la mayor parte de los casos, los pastores mismos se han rebelado tanto que no les importa tampoco.

En cuanto a los ministros, muchos miembros de iglesia son indiferentes tocante a la piedad personal del predicador; lo que desean es talento o inteligencia. Ya no importa lo que predica; ha de atraer una multitud, o complacer a la *élite*, y eso basta. La inteligencia es lo principal. Se diría que buscaban un prestidigitador y no un pastor. Tanto si predica la verdad como el error, el hombre es admirado en tanto que sepa hablar con locuacidad y conservar la reputación de orador. Si tuviéramos piedad más genuina en los miembros y los diáconos, los farsantes pronto se llevarían sus mercaderías a otros mercados. Pero me temo que ha habido gran relajación en la admisión de miembros, y la calidad de nuestras iglesias se ha mancillado y quedado sin buenos fundamentos a causa de las «multitudes mixtas», en medio de las cuales toda clase de males encuentra asilo acogedor. ¡Desdichado el líder en cuyo campamento hay un Acán! ¡Mejor fuera que Demas nos abandonase, y no que viviera con nosotros, e importara el mundo a la iglesia! ¡Cuántos ministros son débiles para la guerra por no estar sostenidos por una congregación piadosa, y sus manos no pueden ser ayudadas por hermanos que oran!

Para no prolongar demasiado mi jeremiada, mencionaré tan sólo uno más de los tristes males de la época; es *la estolidez de las gentes de afuera frente al Evangelio*. En comparación con lo que solía ser, es difícil conseguir atención a la Palabra de Dios. Antes solía pensar que bastaba predicar el Evangelio, y las gentes acudirían presurosas a oírlo. Me temo que tengo que corregir mis creencias del modo siguiente. Si el Evangelio no atrae a los hombres,





nada los atraerá; quiero decir, nada que les haga bien. Personalmente, no tengo razones para dudar del atractivo del Evangelio antiguo; pero se me asegura que algunos de mis hermanos, que predicán fielmente el Evangelio de Cristo, no consiguen tener un rebaño numeroso. Todos tenemos la impresión de que hay un proceso de endurecimiento en las masas. En esta vasta ciudad, tenemos calle tras calle viviendo las gentes absolutamente aparte de la adoración a Dios. Los que asisten a iglesias y capillas son personas señaladas; y si hubierais de preguntar por ellas, os los indicarían como individuos extraños. Hace poco me enteré de una circunstancia curiosa; parece ser que es posible venir a oír al predicador una tarde durante la semana con menos peligro de ser sospechoso que si se viene en domingo. Cuando a una persona que había asistido a un culto a media semana, se le invitó a venir el domingo, replicó: «¡Oh, no, aún no he llegado a este punto!» Para muchos, la asistencia a un lugar de adoración el domingo, en Londres, se ha convertido en una profesión de religiosidad. ¡Oír a Spurgeon sólo en jueves es diferente! Es un hecho que miles de personas viven muy cerca de nuestras iglesias, y ni sueñan en entrar. Hasta la curiosidad parece embotada.

¿Por qué es así? ¿De dónde procede este desagrado por los cultos ordinarios del santuario? Creo que la respuesta, hasta cierto punto, apunta en una dirección que pocos sospechan. Ha habido un creciente proxenetismo en favor de las tendencias sensacionalistas; y a medida que aumenta este lamentable apetito, mayor satisfacción se le da, y por fin llega el momento en que es imposible satisfacer sus exigencias. Los que han introducido en sus cultos toda suerte de atracciones tienen la culpa de que la congregación deje de lado sus enseñanzas de tipo más sobrio, y pida, cada vez más, cosas ruidosas y singulares. Como en el alcoholismo, la sed de excitaciones aumenta. Al principio, es posible calmar el espíritu acalorado; pero el siguiente trago ha de ser más fuerte, y pronto es necesario pasar de la medida. El bebedor de hábito quiere algo





más fuerte que el licor puro, por muy mortífero que pueda ser el trago. Se cuenta de una bebedora que decía, levantando la copa: «¿A eso le llama usted ginebra? Yo conozco un lugar donde por tres peniques puedo tomar un trago que le quemaría a usted las entrañas». Sí, de la ginebra se pasa al vitriolo; y lo sensacional lleva a lo ofensivo, cuando no a lo blasfemo. No quiero condenar a nadie, pero confieso que me siento profundamente apenado al ver algunas de las invenciones de la obra misionera de nuestros días.

Además de este sensacionalismo embriagador, hay una especie de pesadez en el ambiente. ¿No la notáis? Estamos llegando al estado en que cayó Alemania no hace mucho tiempo. Hasta hoy, cuando hablo con un alemán que está a punto de unirse a nuestra iglesia, suelo descubrir que ha vivido en una ciudad. El devoto habitante de los pueblos alemanes asiste todavía a la adoración pública, pero en las grandes ciudades reina un ateísmo práctico. ¿Por qué es así? Los ministros lo han hecho. Han apartado a la congregación de la fe en las Escrituras; les han enseñado a dudar. El más maligno servidor de Satanás que conozco, es el ministro del Evangelio que no sólo duda de la verdad en su propio corazón, sino que propaga la duda a las mentes de los demás por medio de sus críticas, insinuaciones, y verborrea. Algunos ministros creen sólo que no hay nada creíble. La conciencia de tal hombre está marchita. En algunos ministros modernos, la facultad de creer se ha extinguido; han jugado con las palabras hasta que no pueden ser sinceros aunque lo intenten. He protestado contra este mal con toda mi alma. Dicen: «¿Por qué no hablaba usted contra estas cosas hace veinticinco años?» Les contesto: «Entonces estos males apenas se percibían». Las cosas no son ahora como al principio de nuestro ministerio. Ha habido un súbito crecimiento de errores. Entonces no oía hablar de universalismo, ni de salvación *post-mortem*, ni de un período de prueba después de esta vida. Hasta muy recientemente, no he oído hablar de ministros que desdeñan la sangre de Jesús. Sin embargo, no voy a repetir las tristes





realidades que recientemente han llegado a mi conocimiento, y me han traspasado el corazón. Nuestra época está descoyuntada. No es extraño que el mundo esté desapercibido, pues la Iglesia está en muchos lugares llena de incredulidad. Espero que el actual huracán de males pase pronto; pero cualquiera que esté en sus cabales reconocerá apenado que la nave de la Iglesia se ve azotada ahora por vientos contrarios, y necesita que un Señor venga, y diga a los vientos y las olas: «Calla, enmudece». Hasta aquí, os he presentado «la carga de Jehová».

En estos tiempos malos, tenemos todavía:

UN OBJETIVO PERMANENTE

Cualquiera que sea la estación, el labriego tiene todavía su tierra por labrar. En verano y en invierno su trabajo podrá variar, pero su objetivo es el mismo. Así ocurre con los siervos de nuestro Señor Jesús. Hagan lo que hagan los demás, nosotros hemos levantado nuestra mano al Señor, y no podemos retroceder. Aún nos guía aquel propósito exclusivo que nos trajo por primera vez al ministerio: no podemos mirar atrás después de poner la mano en el arado, ni desviarnos del surco.

¿Qué piensas actualmente en cuanto a la misión de tu vida? ¿Cuál es esa misión? ¿En qué te ocupas? Creo que te oigo responder: «*Nuestra finalidad principal es glorificar a Dios*». No consideramos que nuestra tarea más importante sea convertir pecadores, ni edificar a los santos; sino glorificar a Dios. Si hemos predicado la verdad de Dios, y en alguna ocasión no ha habido salvación de almas después de ello, seguimos siendo «grato olor de Cristo para Dios», tanto en los que perecen como en los que se salvan. La predicación de Jesucristo es grato olor ante el trono de Dios, y para el Señor es por siempre ofrenda aceptable. El sacrificio de Jesús es lo que hace que el mundo sea tolerable para un Dios santo, y la predicación de aquel sacrificio es olor de reposo para con Él.

Esta es la piedra de toque para probar la calidad de cualquier doctrina: «¿Glorifica a Dios?» Si no glorifica a





Dios, no es Evangelio genuino, y no nos beneficiará a nosotros ni tampoco a nuestros oyentes.

A nosotros corresponde atenernos al único objetivo nuestro, venga lo que venga. El pescador sale con sus redes en un día tranquilo y luminoso de verano. «Ahora, barquero, toma la guitarra. Siéntate en el barco, y deléitanos con buena música». Éste responde: «No soy músico, sino pescador». Una nube precursora de tormenta oscurece el cielo, y vienen la lluvia y el aguanieve. «Ahora, barquero, deja la cubierta. Arregla tus cosas, y guarécete abajo». Sonríe y responde: «No soy ningún deportista en viaje de placer, sino que salí a pescar; y eso es lo que haré». ¡Y lanza las redes!

Nuestra sagrada pesca se realiza mejor en la tormenta que en la calma. Cuando las aguas reposan, los peces parecen también dormir, o están ocultos en profundidades silenciosas muy lejos de nuestro alcance. La calma chicha es nuestro enemigo, y la tempestad puede resultar nuestra mayor ayuda. La controversia puede despertar los pensamientos, y a través de los pensamientos puede venir la transformación divina. En cualquier caso, *es preciso que pesquemos almas*. Venga lo que venga, estamos obligados a buscar a los hombres para llevarlos a Jesús. Es preciso insistir -en el arrepentimiento y la fe; el nuevo nacimiento, con su aversión por el pecado, y la confianza en Jesús, ha de ser continuamente presentado ante la congregación. Con este fin nacimos, y con este propósito fuimos enviados al mundo, para que pudiésemos dar testimonio de grandes verdades que salvan el alma, para que por el conocimiento de estas cosas Dios pueda ser glorificado entre los hombres.

Además de esto, tenemos el intenso deseo de *edificar la Iglesia*; y estoy convencido de que para este objeto, es completamente necesario que continuemos predicando siempre el mismo Evangelio. ¿No ha de haber progreso? Sí, dentro de la pauta de la verdad revelada; pero no debe haber desviación de los principios permanentes. El escolar comienza con su primer libro de





aritmética; a su debido tiempo, necesitará otro; pero supongamos que el segundo libro puesto en sus manos contradijera al primero, ¿en qué situación se encontraría el escolar? Supongamos que se le asegura que la tabla de multiplicación ya no vale, y que los hombres ahora han superado aquello de que dos por dos son cuatro. ¿Qué adelantos podría hacer? Un ministerio consistente, llevado a cabo predicando la misma verdad durante muchos años, ha de producir, con la bendición de Dios, un resultado en la congregación.

La construcción de un edificio es posible cuando las paredes se levantan, hilera tras hilera, sobre un fundamento fijo; pero, ¿qué resultado pueden producir los que constantemente cambian sus enseñanzas? ¿Qué pueden hacer los que «siempre están aprendiendo, y nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad»? El verdadero progreso es imposible cuando todo se mueve, tanto el camino como el carro. Se cuenta la historia de un hombre que se casó por cuarta vez, y cuya esposa había aportado una gran suma, a semejanza de todas sus predecesoras. Un amigo le decía: «Parece que saca usted beneficio de sus esposas, tanto si viven como si mueren». «¡Pobre de mí!» respondió él, «con el gasto de casarme con ellas, y luego el de enterrarlas, no me queda mucho beneficio después de todo». Diría que pasa lo mismo con los nuevos credos de los cuales se enamoran uno tras otro. Entre las dificultades de aprender la nueva doctrina, y las de enterrarla pronto para dar cabida a otra, no queda mucho beneficio. De nada sirve tejer si se está continuamente destejiendo.

Si, como edificadores prudentes, edificamos realmente la Iglesia, hemos de ser cuidadosos en cuanto a nuestro fundamento al empezar; y sobre ese fundamento hemos de seguir edificando hasta el fin. En lo que a mí toca, lo que enseñaba al principio es aquello en que permanezco hasta hoy. Si hubiera escogido un nuevo objeto, podría haber seleccionado nuevos medios para fomentarlo; pero las verdades que eran para gloria de Dios hace treinta años,





producen aún los mismos resultados. Laboramos en pos del mismo fin, y confiamos en el mismo poder, por lo cual no cambiamos nuestras enseñanzas.

Permitidme que os lleve más lejos, y os hable de:

NUESTRAS NECESIDADES APREMIANTES

Si hemos de seguir nuestra vocación santa de modo satisfactorio, *necesitamos ser hombres mejores*. No os menosprecio, lejos de ello. Pero, personalmente, me parece que a medida que los tiempos empeoran, debo clamar a Dios pidiéndole más gracia para poder enfrentarme mejor con esta época. Siempre podréis cortar un objeto duro si disponéis de algo más duro todavía. Los Alpes de granito pueden ser perforados con diamantes. ¡Cuánto deseamos la gracia de estar a la altura del peor caso que se presente! Todo lo que ya poseemos de capacidad o aptitud es don del Señor, y Él puede concedernos mucho más. El que nos dio la vida puede dárnosla «más abundantemente». La capacidad de un hombre cuando Dios lo toma en su mano, no ha de calcularse por el hombre, sino por Dios mismo. Esto lo expresó muy claramente en la reunión de anoche uno de nuestros hermanos, cuando, hablando de la nube «como la palma de la mano de un hombre», dijo que era obra del Señor, pero estaba en ello la palma de la mano. La bendición viene sólo del Señor, pero su señal es a menudo la nube pequeña como la palma de la mano de un hombre. Tengamos, pues, las manos a punto para la obra del Señor; ni cruzadas indolentemente, ni colgantes en desesperación, sino levantadas en santa súplica y plena consagración. Ocupémonos principalmente en ser, de un modo muy personal, más santos, más llenos de gracia, y por lo tanto mejor adaptados a nuestro trabajo. Aún no se ve lo que podemos ser. ¡Cuánto deseamos tener aspiraciones elevadas!

No nos juzguemos por los demás, ni digamos con morbosa complacencia en nosotros mismos: «Vamos bastante bien, comparados con nuestros hermanos. Nuestras iglesias no crecen mucho, pero somos tan eficientes como los





demás». ¡Hermanos, si algunos están aún más atrás en la carrera, que eso no aumente la esperanza de ganarla nosotros! Mientras estaba enfermo, un amigo se esforzaba en consolarme observando que había muchos que sufrían mucho más que yo. No os describiré la cara que puso cuando le repliqué: «Sólo un malvado sentiría consuelo en saber que las agonías de los demás son mayores». ¿Nos sentiremos agradecidos cuando tenemos poca bendición, por el hecho de que otros tengan aún menos? ¿Decís que las patatas de mis vecinos son más pequeñas que las mías? Mi medida, como hortelano, no es el peor ejemplar, sino el mejor. Midámonos según la medida del Señor, no por nuestros compañeros de servicio: entonces el orgullo será imposible, pero la esperanza será natural. Somos capaces de cosas mucho mayores; intentémoslas. Es hora de que vivamos, pues estamos envejeciendo.

Hecho esto, *tengamos ideas más claras sobre lo que creamos*. El borrachín John Brown llega a su casa a las cuatro de la madrugada, y pregunta a la criada en la puerta: «¿Dónde vive John Brown?» «Por favor, señor, no hable así», dice la criada, «usted sabe que John Brown es usted mismo». Dice él: «Sí, ya lo sé; pero quiero saber dónde vive John Brown». Hay en el «pensamiento moderno» una especie de borrachera que se expresa de esta manera. El John Brown de la nueva escuela no sabe dónde vive John Brown. Sabe dónde vivía ayer; pero sería difícil decir dónde vive hoy. Hay muchos nómadas espirituales. Acampan detrás de cualquier seto, pero no tienen residencia permanente en ninguna parte, su teología consiste en unos cuantos retazos. Se trastorna fácilmente, pero es igualmente fácil ponerle un remiendo. Prefieren la búsqueda de la verdad a la verdad misma; es evidente que semejante búsqueda no es muy realista, pues el hombre en cuestión se complace en que la presa se le escape continuamente. En tiempos antiguos, el profeta era un vidente; pero hoy día, un profeta es el que tiene demasiada cultura para ver algo. El hombre que protesta de que tiene demasiada luz para tener la seguridad de ver algo, es el favorito de ciertos





oyentes intelectuales. David dijo: «Creí, por lo tanto hablé»; pero era un tipo peculiar; nuestros «pensadores» de ahora hablan porque dudan, y no porque crean.

Lo siguiente en importancia para la presente época es *que tengamos más fe*. Es preciso que creamos con más intensidad en Dios, para confiar en Él con más realismo y con menos dudas. Las cosas que creemos han de llegar a ser más reales para nosotros. Me temo que solemos usar las palabras sin darnos cuenta de su verdadero significado. Esto es terrible. Es una especie de asesinato premeditado suprimir el alma de las frases piadosas, y al mismo tiempo seguirlas usando. Seamos honrados con las cosas de Dios; digamos en serio todo lo que decimos, y no digamos nada si no es en serio. Es repugnante que un hombre hable de toda suerte de temas relativos al Evangelio, a la gracia y a la santificación, sin tomárselo en serio. Me temo que nuestros púlpitos no estén exentos de tales vendedores de palabras a granel. No demos meras sombras a la congregación. De cualquier modo, que para nosotros, por lo menos, no sean sombras sino hechos positivos. Quizá habéis oído hablar de la anciana escocesa que estaba redactando su testamento. Dejaba quinientas libras a éste, mil libras a aquél, etcétera, hasta que, por fin, el notario exclamó: «¿Tánto dinero tiene usted?» «Quizá no», dijo la anciana, «pero esto les mostrará lo generoso de mis intenciones». Es de temer que muchos predicen doctrinas evangélicas, no porque las crean, sino para poder agradar a los evangélicos. Esto nunca servirá de nada. No nos expongamos jamás a tales sospechas. Que las doctrinas que declaramos sean tan amadas para nosotros como nuestra vida, y tan reales como nuestra propia carne y huesos. Creemos que toda Escritura es verdadera. Cuando la Biblia dice que un hombre está perdido, creemos que esta perdición es real y terrible. El cielo y el infierno son realidades para nosotros, aunque para otros puedan ser sueños. Para nosotros, Cristo es un Cristo real; y el Espíritu Santo dentro del hombre trae vida real de entre los muertos. Si no predicamos realidades, pido a Dios que





seamos echados del ministerio, en el cual sólo estamos atesorando ira para el día de la ira.

Necesitamos también más amor a las almas. Nunca salvaremos a más hasta que amemos más. Se cuenta una anécdota muy buena de nuestro hermano Archibald Brown; no trataré de contarla en su presencia; pero era algo así: un hombre quedó accidentalmente enterrado por un desprendimiento de tierras, y muchos estaban cavando enérgicamente para desenterrar al pobre hombre. Había uno que estaba allí, que apenas parecía preocupado por el drama, hasta que una mujer salió de entre la multitud, le agarró y le dijo al oído: «Es tu hermano Guillermo el que está ahí dentro». Estas pocas palabras obraron en aquel hombre un cambio maravilloso; en un instante se había quitado la americana, y se puso a trabajar febrilmente. Si pretendemos salvar a nuestros oyentes de la ira que ha de venir, tenemos que darnos cuenta de que son nuestros hermanos. Es preciso que simpaticemos con ellos, y que sintamos por ellos ansiedad; en una palabra, pasión y compasión. ¡Que Dios nos conceda estas cosas!

Es preciso que haya también un espíritu más completo de sacrificio propio. En este punto tengo que hablar con toda ternura, porque me encuentro entre hermanos que llevan una vida de sacrificio continuo en el sentido pecuniario. Teniendo apenas lo suficiente para ir viviendo, siguen trabajando año tras año sin proferir una queja. Si pudieran ganar cien veces lo que ganan actualmente en cualquier otra profesión, tampoco dejarían el púlpito y el pastorado. La obra de Cristo significa más para ellos que los alimentos que necesitan. Gracias a Dios, esta Conferencia está bien provista de hombres que lo tienen todo por pérdida para obtener la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús su Señor. Pero, hermanos míos, se necesita sacrificio continuo para que podamos mantener la abundancia de nuestro servicio. También aquí tenemos muchos que destacan. No son holgazanes, sino trabajadores. El que lo pasa bien en el ministerio aquí, lo pasará mal muy pronto cuando tenga que rendir cuentas.





Me temo que la idea que algunos tienen del ministerio es parecida a su doctrina. Su tranquila indiferencia me recuerda al obrero que observaba: «Tengo un amo tan excelente que no sé cómo hacer demasiado por él, *pero me cuidaré muy bien de no hacerlo*». ¡Que no sea jamás éste nuestro espíritu! ¡Vivamos intensamente para nuestro Señor!

Pero además de renunciar a la comodidad, hemos de estar dispuestos a abandonar todo lo demás: nombre, reputación, amistades, relaciones; a todo debe renunciarse sin reservas, si la causa de Cristo lo requiere. Antes que negar la verdad, es preciso que abandonemos honores, estimaciones merecidas, toda traza de buena reputación. Habéis oído muchas veces la clásica historia de Curcio, cuando saltó a la fosa del foro de Roma. En nuestro día hay una fosa en el foro; ¿quién se consagrará por el pueblo y su Dios? Curcio no estipula que ha de quedar completamente enterrado excepto el pendón de su lanza, que habrá de verse en el suelo como recuerdo. No, da el salto, y halla fama inmortal al desaparecer por completo. En la batalla por la verdad, dejad que vuestra comodidad personal y vuestra reputación se pierdan si es necesario. No creáis que el sacrificio necesita ser pensado dos veces. La flaqueza de muchos es que *piensan* tanto tiempo que no *hacen* nada. La sangre de los mártires es escasa entre nosotros. Nuestros ministerios serán destruidos si empezamos a pensar en el coste de la honradez. ¿Tendremos ante nuestra vista el temor a un importante benefactor, temiendo ofenderle con nuestra fidelidad? Sólo con ese pensamiento, ya hemos ofendido a Dios. Hermanos, no temamos pérdida alguna, porque no tenemos nada que perder, ya que todo lo que ahora poseemos es de Cristo. Señor, por ti me regocijaré en ser «el desecho de todos», para poder ser hallado fiel a ti y a tu verdad hasta el fin.

Os daré algunos consejos, que pueden conveniros en un momento como éste. Quisiera recomendaros que *examinéis muy cuidadosamente, con vuestros oyentes, las verdades fundamentales*. La mayoría de las personas no co-





nocen los principios básicos del Evangelio. Suponemos demasiado cuando damos por descontado que todos nuestros oyentes entienden el Evangelio. Algunas de las anticuadas maestras de escuela tenían un curioso sistema de tratar a sus alumnas. Pedían a María que leyera un pasaje del libro, pero ella aún no dominaba el alfabeto, y por lo tanto no sabía leer tal como le pedían. Le llamaban niña revoltosa, la colocaban en un rincón, y le decían que estudiara el libro. ¡Nada de esto podía hacer, pues no conocía las letras! Si no hemos enseñado al pueblo el alfabeto, ¿cómo podemos esperar que entiendan las verdades que predicamos? Examinemos una y otra vez las verdades fundamentales.

En algunos púlpitos que podría mencionar, las doctrinas más sencillas serían grandes novedades. Una vez un rey preguntó a un cortesano qué era lo que hacía tan famoso a cierto predicador «Majestad», dijo el noble, «predica el Evangelio, y eso es lo más escaso de Francia». ¡Cuán cierto de muchos púlpitos ingleses de hoy! Examinad las verdades elementales con vuestra congregación. Dadles a conocer los principios básicos de la fe. Esto no cansará a vuestros oyentes, sino que los bendecirá, y muchos de ellos se deleitarán. Repetid además los fundamentos; a menudo si podéis. En los tiempos de la labranza al estilo antiguo, echaban tres granos de semilla en cada agujero. ¿Por qué? Uno era para el gusano, otro para el cuervo y el tercero quizá llegaría a crecer. Seamos generosos con la simiente, pues los poderes malignos son generosos con los gusanos, los cuervos y las espinas. Que otros salgan a destacar; vosotros sois sembradores, y es preciso que «salgáis a sembrar». Repetid cosas que hayáis dicho ya, si es necesario. Pablo escribía a los filipenses: «A mí, a la verdad, no me es molesto el escribiros las mismas cosas, y para vosotros es seguro».

Además, *actuad claramente para la salvación inmediata de vuestros oyentes*. Apuntad bien. Dicen que en Waterloo, por cada hombre muerto, hubo que disparar su peso en plomo. Tenemos que mejorar esta marca, y usar armas





de precisión. Es preciso que alcancemos a las personas cada vez que nos dirigimos a ellas. Es de sabios abordar de modo concreto a cada persona. Tenemos que cuidar de la aplicación de cada uno de los sermones. He visto a un verdadero doctor, en un caso muy crítico, actuar como enfermera al mismo tiempo que como cirujano, y ocuparse personalmente de la aplicación de sus linimentos y emplastos al paciente. Este cuidado personal aumenta la eficacia de la cirugía. Es muy necesario aplicar la verdad a nuestros oyentes de modo muy específico. Si un doctor recetara a unos niños una medicina muy amarga, para tomar cada tres horas, y luego les dejara encargados de tomarla por sí mismos, me temo que tomarían pequeñas y pocas dosis. Así ocurre con las verdades poco gratas al paladar; no sólo debemos presentarlas en términos generales, sino que es preciso que las administremos en dosis adecuadas a cada individuo. Bajo la dirección del Espíritu Santo, ésta debe ser nuestra tarea diaria. Queremos que nuestros oyentes sean salvos, y salvos en seguida; y con este designio hemos de adelantar con todas nuestras fuerzas.

Inculquemos con todas nuestras fuerzas la práctica de la santidad. La santidad es el aspecto visible de la salvación. Nunca consideré que fuera mala señal cuando la predicación de la santidad llegó a ciertos extremos. Temblaba a causa del fanatismo, pero daba gracias a Dios por el fervor de donde procedía. Aspiremos al máximo grado de santidad. Las doctrinas de la gracia deben ir acompañadas por una ética del tipo más puro. Hemos sido muy claros en cuanto al hecho de que las buenas obras no son causa de la salvación; seamos igualmente claros en cuanto a la verdad de que son el fruto necesario de la misma. ¿De qué sirven nuestras iglesias si no son santas? ¿De qué servimos nosotros si no somos santos? La santidad es ortodoxia práctica, y debe ir de la mano con la ortodoxia doctrinal. No solamente hemos de tener una moralidad elevada, sino también consagrada, avivada por el Espíritu de Dios; y eso es santidad.

Con este fin, os exhorto a ser *cuidadosos en la admisión de miembros dentro de la iglesia*. Sin duda hay en





nuestras filas algunos que no debieran estar allí. Esto es para perjuicio de ellos, para deshonra del Señor Jesús, y para perjuicio de la iglesia misma. Los miembros inconversos rebajan el tono general de la iglesia. Hasta qué punto ese tono ha descendido, que los espirituales lo juzguen por sí mismos. Si los miembros fueran convertidos, pronto se librarían de muchos de los ministros; pero las congregaciones son como sus servidores. Muchas son las cartas de apoyo que mis protestas sobre este particular han originado. Es evidente que la doctrina relajada y la vida también relajada se asocian muy frecuentemente. Una tal Ana me escribe llorosa con referencia a su marido que hace años es predicador laico, pero que ahora pasa las veladas hasta última hora en la mesa de billar, a la cual se aficionó cuando se entregó a la nueva teología y a los entretenimientos religiosos. Son muchos los que han pasado de la reunión de oración al teatro de aficionados, y de allí al teatro profesional mismo. Esto parece ser lo natural, cuando no lo inevitable. ¡Cuánto deseamos tener una membresía más pura con la cual colaborar! Hagamos lo que hagamos, vendrá Judas; pero no lo invitemos: no hagamos que a un traidor a Cristo le sea fácil sentirse cómodo entre nosotros. Mezclar la iglesia con el mundo es un crimen; atrae un horrible anatema, y actúa sobre la piedad como la ventisca y añublo. Que la puerta de la iglesia esté abierta a todas las almas sinceras, pero cerrada a todos aquellos cuyos corazones están en el mundo. No es ni siquiera para bien del alma mundana, el tener la forma de la piedad al tiempo que es ajena a su poder. Ya que amáis al Señor, y comprendéis el valor de las almas, guardad bien la entrada a la iglesia.

En cuanto a vosotros mismos, recomendaría *separación total de aquellos que probablemente perjudicarían vuestra vida espiritual*. No me parecería mejor asociarme con alguien que niegue la fe que con un borracho o un ladrón. Deseo guardar lo espiritual tanto como lo moral. Un hombre leal no se siente a gusto en compañía de traidores. Hay ciertas asociaciones con impíos que tenemos que acep-





tar, a menos que nos apartemos totalmente del mundo; pero hay otras que son opcionales, y en este punto hemos de atrevernos a ser escrupulosos. Un piadoso ministro dijo en una ocasión hablando de cierto predicador: «No permitiría que tal persona subiera a mi púlpito. Soy tan celoso de mi púlpito como de mi cama». No creo que fuese demasiado rígido. Hemos de guardarnos de transigir en la verdad de Dios asociándonos con los que no la sostienen, especialmente en una época como la nuestra.

Además, es preciso que nos unamos más estrechamente, y que procuremos ayudarnos unos a otros, y a todos los que son de la misma mente en el Señor. Las divisiones denominacionales desaparecen en presencia de la verdad de Dios. En mi opinión, la gran distinción a observar actualmente se halla en las doctrinas evangélicas, de las cuales el sacrificio substitucionario del Señor es centro del alma. Allí donde veamos hermanos fieles luchando, deberíamos aprestarnos a ayudarles, pues con toda seguridad están siendo objeto de inveterada oposición. Los amantes de la antigua fe deben luchar hombro con hombro para eliminar las injusticias del pasado y frustrar la oposición futura. La lucha que nos espera es feroz; economicemos a toda costa nuestras fuerzas por medio de la unión.

Finalmente, permitidme que os dirija unas...

PALABRAS DE ALIENTO

Los tiempos son malos, pero ya lo han sido antes. Tenéis que luchar contra Apolión, pero muchos se han enfrentado con este archienemigo antes de nuestros días. Ceñid los lomos de vuestro entendimiento y estad firmes, pues el Señor es mayor que los tiempos. Los días son malos, pero los días malos van seguidos de días buenos. La historia se repite, y éste es uno de los puntos en que la historia es muy persistente. Dejad que os lea un pasaje muy alentador de Withespoon: «No hay nada imposible para el poder de Dios. Añado que los tiempos más notables del avivamiento de la religión, en esta parte del Reino Uni-





do, vinieron inmediatamente después de los tiempos de mayor apostasía, cuando 'la verdad' parecía que 'tropezó en la plaza, y la equidad no podía llegar'. Éste fue el caso inmediatamente antes del año 1638. La corrupción de la doctrina, la relajación en la práctica, y la sumisión servil en la política, habían inundado la Iglesia de Escocia. Con todo, al poco tiempo, apareció con más pureza y dignidad de lo que nunca antes, o quizá nunca después, había aparecido. Por lo tanto, que ningún cristiano ceda ante los pensamientos de la desesperación. Defendemos una causa que finalmente vencerá. La religión se levantará entre sus ruinas; y su estado oprimido actual debe, no sólo movernos a orar, sino alentarnos a confiar en su rápido avivamiento».

Haced uso de la oración hasta el máximo. Recientemente he recibido mucho aliento de amigos en muy diversos sectores, al serme asegurado que nuestro conflicto a causa del Evangelio es continuamente mencionado en sus oraciones. El corazón suplicante de ese pueblo de Dios que ora está con nosotros. La oración es el arma secreta. Seríamos muy prudentes si la usáramos más, y lo hiciéramos con un propósito más específico.

En Nueva Inglaterra, cierta iglesia había escogido a un joven llamado Stoddard para ser su pastor. Después de cierto tiempo, la congregación descubrió que su nuevo pastor no era un verdadero cristiano. ¿Qué hicieron? ¿Sacar a relucir sus defectos y pelear? No, eran personas más sabias que eso. Un domingo por la noche, cuando el trabajo del día había terminado, el joven vio a la congregación afluyendo a la capilla. Se quedó sorprendido de que vieran en tan gran número a un culto que él mismo no había de presidir. «¿Por qué se reúnen?» preguntó. «Se reúnen», dijo uno, «para orar pidiendo que su ministro sea convertido». El joven Stoddard se fue a su cámara, oró y halló la vida eterna. Antes que la reunión de oración hubiese terminado, estaba convertido y bajó a la reunión a contar las gratas nuevas. ¿No es cierto que fue una maravillosa obra de la gracia? ¿No podríamos ganar más





batallas si usáramos con más constancia esta arma de la oración total? El infierno entero es derrotado cuando el creyente dobla sus rodillas con súplica insistente. Amados hermanos, oremos. No todos podemos argumentar, pero todos podemos prevalecer en la oración. Preferiría veros más elocuentes ante Dios que ante los hombres. La oración nos une fuertemente al Eterno, al Omnipotente, al Infinito; y por ello es nuestro recurso principal. Decidíos a servir al Señor y a ser fieles a su causa, pues entonces podréis apelar audazmente a Él pidiendo Su socorro. Aseguraos de que estáis con Dios, y entonces podréis tener la seguridad de que Dios está con vosotros.





CÓMO ENFRENTARSE CON LOS MALES DE LA ÉPOCA

Permitidme que os dé a todos la más cordial bienvenida. He recibido ya bendición en las oraciones que se han elevado, y creo que todos hemos disfrutado de las arras de un refrigerio divino durante la primera parte de nuestra reunión. Continuemos en la plena confianza de que el que ya se ha dignado visitarnos seguirá con nosotros hasta el momento en que tengamos que decir: «Vámonos de aquí».

Me es difícil comunicaros en pocas palabras en qué va a consistir mi disertación. Su tema lo iréis descubriendo sobre la marcha, pero si pudiera resumirse en una línea, sería: **CÓMO ENFRENTARSE CON LOS MALES DE LA ÉPOCA**

Hasta donde puedo recordar, cada año ha sido un período en extremo crítico; y hasta donde puedo observar la historia, casi cada seis meses alguien ha escrito acerca de «la solemne crisis de estos momentos». Hay personas que creen siempre en el peligro inminente del universo en general y de la Iglesia de Dios en particular, y se puede adquirir una segura popularidad clamando sin cesar: «¡Ay de nosotros!» Los profetas que pretenden imitar espiritualmente a Solomon Eagle que, cuando la epidemia, iba por las calles de Londres desnudo y llevando un brasero en la cabeza mientras clamaba: «¡Ay de nosotros!», son considerados como fieles, aunque probablemente son dispépticos. No somos del mismo orden: no nos atrevemos a cerrar los ojos a los males que nos rodean, pero





UN MINISTERIO IDEAL

podemos ver el poder divino sobre nosotros, y sentirlo con nosotros, obrando sus propósitos de gracia. Os decimos a cada uno lo que el Señor dijo a Josué: «No temas ni desmayes, porque Jehová tu Dios estará contigo en dondequiera que vayas». Hemos puesto nuestra confianza en el Dios vivo, que dará la victoria final a su propia causa.

No obstante, es cosa buena admitir que nuestros días tienen sus peligros y pruebas peculiares. El calidoscopio varía; las escenas que se presentan a nuestros ojos van cambiando, sean para bien o para mal; el bien tiene infinitas variedades, y también el mal. No nos aflige, como a nuestros antepasados puritanos, la persecución y la opresión que nos privaría de nuestros derechos civiles y nuestra libertad de adorar a Dios. El mal ha adoptado entre nosotros una forma muy diferente, y es preciso que nos enfrentemos con él tal como viene. El frente de batalla es otro, pero no creo que el conflicto sea menos grave. Espero una lucha más feroz que la que jamás se ha conocido, y debemos estar preparados para ella. Durante el transcurso de una batalla, se observó que el Duque de Wellington cabalgaba siguiendo las líneas hasta cierto punto del campo, y un soldado dijo a su compañero: «Ahí va el Duque, seguramente las cosas se van a poner duras». Hermanos, tenemos pruebas de que el Señor Jesús está con nosotros, por lo tanto conviene que nos preparemos para la batalla. No es un general que cabalgue meramente por desfilas, sino que va a luchar dondequiera que aparezca, y podemos esperar horas de dura lucha. Cuando ciñe su espada en su muslo, y aparece en su caballo blanco, podéis tener la seguridad de que su espada herirá con energía, y sus flechas volarán en gran número y velozmente, mientras que, por otra parte, sus enemigos lucharán furiosos.

Entre los males de la época, es preciso que señalemos primeramente *el retorno a la superstición*. El ritualismo ha brotado entre nosotros y se ha extendido como las malas hierbas. Supongo que la Omnisciencia lo distingue del romanismo, pero también es probable que la Omnisciencia vea más de su semejanza al romanismo que nosotros. Está





CÓMO ENFRENTARSE CON LOS MALES DE LA ÉPOCA

extendiéndose, lo digo tristemente, por todas partes. Es lógico que nuestros hermanos evangélicos dentro de la Iglesia Anglicana hablen de «una ruidosa minoría que practica el ritualismo», y nos recuerden que cada denominación tiene sus dificultades; pero para nosotros, que somos observadores imparciales, es inevitable decir que nos parece que la parte más vital y vigorosa de la Iglesia Anglicana es la que está manchada con este error. La diferencia entre los dos bandos es muy acentuada, pues los ritualistas son valientes como leones, mientras que los evangélicos son tímidos como liebres. No tenéis sino que ir a las iglesias que nos rodean más de cerca, o a aquellas de las grandes ciudades como Brighton, para ver la fortaleza, el vigor, la determinación; resumiendo: la detestable vitalidad del ritualismo. Estos hombres predicán todas las doctrinas del romanismo excepto la infalibilidad del papa, y quizás el celibato del clero; la presencia de ciertos niños y niñas de rosadas mejillas en el jardín de la rectoría demuestra que muchos anglicanos son protestantes sanos en ese punto. Estoy persuadido de que muchos sacerdotes dentro de la Iglesia de Roma predicán más Evangelio y lo entienden mejor que estos pretendidos sacerdotes dentro de la Iglesia de Inglaterra.

Lo peor de todo es que la rama del sacramentalismo en la iglesia establecida no es como el muérdago o el hongo que crece sobre un roble, sino que es una rama verdadera y legítima del tronco paterno. No hay hombre viviente, ni lo ha habido ni lo habrá, que crea todo el contenido del Libro de Oración Común en su significado natural. La única manera de hacerlo es por medio de alguna artimaña como la de las dos monjas que habían podido prestada una mula que no andaba si no le decían palabras soeces. No queriendo ninguna de ellas ser tan profana como para pronunciar esta clase de palabras, la una pronunciaba la primera sílaba de la palabra francesa *sacré*, y la otra la terminaba, y así entre las dos hacían andar la mula. Lo mismo debe ocurrir con la fe en el Libro de Oraciones: nadie puede creerlo todo entero; posiblemente-





UN MINISTERIO IDEAL

te entre la iglesia alta, la baja y la liberal pueden creerlo. Pero si me obligaran a punta de bayoneta a certificar que uno de los partidos era un gramo o dos más consistente con el Libro de Oraciones que los demás, tendría que declararme en favor del bando de la iglesia alta. Es cierto que los Artículos están en contra de ellos, pero ¿qué son los Artículos? Quizá se leen solamente una vez en la vida. El mal está en el Catecismo y en el libro de cultos que se usan constantemente. No tenemos que vérnoslas con un mal parasitario, sino con una rama natural de la vida nacional, que permanecerá en tanto que el Libro de Oraciones no sea revisado. ¿Y cuándo será revisado?

Además, este mal es sostenido por hombres que tienen un propósito. Son realmente fervorosos. Creo que entre ellos hay un residuo, a pesar de su ceremonialismo y momerías, de verdaderos creyentes en el Señor Jesucristo. Junto a ellos hay un ejército de meros creyentes en posturas, mascaradas, colgaduras y demás desatinos; mas, no obstante, hay un grupo de almas llenas de gracia, cuyo espíritu afable se expresa en himnos sagrados y en manifestaciones devotas, tocantes a nuestro Señor, al estilo de Herbert, que lamentaríamos no haber llegado a conocer. Como grupo, son fervorosos, recorren mares y tierras para hacer un prosélito, y son grandes los sacrificios que hacen por la causa que han abrazado. Este sistema, hermanos míos, está muy bien atrincherado, pero tenéis que desalojarlo.

Esta superstición está asimismo en armonía con la idolatría innata del corazón humano; ofrece satisfacción a la vista y al gusto, presenta un sacerdote visible y unos símbolos externos, por los que el corazón caído del hombre suspira. Propone ahorrar a los hombres la necesidad de pensar ofreciendo un culto externo y presentando un sacerdote que practique la religión en lugar de ellos; pero – ¡qué lástima que sea así! – aparta al hombre de lo real y lo espiritual, le da consuelo sin verdadera regeneración, y le estimula dándole esperanzas aunque no se haya entregado a la justicia de Cristo.





CÓMO ENFRENTARSE CON LOS MALES DE LA ÉPOCA

Un segundo mal, que considero igualmente terrible, es la *abundancia de incredulidad*. No hablo ahora de aquel tipo de infidelidad basta que se mofa de las Escrituras y blasfema del Nombre del Señor nuestro Dios. No hay mucho mal en este tipo de diablo; ¡es demasiado negro, se ve demasiado claramente que es un espíritu del infierno! Anda actualmente suelto un espíritu más peligroso, que se introduce en las iglesias no conformistas, sube a sus púlpitos, y pervierte de modo notable el testimonio de algunos que se tienen por algo, y que son considerados como líderes por los que se cuentan como hombres de cultura e intelecto. Macaulay decía acertadamente que la teología es inmutable; pero estos hombres están continuamente contradiciendo tal opinión de la manera más práctica, pues su teología varía tanto como los vientos. Se ríen de los límites doctrinales, y desprecian las enseñanzas precisas. Su consigna es «progreso» y la oímos repetida hasta la saciedad. Estamos muy lejos de negar que los hombres deberían progresar en el conocimiento de la verdad, pues ésta es precisamente nuestra meta; y por la experiencia, el estudio y la enseñanza del Espíritu Santo, confiamos que en humilde medida estamos progresando. Pero las palabras necesitan ser interpretadas: ¿qué se entiende por «progreso» en este caso? ¿En qué sentido se mueve?

Con demasiada frecuencia es un progresivo *alejamiento de la verdad*, lo cual interpretado significa «avanzar hacia atrás». Hablan de un pensamiento más elevado, pero es un «subir hacia abajo». Es preciso que use sus términos, y hable de progreso; pero su progreso es alejarse de, y no ir hacia el lugar que deseamos. Evidentemente, es un progreso *alejándose de la utilidad*. Nos invitan a seguirles en su avance hacia un socinianismo estéril, pues esa es la dirección de la nueva teología, o hacia algo peor. Conocemos en nuestros tiempos ciertas antiguas capillas que están cerradas, donde la hierba crece ante sus fachadas, y cuya puerta ostenta el nombre de *Capilla Unitaria Bautista*. Aunque se ha dicho que el que hace crecer dos briznas de hierba donde antes crecía una es un benefactor de su





UN MINISTERIO IDEAL

raza, no deseamos vaciar nuestros bancos para cultivar más hierba. Estamos pensando en ciertas otras capillas que aún no han llegado a tal consumación, en donde las arañas moran en deleitosa tranquilidad, los bancos son más numerosos que las personas y, aunque una subvención mantiene abierta la boca del ministro, hay pocos oídos abiertos a quienes dirigir la plática.

Es cosa cierta que Cristo no es levantado allí, pues no trae a todos los hombres a Sí mismo. No hay fuerza atractiva, ni poder, ni tampoco influencia benéfica; es una religión escarchada, y no tenemos el menor deseo de hacer una excursión por aquel mar de hielos perpetuos. Deseamos decirle al predicador: «Señor, es usted inmensamente listo; a menudo nos preguntamos cómo una sola cabeza puede llevar todo lo que usted sabe; pero, con toda su inteligencia, no podemos renunciar al antiguo Evangelio, pues los resultados de su predicación no nos fascinan. ¿Dónde están sus convertidos? ¿Dónde están sus oyentes? ¿Dónde estarán pronto los miembros de su iglesia?» Händel, en una ocasión, tocaba el órgano en una iglesia rural; y, al final del culto, tocó voluntariamente una pieza de tal manera que la gente se quedaba para poderla oír. El anciano organista estaba indignado, y dijo: «Haga el favor de dejar el órgano. Usted no sabe tocar de modo que la gente se vaya; déjeme hacerlo a mí» Estos caballeros progresistas saben ciertamente hacerlo de modo que la gente se vaya. Sus dones de dispersión son sorprendentes. Aplicadlos en cualquier comunidad cristiana fervorosa, y ved si no se esparce y divide; introducidlos en cualquier ciudad que escojáis, y aunque al principio sean atractivos (pues algunas personas son atraídas por cualquier novedad aunque sea errónea), después de corto tiempo, al no haber vida, no habrá poder para retener a la gente. Recordamos el experimento de Daventry bajo aquel hombre eminentemente bueno, el Dr. Doddridge, y no nos sentimos inclinados a repetir la prueba en caso alguno. Era un hombre que no dogmatizaba a los «queridos jóvenes» que iban a su Colegio, sino que adoptaba el plan de dejar que se





CÓMO ENFRENTARSE CON LOS MALES DE LA ÉPOCA

enteraran de los argumentos que se presentaban en ambos sentidos, para que eligiesen por sí mismos. El resultado fue tan desastroso como si se hubiese enseñado el error, pues no hay nada peor que la tibieza en lo tocante a la verdad. El no-conformismo quedó debilitado por un liberalismo apocado, y tuvimos una generación de socinianos, con la cual el no-conformismo casi expiró. Tanto los Bautistas Generales como los Particulares han quedado hartos de esta mala levadura, y no nos sentimos predispuestos a usarla de nuevo en el pan del pueblo.

Además, se nos invita a seguir la orientación de hombres que no tienen aptitudes para ser líderes. He esperado con mucho interés para ver si el pensamiento moderno podía producir *un hombre*, un hombre de talla, de mente profunda y genio filosófico; pero, ¿dónde está? ¿Dónde está el hombre que hará escuela y arrastrará a sus compañeros? ¿Un hombre que haga temblar a los ortodoxos, un gran Goliat que esté por encima de sus compañeros desde los hombros para arriba? En verdad hay algunos que creen tener poder, y lo tienen entre los jóvenes cuyos mostachos están a punto de desarrollarse; pero no tienen influencia sobre los que leen sus Biblias, han tenido experiencia y están acostumbrados a «probar los espíritus».

Las grandes luminarias son, o creen serlo, los hombres literarios que pergeñan, en ciertas revistas, artículos a modo de oráculos para la *élite*. Me pregunto cuántas se venden de estas preciosas revistas; pero desde luego, eso tiene poca importancia, porque ¡la calidad de sus lectores es tan elevada! ¡Fijaos los aires que se da aquél porque lee una revista! ¿Son estas cosas de veras tan de inteligentes? Yo no lo veo. He oído decir que los escritores evangélicos producían perogrulladas; creo que así es, pero seguramente nunca se ha escrito más hojarasca mojada que la que se publica hoy día en oposición a la fe ortodoxa; lo que pasa es que viene revestida de una jerga tan latinizada que su poca claridad parece profundidad. Si tenéis el tiempo y la paciencia de leer un poco lo que los hombres del pensamiento moderno escriben, no pasará mucho sin que os





UN MINISTERIO IDEAL

canséis de su palabrería, de sus remedos de herejías antiguas que pretenden pasar por pensamientos originales, y de sus llanezas engañosas. Basta un hombre de poder para aplastarlos como vasos de alfarero, pero el resultado sería tan sólo piezas de alfarería rota. «Mostradnos un hombre a quien valga la pena seguir», decimos, «y entonces no le seguiremos, pero lucharemos con él; de momento, no es probable que abandonemos a Calvino, a Pablo y a Agustín, para seguiros». Hermanos, se nos invita fervorosamente a apartarnos de las creencias anticuadas de nuestros antepasados a causa de los supuestos descubrimientos de la ciencia. ¿Qué es la *ciencia*? El método por el cual el hombre trata de ocultar su ignorancia. No debiera ser así, pero lo es. Hermanos míos, no tenéis que ser dogmáticos en teología porque es impío; pero para los científicos, es lo correcto. No tenéis que afirmar las cosas con mucha energía; pero los científicos pueden afirmar osadamente lo que no pueden demostrar, y pueden exigir una fe mucho más crédula que la que nosotros poseamos. Ciertamente, lo que vosotros y yo tenemos que hacer es tomar nuestras Biblias, y moldear nuestras creencias de acuerdo con las variables enseñanzas de los llamados científicos. ¡Qué locura es esto! Especialmente cuando la marcha de la falsamente llamada ciencia, en todo el mundo, puede apreciarse siguiendo las falacias derrumbadas y las teorías abandonadas. Exploradores antiguos, en otros tiempos adorados, son ahora objeto del ridículo; la continua exposición de falsas hipótesis es un asunto universalmente notorio. Podéis descubrir dónde han acampado los eruditos por los *residuos* de suposiciones y teorías que han dejado, abundantes como botellas rotas. Así como los charlatanes que gobernaron el mundo en una época pasan a ser el escarnio de la siguiente, así ha ocurrido y ocurrirá con vuestros *sabios* y pretendidos científicos ateos. De todos modos, nos recuerdan los *hechos*. ¿No se avergüenzan aún de usar estas palabras? *Hechos* maravillosos, ¡hechos a medida y arreglados a su voluntad para desvirtuar los verdaderos hechos que la pluma de Dios





CÓMO ENFRENTARSE CON LOS MALES DE LA ÉPOCA

mismo ha registrado! Permitidme que cite el folleto «¿Está equivocado el Libro?» por Mr. Hely Smith, folleto digno de extensa lectura:

«Por ejemplo, profundamente enterrados en los depósitos de aluvión del delta del Nilo, fueron hallados ciertos fragmentos de alfarería. La alfarería, desde luego, indica alfareros; pero Sir Charles Lyell decretó que estos depósitos de fango tienen que haber necesitado dieciocho mil años para acumularse, y por lo tanto tiene que haber habido hombres ocupados en las actividades de la vida civilizada, por lo menos siete mil años antes de que la creación del hombre tuviera lugar según las Escrituras. ¿Qué prueba más clara podría desearse de que el Libro estaba equivocado? ¿Pues, quién se atrevería a sospechar que Sir Charles Lyell cometa una equivocación en su trabajo? ¡Sin embargo, sí había cometido una, pues en los mismos depósitos de fango, a la misma profundidad en que se descubrió esta «alfarería preadámica», apareció también un ladrillo con la figura de Mahoma! (¡Y, sin embargo, nosotros hablamos de cambiar de posición con respecto a la Biblia para ajustarnos a aquel «hecho»!) Asimismo, en 1858 fueron descubiertos algunos trozos de pedernal de curiosa forma en lo que ha sido llamado «la famosa caverna de Brixham». En seguida se decidió que los pedernales presentaban signos de artesanía humana, y dado que habían sido hallados junto con los huesos de animales extintos, se llegó en seguida a la conclusión de que se podía demostrar que el hombre tiene que haber existido en épocas remotas, y se dijo que estas evidencias habían «revolucionado toda Europa Occidental en cuanto a la cuestión de la antigüedad del hombre». La historia de estos pedernales es notable. Durante catorce años, fueron guardados bajo llave en las salas de la Sociedad Geológica; pero la curiosidad pública quedaba satisfecha por las reproducciones de yeso que se exhibían en la caverna, y por las descripciones ilustradas publicadas en un volumen imponente. De acuerdo con las pruebas así ofrecidas al público, parecía no haber duda de que estos pedernales





UN MINISTERIO IDEAL

llevaban las marcas de la mente y la mano del hombre, asociando así a éste con una raza de animales preadámica. La causa de la verdad tiene contraída una deuda de gratitud con Mr. Nicolas Whitley, secretario honorario de la Real Institución de Cornualles, pues su agudeza le llevó a sospechar que había algo poco claro; su perseverancia le condujo a confirmar sus sospechas, y osadamente publicó el resultado, que era sencillo pero sugerente. Las reproducciones de yeso, los dibujos y las descripciones, *¡no eran reproducciones, dibujos, o descripciones de los verdaderos pedernales hallados en la caverna!* Con una o dos excepciones, los originales eran evidentemente ejemplares de pedernal puramente naturales; y las personas que han visto las piedras del paisaje y la maravillosa semejanza de rostros humanos en rocas inaccesibles, no estarán dispuestas a descartar la Revelación entera porque una o dos piedras de forma curiosa hayan sido halladas en compañía de restos de animales extintos. Si la causa no hubiese sido tan débil, ¿qué necesidad habría habido de tratar de reforzarla y suplementarla presentando al público falsas declaraciones? Con respecto a todos estos supuestos instrumentos, lanzas y puntas de flecha de pedernal, hallados en diversos lugares, sería bueno mencionar aquí la franca confesión del Dr. Carpenter. Nos ha contado desde la cátedra presidencial de la Real Academia que «no pueden presentarse pruebas lógicas de que las formas peculiares de estos pedernales fueron dadas por manos humanas».

Siguen estallando las burbujas, y entre tanto aparecen más, y se espera que creamos en lo que venga, y que esperemos con la boca abierta lo que va a aparecer. Mas nosotros no vamos a caer de rodillas adorando la imagen de la sabiduría humana, a pesar de todas las flautas, arpas, dulcémeles, semanarios, revistas trimestrales y profesores jactanciosos. *Mostradnos un hombre de ciencia digno de este nombre*, y no le seguiremos si se atreve a oponerse a la verdad revelada; pero mostradnos uno en quien la generación próxima va a creer; actualmente no





CÓMO ENFRENTARSE CON LOS MALES DE LA ÉPOCA

hay ni uno vivo que se pueda comparar con Newton y otros genios que -reverenciaban las Escrituras, y, como resultado de la comparación, quedan en meros farsantes. Ved hermanos míos: tenemos que contender con la incredulidad, la científica y la otra, y debemos enfrentarnos con ella en el nombre del Señor.

Otro mal manifiesto de nuestro tiempo es uno que no solamente es grave, sino en extremo molesto; me refiero al *espíritu de desintegración* que infecta ciertas porciones de la Iglesia de Dios, y causa mucha amargura y discordia en ciertos sectores. Hace años, después de la conversión de un hombre, era corriente que, de la manera más normal, se uniese a aquella iglesia con la que más estaba de acuerdo, y trabajase para el Señor en conexión con ella; pero ahora, suele ocurrir que el hermano no gusta de ir al lugar donde se reúnen la mayoría de los cristianos de la ciudad o el pueblo, sino que prefiere tener reuniones en su propia casa, para mostrar que le desagradaba el sectarismo y que cree en la unidad cristiana. No deseando laborar con una organización reconocida, debido a que es denominacional, se siente obligado a formar una pequeña denominación propia. No quisiéramos impedir, con espíritu enojado, a estos hermanos, por el hecho de que no van con nosotros; pero no podemos ocultar el hecho de que, trabajando solos de esta manera, se perjudican a sí mismos, debilitan nuestras iglesias y nos privan de los que deberían ser nuestros ayudantes más eficaces. Me temo que algunos tienen el concepto de que el trabajo fuera de la iglesia es más útil que los esfuerzos normales; pero confío que un poco de experiencia enseñará a muchos. La labor cristiana, desconectada de la iglesia, es como sembrar y segar sin tener granero en que almacenar los frutos de la cosecha; es útil, pero incompleta. Espero que el mal de esas iniciativas ismaelitas sanará gradualmente por sí mismo; pero entretanto prosigue, y personas amantes y fervorosas son apartadas, con diversos señuelos, de la comunión con nosotros. Por otra parte, es cosa buena que algunos hermanos que «se esti-





UN MINISTERIO IDEAL

man como si fueran algo, no siendo nada», tengan la oportunidad de hallar una esfera de actividad donde probablemente nos causarán menos dificultades que si estuvieran más cerca. Algunas personas, distinguidas por una especie de piedad que podría llamarse «de cinco centavos», son más felices que nunca cuando más pueden hablar. Les agrada oírse a sí mismos, y cantar «¡Cuán dulce el sonido!» Estas personas están mejor en asambleas de su propio talante. Tenemos que enfrentarnos con esto, y para algunos hermanos es una causa de pesar que les ha abrumado hasta lo más profundo del alma. Muchos pastores fervientes pueden dar testimonio de ello.

El cuarto mal es uno al cual quiero llamar vuestra atención de modo muy especial; es *el desarrollo de la impiedad en el país*, particularmente en dos formas que no debemos descuidar. Una de ellas es *la creciente mundanalidad entre los que profesan ser cristianos*. Se entregan a diversas extravagancias; costumbres, vestidos, artefactos y festejos lujosos, en los que gastan la substancia de la cual han sido hechos administradores. Cuando un hombre da liberalmente para la causa de Dios, tengo por muy necio prohibir que gaste liberalmente en otros aspectos, pues los hombres suelen gastar en escala proporcionada. Sería absurdo presentar a un desgraciado avaro, que no da nada a Dios ni a los hombres, como ejemplo de dador liberal; pero hay demasiado gasto ostentoso a la vista, sufragado con el dinero del Maestro, en placeres mundanos y diversiones dudosas, cuando no son más que dudosas. Algunos, que son llamados ministros de Cristo, incluso han defendido en nuestros días diversiones que los moralistas se han sentido inclinados a abandonar; pero esperemos que tales ministros no volverán a cometer semejante equivocación. Es preciso que seamos cuidadosos, sabios, y al mismo tiempo decididos en nuestros tratos con este mal creciente, pues, de lo contrario, perderemos toda espiritualidad en las iglesias.

Pero, además de todo esto, ¿no habéis notado con horror el aumento del *pecado nacional de la embriaguez* en todo





CÓMO ENFRENTARSE CON LOS MALES DE LA ÉPOCA

el país? ¡Mirad solamente la cuenta de las bebidas alcohólicas! Esa cantidad no es posible gastarla anualmente sin que se produzca una terrible retahíla de borracheras, crímenes, enfermedades y muertes. Hace diez años, seguramente los hombres bebían bastante ya; ¿a qué debemos atribuir este consumo siempre creciente? El mal es positivamente aterrador. Considero la ley que permite la venta de vinos y licores en los colmados como una de las partes más malignas de la moderna legislación. Sé por desgracia que el pecado de la embriaguez entre las mujeres ha sido a veces sugerido, y otras veces fomentado por este fácil y respetable método de obtener bebidas fuertes. El hecho de que las mujeres beban es repulsivo aún para los hombres que se sienten libres para entregarse a la bebida. ¿Es realmente más reprobable que las mujeres se emborrachen? Aparentemente sí, y la frecuencia del mal entre ellas demuestra que el cáncer de la bebida se va acercando al centro del cuerpo político.

Estando en Francia, en el Carnaval de Menton, observé una y otra vez que no se veían signos de borrachera. Durante todo el día, los campesinos y los ciudadanos se divertían con máscaras, música y confeti, diversiones propias de niños pequeños; pero no veía embriaguez y no creo que la hubiese. Sin embargo, Francia es un país papista: ¿no nos sonrojamos al pensar que nos lleve ventaja en una virtud tan corriente como la sobriedad? Uno de mis amigos me dijo: «Si este Carnaval tuviese lugar en Inglaterra, estas gentes habrían estado bebidas antes de que empezara la procesión». Hace varios años, estando en la isla de Heligoland, observé con pesar que había una disposición que no permitía que más de cuatro marineros ingleses desembarcaran a la vez, y aún así cada uno de ellos tenía que ir acompañado por un soldado hasta que volviese al barco. Vi marineros sanos y afables llegar a la pequeña ciudad, y subir andando por la calle; pero, ¡cuán diferentes eran cuando volvían tambaleándose, y cuán difícil parecía hacerlos llegar a salvo al barco! ¿Acaso nuestros compatriotas van a convertirse en el escarnio de la hu-





UN MINISTERIO IDEAL

manidad por su embriaguez? El mundo empezará a abuchear a la iglesia cristiana a menos que se haga algo en este aspecto. Considerad el sufrimiento y la pobreza que son fruto del dinero malgastado en este vicio, y el crimen que es su inevitable secuela. El país entero humea ante el Señor, y exhibe la corrupción de este pecado. Si los cristianos no hacen algo para detener este mal, ¿quién lo hará? Si los ministros no procuran con todas sus fuerzas aplicar un remedio, el mundo pensará que su clamor contra la incredulidad y otros males no es muy sincero. El que no clama contra el lobo, no es posible que esté enemistado con el león.

He aquí, pues, los males. Ahora veamos cuál es el **REMEDIO**. ¿Qué hemos de hacer para enfrentarnos con esta superstición, esta incredulidad, esta desintegración y esta creciente mundanalidad y embriaguez? Sólo tengo un remedio para recetar, y es que prediquemos en verdad el Evangelio de nuestro Señor y Salvador Jesucristo en toda su longitud y anchura de doctrina, precepto, espíritu, ejemplo y poder. Dar un sólo remedio para muchas enfermedades del cuerpo es tarea de curandero; pero no es así en los asuntos del alma, pues el Evangelio está divinamente compuesto para enfrentarse con todos los males de la humanidad, por mucho que difieran unos de otros. Sólo tenemos que predicar el Evangelio vivo, todo el Evangelio, para enfrentarnos con todos los males de la época. El Evangelio, si fuera plenamente recibido en toda la tierra, extirparía toda esclavitud, y toda guerra, y eliminaría toda embriaguez y todos los males sociales; de hecho, no se puede concebir una plaga moral que el Evangelio no sane; e incluso los males físicos, ya que muchos de ellos nacen incidentalmente del pecado, serían muy mitigados, y algunos desterrados para siempre. El espíritu del Evangelio, haciendo que se preste atención a todo lo que se refiere al bienestar de nuestro prójimo, fomentaría reformas sanitarias y sociales, y así las hojas del árbol que son para la sanidad de las naciones obrarían su propósito beneficioso. Ateneos al Evangelio, hermanos, y





CÓMO ENFRENTARSE CON LOS MALES DE LA ÉPOCA

tendréis el único remedio universal e infalible. Habéis leído de ciudades sitiadas en que los pobres habitantes han quedado reducidos a esqueletos, y las fiebres y demás enfermedades, apenas conocidas en épocas de normalidad, han abundado; cuando por fin la ciudad se rinde, si deseáis dar al pueblo algo que satisfaga todas sus necesidades, empezaráis por darle alimentos. El hambre es lo que causa en el fondo la fiebre; el hambre ha causado las demás enfermedades; y cuando la constitución esté restaurada de nuevo por los alimentos, arrojará a la mayoría de los demás males. Dad el pan de vida a la multitud, y las enfermedades y achaques de la humanidad caída quedarán divinamente eliminados, estoy seguro de ello.

Tenemos suficientes pruebas de que el Evangelio se enfrenta eficazmente con la *superstición*. En el libro de Apocalipsis leemos: «Babilonia ha caído», y la vemos echada como una piedra de molino en la corriente. Pero, ¿no era porque, como leemos un poco antes, «vi volar por en medio del cielo a otro ángel que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra»? Entre el vuelo del ángel y la caída de Babilonia había una íntima relación. Si tuvieseis que entrar en un lugar arruinado, y no pudieseis soportar el griterío de las lechuzas y la presencia de los murciélagos y desearais dispersarlos, si pudieseis hacer que la luz bendita resplandeciera en los recintos abandonados, los murciélagos y las lechuzas pronto huirían. Que las antorchas brillen en todos los rincones, y las criaturas de las tinieblas abandonarán la escena. ¿Queréis terminar con la regeneración bautismal, la mentira entre las mentiras? Proclamad la regeneración espiritual por el Espíritu Santo y exaltad la obra del Espíritu del Señor. ¿Quisierais que las almas viesan la ficción del sacerdocio romano y anglicano? Proclamad el sacerdocio eterno de nuestro gran Melquisedec. Si queréis acabar con la creencia en los sacramentos, proclamad la sustancia, de la cual las ordenanzas nunca pueden ser sino sombra. Veréis que cuando ponéis alimento sólido ante los hombres, éstos se apartan de las cáscaras, estando Dios por





UN MINISTERIO IDEAL

su Espíritu Santo con vosotros para darles la sabiduría de discernir entre las cosas que difieren.

En cuanto al asunto de la *incredulidad*, hermanos míos, os doy testimonio de que la predicación del Evangelio sirve para enfrentarse con ella. Estaba hablando con un hermano ministro en lo tocante al número de jóvenes que caen en una forma u otra de falsa doctrina. Cuando le dije que me preocupaba muy poco en este aspecto, replicó: «Me parece que no. El calvinismo los aleja, no les da suficiente margen. Un hombre de este tipo no vendría a oírle muchas veces». Pero yo me atrevo a decir que en cierto tipo de predicación, se ofrecen palomares para que se posen las palomas de la duda, y no me sorprende que éstas vengan en gran número, como las aves a sus ventanillas favoritas. Predicad las doctrinas de la gracia, queridos hermanos, y los que no quieren a vuestro Señor serán cambiados o cambiarán a su ministro. Predicad el Evangelio de modo muy decidido y firme, no importa lo que digan de vosotros, y Dios será con vosotros. Algunos quisieran que tratáramos la Biblia como si fuera un estrépito de campanas desde el campanario de una iglesia, que podemos hacer que diga lo que nos gusta; pero nosotros proclamemos la verdad de las Escrituras como la trompeta, que da un sonido determinado, para que las gentes sepan que hay significado en ello, y puedan aprender al mismo tiempo cuál es ese significado.

Ofrezco a los progresistas un lema para esculpir en sus escudos, que espero me agradecerán; es el siguiente: «*Siempre aprendiendo*». Se jactan de estar siempre aprendiendo. Aceptadlo, caballeros, pero usadlo todo: «siempre están aprendiendo, y nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad» (II Timoteo 3:7). Ellos mismos confiesan que no llegan a un conocimiento definido, pues siempre nos están diciendo que lo que predicán hoy quizá lo repudien mañana, pues hay un proceso de desarrollo en marcha, de modo que, habiendo comenzado con la ostra del calvinismo, pueden aún alcanzar la virilidad superlativa del ateísmo, pues ¿en qué otro lugar se detendrá? Predicad





CÓMO ENFRENTARSE CON LOS MALES DE LA ÉPOCA

la verdad con todo vuestro corazón a medida que Dios os la enseña, y quedará detenida esta plaga.

En cuanto a la *desintegración*, no conozco otra manera de mantener unido al pueblo de Dios como el darles abundancia de alimento espiritual. Un pastor sencillo decía que él sujetaba a sus ovejas por medio del gusto, pues les daba tan buen alimento que no podían hallarlo mejor, de modo que se quedaban con él. Sea esta nuestra costumbre según la ayuda del Espíritu Santo. Obremos también, por medio de nuestra predicación, para que la comunión en la iglesia sea mucho más real. ¿No hemos oído muchas veces la observación, quizá perdonable, de: «No voy a asistir más a una reunión administrativa»? ¿Por qué ha de ser así? Hay una antigua anécdota que me servirá de ilustración. Un clérigo estaba enterrando un cadáver, y no sabiendo si emplear la palabra «hermano» o «hermana» en el culto, se volvió a uno de los acompañantes y preguntó: «¿Es un hermano o una hermana?» «No hay el menor parentesco, señor», fue la pronta respuesta, «es sólo una conocida». Siempre estamos hablando de amados hermanos y hermanas; pero, mirándolo bien, ¿cuánta fraternidad verdadera hay en la mayoría de las iglesias? ¿No se reduce todo a esto: «no hay el menor parentesco, es sólo una conocida»? ¿Os extrañáis de que las personas inicien pequeñas reuniones particulares, donde esperan habrá un poco más de comunión? Tratad de hacer que la comunión en la Iglesia sea llena de vida y amor, predicando y viviendo el Evangelio del amor y la fraternidad. Sed a vuestro pueblo como un padre entre sus hijos, o un hermano mayor entre sus hermanos menores, para que podáis ser el medio de bendición para ellos, y al mismo tiempo, luchad eficazmente contra el mal de la desintegración.

En cuanto al terrible asunto de la *embriaguez*, creo que hay muchos remedios para la enfermedad, pero estoy igualmente seguro de que no hay ninguna cura completa y universalmente aplicable para ella excepto el Evangelio. La mejor manera de lograr que un hombre sea sobrio es llevarlo al pie de la cruz. Es una cuestión práctica, que





UN MINISTERIO IDEAL

vale la pena considerar, el decidir si para llevarlo allí no sería necesario que primero esté sobrio, pues no podemos esperar ver a los hombres convertidos cuando están borrachos. Quizás encontréis que es prudente usar con vigor todos los recursos que el movimiento en pro de la templanza ha ofrecido de modo tan amplio; pero tanto si estáis de acuerdo personalmente en hacerlo como si no lo estáis, si veis a otros combatiendo activamente contra el demonio de la bebida, aunque usen armas que no admiráis, no los despreciéis, ni los tratéis de otro modo que como aliados. Que vuestros propios hábitos personales sean de los que tienden a vencer el mal, y a alentar a los que están laborando con ese fin. Que la corriente y el tono de vuestra conversación sean siempre afables hacia el hombre que lucha contra este enemigo, aunque no venga a vuestra plataforma, pues el enemigo es tan fuerte y devorador que no se puede despreciar ninguna ayuda honrada. Pero después de todo, el Evangelio es el arma especial del conflicto. Aunque pudieseis lograr que todos los hombres de Inglaterra firmasen una promesa de total abstinencia, no podríais asegurar la sobriedad ni por algún tiempo, ya que las promesas suelen ser quebrantadas; pero si los corazones de los hombres son cambiados y llegan a ser creyentes en el Señor Jesucristo, entonces por gracia divina el principio llegará a formar parte de la constitución mental, las promesas serán cumplidas y los vicios abandonados.

Hasta aquí os he llevado por el camino de *la verdad en general*, y ahora os daré unas cuantas exhortaciones prácticas. El antiguo Evangelio hay que *predicarlo*, y no machacarlo como las tonadillas que salen de un organillo; mas debe ser predicado del mejor modo posible; y con la bendición de Dios hemos de trabajar de tal manera en la iglesia, que tanto nosotros mismos como nuestros compañeros de membresía confirmemos el testimonio del Evangelio, y estemos unidos de corazón para extenderlo.

Para empezar, *es preciso que tengamos más conocimiento del Evangelio*. No todos los ministros entienden el Evan-





CÓMO ENFRENTARSE CON LOS MALES DE LA ÉPOCA

gelio; muchos de ellos, que entienden sus elementos, nunca han tratado de comprenderlo y predicarlo en su totalidad, y aun el que más lo conoce necesita entenderlo mejor. Es preciso que prediquéis todo el Evangelio. La omisión de una doctrina, o de una ordenanza, o de un precepto, puede resultar muy perjudicial. Aun aquellos puntos que los demás consideran triviales, no lo han de ser para el hombre que pretende poner su ministerio a toda prueba.

Por ejemplo, no dejéis de ser fieles en cuanto al bautismo de los creyentes; pues si se omite esa parte de vuestro testimonio, faltará un ingrediente esencial para enfrentarse con la superstición. Aunque a primera vista pueda parecer como si no tuviera importancia omitir una doctrina secundaria, no lo hagáis; pues, dado que el Dios que la puso en la Palabra es supremamente sabio, el que la omita no será prudente. Cumplid toda vuestra misión: «Enseñándoles», dice el Señor, «que guarden todas las cosas que os he mandado». Predicad el Evangelio al norte, sur, este y oeste; pero aseguraos bien de que predicáis todo el Evangelio de la manera que Dios os lo ha enseñado, y no prediquéis otra cosa.

Para realizar esto, estamos obligados a escudriñar y estudiar para conocer más y más de la Palabra inspirada. ¿No habéis descubierto que el Evangelio es como una caverna en la que debéis entrar llevando la antorcha del Espíritu Santo, que es el único que puede mostraros todas las cosas? ¿No os quedasteis asombrados al encontraros en la primera cámara y ver su clara luz plateada? ¡Qué de tesoros en torno vuestro, pues las paredes eran lingotes de plata, y el techo una filigrana de metal precioso! «¡Lo hallé! ¡Lo hallé!», exclamasteis llenos de alegría. Pero en aquel momento, un ser resplandeciente os dijo: «Ven acá, y te mostraré cosas mayores que éstas». Pasasteis por un lugar hasta entonces no visto, y ante vosotros se abrió otra cámara, más espaciosa que la anterior. El suelo, el techo y sus estalactitas eran todos de oro, oro puro, semejante a cristal transparente; y entonces dijisteis: «Ahora sí que he entrado en el santuario más recóndito de la verdad».





UN MINISTERIO IDEAL

Sin embargo, aún había más que ver, pues aquel ser resplandeciente volvió a llamaros, se abrió otra puerta secreta, y os encontrasteis en una vasta sala, donde, ante vosotros, piedras preciosas de todas las formas lanzaban destellos: rubíes, jaspes, esmeraldas y amatistas rivalizaban en belleza, mientras que en un estallido de luz el maravilloso cristal y toda suerte de gemas selectas hacían brillar la caverna como mil firmamentos repletos de estrellas. Entonces sí que os maravillasteis. Y ahora, quizá, habiendo visto tales tesoros, opináis que no queda nada por ver; pero todavía ningún mortal ha visto plenamente la gloria de Dios, y el Espíritu divino espera llevaros por el estudio y la oración a una visión aún más clara de las cosas profundas de Dios.

Para predicar bien el Evangelio, es preciso que tengamos un conocimiento de él que suponga *una experiencia práctica*. Es preciso que lo tengamos en el corazón, y también, como se dice vulgarmente, a flor de labios. Tenemos que ser ricos para poder esparcir tesoro. Debemos ser escribas bien instruidos para poder enseñar. Ocupémonos de esto, amados hermanos, y si alguno de vosotros ha menospreciado sus estudios privados y su comunión con Dios, y ha suprimido el escrutinio de la Palabra, le ruego que no lo haga; pues podéis echar mano por un poco de tiempo de las provisiones que tenéis, pero pronto se acabarán o se enmohecerán. Recoged maná fresco cada mañana, directo del cielo. El maná sacado del gomer de un hermano está muy bien si no puedo ir a recogerlo donde cae, pero la regla de Dios es que cada uno llene su propio gomer. Tomad prestado de los libros, si queréis; pero no prediquéis libros, sino la Palabra viva. Adquirid muchos conocimientos espirituales y administradlos a vuestro pueblo.

En segundo lugar, *es preciso que procuremos tener una relación más profunda y más experimental con el Evangelio*. La palabra «experimental» ha sido manufacturada por la teología; pero no es correcta, pues la verdadera religión no es ningún experimento. Indiscutiblemente, es un





CÓMO ENFRENTARSE CON LOS MALES DE LA ÉPOCA

hecho bien comprobado, una fuerza cuyo resultado puede predecirse sin riesgo, pues no hay causa que garantice su efecto con más certeza. Lo que nosotros queremos decir es «experiencial», que es producto de la experiencia, y perdonadme lo feo del término que acabo de inventar. ¿Conoce uno realmente una verdad evangélica hasta que la conoce por experiencia? ¿No es ésta la razón de que los siervos de Dios tengan que pasar por tantas pruebas, para que realmente puedan aprender muchas verdades que de otro modo no se pueden asimilar? ¿Aprendemos mucho en los días de sol? ¿No nos aprovechan mucho más los tiempos tormentosos? ¿No habéis descubierto que vuestras enfermedades, vuestras aflicciones, vuestras depresiones de espíritu, os han instruido en muchas cosas que la tranquilidad y los deleites jamás han susurrado a vuestros oídos? Supongo que deberíamos aprender tanto por medio del gozo como por medio del pesar, y espero que muchos de los mejores siervos del Señor lo hagan así; pero es una lástima que otros no lo hagamos; hay que llamar a la aflicción para que venga a enseñarnos a fuerza de latigazos.

El ministro que manipula la Palabra de Dios como quien la ha probado y experimentado, es pronto conocido por su congregación. Aun el inconverso reconoce el tacto del experto cirujano de almas. Si una mujer que antes nunca hubiese cuidado a nadie viniera a tu cabecera para atenderte durante una enfermedad, lo descubrirías sin que te lo dijeran. Pero fíjate en la enfermera experimentada. Observa de qué manera tan admirable prepara tu almohada. ¡Qué arte para colocar los vendajes! ¡Qué suaves son sus dedos cuando toca la herida! Y si alguna vez se ha visto afligida como tú lo estás, de qué manera tan grata sabe decir: «¡Yo sé lo que usted está sufriendo! Entiendo lo que le pasa; he pasado por lo mismo». Sí, te das cuenta que esa enfermera era precisamente la que necesitabas. Hay una manera de hablar del Evangelio, sus privilegios y deberes. en un estilo que no llega al corazón. Una vez leí la siguiente crítica acerca de un predicador. Creo que





UN MINISTERIO IDEAL

no era justa al serle aplicada, de modo que no mencionaré su nombre; pero las observaciones eran las siguientes: «Predica como si uno no tuviera ni padre ni madre, ni hermana ni hermano, ni esposa ni hijos, ni luchas ni esperanzas humanas; como si el gran objeto de la predicación fuese llenarle a uno de pedantería bíblica, en vez de hacerle a uno mejor, más sabio, más fuerte que antes. No debes temblar por miedo a que toquen las fibras de tu corazón, y que tu pecado favorito se mustie ante la santa indignación del predicador. Éste se encuentra sumergido en Génesis o en Apocalipsis, y te está contando lo que hizo el primer hombre, o lo que hará el último; es posible que te dé un credo bíblico y correcto, pero que no te interesa, pues no posee vida, ni amor, ni poder; está perfectamente adaptado al vacío, como lo está esta gigantesca Babel de competencias, crímenes e injusticias en que vivimos y nos movemos».

Esta crítica se aplicaría con justicia a muchos predicadores. No tratan el Evangelio como algo práctico, o como asunto real que concierne de modo inmediato a sus oyentes. Si el Evangelio se refiriese tan sólo a ciertos seres semisalvajes de la selva australiana, tales predicadores no podrían presentarse menos interesados. No podemos esperar de ellos un sermón convincente sobre una experiencia, ni siquiera el Evangelio sencillo, a menos que en alguna ocasión se dignen condescender a hablar de la depravación de la clase baja. Pero esto nunca será suficiente. No; es preciso que tengamos una experiencia personal de las cosas de Dios. En cuanto a nuestra propia depravación, es preciso que la sintamos, y la lamentemos; y en cuanto al glorioso poder de la gracia de Dios, y las maravillosas riquezas de Cristo, hemos de proseguir dándonos cuenta de ellas en nuestras almas, cada vez más, si es que hemos de predicar con poder, y combatir los males de la época.

En tercer lugar, debo decir que *es preciso atenerse al Evangelio con más continuidad*. No conozco ningún auditorio a quien sea menos necesario decir esto que al que





ahora me escucha; pero aun así, permitidme que os diga: «Despertad vuestra mente con el recuerdo puro». Vale la pena despertar lo que es puro; lo impuro es mejor dejarlo. Ya que vosotros tenéis estas cosas, permitidme que os anime a tenerlas más abundantemente. Muy a menudo deberíamos enseñar los simples rudimentos del Evangelio. Es asombroso, después de toda la predicación que ha habido en este país, cuán poco del Evangelio es entendido por las masas. Son aún niños, y tienen necesidad de que se les enseñe el ABC del Evangelio de Cristo. Ateneos, pues, a estos temas, los que salvan el alma, los que son prácticamente útiles para el pueblo. No os separéis de la cruz de Cristo. Señalad continuamente al sacrificio expiatorio, y a la doctrina de la justificación por la fe, que cuando se predicán debidamente no se ven jamás privados de la aprobación divina. Todas las verdades son importantes; que cada una tenga su correspondiente lugar; pero no permitáis que ninguna verdad secundaria os aparte de las primordiales. Aristóteles, en su Historia Natural tan maravillosa y poco natural, nos cuenta que, en Sicilia, la hierba de los bosques y los campos tiene tal fragancia que los perros pierden el rastro de su presa, y no pueden cazar. Tengamos cuidado con estas hierbas. En nuestras mentes, especialmente la mía, sentimos una gran fascinación por la poesía, la verdadera ciencia, la metafísica y otras cosas semejantes; pero confío que vosotros demostraréis ser perros de tan fino olfato que ninguno de estos perfumes os impedirá seguir de cerca las almas de los hombres que tratéis de cazar por encargo de vuestro Maestro. Sin duda muchos se desvían de la empresa principal, y cuando se han dado a filosofar frívolamente, creen haber crecido más que los demás cristianos; mas vosotros no seáis como ellos.

Había una mujer que estaba muy ocupada sacando de su casa en llamas los cuadros y muebles de más valor. Hacía rato que se afanaba por salvar sus pequeños tesoros cuando, de repente, se dio cuenta que faltaba uno de sus niños. Había quedado abandonado en la casa incendiada, y cuando





UN MINISTERIO IDEAL

la madre se lanzó a buscarlo, hacía rato que aquella habitación había ardido, y el niño había perecido. Entonces se retorció la mujer las manos y gimió lastimeramente pensando en su locura. Deseaba maldecir todos los muebles que había salvado, anhelaba haberlos perdido todos, porque, al preocuparse por tan pobres objetos, había perdido a su hijo. Del mismo modo, todas las pequeñas curiosidades de la ciencia, los refranes singulares, las doctrinas profundas, que consigáis salvar del fuego, no harán sino acusar vuestra conciencia si permitís que las almas de los hombres perezcan. *Es preciso* que las salvemos; y es infinitamente mejor que las docenas de admirables discursos sobre un punto difícil reposen hasta que estemos muertos, y no las saquemos para malgastar docenas de domingos cuando las almas preciosas están esperando las buenas nuevas de misericordia.

A menudo me he preguntado por qué han sido predicados ciertos sermones, qué designio tenía el predicador al prepararlos. No quisiera sospechar que los predicadores deseen exhibirse; sin embargo, ¡lo sé qué otra cosa estaban haciendo. Calígula ponía sus legiones en marcha a tambor batiente y sonido de trompetas, y desplegaba las águilas y los estandartes ¡para ir *a la playa a recoger conchas de mar!*

Hay sermones de este tipo: baten los tambores, suenan las trompetas, ondean las banderas, y *se recogen conchas de mar*. Se cuenta una hermosa historia sobre el famoso Bernardo. Predicaba un día a una congregación exhibiendo maravillosa elocuencia y poética dicción; los dejaba a todos embelesados; pero cuando terminó el sermón, se observó que Bernardo se marchaba inquieto. Anduvo por el desierto, pasó la noche solo ayunando a causa de su tristeza. Al día siguiente, en el momento de la predicación, estaba a punto para otro tipo de discurso, y al oírlo, las personas refinadas que le habían escuchado el día anterior no quedaron muy impresionadas; mas los pobres entendieron sus palabras, y las bebieron; y aunque tuvo que oír las censuras de los críticos, se observó que salía con





CÓMO ENFRENTARSE CON LOS MALES DE LA ÉPOCA

una sonrisa en el rostro, y comía su pan con el corazón lleno de gozo. Cuando alguien le preguntó cuál era la causa, dijo: «*Hieri Bernardum; hodie Iesum Christum*». «Ayer prediqué a Bernardo; pero hoy a Jesucristo». Vosotros, hermanos míos, os sentiréis dichosos cuando les hayáis predicado a Jesús; y aunque algunos frunzan el ceño, dormiréis plácidamente, pues vuestro Maestro os habrá aceptado.

Así pues, ceñíos más y más al Evangelio. Predicad a Cristo, y sólo a Cristo. Saciad a las gentes, aunque algunos digan que les mareáis con el Evangelio. En cada comida, presentad la sal sin prescribir cuánta. Si no les gusta -y hay ciertamente criaturas que no pueden soportar la saldadles aún más, pues esto está de acuerdo con la mente del Señor.

Quisiera añadir que, en nuestra predicación, *es preciso que seamos cada vez más activos y prácticos*. Ese párrafo que os acabo de leer tocante a cierto teólogo, nunca ha de ser cierto en lo referente a nosotros. Tenemos que predicar como hombres *a* hombres, no como teólogos *ante* el clero y la nobleza. Predicad directamente *de cara a* ellos. No es útil disparar vuestro fusil hacia el cielo cuando vuestro propósito es alcanzar el corazón de los hombres. Trazar dibujos hermosos con el sable es un ejercicio hartamente visto para que necesitemos repetirlo. Vuestro trabajo es cargar directamente contra el corazón y la conciencia. Disparad al centro mismo del enemigo. Buscad el efecto. Vosotros decís: «Pensábamos que no conviene hacer eso». Ciertamente, no conviene en la acepción pervertida del término; pero en el buen sentido -efecto sobre la conciencia y el corazón os recomiendo: *buscad el efecto*.

Algunos predicadores me recuerdan los famosos juglares chinos, que no hace mucho tiempo se anunciaban por todas partes. Uno de ellos se colocaba contra la pared, y el otro le lanzaba varios cuchillos. Uno de los cuchillos se clavaba en el tablero exactamente por encima de su cabeza, y otro junto a su oreja, mientras muchas otras de estas armas mortales vibraban bajo sus axilas y entre sus de-





UN MINISTERIO IDEAL

dos. ¡Admirable arte, poder lanzar un arma con tal precisión y sin fallar nunca! ¡Cuántos entre nosotros tenemos la maravillosa habilidad de fallar! «No temáis», dice el predicador, «nunca personalizo». ¡Estate quieto, amigo mío! ¡Abre los brazos! ¡Extiende los dedos! Tu ministro ha practicado mucho, y sabe cómo evitar el causar la menor molestia con el uso de verdades demasiado personales. Hermanos, cultivad ese arte si deseáis ser reprobados, y que vuestros oyentes se pierdan también; pero si deseáis ser medio de salvación para vosotros mismos y para los que os oyen, clamad al Señor pidiéndole fidelidad, sentido práctico, y poder para conmover de veras los corazones. No juguéis nunca a predicar, ni andéis con rodeos; id siempre al grano. Plutarco nos cuenta de dos hombres en Atenas que fueron nombrados para ocupar un cargo público. Uno de ellos era famoso por su oratoria; y para ganar las elecciones, describió lo que podía hacer y haría si los ciudadanos lo elegían. Los habría embelesado con sus bellas promesas si no le hubiesen conocido demasiado bien. Su rival era hombre de pocas palabras, y dijo simplemente: «Todo lo que este hombre ha *dicho*, es lo que yo voy a hacer». Sed, pues, esta clase de hombres, no habladores de la Palabra solamente, sino también hacedores de ella.

¿No habéis oído docenas de sermones acerca del Evangelio, y de lo que éste ha de hacer? ¿No es una gran cosa describir gloriosamente en una reunión pública lo que el Evangelio ha hecho, y lo que hará, aunque vosotros no hayáis contribuido en nada al grandioso resultado? Pero, ¿de qué aprovecha predicar *acerca* del Evangelio? *Prediquemos el Evangelio mismo*. No esperéis alarmar al enemigo describiendo un cañón Krupp; mas emplazad vuestra artillería y abrid fuego. No os contentéis con describir la convicción de pecado; sino laborad para producir, en el poder del Espíritu, la convicción inmediata. No os deis por satisfechos pintando la paz que viene después de haber creído; mas predicad la verdad que los hombres han de creer, para que, en efecto, obtengan la paz que des-





CÓMO ENFRENTARSE CON LOS MALES DE LA ÉPOCA

cribís. Necesitamos más de la predicación que yo llamo «activa», y menos de la que llamo «discursiva». Poned manos a la obra con firmeza, encarándoos con los hombres aunque tengáis que agonizar. Mostradles su pecado; presentádselo, y decid: «Pecadores, ¿no es esto pecado? ¿Tan ciegos sois que no podéis verlo? Si no lo veis, lloraré vuestra ceguera y oraré al Espíritu, eternamente bendito, pidiéndole que abra vuestros ojos. ¿No veis a Cristo, pecadores? ¡Yo le he visto! Fue la visión más bendita que jamás he contemplado, pues sus heridas son mi sanidad, y su muerte es mi vida. No tengo nada que mostraros sino a Cristo mi Maestro; pero una mirada a Él os salvará. Oraré para que el Espíritu Santo os ilumine; pero si no entendéis, será culpa de vuestra mente, y no de mi lenguaje». Hemos oído sermones en que el ministro oraba a Dios para que salvara almas; pero, a menos que Él se hubiese apartado de sus acostumbradas leyes de actuación, ni siquiera el Dios Todopoderoso usaría tales discursos para semejante propósito, pues consistían en meros juegos de palabras, o en una exposición de opiniones insignificantes, cuando no un sistema filosófico para explicar con demasiada facilidad la mente del Espíritu. Orad al Señor para que Él salve a vuestros oyentes, y luego dirigíos a ellos como si vosotros pudierais salvarlos. Confiad en Dios, y luego emplead argumentos tan lógicos, que convenzan al entendimiento, y llamamientos tan patéticos, que conmuevan el corazón de tal manera, que si los efectos dependen de las causas, estos efectos se produzcan, al tiempo que la mano de Dios está con vosotros.

Apenas necesito añadir, *que es preciso que seamos más y más sencillos y claros en la predicación del Evangelio*. Creo que ya lo somos; pero, a veces, los jóvenes se dejan fascinar por algún famoso predicador cuyo estilo es grandilocuente, sublime, o complicado. Ven lo magnífico que resulta, se maravillan, y llega el momento en que piensan en probar también aquel estilo; de modo que se colocan las botas de siete leguas, que les resultan tan grandes que podrían vivir en ellas, y el resultado es ridículo, peor





UN MINISTERIO IDEAL

aún, espiritualmente inútil. Cuando un hombre trata de ser sublime a base de frases detalladas, dicción pomposa y maneras grandilocuentes, el fracaso será inevitable. También hay la tendencia, entre los jóvenes, a usar excesivamente las citas poéticas. Hay jóvenes muy refinados, que probablemente nacieron con una rosa en los labios y un ruiseñor cantando junto a su cama, y parecen estar destinados a lo sublime y hermoso. La brisa les trae de los montes de Arabia la dulce fragancia de los pensamientos poéticos. Era pensando en un hombre de esta escuela que Samuel Butler escribió:

«Abrir su boca sin un tropo no podía
aquel que usaba la retórica a porfía».

Hermanos, ese estilo es muy hermoso; pero no os dejéis seducir por él. En tanto podáis, evitad toda oratoria artificial, o lo que simplones de hoy día toman por elocuencia. La palabra se está usando muy mal; pero, en la acepción común del término, lo más detestable es la elocuencia. Hablad desde el corazón, y no os preocupéis por la elocuencia. No habléis como los oradores, hablad como amantes de almas, y tendréis verdadera elocuencia. La oratoria que está aliada con la danza, y que practica ante el espejo; que es aficionada a las citas clásicas y a los versos de sentido obscuro de poetas desconocidos, tenéis que aborrecerla para siempre. Los pecadores que están pereciendo no necesitan tu poesía, necesitan a Cristo. Si eres poético, domina tu poesía, y no te dejes dominar por ella. Lo que tienes que hacer es ser un medio para salvar almas, no lo olvides. Si los soldados pueden ganar una batalla, y al mismo tiempo cantar melodiosamente, que no dejen de hacerlo; pero si, pensando en la armonía, dejan de atacar eficazmente al enemigo, que cesen los cantos inmediatamente. Joven guerrero, monta en seguida sobre tu caballo. Piensa que el púlpito es tu corcel, y lánzate a la batalla hiriendo a diestra y siniestra con valor indomable. Y cuando regreses, tendrás más honra de tu Maestro que





CÓMO ENFRENTARSE CON LOS MALES DE LA ÉPOCA

el que se quedó en casa para adornar su armadura, y salió, por fin, a despertar la admiración, pero regresó como aquel héroe tan poco glorioso de quien el poeta canta:

«El rey de Francia a un monte subió
con cuarenta mil, e igual bajó.»

Debo apresurarme a observar que si hemos de conseguir que el Evangelio se enfrente con los males de la época, *es preciso que sin falta lo ejemplifiquemos en nuestras vidas cuando no estamos en el púlpito*. Gracias a Dios, sé que en el caso de muchos hermanos de aquí, el Evangelio que predicán es ilustrado en sus vidas por su abnegación y el sacrificio de sí mismos. Me encanta oír a un hermano decir: «Dejé mi posición para ocupar una en que mis ingresos serían inferiores, pues me di cuenta de que había ante mí una esfera de servicio más amplia, y que no iba a edificar sobre los fundamentos de otros, sino a adquirir nuevos territorios para Cristo». Me glorío en la gracia de Dios mostrada en muchos de vosotros, a causa de vuestro celo, vuestra paciencia en medio de la pobreza y vuestra fe en Dios. El Señor os bendecirá. Es un verdadero deleite para mi alma pensar que el espíritu de los apóstoles y los mártires está en muchos de vosotros. Os sacrificáis por Cristo, y no habláis de ello, contentos de hacer grandes cosas aunque nadie lo anuncie. Adelante, hermanos, en nombre del Señor. Espero que no habréis de sufrir más de lo necesario; pero que cuando sea necesario aceptaréis el sufrimiento con gozo. Si no podemos vencer sin perder unos cuantos hombres, no vacilemos ni un momento. Si no podemos tomar la posición enemiga sin llenar la trinchera de cuerpos muertos, saltemos adentro. No rehuyamos jamás la pobreza, el vituperio, o el trabajo duro; mas determinémonos a que la antigua bandera sea llevada hasta el punto más alto de la fortaleza y, en el nombre del Señor Jesucristo, el error será hollado como la paja. Nuestra causa es digna del máximo celo; si pudierais derramar vuestra sangre en mil martirios cada día, la causa lo merece. Es





UN MINISTERIO IDEAL

la causa de Dios, la causa de Cristo, la causa de la humanidad. Hermanos, predicad el Evangelio, predicadlo todo, y predicadlo con el Espíritu Santo enviado del cielo, y aún seréis el medio de ayudar a salvar este mundo que perece; pero que Dios os dé gracia para vivir en el espíritu del Evangelio, o, de lo contrario, fracasaréis inevitablemente.

Me temo que haya algunos ministros que llegan a un púlpito con la intención de quedarse allí. No hay manera de que se muevan, ni tampoco de que hagan mover a la gente. A veces se me ha hecho la siguiente observación: «Algunos de sus hombres se mueven mucho». «Sí», les contesto yo, «Pasarán muchos, y multiplicaráse la ciencia». Me gusta el sacrificio de un hombre que se da cuenta que puede irse, y se va cuando puede hacer más bien en otra parte. Nunca os marchéis ni os quedéis por razones egoístas; mas estad siempre prestos para la llamada de vuestro gran Capitán. Un anciano ministro escocés, que iba cabalgando, vio, según su propia descripción, algo que venía hacia él y que le alarmó en gran manera. Era un gitano cabalgando encima de un gran número de gavillas de leña que había cargado sobre su asno. El animal sobre el cual el ministro montaba se alarmó tanto como su jinete, detuvo sus pies con firmeza, bajó sus orejas, y el ministro se preparó para la caída, de modo que cayó más fácilmente. Un amigo le decía: «Yo habría desmontado». Era una idea que nunca se le había ocurrido al ministro. Así le ocurre a algunos: se preparan por si su gente les echa; pero nunca se proponen irse por su propia voluntad. Sé que un hermano, que no pertenece a nuestra Conferencia, dijo esto a los miembros de su iglesia cuando se estaban esforzando activamente en librarse de él: «Fue el Espíritu de Dios el que me trajo aquí, y nunca me iré hasta que el mismo Espíritu me lo indique, y *falta todavía mucho tiempo.*» Esta última frase hacía sospechoso todo lo anterior, pues indudablemente no podía predecir cuál sería el propósito del Espíritu. Hermanos, quedaos o marchaos; id al África, o a América, o a Australia, o





CÓMO ENFRENTARSE CON LOS MALES DE LA ÉPOCA

pasad desde aquí al extremo más lejano del país; lo importante es que cumpláis vuestra misión, y glorificáis a Dios. Sed santos, llenos de gracia, orando siempre, desinteresados; sed como el Señor Jesús; sólo así vuestras vidas serán consecuentes con el Evangelio que sois llamados a predicar.

Una cosa más. Tratemos de *saturarnos del Evangelio*. Siempre me doy cuenta de que puedo predicar mejor cuando consigo empaparme en mi texto. Me gusta encontrar un texto, y descubrir su significado; luego, después de haberme bañado en él, me deleito en echarme encima y dejar que me empape. Entonces el texto me ablanda, o me fortalece, o hace lo que tiene que hacerme, y es entonces cuando puedo hablar de él. No es preciso que seáis muy meticulosos acerca de las palabras y frases, si el espíritu del texto os ha llenado; los pensamientos surgirán y se vestirán solos. Saturaos de buenos aromas, y ellos os perfumarán; una dulce fragancia emanará de vosotros extendiéndose en todas direcciones; nosotros lo llamamos *unción*. ¿No os encanta escuchar a un hermano que siempre está en comunión con el Señor Jesús? Incluso si es por pocos minutos, un hombre así os restaura, pues, a semejanza de su Maestro, sus senderos rebosan grosura. Estad en la verdad, y que la verdad esté en vosotros. Sed bautizados en su espíritu e influencia para que podáis impartir todo esto a otros. Si no creéis el Evangelio no lo prediquéis, pues carecéis de las aptitudes esenciales; pero aunque lo creáis, no lo prediquéis hasta que lo hayáis absorbido como la mecha absorbe el aceite. Sólo así podéis ser luz que arde y brilla. Para mí, el Evangelio es algo más que un asunto de fe; se ha entremezclado de tal manera con mi ser que es una parte de mi conciencia, parte integral de mi mente que jamás podrá serme arrancada. La fe en el antiguo credo ortodoxo no es para mí ahora un asunto a elegir. Se me dice frecuentemente que tendría que examinar a fondo los diversos puntos de vista modernos que continuamente están apareciendo. Declino la invitación; puedo olerlos, y con eso tengo bastante.





UN MINISTERIO IDEAL

Nada percibo en ellos que glorifique a Dios o engrandezca a Cristo, pero sí mucho que sirve para hinchar la naturaleza humana, y protesto que el mero olor es suficiente para mí.

Espero que las verdades del Evangelio se hayan convertido en nuestra vida; la experiencia las haya incorporado a nuestro ser. Cuando estéis postrados por el dolor, nada os bastará sino las realidades de la gracia. Echadle filosofía a un corazón doliente, y decidme si aliviará su agonía. Bebed un trago de pensamiento moderno, y ved si cura la desesperación. Id a la cabecera de los agonizantes, cuando éstos se enfrentan con la eternidad, y decidme si los principios de la escuela teológica pueden ayudar a los enfermos a morir en triunfo.

Os exhorto a ceñiros al Evangelio antiguo, y a dejar que vuestras almas se llenen de él, y entonces que *ardáis con él*. Cuando la mecha esté saturada, aplicad la llama. El fuego de lo alto sigue siendo la necesidad de la época. Cuando el fuego empieza en una vasta pradera o en un bosque, todo lo seco y mustio debe desaparecer ante su terrible avance. Que Dios mismo, que es un fuego consumidor, arda siempre en vosotros como en la zarza de Horeb. En igualdad de condiciones, el que tenga más fuego divino es el que más hará. Ese elemento sutil y misterioso llamado fuego, ¿quién sabe lo que es? Es una fuerza de poder inconcebible. Quizás sea la fuerza motriz de todas las fuerzas, pues la luz y el calor del sol son el alma de la energía. No hay duda de que el fuego, tal como está en Dios y desciende sobre sus siervos, es una energía omnipotente. Quizá la llama consagrada os consuma devorando la salud corporal por el exceso de ardor del alma, del modo como una espada afilada desgasta la vaina; mas ¿qué importa? El celo de la casa de Dios consumió a nuestro Maestro, y poca cosa es que también consuma a sus siervos. Si, por el exceso de trabajo, morimos antes de alcanzar la edad del promedio humano, desgastados en el servicio del Maestro, entonces ¡gloria a Dios, pues tendremos tanto menos tiempo en la tierra y tanto más en el cielo! Y





CÓMO ENFRENTARSE CON LOS MALES DE LA ÉPOCA

suponiendo que seamos insultados, despreciados y difamados por causa de Cristo, ¡gloria a Dios, porque tuvimos una reputación que perder por su causa, y bendito sea nuestro Señor, que nos tuvo por dignos de perderla! Arded por dentro con perfecta consagración a Dios, y luego arderéis con fulgor en el púlpito.

Ahí tenéis los males, hermanos. He tratado de presentároslos; no los olvidéis. Pero sólo tenemos un remedio para ellos. Predicad a Jesucristo, y hagámoslo cada vez más. Junto a la carretera, en la salita, en teatros, en cualquier parte, en todas partes, prediquemos a Cristo. Escribid libros si gustáis, y haced todo aquello que esté en vuestro poder además; pero aunque no podáis hacer otra cosa, *predicad a Cristo*. Si no visitáis siempre a vuestras gentes –aunque ruego a Dios que no se os pueda censurar en este aspecto–, no dejéis de predicar el Evangelio. El diablo no puede sufrir la predicación del Evangelio; nada le preocupa tanto como la predicación. El Papa no la puede tolerar; nada le hace enfermar tanto como la predicación. La predicación es nuestra arma, de modo que usadla continuamente. La predicación es el ariete del Señor, con el cual las murallas de la antigua Babilonia son sacudidas hasta sus cimientos. Seguidla usando, hermanos, continuad. Predicad, predicad, predicad, y continuad predicando hasta que no podáis más, y entonces id a cantar las alabanzas de Dios en el Cielo, y a anunciar a los ángeles las maravillas del amor redentor.



UN MINISTERIO IDEAL



366

